ANA MARÍA ZAMBRANO GONZÁLEZ

LA RADIO DE LOS MUERTOS



La radio de los muertos

Ana María Zambrano González

La radio de los muertos

Ana María Zambrano González

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2021

ISBN: 9788418674372
ISBN eBook: 9788419139245

Los instrumentos de la oscuridad dicen la verdad.

William Shakespeare.

1

Su hermano decía que la vida es como el mar. Puedes pasar sobre él, pelear contra él, o hundirte hasta el fondo y tal vez no salir jamás. Pues bien, en ese momento sentía que ella y su madre estaban en el fondo del mar.

Chris no estaba por decir eufórica por mudarse a una nueva ciudad, aunque tampoco demasiado triste por abandonar su antiguo hogar, pero ¿qué podía decir ella sobre su estado de ánimo ante el mar de sentimientos en los que había estado hundida desde hacía tiempo? De algo sí estaba segura, detestaba la soledad pero era su más fiel compañera. No tenía personas cercanas a las que podía llamar "amigos" en su anterior escuela o vecindario; mucho menos era el tipo de persona popular que gustaba salir a todas partes o asistir a fiestas salvajes para tirarse a una piscina llena de inflables; tampoco era una alumna ejemplar para que los profesores se acordaran de ella, y no tenía premios o medallas que sirvieran para decorar el muro de trofeos. A sus quince años era más bien una persona demasiado huraña. Sin embargo, sentía el horror de la mudanza debido al lugar donde vivirían porque, por si fuera poco, no vivirían en cualquier lugar, y el helado viento invernal y la lluvia de esa noche iban acorde con sus pensamientos.

—Vamos Chris, no pongas esa cara —sonrió su madre intentando levantar el ánimo que llevaba muerto hacía miles de kilómetros atrás —. Piensa que comenzaremos una nueva vida, Nueva York quedó en el pasado, aquí no habrá más tráfico, no más ruido, no más smog, y harás nuevos amigos —no quería romper la burbuja entusiasta de su madre pero tenía que ser realista.

—Mamá, te recuerdo que viviremos en la casa de mi tío. Mi tío que desapareció hace tres años de forma extraña y del que nadie ha vuelto a ver desde entonces. Eso es escalofriante.

—Eso no quiere decir que algo malo pase en la casa. Y tenemos suerte de que tu abuela haya decidido dejarnos vivir en ella.

—Otra razón para no querer vivir allí —respondió con evidente disgusto—. La abuela vive enclaustrada en un convento, ¡a unos metros del lugar! —exclamó apretando los dientes, furiosa con la idea de vivir cerca de su abuela.

—Tu abuela no es mala, sólo un poco difícil por culpa de su edad. Recuerda lo que decía tu hermano, sonríe y verás que otros sonreirán.

—Eso sirve con gente que tiene corazón, ella se arrancó el suyo y lo devoró en un ritual pagano dejando un abismo oscuro en su lugar.

—No exageres —su madre intentó no reír pero hasta ella sabía que no iba para menos.

—Por su culpa le tengo manía a las monjas y a los pingüinos. ¡Pingüinos! ¿Sabías que los pingüinos tienen dientes debajo del pico? ¡Te pueden arrancar un dedo!

Su madre, Sarah Hallow, rio por sus ocurrencias y pasó su mano sobre su cabeza, revolviendo sus alborotados y largos cabellos castaños iguales a los de ella, aunque el cabello de su hija era un desastre por culpa de la humedad y la falta de un buen corte en meses. Ambas eran muy parecidas, tenían el mismo cabello castaño y ondulado, los mismos ojos color avellana, y la misma complexión delgada. Pero a pesar de casi parecer dos gotas de agua su actitud distaba demasiado. A su madre le gustaba ser una persona extrovertida y activa en la comunidad; a ella le gustaba ser una introvertida total y encerrarse en su habitación con videojuegos, libros y una bolsa de patatas fritas. Sus actitudes distaban a veces demasiado pero eso hacía que fuesen más unidas en las adversidades. Aunque con referencia a la matriarca de la familia, no era para menos su aversión hacia esa monja que profesaba la palabra de Dios.

Mary Hallow era una mujer estricta, tradicional, dura de carácter y una fanática religiosa. Mientras que otras abuelitas cocinaban dulces, tejían suéteres o daban dinero a sus nietos, ella castigaba a sus nietos por cualquier pequeña cosa que no fuese de su agrado, regañándolos por media hora, azotándolos en el trasero con su bastón, o dejándolos por largo rato de pie o hincados con pesados libros en las manos, obligándolos a aprenderse de memoria largos pasajes de la Biblia, que si decían mal, los hacía volver a repetirlos hasta que los dijeran bien. Chris y su hermano sufrieron cada visita de su abuela hasta que encontraron distintas formas de evitarla, desde estar cerca de alguno de sus padres, hasta esconderse en lo profundo de la alacena al lado de las conservas. Sus padres nunca hicieron nada para que sus hijos se acercaran a su abuela, preferían evitar las lecturas habituales de la monja y de verdad todos daban gracias a Dios que sus visitas fueran siempre tan breves. Y ahora, tras dejar su hogar en Nueva York, venían a vivir a la pequeña ciudad de Morning Valley, Oregón al otro lado del país. La joven sentía que su peor pesadilla estaría a unos pasos de ella.

Tras pasar por un extenso bosque de pinos y abetos llegaron al encantador pueblo que se encontraba casi en penumbras. Algunos letreros de los pocos negocios abiertos a esa hora de la noche. El sedán plateado llegó a una zona residencial y pasó al frente de un extenso muro gris perteneciente al convento de El Sagrado Corazón de las Hermanas de la Luz. Sintió la necesidad de encogerse en su asiento, creyendo que su abuela las estaría observando llegar por la ventana de alguna de las torres visibles, a la espera de aterrorizar víctimas inocentes.

El auto dio vuelta y entraron en una calle de un sector de lo más común, las pequeñas casas guardaban el encanto colonial de las viejas construcciones de a principios de los cincuenta, lindas y seguro con una historia detrás. Fue un momento de distracción que provocó que Sarah tuviera que pisar a fondo el freno. De no ser por los cinturones de seguridad las dos se hubiesen golpeado con el volante o la guantera. Las luces del auto iluminaron a un hombre de impermeable amarillo que cruzaba la calle con un carrito de compra lleno de basura. Chris sintió que el cinturón aplastó sus costillas y tras hacer un gesto a su madre de que estaba bien, Sarah asomó la cabeza a pesar de la lluvia, preocupada por haber asustado al hombre que permanecía inmóvil e inmutable.

—¿Está bien?

El hombre no contestó. Se volvió a ellas mostrando su descuidada apariencia, su espesa y enredada barba negra llegaba hasta su pecho, sus pequeños ojos brillantes eran ocultos por un gorro de lana gris, y el montón de ropas raídas que lo cubrían eran visibles por el impermeable abierto. Sin decir palabra su mirada se posó sobre ellas, escuchándose su respiración sobre el sonido del agua. Sus ojos eran tan penetrantes que comenzó a incomodarlas.

—Mamá… —la voz de la adolescente sonaba asustada y al no haber respuesta del hombre Sarah no prolongó la agonía.

—Vale. Me alegra que no le haya pasado nada. Perdone usted. Que tenga buena noche —se despidió escondiendo el nervio en su voz, sintiendo a su hija jalar su suéter para que dejara de hablar. Volvieron a andar lento, esquivando al vagabundo que se quedó quieto en el camino; apenas se alejaron unos metros de ese hombre Sarah dijo a su hija—. Dime por amor a Dios que ese hombre no nos está viendo —la joven se volteó y vio al hombre todavía parado en medio de la calle, este se había girado a su dirección sin apartar la vista de ellas.

—Sigue ahí, como Michael Myers en la película de Halloween.

—Bueno, tal vez sea un vagabundo que viva por la zona y lo asustamos.

—O un asesino en busca de nuevas víctimas para desollar —su madre ahogó un gemido tembloroso.

—Me pregunto de dónde sacas todo eso.

—Tengo quince años. La televisión y el internet son mi vida.

—Busquemos nuestra casa rápido —su búsqueda fue breve, no más de cinco segundo en realidad. No les llevó demasiado reconocer la casa que iban a habitar como la única residencia descuidada de hierba alta, buzón roto, y de horrible pintura descarapelada color salmón y tejado incompleto. El auto se detuvo en frente y Sarah revisó la dirección dos veces antes de comprender que esa era la casa correcta.

«Bienvenidas a la casita del horror. Entren y nadie volverá a saber

de ustedes.»

—Hogar dulce hogar. Me pregunto dónde estará la cinta amarilla.

—No es para tanto, es vieja y necesita un poco de cariño —intentó restarle importancia al sarcasmo de su hija—. Vamos a desempacar, el camión de mudanza no tardará mucho.

—Wow, muero de la emoción —dijo con desganado sarcasmo y su madre la arrastró al interior de la casa con sus cajas.

La llave fue difícil de girar, seguro por la falta de uso y oxido, y al abrirse la puerta el chillido de los goznes oxidados fue similar a un gemido agónico que las hizo estremecer hasta la médula. Al encender la luz estaban seguras que decenas de cucarachas huyeron a la vez, ocultándose en cualquier escondrijo que los pocos viejos muebles cubiertos de plástico podían proporcionarles. Se quedaron paralizadas. Odiaban a los insectos. Chris no quería ver ninguna cucaracha extra grande ir a por ellas en medio de la noche, las odiaba tanto como odiaba a las monjas. Y como tiro de gracia, una rata muerta yacía frente a ellas panza arriba con una macabra mueca de sus retorcidos dientes en una sonrisa siniestra.

«El grupo de bienvenida es tal como imaginaba.»

Se adentraron en la desolada casa que olía a humedad, polvo, y un aroma rancio a podredumbre que sentían comenzaba a impregnar sus ropas. El suelo de parquet que alguna vez fue un hermoso suelo pulido estaba sucio y lleno de excrementos de rata y restos de insectos. Un papel tapiz que anteriormente fue de color mostaza ahora era muy parecido al café de las manzanas podridas, con burbujas de aire que se alzaban sobre las paredes y exhibiendo el moho formado por años de humedad.

Chris miró a su madre con una ceja arqueada. Hasta ella supo que no podía negar lo que tenían enfrente.

—Vale —balbuceó aceptando la derrota—. Admito que necesitará más que una mano de pintura, pero no pasa nada. Al menos tenemos un techo bajo nuestras cabezas —en ese momento el rechinido de la madera vino de la parte de arriba. Esta vez su madre calló.

—¿Por cuánto tiempo?

•••

El camión de la mudanza llegó después de que le dieran una ojeada a la parte de abajo de la casa. La cocina parecía el lugar más decente si lograban quitar con los productos correctos la costra de grasa que tenía incrustada la estufa, también tenían disponibles los servicios básicos de luz, agua y gas. Las primeras horas se encargaron del trabajo duro, había cajas por todas partes, los pocos muebles que

tenían se apilaron con los otros viejos y empolvados muebles de la casa, y abrieron las ventanas para que algo de aire fresco limpiara la esencia de la casa. La abuela se encargó de reclamar la propiedad cuando el tío desapareció, pero no de mandar a alguien a limpiarla cada cierto tiempo. Al subir las escaleras con una caja en manos una gran cantidad de bichos muertos crujieron bajo sus zapatos. Había tres puertas. Una a cada extremo y otra en el fondo del pasillo. Chris entró a la habitación a su derecha, más por costumbre porque su antigua habitación siempre estuvo a la derecha, encontrando un minúsculo cuarto donde apenas cabría una cama individual, un escritorio básico y una silla.

—Debe ser un cuarto de invitados —dijo su madre que vino detrás, no sabiendo cuánto tiempo estuvo contemplando el diminuto espacio —. Puedes usar el otro cuarto, es mucho más grande que este.

—No. Puedo adaptarlo, tú quédate con él.

—¿Quieres ver el baño? Tiene una tina antigua como la que siempre quisimos.

—En un momento —dejó caer la caja en el suelo intentando no pensar que ese diminuto espacio sería su habitación. No tendría espacio para nada, tendría que rodear la cama con cuidado para no golpearse el pie. ¿Y dónde se supone que dejaría sus libros? Tenía tres cajas de libros. No podía dejarlas al alcance de las ratas o insectos que se arrastraban. ¿Y su ropa? No podía concebir que sus zapatos de Dolce & Gabbana fueran mordisqueados, o que sus camisas de Forever 21 se infestaran de insectos. Necesitaba salir de ahí o se volvería claustrofóbica.

Le hizo caso a su madre y fue al cuarto de baño; no estaba tan mal, tenía un gastado azulejo azul rey y algunos estaban rotos, el lavabo blanco estaba cubierto de sarro y óxido, había una regadera que le faltaba la cabeza pero con una gruesa telaraña adornaba parte del techo, y tal y como dijo su madre el baño tenía una antigua tina blanca que estaba empotrada en el suelo con bordes de plata en las patas, las llaves de mano antiguas lucían de bronce auténtico, no pintado, y tenían unos hermosos relieves orientales de flores. Pero el encanto se rompió cuando vio que en el interior de la tina había algo más que sarro. Dos latas de pintura llenas de algo que sospechaba era aceite para motor yacían en la espera de que alguien las recogiese, el líquido no tenía un aroma fuerte pero era negro y espeso como la brea. Dejó el baño y al salir su madre venía cargando otra caja escaleras arriba.

—¿Y bien?

—Es mejor que abajo, no huele mal, es menos frío y considero que debemos quitar con urgencia el horrible tapiz —respondió sin titubear.

—Eso no te lo niego. Mañana contrataremos gente y después iremos al centro a…—un sonido sordo se escuchó sobre sus cabezas. Algo había caído del ático—. ¿Qué fue eso?

—Ni idea.

Pudieron ver la trampilla del ático sobre la entrada del baño. La cadena que abría la entrada oscilaba de un lado a otro casi de forma imperceptible, provocada por lo que fuera que hubiese hecho ese ruido. Sarah tomó la cadena entre sus manos y comenzó a jalar, la trampilla no cedió ni un poco hasta que las dos jalaron con fuerza. Pensaron que romperían la cadena pero la trampilla se abrió de golpe asustándolas con un estruendo, apenas logrando moverse cuando la escalera se desplegó hasta casi tocar el suelo y un jarrón rodó escaleras abajo rompiéndose en pedazos.

—¿Cómo se cayó eso? —preguntó Sarah confundida.

—¿Habrá alguien arriba?—notó que su madre se movió incómoda mirando hacia la compuerta oscura. Chris estaba segura que pensó en el vagabundo de hace un par de horas porque ella pensó lo mismo.

—Seguro que no hay nadie. Pero voy a subir para que estés más tranquila cariño.

—Espera aquí. Yo voy —dijo al ver que su madre era quien estaba más nerviosa de las dos—. Tengo la linterna en el llavero pero debo ir por algo primero —bajó rápidamente las escaleras y volvió a subir con el bate de béisbol que su madre compró por protección después de que un adolescente drogado intentase entrar a su casa años atrás. Su madre comenzó a asustarse en serio—. Es por si me encuentro con alguna rata.

—Vale, pero no dudes en gritar. O hablar, habla mucho por favor.

La joven subió las escaleras con cuidado, se asomó e iluminó alrededor antes de poder entrar por completo. El aire se sentía más pesado y lucía como si hubiese pasado un tornado. Todo el sitio era un desastre descomunal. Una enorme cantidad de papeles, piezas de refacciones, circuitos y demás objetos estaban regados en el suelo. Ni siquiera podía ver el suelo y alrededor se formaban cajas apiladas como torres de Babel que se caerían al mínimo movimiento. Pisó algunos viejos circuitos de un aparato y casi cayó al tropezar por culpa de una vieja televisión de transistores. Las vigas sobre su cabeza no eran demasiado gruesas para ocultar a una persona pero el suelo era otra cosa, sentía que en algún momento un zombi saldría de debajo de toda esa basura y la llevaría a la oscuridad eterna. Suspiró, tal vez ya iba siendo hora de dejar de ver tantas películas de terror, porque estaba viviendo una ahora. Llegó hasta un gran y viejo escritorio lleno de más basura electrónica, trapos, papeles y libros cubiertos de una gruesa capa de polvo. Recordó que su tío era un tipo excéntrico, pero no una mala persona. Él le regalaba juguetes hechos por él o arreglaba

los que se le rompían, los llevaba al cine seguido y hacía el mejor macarrón con queso de todos. Sin embargo, dejó de visitarlos con el tiempo y la última vez que lo vio fue cuando cumplió los ocho años. Su hermano y él eran muy parecidos. Ricky estaba muy interesado en la robótica e ingeniería pero su padre lo obligó a entrar al equipo de futbol para que no estuviese todo el tiempo en casa con sus proyectos. Si lo hubiese dejado en paz su hermano estaría vivo ahora y…

—¡No escucho nada! —gritó su madre desde abajo.

—¡Lo siento!

Dejó una bombilla rota en el escritorio, comenzó a describir lo que veía en voz alta, mirando desinteresada los libros y planos enrollados. Revisó con atención las cajas llenas de más basura electrónica, pilas de periódicos viejos, antiguos álbumes de fotos vacíos, lámparas, planos azules clavados en las paredes y que no comprendía, entre tantas muchas cosas. Estaba segura que su hermano hubiese sido feliz inspeccionando todo eso pero ella no, quería salir de allí y darse una ducha. Siguió con su descripción hasta que gritó al iluminar en el suelo el rostro de una monja que la miraba con absoluto desdén, no tardó en darse cuenta que era un retrato de su abuela cuando estaba menos arrugada, porque el término joven no entraba en su categoría. Era una pintura de busto impresionante, la mujer en la pintura vestía como siempre recordaba su impecable hábito, sus brillantes y negros ojos la miraban severa desde ese retrato de más de metro y medio, su nariz aguileña estaba un poco arrugada y sus labios apretados en señal de menosprecio. Sentía que veía a través de su alma, encontrando sus peores defectos y poniéndolos en una balanza frente a Dios para la condenación eterna. Dio un paso atrás y su codo golpeó una caja de cartón, por suerte tenía su chaqueta puesta y no le dolió.

—Escuché algo. ¿Estás bien?

—Sí. Es que vi algo horrible y me asustó —suspiró de nuevo, aliviada que sólo se tratase de una pintura, una demasiado realista para su gusto. Quien la viese se preguntaría si de verdad era una monja o una bruja. Lástima que no tenía a Whoopi Goldberg para que le ayudara a transformar a su abuela en un ser humano. No tenía idea de quién rayos pudo haber pintado esa monstruosidad pero iba a prenderle fuego apenas y tuviera oportunidad. Un chillido agudo llamó su atención al costado e iluminó a su derecha, viendo asomarse del agujero de la caja que golpeó con el codo a una enorme rata gris. Gritó y agitó su bate en el aire. Golpeó las cajas y varias cosas salieron volando en la oscuridad. Pudo sentir a la rata pasar por sus tobillos. Gritó, saltó y golpeó el suelo rompiendo lo que fuera que estaba bajo sus pies a excepción de la cabeza de la rata. Se tropezó y casi cayó sobre el escritorio, pero su mano se apoyó en algo duro y ovalado en punta envuelto en una tela sucia. Iluminó alrededor y bufó al no ver a

la rata prófuga.

—¡Chris! ¿Estás bien?

—Estoy bien, me asustó una estúpida rata.

La rata había huido entre toda la basura. Maldijo a lo bajo y luego revisó lo que había frenado su caída. La tela del objeto en que se apoyó se había corrido revelando un limpio y barnizado pedazo de madera de nogal. Retiró la tela curiosa y encontró lo que parecía ser una vieja radio en perfecto estado.

—Vaya…—era singular a su manera, tenía dos perillas negras con ventanas sobre estas, las cuales movían unas finas agujas mostrando una serie de números del 1 al 0. Las pantallas estaban hechas para lucir como los ojos animados de las caricaturas antiguas de blanco y negro, y la bocina situada debajo era inusual y extraña con la forma de una larga sonrisa burlona. Era la primera vez que veía algo así y le encantaba. Cogió el aparato y bajó las escaleras, deseosa de respirar aire fresco y siendo recibida por su madre que la tomó de las mejillas para revisarla

—¿Estás bien? ¿Te ha mordido esa rata o te pinchaste con algo oxidado? —preguntó preocupada.

—No pasó nada, pero arriba es un desastre. Es imposible encontrar algo, incluso puede haber un cadáver arriba y no tendríamos ni idea.

—Ya limpiaré arriba con calma, no quiero que vuelvas a subir. ¿Qué es eso?—señaló la radio.

—Una radio un tanto peculiar. No esta tan mal. Me gusta para decorar.

—Nunca había una radio como esta. Con unas orejas de ratón se parecería mucho a cierto ratón que adorabas ver sin falta todas las mañanas.

—Me gustaba más el pato. Y eso fue antes de enterarme que su creador era un maldito racista y antisemita cuando no hacía parques llenos de sueños infantiles —Sarah pasó su mano por la cabeza de su hija, orgullosa y temerosa por su franqueza y fuertes principios.

—Si te gusta quédatelo, seguro era de tu tío y…—sus palabras se vieron interrumpidas al escuchar como alguien golpeó la puerta principal con tanta fuerza como si quisiera tirarla abajo—. Ya está aquí.

—¿Podemos hacer como que no estamos? —suplicó a su madre que la miró con reproche.

—Pon tu mejor cara y no digas nada. Vamos.

Rodó los ojos sabiendo que sería inútil resistirse. Dejó la radio sobre la caja que dejó en su habitación antes de ir con su madre. Bajaron las escaleras con cierta aprensión, la puerta tembló de nuevo ante los golpes que el visitante propinaba con fuerza. Llegando al último escalón, ninguna sentía el deseo suicida de acercarse a abrir la

puerta pero no fue necesario. Esta se abrió de golpe mostrando a su visitante. Y como una visión de ultratumba apareció la monja de sus pesadillas con su piel apergaminada, nariz ganchuda, labios apretados y delgados, y ojos tempestuosos que prometían dolor y sufrimiento a cualquiera que la mirara directamente. Entró a la casa al momento en que un trueno se escuchó a lo lejos rompiendo con la quietud de la lluvia.

«Satanás ha llegado y no es medianoche»

2

— ¿Por qué tardaban tanto? ¿Es que no escuchan que llamo a la puerta? —ladró la vieja monja que dio un portazo al cerrar. Avanzó hacia ellas con su bastón, tan duro como su carácter y tan negro como el hábito que vestía.

«Al igual que su alma»

—Respondan. ¿Es que están sordas?

—No somos tan afortunadas —murmuró Chris entre dientes pero la vieja tenía un oído de tísico que sería la envidia de cualquier músico.

—Impertinente. Eres una perdida. Mírate, vistiendo esa cosa de pantalones y ropa ajustada. Faltándole el respeto a tus mayores. Después de que les he permitido quedarse aquí tras quedarse en la calle —la joven miró aburrida a la anciana, como si el haberles ofrecido una casa sucia, la cual se notaba que nunca había puesto un pie dentro hasta ahora, fuera un acto de caridad. Su madre intervino para aligerar la tensión entre ambas que bien podía cortarse con un cuchillo de mantequilla.

—Es la adolescencia, sabes cómo son los jóvenes a esa edad. Venga, mamá, ¿quieres un té? Todavía no he desempacado toda la cocina pero…

— ¿Y para qué me ofreces té entonces? —bufó como un toro, como si el estar con ellas la hastiara—. No dices más que estupideces, Sarah. ¿Pero qué me va a extrañar de alguien que se casó con el primer hombre que le levantó la falda? Nada más vine para confirmar que ya llegaron y que me ayudarás con los pendientes del convento como prometiste.

—Por supuesto, apenas nos asentemos y desempaquemos comenzaré con el trabajo en el convento.

— ¿Insinúas que te espere hasta que desempaques? —Preguntó con la indignación asomando en sus ojos—. Ni hablar. Tardarás mucho. Tu hija la ingrata puede arreglárselas sola con estas cosas. Yo te necesito mañana a primera hora para explicarte qué hacer.

Chris miró a su madre con grandes ojos, rogándole con que no la dejara sola con semejante desastre de proporciones colosales. Sarah intentó encontrar las palabras pero con su madre siempre era difícil.

—Pero mamá, mira la casa. Necesito poner orden primero en este lugar.

—¿Quién te crees que eres para dejarme tirada con el trabajo? No te he enseñado a ser una malagradecida. No sabes lo que me costó hacer que te aceptarán después de todo, a ti, a una mujer que no sabe hacer nada y que no terminó sus estudios universitarios. Así que decide bien o debo buscar a alguien más agradecido por tener un

techo sobre su cabeza.

La paciencia de Chris era escasa, por lo que se terminó rápido al escuchar los reclamos sin sentido de ese viejo murciélago. No iba a permitir que nadie sobajara de esa forma a su madre, ni mucho menos una vieja harpía como ella. Iba a decirle unas cuantas verdades cuando la mano de su madre sujetó su muñeca en una muda advertencia para que no dijese palabra alguna. Se mordió la lengua y bajó la cabeza con la mandíbula apretada.

—Muy bien, estaré allí mañana temprano —no podía negarse aunque quisiera o colocar alguna condición. De eso dependía un techo sobre sus cabezas y no tenían el dinero suficiente para tener alguna otra opción.

—Bien dicho. Y a ver si con algo de trabajo duro tu hija se endereza. Me voy. Nada más vine aquí por eso. Y no se les ocurra hacer cosas raras en la casa o las echaré por ello.

—Cuídate de la lluvia, madre.

—No se vaya a derretir, ¡auch! —recibió un golpe del bastón en la pierna. Apretó los dientes para no soltar la lengua contra la vieja que la miraba con una sonrisa mordaz, esperando con ansias una excusa para apretarles más la soga al cuello. Al no tener la satisfacción se dio la media vuelta y al salir volvió a azotar la puerta, yéndose bajo la lluvia sin ningún paraguas o impermeable para cubrirse, pareciendo un espectro deambulando en la oscuridad.

Cuando se fue, Sarah dejó salir el aire de sus pulmones, como si aquel breve encuentro se hubiese llevado todas sus energías. Se sentó en una vieja silla y Chris puso su mano sobre su espalda sin poder encontrar las palabras para infundirle ánimo a su madre. Ese era usualmente el papel de Ricky, pero él ya no estaba allí con ellas ni mucho menos su padre. El bastardo egoísta que las echó a la calle para encerrarse en su dolor como si a ellas no les hubiese dolido su muerte. Y ahora estaban en las manos de la vieja bruja que necesitaba una persona que llevase las cuentas y se encargase de la administración del convento con el mínimo de paga. En pocas palabras, estaban en el hoyo. Su madre le sonrió con ternura queriendo decirle con eso que todo estaría bien, pero la inquietud en sus ojos no la dejaría tranquila hasta que abandonasen ese lugar; por su madre fingiría que le creía y correspondió a su sonrisa. Su madre se levantó y besó su frente regalándole otra sonrisa llena de optimismo.

—Vamos a cenar fuera. Vi una pizzería en el camino y tengo tanta hambre que me comería un caballo.

—Esperemos que comamos la pizza y no al caballo.

Tomaron sus abrigos y salieron a cenar. La pizza era buena y el lugar no estuvo nada mal, a pesar de que se preguntaron cómo podía un restaurante construido en madera no temer algún incendio. Sarah

la hizo reír colocando dos pepperonis en sus mejillas y Chris se puso dos panes de ajo en la boca como colmillos, olvidándose por esa noche de todos sus problemas y disfrutando de su compañía. Al menos parte de la noche, porque detrás de las risas sentían que algo faltaba y eso era la presencia del hijo y el hermano que coronaba los buenos momentos con una broma o comentario burlón.

•••

El primer fin de semana de la limpieza en solitario comenzó. Era una tarea titánica para cualquiera y más para una adolescente, mayormente para una introvertida que por primera vez en mucho tiempo el exterior representaba una tentación enorme. Después de desayunar un bagel con crema, se armó con escoba, trapeador, productos de limpieza e insecticidas mortales para entrar a la acción. Al pasar de las horas, montañas de suciedad y cadáveres de insectos se alzaron en cada rincón de la casa. Mugre, polvo y moho se situaron en donde quiera que mirara. Y aun habiendo puesto toda su energía en la limpieza, al anochecer la casa todavía no lucía limpia. Cayó derrotada esa noche y no quería pensar en el día siguiente. A pesar que todo su ser gritaba por ayuda, fue incapaz de pedirle ayuda a su madre. No quería achacarla con más problemas de los que sus hombros ya tenían, mucho menos sabiendo que ella tendría que lidiar con la abuela todos los días hasta que se fueran de allí. A Sarah tampoco le fue fácil su primer día. Despertó temprano para ir al convento pero a pesar de ello su madre le ordenó llegar al lugar a las siete de la mañana, ni un minuto más, ni uno menos. No tuvo demasiadas esperanzas con el trabajo pero igual fue decepcionante. Al parecer las monjas no habían tenido a nadie que les arreglara los documentos ni permisos por años, ahora le tocaba escarbar en montañas de papeles y sacar las cuentas de los últimos veinte años. Sin embargo eso no la iba a intimidar, se prometió a sí misma tratar de hacer su mejor esfuerzo para su hija aunque eso significara enterrarse en cajas y cajas de interminables papeles y tratar con la actitud de su anciana madre. Regresó casi a las nueve de la noche y la casa se veía relativamente mejor que ayer. Ya no había insectos muertos y el cadáver de la rata en la entrada había desaparecido. Se sentía un aire más limpio a pesar que la casa lucía todavía sucia y las burbujas en el tapiz habían desaparecido. Al subir las escaleras a ver a su hija la encontró durmiendo después de una dura jornada de limpieza con una bolsa de patatas fritas yaciendo a un lado de la cama. Se prometió que regresaría a la hora del almuerzo para hacerle algo nutritivo de comer, mas sería difícil cumplir esa promesa. No se vieron tampoco el día siguiente y apenas pudo

regresar a la hora del almuerzo llevando algo de comida del convento, su hija estaba más ocupada con la limpieza de arriba que apenas la escuchó cuando se despidió. Hasta el final del fin de semana no se vieron ni se hablaron. El trabajo y el cansancio las mantuvo separadas pero estaban dispuestas a hacer su mayor esfuerzo en su estadía para no preocupar a la otra. Eran tercas a su manera, sin saber que más sorpresas aguardarían por ellas.

•••

Su primer día en la escuela pasó sin pena ni gloria, nadie estaba interesado en conocerla y Chris tampoco tenía interés en conocer a alguien. Cuando el maestro en turno la presentó, todos la miraron como si fuese una paria desde el momento en que mencionó con emoción mal disimulada que venía de Nueva York. Pudo leer el desprecio en sus ojos y supo que no debía esperar nada de nadie en esa escuela. El sitio le pareció mortalmente aburrido, sabía las lecciones por adelantado, y por ello no prestó demasiada atención en clases. Evitó el comedor como la peste tras el aroma de la grasa y la ridículamente enorme cantidad de alumnos y mesas a sortear, así que comió su almuerzo en un lugar en la intemperie apartado de los alumnos. Al buscar la biblioteca para poder distraerse su decepción fue enorme. Era un completo chiste, pequeño, con libros maltratados llenos de temas escolares o novelas aburridas abarrotando cada estante, y el olor a limpiador de pino en exceso hizo que casi vomitara. Salió de allí lamentándose por no haber llevado un libro de su colección. El resto de sus clases fueron igual de decepcionantes, llenas de miradas desdeñosas, lecciones aburridas, y chismes mal disimulados a su persona. Era inútil intentar llevar las clases y no quería pensar en regresar a esa casa tan rápido, así que regresó a pie. No quería usar el autobús ya que, si bien la escuela estaba a veinte minutos a pie, necesitaba respirar profundo y despejarse por la pequeña ciudad. Definitivamente no estaba en Nueva York, pero admitía que tenía su encanto vivir en una pequeña ciudad rodeada de bosque. El aire era distinto, limpio y ligero, algunas tiendas de la zona servían en su recorrido para distraerse, no había autos tocando el claxon, ni personas maldiciendo a todo pulmón, y en vez de edificios altos tenía la vista del cielo y las montañas repletas de naturaleza. Quería convencerse que no era tan malo como esperaba y que la gente en las calles no la miraría como los alumnos que la señalaron como un bicho raro criticando cada aspecto de su guardarropa.

«Perdónenme la vida por usar una chaqueta becoler de colección pueblerinos idiotas»

Sin embargo, tal vez fuera que estaba acostumbrada a la ciudad que sentía que faltaba cierta emoción. Le parecía demasiado tranquilo para una adolescente común a pesar que le gustaba pasar sus días encerrada. Algo en ese sitio no terminaba por darle esa emoción que necesitaba, o al menos lo pensó así hasta que vio a un par de chicos escondidos en los feos arbustos enfrente de su casa. Uno de ellos con gorra llevaba una pequeña cámara de video en mano.

—Lunes 26 de febrero, nos hemos enterado que nuevos residentes han ocupado la antigua casa del loco inventor este fin de semana —habló con voz baja el compañero del camarógrafo, poniendo un halo de misterio moderado en su voz—. No sabemos nada de los nuevos residentes pero tememos lo peor por su seguridad. Nadie ha ocupado la casa desde la desaparición de su anterior dueño y no se sabe qué misterios hay en su interior. ¿Qué secretos indescriptibles encontrarán sus ocupantes en esa casa? O qué horrible destino les deparará tras las paredes. ¿Muerte? ¿El olvido? ¿O serán víctimas de la maldición que alberga el lugar? Esperemos que logren salvarse antes de también desaparecer.

—Me cae que voy a llamar al 911 —interrumpió mirándolos con completa desconfianza y con el celular en mano lista para hacer la llamada. Los dos chicos la miraron asustados antes de agacharse más en los arbustos, para su sorpresa eran gemelos idénticos, y estudió cada detalle sobre ellos. Tenían una perfecta e inmaculada piel morena, ojos verdes, cabello rizado y negro como la noche, y poseían una envidiable complexión atlética al juzgar por su ropa nada abultada a pesar del frío. Eran sumamente apuestos, eso era un extra muy favorecedor para ella que se preguntó si asistirían a la misma escuela. Lo único que los diferenciaba además del color de sus chaquetas verde y azul, y quien grababa e iba de azul llevaba una gorra negra en su cabeza con el logo de Play Station en blanco.

«Dos apuestos jóvenes gitanos con ojos de gato. ¡Al fin algo bueno pasa! Espero no estar babeando»

Su hechizo se rompió sobre ella cuando la instaron a guardar silencio al mismo tiempo, obligándola a agacharse jalándola por ambos brazos.

—Escóndete o los residentes podrían verte —habló el de la voz dramática.

—¿Por qué debería? ¿Y qué les importa esta casa? —el de la gorra le contestó en el mismo tono bajo que su hermano aunque con menos dramatismo.

—Estamos grabando la casa para nuestro canal de YouTube porque está maldita.

Arqueó la ceja con incredulidad. Lo único maldito dentro de esas cuatro paredes eran los hongos esparcidos por la humedad.

—Maldita. Claaaaro y mi abuela es Mary Poppins —habló sarcástica sin creer lo que escuchaba. Los hubiera dejado para que siguieran en sus delirios pero eran lo más interesante que le había pasado desde su llegada, o quizás meses, y no quería dejar ir la oportunidad—. Entonces, ¿cuál es la historia? —señaló su casa y Voz respondió más rápido que su hermano.

—Esta es la casa del loco inventor Jeremiah Hallow. Un loco que trabajaba en su sótano haciendo extraños inventos.

Aguantó la risa como pudo. Ni siquiera tenían sótano pero los dejó continuar siendo ahora Gorrita quien siguió con el relato.

—Se decía cosas raras de sus experimentos, incluso se contaba que llevaba cadáveres del cementerio para experimentar con esos. Se levantó una investigación pero no llegó a concretarse nada en su contra por las pocas pruebas que tenían.

—Y un día desapareció sin dejar rastro.

—La policía lo buscó por mucho tiempo pero no dejó pista tras él. Cuentan que desapareció en medio de una noche tormentosa.

—Se dice que se volvió loco y se escondió en algún lugar de los bosques. Nadie ha vuelto a saber de él. Y algunos dicen que todo aquel que viva en esa casa desaparecerá o se volverá loco por culpa de las almas de los cadáveres que perturbó con sus experimentos.

Tuvo que morder su mejilla para evitar reír. Todo ello era hilarante. Primero que a su tío lo compararan con el doctor Frankenstein, y después que su casa estaba encantada. También le parecía adorable y entretenido verlos intercalarse al relatar ese cuento de viejas.

—No me digan. Qué miedo —tembló de forma moderada usando sus escasas dotes de actriz, ninguno pareció percatarse de su escepticismo y Voz prosiguió.

—Sí, y nos informaron que hace poco se acaban de mudar a esa casa.

—No me puedo creer que alguien viva allí —susurró Gorrita consternado.

—Quizás ahora mismo están siendo torturados por el fantasma de ese enfermo lunático ahora mismo.

Bien, eso no le gustó. Su tío era excéntrico, no un demente. Se levantó a punto de decirles unas cuantas palabras cuando la puerta de enfrente se abrió y los dos chicos se asustaron al ver a una mujer mirar a su dirección.

—¡Cariño! Me alegro que llegaras, te dejé la comida en el microondas —los gemelos intercalaron una mirada entre ellos para luego centrarse en la chica que les dedicó una sonrisa amplia y mirada venenosa.

—Sí, mamá. Ya voy —una clara amenaza apareció en sus ojos y

entró a la casa al tiempo que su madre se despedía de ella para irse a hacer unas compras rápidas antes de regresar al convento. Escuchó el auto alejarse por la calle y sacó su plato de pasta y albóndigas del microondas, olía tan bien. Pero no pudo poner su trasero en la silla cuando segundos después escuchó una serie de golpes en su puerta—. Debes estar bromeando.

Afuera los hermanos se preparaban para asaltarla con preguntas, mirando por las ventanas y esperando impacientes a que abriera la puerta.

—Déjame a mí las preguntas. No debemos asustarla, si todo va bien esto será oro para nuestro canal —aseguró Voz con clara emoción.

—La pobre ni siquiera sabe que se ha metido a la boca del lobo —dijo Gorrita viendo a su hermano asentir.

—Y es nuestro deber advertirle.

—Y que el mundo sea testigo de ello.

—Tú sí sabes, hermano.

Estaban tan ocupados dándose la razón entre ellos que no se dieron cuenta que se abrió la ventana sobre sus cabezas. Un silbido los hizo mirar arriba y entonces una sustancia oscura y espesa como el petróleo les cayó encima dejándolos cubiertos de pies a cabeza. Chris dejó a un lado las latas de desperdicios de aceite y les sonrió burlona desde la ventana.

—Para su información, mi tío no estaba loco. Era un brillante genio incomprendido. Así que váyanse o llamaré a la policía y diré que están invadiendo propiedad privada.

Cerró la ventana y los escuchó irse farfullando un montón de tonterías y agradeciendo que la cámara sobreviviera. Se rio un poco al haber encontrado uso a esos viejos botes de aceite, claro que sería un problema limpiar ese desastre pero tenía suficientes productos de limpieza hasta que su madre llegara con más.

Estaba dispuesta a bajar a comer cuando un fuerte chillido rompió sus tímpanos. Cubrió sus oídos con sus manos, el sonido penetró hasta su cerebro peor que uñas sobre un pizarrón, sus oídos comenzaron doler y creyó que sangrarían en cualquier momento. Al buscar con desesperación el origen del sonido vio desde la entrada de su cuarto la radio encendida y las pantallas iluminadas en un opaco amarillo. El ruido se mezcló con un horrible sonido blanco entre melodías distorsionadas y voces. Intentó desesperada buscar el botón de apagado pero no lo veía en el frente. Lo golpeó con la palma y lo echó a la cama con la bocina sobre el colchón, poniendo su almohada encima ahogando el sonido que parecía aumentar. Su puño golpeó la almohada hasta que pudo sentir un botón casi invisible a un costado del aparato, lo presionó y escuchó un claro click que acabó con todo. El silencio fue un alivio. Su cabeza zumbaba y tardó un poco en

recuperarse. Puso la radio en su lugar y cerró la puerta de su habitación, pensando que quizás debiera devolver esa vieja radio al ático pero desechó la idea de inmediato. Le gustaba mucho como decoración, estando segura que el botón de encendido estuvo mal colocado desde que lo tomó del ático provocando que se botara. Se sintió boba, ya que por un momento se sintió sugestionada por ese par de ridículos y la historia de su casa.

El viejo teléfono de la casa comenzó a sonar en aquel típico sonido de timbre antiguo, fue a responder abajo en la sala y apenas levantó el auricular una serie de gritos se escucharon del otro lado.

—¿Qué es lo que haces para no contestar rápido, idiota?

«Mis pobres oídos»

—Hola abuela, ¿cómo estás? ¿Todavía viva? —respondió con un tono de falsa dulzura.

—¿Dónde está tu madre?

—Mamá está de compras, creo que escuché que te dijo algo sobre que tenía que comprar ciertas cosas y que iría más tarde.

—Pues la necesito para que venga por algo. Dile a tu madre que tiene que estar aquí en una hora a recoger los papeles que pidió con tanta urgencia.

—Fue a la tienda por más productos de limpieza y comida.

—No te he pedido explicaciones, te he dicho que le digas que venga —se mordió la lengua para no responder como desearía, mirando el techo y recordándose que les había dejado quedarse en esa casa. Se tragó sus insultos.

—Mamá se olvidó su celular —mintió sin inmutarse—. ¿Por qué no voy yo a recoger eso que quieres? Llegaré en cinco minutos.

—¿Tú? Bien, para algo deberías de servir. No tardes.

Colgó tan fuerte que tuvo que alejarse del auricular. Miró su comida en la mesa antes de coger su chaqueta, al parecer comería de nuevo plato recalentado. Tenía que aprender a cocinar por su cuenta si no quería que el microondas fuera su eterna salvación.

•••

Su camino fue más corto de lo esperado, odiaba que el convento de verdad estuviese a menos de cinco minutos a pie. Antes de cruzar la calle que corría paralela, miró a ambos lados antes de cruzar, observando las paredes grises que recorrían varios kilómetros de un lado a otro, con picos sobre el muro pensando que seguro era para que nadie saliera en vez de que fuera lo contrario. La enorme puerta de

madera en arco le recordó a las antiguas puertas de las abadías con esos goznes de acero que realzaban de forma imponente la puerta, y a la altura de su cabeza estaba una aldaba con el rostro de un ángel y alas a los lados que la miraba con expresión sombría por culpa de la mugre impregnada. Golpeó tres veces y una apertura oculta se abrió casi de inmediato, mostrando a una monja mirarla desconfiada.

—¿Qué quieres, niña?

« ¿Es que todas las monjas tienen cara de haberse chupado un limón?»

—Hola, disculpe hermana, pero vengo a por unas cosas que mi abuela pidió que me llevara. Es la madre Mary.

—Ah, sí. Eres la nieta de la madre superiora…—la miró de arriba abajo—. Ya veo que lo que decía tu abuela de ti era verdad. Pasa, te está esperando.

No quería saber qué era lo que su abuela había dicho de ella, seguro no era nada agradable. La monja abrió la puerta y de repente su cara se deformó en una mueca de ira.

—¡Deja eso!

Por un momento pensó que le gritaba a ella, pero al volverse vio del otro lado de la calle a un vagabundo revisar los botes de basura. Este se volvió en su dirección y lo reconoció al instante, era el mismo vagabundo de la última vez. Su espesa y pronunciada barba estaba cubierta por una bufanda roja deshilachada, no llevaba el impermeable amarillo y dejaba a la vista un largo y viejo abrigo oscuro que llegaba hasta sus rodillas, una sucia camisa, pantalones cafés rotos de la rodilla derecha, y unos grandes zapatos negros. La monja la apartó de su camino sin mucha delicadeza y salió a la banqueta.

—Lárgate de aquí vago asqueroso o llamaré a la policía para que esta vez te den la paliza que te mereces.

El hombre la miró con sus pequeños y brillantes ojos negros, su intimidante mirada hizo que la monja retrocediera hasta volver a la puerta. Luego este miró a Chris que se quedó paralizada ante sus ojos que le recordaron a los ojos de un cuervo, oscuros y profundos, llenos de misterios y secretos que no debían ser conocidos. Él inclinó un poco la cabeza a modo de saludo hacia ella, mientras que a la monja le dedicó otro tipo de saludo con su dedo medio.

—¡Pecador! ¡Por algo estás así!

Metió a Chris casi a la fuerza y cerró la puerta corriendo un seguro de hierro que iba con el cerrojo, suponiendo que uno podía entrar y evitarse tal bienvenida si tenía la llave. Chris no podía entender esa actitud proveniente de una mujer que había jurado su vida a Dios y ayudar al prójimo y menesteroso.

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Entonces no debe de

tenerse mucho amor a sí misma»

La monja bufó y le dedicó una mirada dura.

—Sígueme. Y no te alejes demasiado, algunos se pierden por aquí.

Siguió a la monja por un pasillo empedrado sin muchos ánimos. Sintió una atmosfera húmeda y pesada que se cernía sobre ella. Donde quiera que mirara todo era color gris, la piedra y el cemento dominaban el corredor apenas iluminado por focos incandescentes que casi le hizo creer que eran antorchas encendidas a los costados. Pensó por un momento que regresó a la Edad Media. Pronto a su izquierda elegantes e imponentes arcos de estilo gótico aparecieron, dándose cuenta que en cada arco estaba en roca esculpida dos manos juntas y el rostro de un ángel en la cima. Los arcos daban vista a un patio amplio y de pasto verde perfectamente recortado. A la izquierda del patio estaba una puerta de arco de madera recién pulida del torreón cuyo diseño gótico le recordó a la Catedral de San Esteban en Austria de la que había visto fotografías, con cada relieve puntiagudo pulido y con un gran ventanal en el centro, pero su belleza era opacada por el mismo horrendo gris. En el centro del patio, sobre una base de cemento de un metro y medio, yacía una escultura que lucía como la Virgen María con las manos juntas en oración, aún desde la distancia notó los detalles que tenía. Quien hubiese hecho eso seguro dedicó mucho de su tiempo en ella, cada minúsculo detalle era notorio, incluso el cabello que sobresalía del manto de su cabeza y caía sobre su pecho izquierdo estaba muy bien hecho. No se dio cuenta que se detuvo para admirar semejante pieza maestra, dejando que la monja se adelantara hasta perderse en el pasillo. Sus rasgos eran demasiado bellos, de ojos compasivos, una nariz afilada y unos labios finos y bien proporcionados. Estaba ante una obra hecha por un Miguel Ángel. ¿Cómo era posible que en un lugar tan triste hubiese una estatua así? Quería darle la mano a quien hubiese hecho esa escultura digna de un museo. Pudo notar que la estatua tenía algunas partes deterioradas más eso no menguaba su enorme belleza. Su cabeza seguía divagando en las similitudes de obras vistas en museos hasta que una fría y pesada mano se posó sobre su hombro. Una voz gruesa y gutural susurró detrás de su oído y un escalofrío recorrió desde ese punto hasta el final de su espalda.

—Abandona toda esperanza, hija mía. Y húndete en la desesperación eterna con los pecadores.

Giró su cabeza para toparse con una figura sombría mirándola con unos enormes y fríos ojos azules.

Su grito se escuchó hasta más allá de las paredes del convento y quizás del pueblo.

3

Retrocedió por instinto alejándose de ese ser diabólico que intentaba llevarla con él a los infiernos, esa enorme mano se estiró para atraparla pero lo evitó con éxito hasta que sus piernas chocaron con la base a mediación del arco, haciéndola caer hacia atrás y cayendo de espaldas sobre el césped húmedo.

—¡Oh, por Dios! ¿Estás bien? —Preguntó la persona alarmada, ella no contestó y su vista se fijó en unos pantalones bien planchados y luego en una sotana negra. Su mirada fue subiendo hasta ver al sacerdote de la parroquia mirarla con preocupación—. Lo siento tanto, no quería asustarte, bueno, al menos no tanto.

Exhaló un suspiro de alivio. No era un ser del inframundo, era un religioso con una impecable sotana negra con cuello blanco, tenía un abundante cabello negro peinado hacia atrás, cuyos lados se habían vuelto grises debido al paso de los años, y la miraba con unos preocupados y profundos ojos del mismo azul que un cielo despejado en primavera; calculó que debería tener la edad de su madre o quizás más por las arrugas de sus ojos. Vio su mano extendida hacia ella y se percató de la ridícula posición de piernas al aire en la que estaba. Tomó su mano sin dudarlo.

—¿Te hiciste daño?

—No, estoy bien. El pasto amortiguó la caída.

—Siento haberte asustado de esa manera. Soy el padre Samuel Williams, padre de la parroquia.

—Christina Hallow, y no se preocupe, creo que fue un susto magistral —el padre rio apenado.

—Ya. Pero creo que debería controlarme un poco. A veces parezco un crío.

—Eso no tiene nada de malo. Mientras no se comporte como un crío malcriado.

—¿Y esto no fue inmaduro?

—Más bien divertido —el padre rio de nuevo, tenía una risa fresca y contagiosa.

—Vale, lo tomaré en cuenta. ¿Y qué te trae por aquí, Christina? ¿Deseas unirte a la orden de las hermanas de Santa Rita? —ella hizo una mueca.

—No, gracias. La verdad es que estoy aquí porque mi abuela me dijo que viniera.

—¿Y quién es tu abuela? —antes de contestar la voz rasposa de la madre superiora resonó por el pasillo.

—¿Dónde has estado atolondrada? —Chris señaló dónde provenía la voz sin necesidad de contestar a la pregunta del padre. Su abuela se

acercó con su bastón al aire seguida de la otra monja que la recibió en la puerta—. ¿Qué es lo que haces aquí? Te llevo esperando largo rato y estás tonteando por ahí. No tienes nada más que aire en esa cabeza tuya.

—Madre Mary, por favor—intervino el padre Williams al ver las intenciones de la anciana con el bastón—. Fue mi culpa, le mostraba a la joven las maravillas de este convento pensando que era una visitante más. No le di tiempo a explicarse —habló con asombrosa parsimonia que tranquilizó a las monjas.

—Oh, bueno, si es así no veo inconveniente. Pero le pido disculpas por ella, es tan atolondrada como su madre.

—Ya veo, así que es su nieta. Debí adivinarlo, se parece mucho a su hija Sarah.

—Igual de atolondrada.

Chris iba a defender a su madre pero el padre puso su mano sobre su hombro impidiendo cualquier impulso de su parte y siguiendo sonriendo a las mujeres.

—Al contrario, se nota la inteligencia en sus ojos, ya que de no ser así seguiríamos con el montón de problemas administrativos que usted no pudo realizar a pesar de su esmero. Debe sentirse muy orgullosa de ella.

Chris sonrió amplio. Su pulla fue tan sutil que dudaba mucho que esas viejas monjas amargadas lo hubiesen captado en su momento. Era la primera vez que un religioso le caía tan bien. El padre Williams dirigió su atención a ella y le sonrió con el mismo encanto que tenía a las ancianas hipnotizadas.

—Cómo sea, mostraba a nuestra visitante la bella estatua de Santa Rita que precisamente usted hizo para nosotros hace tantos años.

Los ojos de la joven se abrieron como platos, mirando a la estatua y a su abuela que tenía su atención puesta en el padre Williams que siguió hablando al notar la clara incredulidad en su expresión.

—Tu abuela es una mujer talentosa, en realidad ella fue quien hizo gran parte de los revestimientos de este lugar y de la iglesia, por supuesto la estatua es su mayor obra aunque ya le hace falta una leve restauración. No está de más decir que deberías de sentirte honrada de tener una abuela con semejante talento.

No respondió, pero quedó con una expresión imparcial. No gracias. No le importaba si ella era capaz de reproducir la Mona Lisa o incluso un Monet. Nada de lo que esa mujer hiciera iba a cambiar su opinión sobre ella por el hecho de que las tenía a ella y a su madre en la palma de su arrugada mano.

—Bueno, bueno —llamó la atención la madre Mary con un tono suave que su nieta nunca le había escuchado—. No tiene que decir nada más, padre. Usted sabe por qué hice lo que hice en su momento,

no hablemos de eso ahora. Christina, ven conmigo para que le lleves una caja con papeles a tu madre.

Resistió el impulso de mirar a ambos lados para verificar que no le estaba hablando a otra persona con el mismo nombre. Era la primera vez que la escuchaba hablarle con algo cercano a la amabilidad. Ese hombre tenía el poder de amansar a las bestias salvajes. Se despidió del padre Williams para seguir a su abuela y en el camino miró con más detenimiento cada revestimiento que iba descubriendo en su camino. Viñas, palomas con hojas de laurel en el pico, ángeles, manos en oración, o hasta trompetas, era un trabajo hermoso pero la falta de color les quitaba todo encanto. Se preguntó cómo una mujer como ella podía hacer semejantes obras de arte, porque, quisiera o no admitirlo, eso era arte.

Divisó otro patio donde reposaba una jardinera llena de flores en vez de una estatua, al parecer quien hizo la construcción creyó conveniente dividir el gran espacio verde en dos con otro pasillo de arcos que dirigían a la oficina y a otro punto más allá del pasillo sin tener que pasar por las zonas. Pensó que la división era irrelevante, preguntándose para qué hacerla.

«En uno hacen los sacrificios y en el otro bailan desnudas a la luz de la luna»

Intentó no reír con sus pensamientos. Llegaron a una puerta y al abrirse mostró una pequeña oficina que luciría más como el espacio de un cuarto de limpieza de no ser por las paredes cubiertas por libreros repletos y un viejo y pequeño escritorio al frente. El aire estaba atascado, olía a papeles viejos, moho y polvo, pudo distinguir un vitral tras uno de los libreros que estaba detrás del escritorio, pero antes de preguntarse si podría abrirse alguna ventana su estómago fue golpeado por una caja de cartón repleta de libretas y papeles.

—Toma y llévasela a tu madre. Allí está lo que pidió sobre los gastos del convento y documentos de los años posteriores. Y más le vale hacer un buen trabajo o bien puedo contratar a alguien más.

Recuperó el aire como pudo, lista para irse cuando notó por el rabillo del ojo algunos objetos coloridos sobre el escritorio que resaltaban de los objetos típicos de oficina, un bolígrafo rosa con una gran pluma azul en la punta, una taza de café con la forma de un gato blanco, y una fotografía de ella y su hermano en el cumpleaños de su madre. Su aliento se contuvo al darse cuenta que esa minúscula habitación de aire estancado era donde su madre trabajaba. Dejaría de quejarse de su cuarto. No podía creerlo, o tal vez sí. Esa mujer no sentía el más mínimo aprecio por su sangre y ella seguro que se dio cuenta de la rabia que asomó por sus ojos porque la miró con la ceja arqueada y el mentón alzado en señal de superioridad.

—¿Por qué esa cara? ¿Tienes algo que decir? Adelante, pero

recuerda quién es la que les está dando un techo y un trabajo a tu madre.

Se mordió la lengua sintiendo que jalaba esa correa imaginaria en su cuello, dándose cuenta de lo bien sujetas que las tenía. Quiso escupirle en la cara pero se dio la vuelta y salió lejos de esa abominable mujer que se escudaba en el nombre de Dios. Quería gritar, tirar y patear la caja que tenía entre sus manos, y antes de siquiera poder dar la vuelta al pasillo para rodear el jardín una monja se interpuso veloz en su camino. Al intentar esquivarla se topó con otra monja y la caja cayó al suelo con estrépito.

—Joder —musitó a lo bajo frustrada por su fallido intento de escape.

—¿Estás bien? —para su sorpresa la monja que estaba frente a ella lucía demasiado joven, sus mejillas sonrojadas y su sonrisa cándida la hicieron sentirse avergonzada por la maldición que soltó.

—Lo siento mucho. No la vi.

—No te preocupes, yo también iba distraída —la ayudó a recoger los pocos papeles que cayeron de la caja y Chris le dio un vistazo más detenido a la monja. Tenía que ser más joven que su madre o cualquiera de allí, no parecía siquiera cerca de los treinta, tenía una piel lozana, unos grandes ojos azules y unas pecas que cruzaban su nariz. Era como ver una versión de la Novicia Rebelde[1]. Mientras la monja ponía los últimos papeles en la caja, notó que le faltaba parte del dedo medio, haciéndolo ver más pequeño que los dedos índice y anular, preguntándose cómo fue que perdió ese dedo o si era algo de nacimiento.

—Le agradezco mucho.

—No hay de qué —respondió con voz dulce y delicada—. ¿Eres la hija de Sarah Hallow?

—Sí, es mi madre.

—Me lo imaginaba, se parecen mucho. Soy la hermana Rosemary, espero que su estadía sea lo más placentera posible.

«Tan dulce, tan inocente… tan ingenua»

No creía que su estadía en ese pueblo fuese placentera.

—Gracias. Debo irme, que tenga un buen día.

—Dios te bendiga y ten cuidado en tu camino —respondió la monja con jovial despedida. Sin embargo, Chris miró alrededor. No había visto a la otra monja con la que casi chocaba primero. Tal vez se dio a la huida sin mirar atrás dejándolas con el desastre. Pensó como algunas personas podían ser realmente frías.

•••

Cuando Sarah llegó a casa encontró a su hija esperándola sentada en la silla del comedor, con los brazos cruzados y una caja sobre la mesa. Y aunque las palabras estaban de sobra ante lo que obviamente se iba a venir, Chris tuvo que decirlas.

—Tienes que conseguir otro trabajo. Pronto.

—Cariño, todavía no cumplo ni una semana. No puedo dejar a tu abuela así.

—Sí, si puedes. Hoy fui a ese lugar y vi tu "oficina" o al menos así podría llamársele a ese sitio en el que cualquiera puede desarrollar claustrofobia.

—Chris…

—¡Es que no puedes trabajar así! —exclamó por completo indignada—. No puedes dejar que la abuela te trate así. Nadie debería tratar a un ser humano así. Y es tú madre, mi abuela, pero esa bruja nos comería primero si fuera capaz de hacerlo.

—Christina, basta —habló con tono firme pero sin levantar la voz. Su expresión se suavizó y se acercó para limpiar las lágrimas que escaparon de los ojos de su hija.

—No es justo… nada lo es. Los odio. Odio a papá, odio a la abuela y odio este lugar—su madre la abrazó con fuerza, frotando su espalda para poder reconfortarla, adivinando que no le fue tampoco muy bien en la escuela. No llevaban ni una semana y sentían que estaban atrapadas.

—Lo sé, lo sé. No es fácil pero la vamos a llevar bien.

—¿Cómo? —su madre la tomó de los hombros y le sonrió con esa dulzura y cariño que solo una madre podía dar.

—Mira, tengo un plan. ¿Recuerdas a mi amiga Evelyn? Trabaja en bienes raíces y la llamé para que me hiciera el favor de buscar una casa o un apartamento para nosotras. Así que cuando termines la escuela ya habré conseguido otro trabajo, nos mudaremos lejos de tu abuela y podrás empezar en otra escuela —su hija sorbió los mocos.

—¿Una con mejor biblioteca?

—Por supuesto que sí. Una con mejor biblioteca —le dio un pañuelo desechable de su bolso y besó su cabeza. Chris sonrió abrazando a su madre, disfrutando de su calor como cuando era una niña y sentía que nada podía lastimarla. ¿Hace cuánto tiempo que no sentía eso?—. Vamos a estar bien, te lo prometo. Somos tú y yo contra el mundo, no lo olvides.

La joven asintió, entregándose a esa dulce promesa de un futuro mejor. Nada más tenían que aguantar unos meses en ese lugar y una nueva y mejor vida les esperaría. No debería ser tan difícil. Un chillido las sacó de su momento idílico. Al volverse vieron sobre la mesa a una gran rata gris de oreja negra comer la comida que Chris dejó en la tarde. Gritaron de horror y la rata saltó de la mesa escapando hacia un

sitio desconocido de la sala, evadiendo ágilmente una silla, unos cubiertos y el plato con pasta. Su apetito se había fugado con esa rata.

•••

La semana pasó a un ritmo lento y pesado. Sarah parecía haberse tomado muy en serio su papel en el convento y el humor de Chris no mejoraba, al contrario, cada día empeoraba y todo se debía a tres razones.

La razón número uno era el trabajo de su madre. Le había prometido desde esa visita no trabajar demasiado pero siempre regresaba cansada, no tenía energía para hacer algo, y el periódico con los clasificados había estado sin tocar desde que lo llevó a casa. La abuela la estaba explotando a consciencia y eso no le daba tiempo para poder buscar otro trabajo fuera de la ciudad. Procuraba apoyarla en todo lo posible sabiendo que la sonrisa cansada de su madre era para no preocuparla sin éxito. Tuvo que aprender a usar la lavadora, a cocinar platos calientes, y a realizar una limpieza exhaustiva sin desmayarse en el intento. ¡Gracias tutoriales de YouTube! Todo haciendo espacio para sus estudios, sabiendo que eso no se comparaba a la carga emocional que su madre llevaba sobre sus hombros ante la responsabilidad de administrar la casa y de criarla.

La segunda razón de su mal humor era la casa. La estaba volviendo loca. Tardaba demasiado en limpiar. Cuando se dedicaba a limpiar una parte de esta no sentía la completa satisfacción del éxito porque la mugre seguía en otras partes de la casa. El lugar le daba escalofríos y había visto a la misma rata, porque no todas las ratas tenían una oreja de color negro, rondar la casa y desaparecer de un momento a otro. Era demasiado escurridiza y las trampas convencionales no funcionaban. Una vez la agarró sin darse cuenta pensando que era el estropajo sucio con el que estuvo limpiando la chimenea en vano, se llevó tremendo susto cuando se retorció en su mano y la lanzó lejos. Nunca había gritado tanto en su vida.

Y la tercera y última razón era la escuela. Nunca llamó la atención de nadie en su anterior instituto, al menos no de una forma en que fuera totalmente invisible, pero esta vez atraía la atención equivocada. Todos tenían sus grupos hechos, todo mundo la ignoraba o hablaba mal a sus espaldas por ser una chica de ciudad, y ni siquiera estaba contemplada en los trabajos de equipo porque todos estaban completos; ella misma pidió estar en solitario tras ver las caras de completo fastidio de sus compañeros ante la sugerencia del profesor en turno de tener a un integrante más en sus equipos, pero a pesar de ello, su sugerencia fue tomada como un insulto para quienes creían

que ella se sentía superior por no trabajar con ellos. Que se jodieran todos. Y lo peor era que captó una atención indeseada cuando corrigió a su profesor de literatura sobre el autor de La Letra Escarlata… de poder regresar en el tiempo hubiese mantenido la boca cerrada. El profesor de literatura, el señor Miller, la convirtió en el blanco de sus frustraciones en la vida haciéndole la clase imposible. El calvete resentido era peor que sus compañeros que reían ante sus constantes humillaciones. Era más de lo que podía soportar pero no quería darle problemas a su madre, así que se calló aguantando las pullas a su persona. Y entre la escuela y su vida diaria, estaban los gemelos. Obviamente estaban en su misma escuela pero no el mismo grupo, sin embargo eso no significaba un obstáculo para ellos al seguirla a todas partes fuera de clase, en la biblioteca, en la cafetería, o a unos pasos de su casa. Su presencia se transformó en una constante diaria sintiendo sus miradas perforar su nuca a cada segundo, esperando la oportunidad perfecta para acercarse y hablar, evadiéndolos con dificultad.

El tenso hilo de su paciencia se rompería pronto, y ese día llegó.

Habiendo sobrevivido hasta mediados de marzo sentía que estaba al límite. Azotó su casillero con fuerza y se volvió a ver al par de acosadores observarla desde una esquina, ocultándose a pesar de haber sido expuestos. Sentía que estaba a punto de tener una migraña, no había comido nada desde ayer en la tarde debido a que los productos de limpieza que usó le revolvieron el estómago imposibilitando probar bocado, su despertador no sonó esa mañana y no tuvo tiempo de preparar el desayuno, olvidando su almuerzo por las prisas y dando como tiro de gracia que no tuviera mucho dinero en su bolsillo. Caminó hacia la cafetería, esperando que su suerte no fuera tan negra como para que se hubiese acabado la comida. Entró con renuencia y vio a todos comer sus vastas charolas y almuerzos en las mesas del lugar, le parecía que golpeaban los cubiertos en las charolas con más fuerza de la necesaria y masticaban ruidosamente la comida empeorando su migraña, ¿o era ella quien estaba delirando por el hambre? Vio qué era lo que podía comprar para comer y comprobó casi con una estela celestial, o la luz del techo que no dejaba de parpadear, que quedaba un emparedado. Se sintió extasiada. No le importaba si era de atún, huevo, o hasta de alguna carne misteriosa, tenía que tomarlo antes que cualquier otro o se desmayaría en clases. Se acercó hacia la anciana señora de la cafetería que la vio con el dinero en mano, casi pudo ver como esta tomaba el sándwich lista para dárselo a ella con una sonrisa orgullosa de que pudiese llevárselo, el momento era casi glorioso pidiendo por primera vez en meses a Dios grandes bendiciones a esa misericordiosa mujer que sonreía amable. Y fue a menos de un metro de tocar el cielo que

alguien se interpuso en su camino. El señor Miller la miró con una sonrisa torcida no ocultando sus claras intenciones.

—Gracias por el emparedado —dijo sin ver a la mujer tras la registradora y caminando mientras abría el envoltorio del sándwich. La mujer la miró apenada y Chris le devolvió una mirada resignada cuando escucharon una arcada—. Qué asco. Odio los sándwiches de atún —y sin consideración alguna tiró el emparedado en el abarrotado bote de basura, regresando a su lugar donde estaban los demás maestros dándole la espalda.

El hilo se rompió.

Miró sobre la montaña de basura el sándwich casi entero y el envoltorio donde tenía un sello que decía claramente la palabra ATÚN. Se volvió lentamente hacia ese malnacido que le daba la espalda riendo con los demás profesores y sus pies se movieron a su dirección dispuesta a cometer un asesinato. No le importaba si la expulsaban, esa escuela era una mierda después de todo, llena de gente vil e ignorante, no le importaría cursar un año más en una mejor escuela e incluso aprovecharía su tiempo en casa para estudiar un curso en línea. Pero ahorcaría a ese desgraciado con su horrenda corbata de pajarita. Algunos estudiantes la miraron, sintiendo con su sexto sentido que algo pasaría y que debía inmortalizarse para la red. Estaba a unos pasos de él y un par de maestros notaron su presencia, más el profesor de literatura seguía intentando ligar con la maestra de cálculo.

Algo impactó en el pecho del profesor.

Una albóndiga con salsa se quedó pegada un momento en su impoluta camisa antes de caer y rodar por la mesa. Todo el mundo se quedó quieto. Como un auto reflejo se volvió a Chris, pero al ver sus manos limpias y el imposible ángulo de ataque miró a todas partes con la cara enrojecida.

—¡¿Quién ha sido?! —Todo el lugar quedó en completo silencio—. ¿Quién es el culpable de esto? ¡Hable ya!

Todos se miraron buscando a un posible culpable, incluso mirando a quienes tenían albóndigas en sus platos.

—¡Quien lo haya hecho me encargaré de que lo expulsen! ¡Ya verán! —otro maestro le instó a retirarse para intentar remover la mancha.

Poco a poco el silencio se desvaneció y sintió que regresaba a sus cabales. ¿Acaso estaba mal de la cabeza? ¿Iba a dejarse caer sobre un maestro por un sándwich de atún? Respiró hondo sintiendo recuperar la claridad de sus pensamientos y pudo percibir algo por el rabillo del ojo. El movimiento de una gorra que se movió entre las mesas hasta la salida del comedor, una gorra que sabía perfectamente a quién pertenecía.

¿Sería posible?

No tenía tiempo para pensar, la campana estaba a punto de sonar y tenía que ir a por los libros para la siguiente clase. Corrió a su casillero esperando poder aguantar hasta que terminaran las clases, cuando al abrir su casillero se llevó una gran sorpresa tras encontrar un sándwich de jamón y queso, que por la forma en que estaba preparado tenía que ser el almuerzo de alguien, y una bolsa de patatas fritas con queso. Las preguntas quién, cómo y cuándo no estaban en su mente, y lejos de molestarse por la violación a su intimidad, devoró el almuerzo a tiempo record antes de entrar a la clase de cálculo con el estómago lleno y la cabeza ligera. Sabiendo en medio de la clase que esa comida no sería gratis.

•••

En el camino a su casa pensó en cómo casi echaba a perder todo. Su madre necesitaba que ella siguiera en la escuela y no podía fallarle, no cuando ella se estaba sacrificando por ambas hasta que llegase el verano. Llevó sus manos frías hacia su rostro dándose unas palmadas en las mejillas. La primavera estaba a punto de arribar pero las bajas temperaturas le hacían pensar que seguían estando en diciembre. Respiró profundo y exhaló aliviada de que el día terminara.

—Fue un día de mierda, pero no tiene que terminar así. Aprendí una lección muy valiosa —exhaló para calentar sus manos—. Podré evitar episodios psicóticos el resto del año si no vuelvo a olvidar el almuerzo. Es pan comido.

—El sujeto 01 habla sola.

—¿Síndrome de locura ya?

—Sería una pena.

Lanzó aspavientos con un grito atorado en su garganta, sorprendida de tener a los gemelos casi pegados a su espalda. Los dos tenían una amplia sonrisa en sus rostros. ¿Era su imaginación o sus dientes tenían un brillo sacado de un comercial de pasta dental?

—Hola…

—Hola —hablaron al mismo tiempo.

—Eh, ¿puedo ayudarles en algo?

—La verdad…

—Es que sí puedes —hablaban cada uno completando las frases del otro, siendo Voz y Gorritas en ese orden.

—Vale… lamento mucho lo del aceite. ¿Esto es por la albóndiga y la comida? Puedo invitarles algo como compensación.

—Nos gusta tu forma de pensar

—Pero nos gustaría algo más significativo.

—E íntimo —los colores rápidamente subieron al rostro de la joven que estaba a punto de gritar por ayudar, pero los gemelos se acercaron con expresiones alarmantes al adivinar sus pensamientos.

—Lo sentimos, no nos referimos a eso.

—Fue un mal uso de palabras de nuestra parte.

—Por cierto, me llamo Aaron —se presentó Voz con una reverencia.

—Y yo soy Aiden —hizo lo mismo Gorritas.

—Vale, me llamo Chris.

—Encantados —hablaron de nuevo al mismo tiempo. Su sincronización era impecable.

—¿Entonces qué quieren? —preguntó aun sabiendo la respuesta y los dos se miraron con un aire travieso antes de volver a sonreír y hablar a la vez.

—Queremos entrar a tu casa.

Ya se lo esperaba. Tardó un poco en reaccionar estando a punto de negarse ante tal propuesta, pero su consciencia se sobrepuso a la razón. Ellos habían sido amables con ella a pesar de que les cubrió de aceite para motor, y lo de la albóndiga y aperitivos eran detalles que no podía pasar por alto. Además, si no los dejaba echar un vistazo a la casa de seguro seguirían detrás de ella y su cordura dependía de eso. Esbozó un mohín dándose por vencida ante esos dos.

—Vale…. pero con una condición.

•••

Al entrar a su casa el piso conservaba el olor del cloro. La entrada ya no se veía tan mal como cuando llegó pero el papel de las paredes estaba hecho pedazos al retirar las burbujas de aire y humedad. Los gemelos entraron detrás recorriendo con la mirada cada rincón de la casa y no pudo evitar sentirse avergonzada. A pesar de que les había dicho que no grabaran nada, detestaría que la gente supiera como vivía ahora. Extrañaba su elegante casa de estilo Tudor con paredes de bello tapiz rojo con flores amarillas, su pequeña biblioteca, sus muebles estilo Luis XV, su cocina de cromo y su amplia habitación. Empujó hasta el fondo de su mente la imagen de su anterior vida. No quería perderse en sus recuerdos.

—Estuvo abandonada por años —explicó a los hermanos—. Hemos intentado limpiarla pero no hemos tenido mucho éxito.

—No te preocupes. Sabemos que ha estado abandonada por mucho tiempo. Debe de ser un reto atender una casa así —dijo Aiden obteniendo una leve sonrisa de ella.

—¿Y dónde está el famoso sótano de tu tío?—preguntó Aaron

curioso, esta vez sin que su hermano completase la frase.

—No tengo sótano, pero tengo un ático.

—¿Podemos verlo? —preguntó de nuevo mientras Aiden miraba con ojo más crítico la casa.

—Claro, vengan, pero les advierto, no hemos limpiado arriba.

Subieron las escaleras hasta llegar a la trampilla, Chris tomó la cadena y les hizo una seña para que se alejaran. Esta vez fue más fácil jalar la escalera que bajó de golpe como la última vez y esta vez ningún objeto rodó escaleras abajo. El lugar tenía el mismo aire contenido y húmedo de la última vez. Una tenue luz se filtraba del techo y caminaron por el lugar, advirtiéndoles tener cuidado al tiempo que Aaron casi resbala con algo.

—Miren donde pisan, este lugar es demasiado oscuro y no se sabe con qué podríamos toparnos.

Una luz se encendió sobre sus cabezas y Aiden soltó el cordón de la bombilla que nadie había visto.

—Gracias, no lo había visto.

—Sentí que rozó con la gorra, de no ser por eso no lo habría notado

—Vaya... —habló Aaron con voz baja—. Me arrepiento haberte dicho que sí a lo de no sacar nuestra cámara —aunque fue una queja no sonó como tal.

El lugar era mucho más grande lo que creía, a pesar de estar repleto de cajas y basura electrónica, contempló que había más muebles de lo esperado. Un moderno sofá azul enterrado entre cajas y periódicos, un librero recostado en el suelo, la amplia base de una cama que estaba en el fondo, y el escritorio lucía más como una pieza fina de mobiliario. Ignoró el cuadro que seguía apoyado en las cajas y se concentró en el escritorio que estaba tal y como la última vez que lo dejó, aunque con la visible huella de donde antes había estado la radio.

—Este lugar es increíble —exclamó Aaron moviéndose por el lugar hasta el escritorio.

—Mi tío era un manitas a lo que se refiere a crear cosas y repararlas. Recuerdo que me reparaba mis juguetes cuando se rompían o me hacía otros. Tengo un conejo que saltaba a cuerda, pero un día mi padre le dio una patada por error y se descompuso. Lo tengo más como adorno ahora.

—Mira, tienes una gran ventana aquí —señaló Aiden el espacio en el techo por donde se filtraba el diminuto rayo de luz, era una enorme ventana cubierta de polvo y mugre—. Y aquí hay otras dos.

—¡Wow! Pellízquenme —no bromeaba, no tenía idea de que hubiese ventanas, aunque con la mugre que tenían era obvio que se confundían con el techo desde afuera—. Creo que debería limpiar y

mudarme aquí arriba —en un momento se arrepintió de haberlo dicho. Se iría ese verano de esa casa apenas tuvieran dinero para rentar otra y quizás ni siquiera tendría tiempo de terminar de limpiar —. O se vale soñar…

—Yo lo haría —dijo Aiden estudiando el espacio—. Este lugar sería genial con las cosas adecuadas, unas luces colgantes, los muebles de ese lado, y un closet improvisado del otro lado, yo pondría una consola de videojuegos o una computadora por allá.

—Vaya, no lo había pensado así. Me apuesto a que te metes a las casas embrujadas sólo para ver su construcción.

—Admito que tengo debilidad por ese tipo de cosas —sonrieron sintiendo el ambiente mucho más ameno que al principio, al parecer encontró al hermano más centrado. Figuró que esos dos eran idiotas, sin embargo se daba cuenta que se estaba equivocando a lo grande con ellos. Una mano esquelética rozó sus hombros y los dos gritaron saltando de su lugar. Aaron se rio sujetando la mano de un esqueleto.

—Tranquilos, es falsa, la encontré entre la basura. Miren, aquí tiene la etiqueta.

—Carajo Aaron. Luego no te quejes si hago lo mismo.

«Tal vez me estoy adelantando a los hechos»

—Vengan a ver esto. Encontré algo bueno.

Se acercaron al escritorio, Aaron pasó sus manos sobre los gruesos tomos apilados, retirando la mugre impregnada en estos y mostrando los títulos de cada uno.

—¿Ciencia de lo paranormal? —leyó su hermano y Chris comenzó a leer los demás títulos al quitarles el resto del polvo.

—Campos electromagnéticos, Estudio de las dimensiones cuánticas…

—¿Tu tío era un estudioso de lo paranormal? —preguntó Aiden revisando los demás libros con títulos similares.

—No lo creo. No lo veía desde que era pequeña pero era más del tipo lógico a creyente de lo paranormal. Era muy tranquilo.

—Quizás hacía máquinas como las que usan los cazafantasmas de hoy en día para detectar espíritus. ¿Alguna vez has visto un video de Buscadores de Fantasmas?[2] Hablan mucho de los aparatos que usan en sus investigaciones.

—Me gusta más ver videos de pandas —le sacó una sonrisa a Aiden y Aaron desplegó uno de los tantos rollos y silbó sorprendido.

—Tú tío debió haber sido un genio. ¿Qué es esto? —su hermano estudió el plano.

—Son planos de algún aparato pero apenas le entiendo.

—Están en todas las paredes. Mira.

Dejó que revisaran los planos ya que no los entendía para nada. Su mano se posó sobre el escritorio con cansancio cuando sus dedos

tocaron algo que casi cayó a un lado. Lo atrapó antes de que cayera, era un marco de fotografía de madera ovalado y con decorados de flores. Quitó el polvo del cristal y vio una fotografía a color tan vieja que lucía opaca, pero reconoció a su madre en la foto. Era la primera vez que veía una foto de ella de joven, recordando a todos los que decían que era tan parecida a ella en su juventud, ahora al comprobar el parecido asustaba un poco; reconoció a su tío que difería mucho del serio joven de la foto al verse tan arreglado y peinado, nada que ver con la versión que recordaba con su cabello revuelto y rizado, sus camisetas y jeans, y esa sonrisa juguetona similar a la de un niño que planeaba una travesura. Y a su lado estaba su abuela, como siempre vistiendo su hábito y con esa cara de limón seco.

«Su guardarropa seguro que nunca ha visto algo rosa en su vida»

Pero en esa foto familiar no reconoció a la niña en medio de los dos adolescentes. Así como su madre, vestía con un aburrido vestido de domingo color azul, su cabello era rizado y de un castaño más claro que el de su madre, pero a diferencia de ella y su tío, intentaba con todas sus fuerzas sonreír a la cámara. Sintió la parte de atrás del marco abierta, con cuidado sacó la foto y vio que tenía algo escrito en azul en una cursiva apretada:

Fotografía familiar de 1992. Mary 49, Jeremiah 17, Sarah 15, Esther 12.

Era extraño, pero no conocía a esa chica de nada, quizás fuera alguna prima lejana ya que no tenía comunicación alguna con otros miembros de la familia. Y no los culpaba, si ella pudiera se mudaría al otro lado del mapa con tal de no volver a ver a su abuela.

Un ruido abajo la alertó y los gemelos alzaron la vista de los planos para luego mirarla a ella.

—Debe ser mamá, a veces se le da por venir a comer o dejarme algo. Quédense aquí, no tardo. Y si ven una rata mátenla pero tengan cuidado, es como Houdini la maldita.

Bajó con cuidado las escaleras del ático llevándose consigo la fotografía. Quería preguntar a su madre quién era esa chica ya que algo le molestaba de esta, no entendiendo qué con exactitud, pero necesitaba saciar su curiosidad. Ya que no sabía nada la desaparición de su tío al menos podría preguntar por un pariente lejano. La llamó desde las escaleras.

—¡Mamá!

No hubo respuesta, cosa extraña ya que su madre siempre respondía cuando la llamaba. Volvió a llamarla y el silencio fue la única respuesta recibida. Se dio la vuelta para regresar al ático cuando un ruido la detuvo frente a la puerta de su cuarto. Susurros venían del

interior de su habitación. Abrió la puerta que rechinó levemente aun con el aceite que había puesto a los goznes antier. Se escuchaba un sonido silbante y bajo, caminó hacia la ventana creyendo que el sonido venía del exterior pero se detuvo a mitad del camino cuando el sonido cosquilleó su oreja derecha y vio la radio encendida.

—Otra vez —expresó con fastidio y tomó la radio entre sus manos. Intentó apagarla pero el botón estaba atorado. Buscó el volumen para acabar con el sonido que empezaba a ponerla incómoda, pero antes de poder hacerlo escuchó pasos bajar del ático y vio a los gemelos en el pasillo.

—Bajamos cuando no escuchamos nada. ¿Pasa algo? —preguntó Aaron.

—Es mi vieja radio. No puedo apagarla —la puso de vuelta en su escritorio y ellos entraron al diminuto cuarto para examinar el aparato, ella se hizo a un lado para darles espacio ya que los tres estaban a pocos centímetros de topar con la cama. Aaron rio al examinar la caratula de la radio.

—Qué tétrico. Parece una cara. Las perillas y las pantallas parecen ojos.

—Y la bocina una boca —musito Aiden al notar la inusual forma de la bocina—. ¿Dónde lo encontraste?

—En el ático. Me pareció genial la primera vez pero ahora no lo sé. No es la primera vez que se enciende sola, el botón se bota.

—¿Está sintonizando una estación de radio? —preguntó Aaron al no entender lo que se escuchaba.

—Ni idea, ni siquiera me he puesto a estudiarla.

—Déjenme ver —pidió Aiden tomándola entre sus manos. Revisó las perillas, giró la de la izquierda y el sonido se distorsionó un poco, regresó la aguja casi al mismo sitio y al moverlo un poco más este se volvió a distorsionar. Giró la perilla de la derecha, sonido de voces y música se escucharon sobre la distorsión pero se detuvo cuando al fin captó algo de claridad a lo que el locutor estaba diciendo. Era un rezo de Padre Nuestro.

—¿Es una broma?—musitó Chris un tanto molesta por escuchar la voz de una mujer rezar.

—Parece ser que tienes un radio de frecuencia —explicó Aiden al dejarla en su sitio.

—¿Segura que a tu tío no le iba lo de espiar a sus vecinos? —bromeó Aaron, al que Chris ahora catalogaría como un bromista nato, pero a ella no le hizo ninguna gracia.

—Una palabra más sobre mi tío…

—Tiene algo aquí —interrumpió Aiden la advertencia—. Es como un conector.

Señaló del otro costado del radio un agujero que era en efecto un

conector, Aaron sacó de su bolsillo unos audífonos pero estos no entraron en este.

—Algo es seguro, no son para unos cascos o audífonos.

De repente los rezos comenzaron a ser más rápidos, dichos de una forma más desesperada por la mujer que los decía. Los tres se miraron un momento, Chris intentó apagar de nuevo la radio pero el botón seguía atorado y el rezo empezaba a ser más rápido e incomprensible.

—Debe estar sintonizando a alguien del convento que está cerca. No puede ser otra cosa.

—Pensé que eso ocurría cuando había alguien más hablando por radio —razonó Aaron mirando a su hermano para que afirmara su observación—. Ya saben, como radios de policía, taxis o monitores para bebé.

—Eso es cierto.

Chris se movió un poco incómoda al escuchar que la mujer comenzaba a llorar mientras seguía con su errática oración.

—Tal vez esta radio es parecida —intentó razonar—. Quizás capte algo más aparte de los monitores de bebé o…

Un aullido desgarrador los hizo estremecerse hasta lo profundo de sus almas. El sonido se transformó en llanto, gritos y suplicas que pusieron a los presentes los pelos de punta.

¡DÉJENME IR! ¡DÉJENME IR!

Su voz quebrada se volvió un sonido gorgoteante, luego una respiración sofocante, y terminó con un sonido similar al de un pedazo de hierro caer en el suelo. Se hizo el silencio. Los tres jóvenes se miraron unos momentos no sabiendo qué hacer o decir en ese momento. Chris estiró la mano para poder apagar la radio, pero el sonido del botón al apagarse se hizo presente antes de tocarlo… nadie se atrevió a respirar en los próximos segundos.

[1] La novicia rebelde – The Sound of Music: película de 1965 protagonizada por Julie Andrews

[2] Buscadores de Fantasmas – Ghost Adventures: Programa de TV que comenzó su transmisión en 2008 y creado por Zak Bagans y Nick Groff.

4

No supieron cuánto tiempo estuvieron quietos con el aire contenido en sus pechos, incapaces de moverse o pronunciar palabra ante lo sucedido. Sus oídos apenas se recuperaban de los chillidos desesperados de esa mujer y sus espíritus se encontraban turbados ante la angustia por esa desconocida. Fuese como fuese, Aaron estiró su mano para volver a encender la radio y Aiden lo impidió sujetando su muñeca.

—Ni se te ocurra.

—Hermano, dime por favor que no estoy soñando. ¡Auch! —le pellizcó el cuello y luego Aaron asintió—. Gracias. Lo necesitaba —pellizcó a su hermano tras la nuca que igualmente se quejó.

—¿Qué fue eso? —murmuró Chris conmocionada y con los nervios a flor de piel. Los hermanos se miraron mutuamente antes de darle una respuesta cada uno.

—Quizás fue una psicofonía —respondió Aaron esta vez con aire serio como su hermano—. Un llamado de auxilio del más allá o también pudimos experimentar un suceso que quedó marcado en el tiempo debido a lo traumático del hecho.

—O también pudo ser alguien que de verdad está dentro del convento e intenta pedir ayuda, pero eso sólo podría ser si también tuviera una radio de frecuencia —respondió Aiden no muy convencido por su respuesta, dando a entender que estaba más del lado de su hermano que de la lógica. Ella carraspeó para que su voz saliera clara y así no se notase su desconcierto.

—Vale, seguro que es esa debe ser la explicación correcta.

—¿Estabas aquí cuando pasó o qué? —Preguntó Aaron molesto ante su incredulidad—. Esa cosa se encendió y apagó sola. ¿Cómo explicas eso, Sherlock?

—Es una radio antigua. Y no es la primera vez que se enciende y apaga —explicó sin demora segura de su respuesta—. Además, no me sorprendería que vigilen a las monjas de ese lugar con alguna especie de micrófono escondido. Parece una prisión allí adentro.

—¿Has entrado? —preguntó Aiden mostrando interés.

—Mi abuela es la madre superiora y mi mamá trabaja allí. Puedo decir que es el lugar más infeliz de la tierra aunque digan que Dios está allí.

Aaron se inclinó acercando su rostro al de ella, con la misma expresión seria de cualquier presentador de televisión de lo paranormal.

—Estamos frente a un gran misterio, real o no, proveniente de los vivos o de los muertos, que puede cambiar por completo la visión que

tenemos del mundo. Dime, ¿no quieres ser parte de una investigación que podría llevarnos a la verdad de este misterio y quizás desenterrar viejos secretos que el tiempo ha intentado esconder? —ella acercó su rostro al suyo, juntando las yemas de sus dedos con la misma seriedad que él mostraba en ese momento.

—Su tour en mi casa ha terminado.

Los sacó de su casa a empujones a pesar de las quejas. Aaron no se rendía en hacerla entrar en razón resistiéndose más que su hermano.

—¿Cómo es que no quieres saber el misterio tras esto? ¡Podemos estar frente a un gran hallazgo que podría cambiar nuestras vidas!

—Muy bien Mulder, resuélvelo con Scully pero déjenme a mí fuera de esto —cerró la puerta en su cara y Aiden se quitó la gorra para mesar su cabello.

—No puedo creerlo.

—¡Lo sé! No puedo creer que sea de mente tan cerrada.

—No eso. Sino que me llamara Scully, yo quería ser Mulder.

—Olvídalo. Scully te queda más.

Los vio irse desde la ventana de su habitación. No podía creer que se prestara a dejarlos entrar a su casa después de todo, se sintió estúpida pero ya había saldado su cuenta y no volvería a dejarlos pasar. Miró la radio y sintió un escalofrió al creer que la sonrisa de la bocina ahora lucía demasiado siniestra. La encendió y comenzó a mover las perillas pero nada se escuchó aparte de la radio FM. Se decantó en apagarla y bajar a cocinar algo. Puso un canal de Youtube de cocina que había encontrado en su meticulosa búsqueda para no comer emparedados fríos. Le estaba tomando un gusto a cocinar pero en esos momentos no tenía fuerzas para hacer algo más complicado que unos nuggets de pollo. Extrañaba la compañía en la mesa, su madre que le preguntaba de su día y a su hermano que siempre amenizó todo con sus chistes… Sintió ganas de llorar al estar sola en la mesa comiendo unos nuggets de pollo, que si bien estaban buenos, no llenaban el vacío en su interior que crecía cada vez más. Subió su sudadera hasta sus ojos para limpiar sus lágrimas sintiéndose patética. Su madre se dejaba el alma en ese horrible trabajo, su hermano no estaba con ella contando un mal chiste, y su padre ya no estaba en su vida como un apoyo confiable y fuerte al qué recurrir, ¿qué clase de vida podía tener con una familia rota? Un suspiro tembloso salió de sus labios, presionando la sudadera en sus ojos y exprimiendo las lágrimas que quedaban. Bajó la sudadera y grande fue su sorpresa de ver a la rata tomando uno de los nuggets que estaban a la orilla del plato. Gritó y la rata desapareció antes de que le golpeara con el salero de metal.

—¡Asquerosa rata! ¡Déjame comer en paz!

Se volvió a sentar pensando que su vida era una mierda pero notó

algo más que estaba en la mesa. La fotografía sin marco yacía donde antes había estado la rata. No recordaba haberla dejado allí, estaba segura de haberla dejado en su habitación, ¿o no? Tomó la foto y revisó la parte de atrás.

Esther.

La duda inundaba su cabeza. ¿Quién era Esther? ¿Por qué estaba con su tío y madre en esa fotografía? Y más importante, ¿por qué su curiosidad no la dejaba en paz? ¿Acaso era por esa sonrisa tan sincera?

Siempre fue una persona curiosa, sus padres le decían que eso podría llevarla a tener problemas pero Ricky le decía que no tenía nada de malo ser curioso.

Las personas curiosas son las mejores. Los grandes científicos e inventores no hubiesen llegado a nada de no haber sido curiosos en algún momento.

Tenía mucha razón, pero una vez casi se metió en problemas cuando siguió a una compañera de clases con actitud sospechosa hasta un callejón, capturándola en el acto de estar comprando droga a un camello tras la escuela y siento vista por estos. Por suerte su hermano estuvo allí para evitar que la lastimaran, pero él fue el perjudicado al ser herido en el brazo con una navaja, el corte fue superficial y todo salió bien, pero se prometió a no dejar que su curiosidad la controlara. Pero esto lucía diferente a seguir a alguien hasta su camello y era algo de familia. Así que si quería sacarse la incertidumbre que ahora la embargaba, debía ver a su madre y no podía esperar.

Tomó su chaqueta, envolvió los nuggets que la rata no tocó en una bolsa y salió camino al convento mientras intentaba no pensar en los gritos de la radio. Se detuvo a medio camino al ver al mismo vagabundo de la última vez revisar una bolsa de basura, se sintió mal por él, recordando cómo casi lo atropellaron y cómo esa monja le amenazó el otro día. Se acercó a este con cautela, guardando un poco de distancia con la bolsa llena de comida.

—Disculpe —el hombre se detuvo en su búsqueda y se volvió a ella, podía ver en sus oscuros ojos clara aprensión—. Quizás no me recuerde pero la otra vez casi lo atropellamos así que quería disculparme. Quería darle algo. Tome son nuggets de pollo y están buenos —el hombre la observó con ojos astutos.

—¿Cuál es el broma?

—¿Broma? —Preguntó de vuelta sin comprender hasta que recordó a un idiota youtuber que le dio a un pobre hombre de la calle galletas con dentífrico, era un video viejo pero otros idiotas, a pesar de las fuertes críticas, comenzaron a hacer bromas parecidas y peores—. ¡Oh, no! No es broma, son nuggets de pollo auténticos, sin pasta de

dientes, salsa picante o cualquier cosa rara en ellos. Adelante, tómelos —el hombre extendió la mano y ella depositó la bolsa en su palma, este miró el interior de la bolsa, cogió uno estudiándolo con atención, y luego Chris vio el nugget desaparecer entre la espesa barba.

—Gracias. Están buenos —habló después de tragar.

—Me alegro que le gustaran señor.

—Tú vives en la casa Hallow, ¿no es verdad?

—Sí, la casa del científico loco —suspiró resignada a ese apodo, pensando que los vecinos debían decir lo mismo a sus espaldas.

—¿Científico loco? Menuda estupidez —farfulló molesto—. Hallow no era un científico loco, era un buen hombre que ayudaba a todos y llevaba muchas cosas al refugio para indigentes.

—Espere, ¿usted conoció a mi tío? —el hombre la miró con detenimiento.

—Algo así, era agradable hablar con él.

—Vaya, yo tampoco lo conocía mucho. Pero tengo buenos recuerdos de él.

—Eso es bueno —dijo jalando su carrito de compra más cerca de él —. Cuando la gente ya no está con nosotros siempre nos quedan los recuerdos, lo malo es que estos siempre terminan por desvanecerse y es allí cuando una persona de verdad muere. Pero como dicen, el amor es más fuerte que la muerte y la muerte más fuerte que el olvido — estaba segura de haber escuchado esa frase antes pero no podía recordarlo—. De nuevo, gracias por la comida —dijo antes de seguir con su tarea de buscar entre la basura.

—Claro, cuando quiera. Si necesita algo no dude en tocar a mi puerta, me llamo Chris.

—John. Y si fueras lista tendrías cuidado. Jeremiah era muy inteligente, pero tuvo que pagar por meterse en cosas que no debía.

—¿Disculpe? —John se llevó otro nugget a la boca y metió algo a su carrito. Se alejó sin responder y caminó calle arriba empujando su carro de compras. Quiso perseguirlo para preguntarle si sabía algo más de su tío, pero otra parte de ella no podía, no se atrevió al sentir que abriría una puerta la cual no estaba lista para enfrentar. Y no tenía todas las preguntas con ella.

Al tocar la puerta del convento, esta se abrió con un horroroso rechinido salido de una cripta, aunque para su buena fortuna el padre Williams fue quien abrió.

—Hola Christina, ¿vienes a ver a tu madre?

—Hola, padre. Sí, es que necesito preguntarle algo.

—Debe estar en su hora de descanso, creo que la vi ir a la cocina hace un momento.

—¿Puedo ir a buscarla?

—Claro, con gusto te guio, si no conoces bien el lugar puedes

perderte.

—Gracias señor.

Caminaron por el largo pasillo hasta llegar a los arcos de los jardines, esta vez se concentró en no perderse en los detalles arquitectónicos que el cemento no hacía destacar, obras de arte hechas por esa mujer que gustaba reprenderla con la palabra de Dios. Caminaron de frente pasando varios pasillos hasta llegar a una puerta tan vieja y arcaica como todas las demás que había visto, el padre Williams se disculpó con ella alegando tener que ir a otra parte y le agradeció antes de verlo irse por el pasillo de regreso y doblar en una esquina. Sentía la fotografía pegarse en su estómago, no se había atrevido a doblarla con lo vieja que era, así que la puso bajo su ropa y entre su pantalón. Abrió la puerta y todo su ser se paralizó ante las gotas de sangre que cayeron cerca de sus pies. Frente a ella una espantosa escena se llevaba a cabo, una monja levantó el cuchillo de carnicero y lo dejó caer en la suave carne de su víctima, una y otra vez. El sonido de los tendones al romperse llenaron la habitación en un sonido horrido y desconcertante que le quitó el aliento. La monja arrancó la pieza de carne desgarrando la piel en tiras y una mano cubierta por un guante blanco se alzó sobre el cuerpo, gotas de sangre cayeron sobre este, luego se adentró en el cadáver para arrancar sus órganos y apretarlos como uvas con una sonrisa macabra en su insano placer, dejando la sangre correr por la barra de la cocina en aquella vendimia sangrienta.

—Chris, ¿qué haces aquí? —preguntó Sarah que comía en la mesa del otro lado de la cocina sin notar que el rostro de su pobre hija estaba tan blanco como el papel. La joven estaba segura que su alma se perdió en algún punto del espacio.

—¿Chris? —habló la asesina volviéndose a ella y sus regordetas mejillas se colorearon al sonreír—. ¡Ay, válgame! Se nota que es tu hija, se parece tanto a ti, Sarah.

—Gracias, hermana. Chris, ella es la hermana Dolores, la encargada de la cocina y quien con mucho gusto nos ha proporcionado algunos de los platos que hemos comido en la semana.

—Ven acá, cariño, no muerdo —la hermana dejó el cuchillo y se quitó los sangrientos guantes de látex—. ¿Gustas quedarte? Hay sopa de verduras y carne en la estufa, ahora estoy preparando un pollo marinado para mañana, para que tu madre te lleve y te chupes los dedos.

—Mucho gusto, gracias pero ya comí —no era cierto, pero si perdió el apetito por culpa de la rata, ahora mucho menos comería después de presenciar el descuartizamiento de ese pollo.

—Tu madre me ha dicho de su situación, si necesitas algo para comer puedes venir y te prepararé algo.

—Suena tentador pero no creo que a mi abuela le guste.

—Guárdame el secreto, pero no me cae bien esa cara de pasa.

Chris rio, a pesar de la sangrienta demostración, la hermana Dolores le cayó bien de inmediato.

—A mí tampoco, así que no se corte conmigo —la hermana rio y tras un breve abrazo la soltó para que fuera a con su madre—. Hola, hermosa—besó la frente de su madre que estaba comiendo su almuerzo.

—Hola, cariño. ¿Qué te trae por aquí?

—Mi curiosidad innata. Encontré algo interesante mientras limpiaba. Por cierto, necesitamos más ratoneras.

—¿Qué encontraste?

Le mostró la fotografía y ella la tomó quedando absorta al verla. La vio ahogar un sonido entre sus labios y después sus ojos se humedecieron. Chris pudo notar cómo intentaba decir algo pero la voz no salía. Puso su mano en su hombro intentando que reaccionara.

—¿Mamá?

—Oh, cielos… ¿Dónde encontraste esto?

—En el ático mientras limpiaba. ¿Quién es ella? —su madre sorbió su nariz y pasó su mano por sus ojos.

—Verás Chris, ella es…

—¿Dónde estás? —las dos escucharon la voz de la bruja mayor y el sonido de su bastón acercarse a la cocina.

—Oh, mierda —musitó entre dientes pero su madre reaccionó primero, escondiendo la fotografía bajo las ropas de su hija, arrastrándola hasta ponerla bajo de la mesa y que el largo mantel color café la escondiera.

La puerta se abrió y el viejo monstruo entró a la cocina.

—Pero mira nada más, sigues perdiendo el tiempo.

—Estoy en mi hora de comida, madre. Pero dime en qué te puedo ayudar.

—A mí en nada. Pero hay una llamada de alguien de la alcaldía que quiere hablar contigo sobre quién sabe qué papeles y es urgente —Chris rumió una maldición entre dientes.

—Entiendo, iré enseguida.

—Y tú —señaló con su bastón a la hermana Dolores—. ¿Por qué tardas tanto en preparar la comida? Ya algunas tenemos hambre.

—La comida estará lista a la hora justa, madre superiora.

—Eso dijiste la última vez, no debes tardar en ello. La hermana Josephine debe comer a su hora y yo también.

—La comida estará dentro de poco, mientras tanto estoy preparando la comida para mañana.

—¿Otra vez pollo? —resopló—. Decidido, urge un libro de recetas porque comemos prácticamente lo mismo toda la semana —salió de la

cocina dando de golpes a la puerta con su bastón, y cuando el sonido de este se alejó las dos mujeres suspiraron de alivio.

—Cómo odio esa mujer —gruñó Dolores agitando su cuchillo.

Sarah ayudó a su hija a salir de su escondite.

—Debo irme pero hablaremos esta tarde, quiero que vayas a casa y escondas muy bien esa foto, no dejes que tu abuela la vea.

—¿Me pides esconderle algo a mi adorada abuelita? Hecho —su madre le dio un ligero empujón aguantando la risa y antes de irse la hermana Dolores le recordó su invitación abierta, prometiéndole que vendría otro día con mucho gusto.

Salió por el pasillo pero dobló la esquina esquivando a un par de monjas que iban hablando a lo bajo. No quería dar explicaciones o arriesgarse a que la regañaran por estar allí, así que caminó por un largo pasillo lleno de puertas por ambos lados, pensando que esas debía ser las habitaciones, luego dio vuelta a la derecha al primer pasillo que vio, pensando así en dar vuelta de regreso al pasillo principal pero se encontró con un callejón sin salida al ver a un grupo de monjas y regresó por sus pasos dando otra vuelta a la derecha. Al dar de nuevo vuelta se topó con otro bloque de habitaciones, uno con amplias puertas dobles y siguió su camino hasta ver por otro pasillo a un par de monjas trapear la zona. Siguió recto esperando encontrar la salida pronto. Al llegar al final en un pasillo en paralelo tenía que elegir su camino. A la izquierda tenía un camino muy bien iluminado, y a la derecha tenía un pasillo oscuro y tenebroso. Hizo nota mental de las vueltas que hizo con sus manos y se dio cuenta, para su desgracia, que tenía que ir por la derecha nuevamente para llegar a la puerta principal. Ese pasillo le parecía demasiado sombrío. No podía encontrar una razón lógica para la extraña falta de luz en ese espacio y se detuvo un momento dudando de si había hecho la elección correcta.

Un suspiro a su izquierda la hizo saltar del susto.

Se giró sobre sus talones comprobando que estaba sola. Intentó calmar su corazón pensando en que quizás el viento se coló por algún pasaje del lugar. Iba a seguir su camino cuando notó a pocos metros un oscuro espacio en el muro. Se acercó y vio una tétrica escalera que subía hasta donde apenas pudo divisar una puerta en la oscuridad.

—Wow.

Fue lo único que pudo decir. Un convento gris y triste, una monja del infierno, un pasillo oscuro y unas escaleras que llevaban a lo desconocido… definitivamente eso le gustaría mucho a los gemelos. Recordó los gritos de terror que escuchó en la radio y que penetraron tan hondo en su alma que también sintió deseos de gritar en su momento. Se preguntó si alguien estaba allá arriba. Alguien atrapado en aquel sitio oscuro y deprimente rogando por ayuda.

—Hey, Christina —el padre se acercó a su derecha por el pasillo donde la luz al fin asomaba—. Lo siento, tuve cosas que hacer, ¿ya viste a tu madre?

—Ya lo hice, muchas gracias. Justo estaba por irme.

—Tu madre es una buena mujer, no sé qué haríamos sin ella.

—¿A qué se refiere?

—Tu abuela no lo quiere decir en voz alta pero tu madre vino caída del cielo. El convento empezó a tener problemas administrativos y con la alcaldía. Nadie de aquí tenía idea de cómo tratar con el banco para evitar un embargo, pero tu madre ha demostrado ser una mujer muy capaz y feroz al momento de tratar con ellos. Estamos agradecidos con su presencia.

—Ya veo… —era cierto, su abuela nunca diría algo así. Estaba segura que primero se arrancaría la lengua antes de dar un cumplido.

—Oh, asusta, ¿no? —Señaló la escalera—. Es como si de un momento a otro esa puerta fuese a abrirse y saliera de allí un fantasma.

—Ni que lo diga. ¿A dónde lleva?

—Es un viejo cuarto cerrado, no hace mucho intentamos abrirla pero la llave y la copia han estado desaparecidas desde hace mucho tiempo y la puerta es tan pesada que sería imposible echarla abajo. Escuché que algunas hermanas lo llaman la Torre.

—Suena algo dramático —el padre rio entre dientes.

—Lo es. Hace muchos años lo usaban para aislar a algunas monjas que “se portaban mal”.

—Oh, ya veo. Seguro que a mi abuela no le gusto que le quitaran su cuarto de tortura —obtuvo otra risa del padre Williams.

—Ven, te guio afuera. Así nadie te dirá nada por estar aquí.

Al salir de ese pasillo llegaron al pasillo principal enfrente del jardín de la estatua. Y de la nada un gran número de monjas apareció moviéndose por todos lados. Eran demasiadas y se quedaron quietos dejando que les rodearan. Algunas tenían delantales llenos de pintura, otras libretas y algunas otras tenían el aroma de químicos en su ropa.

—Parece ser que los talleres ya terminaron.

—¿Talleres?

—Los talleres del convento. Aquí las monjas tienen distintos talleres para trabajar en su tiempo libre. Pintura, escultura, coro… —en ese momento se escuchó desde el torreón frente al jardín las voces de las monjas en medio de un canto—. Cocina, y también tenemos un pequeño grupo que se dedica a preparar productos de limpieza, jabones y shampoo para venderlos. Son muy populares en la comunidad. Si gustas puedes unirte a los talleres. Las puertas siempre están abiertas para quien guste aprender.

—¿Siempre abiertas?

—Bueno, casi siempre —admitió apenado con una sonrisa—. Te juro que intentamos cambiar la actitud de las hermanas.

—¿No ha tenido mucho éxito verdad?

—No mucho —rio un poco más fuerte. La acompañó a la salida y se despidieron. Chris salió del convento en dirección a su casa con una sonrisa cuando un escalofrío que atravesó su nuca la hizo detenerse en la esquina. Volvió su mirada hacia el convento. Por un segundo le pareció ver a una monja verla desde la ventana de la torre derecha y luego desaparecer en un parpadeo. Caminó más rápido a su casa, tenía deberes que hacer y esperaría ansiosa a que su madre llegara para discutir sobre el misterio de la chica en la foto. La acompañó la sensación de que alguien la vigilaba desde la ventana de la torre, segura que era esa misma que el padre dijo estaba cerrada…

Su madre regresó tarde pero a pesar de su cansancio entró a su cuarto mientras estudiaba recostada en la cama. Las dos se sentaron y Chris le pasó la fotografía. Sarah la miró con dolorosa nostalgia y acarició la imagen un momento antes de lanzar un largo suspiro.

—Cuando era más joven tu abuela tenía la idea de que dedicara mi vida a la iglesia, obviamente eso no pasó, por lo que mi hermana, Esther, fue quien terminó en ello.

—¿Tengo una tía? ¿Por qué nunca me has hablado de ella?

—Es complicado —se tomó un momento—. Esther y yo fuimos muy cercanas de niñas pero tu abuela, siendo tan dura como es, hizo que termináramos por escapar en distintas direcciones. Tu tío se mudó muy lejos de aquí apenas y tuvo la mayoría de edad y yo escapé a la gran ciudad donde conocí a tu padre. Esther no tuvo mucha suerte, se volvió una joven rebelde y tu abuela la puso en el convento siendo muy joven. Tuvimos muchos desacuerdos y peleas por teléfono, y al final terminó por culparme por su vida en el convento. Tuvimos una gran pelea y perdimos comunicación.

—¿Qué le pasó?

—No lo sé. Un día recibí una llamada de tu abuela diciendo que huyó. Simplemente escapó dejando una carta como despedida y sin decir adónde iba. No nos dijo a tu tío ni a mí algo sobre eso. Supongo que por miedo o coraje por no haberla ayudado con tu abuela. Y admito que al principio no la busqué porque seguía molesta tras nuestra última desagradable conversación. Tenía 17 cuando se fue y entiendo que una joven de esa edad no está para nada interesada en el noviciado y más contra su voluntad. De haber sabido que sería la última vez que escucharía su voz… igual con Jeremiah.

Sus palabras eran suaves en un sentido que no quería reflejar su dolor pero podía sentirlo. Dos hermanos desaparecidos, uno por razones misteriosas y otra por una mala relación. El odio hacia su abuela creció aún más y sin preverlo también contra su padre.

—¿Por qué hay padres que quieren manejar la vida de sus hijos a su antojo? ¿Por qué no les dejan ser? No es justo hacerles eso a los hijos. Controlan su vida, lo que serán, es completamente estúpido…

—Chris —su madre la detuvo al notar que elevaba la voz.

—Lo siento. Pero no lo dije por ti, mamá —su madre la abrazó.

—Está bien, yo también estoy molesta —la joven jaló la manga de su sudadera y suspiró profundo.

—Extraño a Ricky

—Yo también, pero sabes, tu hermano seguro no querría que te pusieses triste al recordarlo. ¿Recuerdas cuando sabotearon la máquina de césped?

—Sí —se rio deteniendo las lágrimas que amenazaron con salir—. Queríamos hacer una maquina voladora.

—Y cuando hicieron un pararrayos en el jardín.

—¡Oh, por Dios! ¡Casi le causamos un infarto a la vecina! —su madre rio fuerte con ella.

—La señora Olmont estaba furiosa.

—Y cuando desarmó el motor del auto.

—Y no la camioneta, sino el del auto clásico —las dos se rieron y su madre le dio la foto—. Quiero que la guardes muy bien y no quiero que tu abuela la vea.

—¿Por qué no? Digo, además del placer que me causaría ocultarla —su madre negó con la cabeza.

—Puede que no lo creas pero a tu abuela le dolió mucho que tu tía se fuera y destruyó todas sus fotografías —vio a su hija abrir la boca para hacer algún comentario sarcástico pero la cerró—. Y si la ve querrá romperla.

—¿Por qué no la guardas tú?

—Conmigo seguro la encuentra. Y me siento triste de no haberla ayudado en su momento. Tú tienes más imaginación, estoy segura que la esconderás donde nunca pueda verla.

—Entiendo. Te prometo que la esconderé muy bien hasta la mudanza.

—Gracias, tesoro —besó su frente y revolvió su cabello—. ¿Quieres cenar?

—Muero de hambre.

—Bien, pediré algo de comer.

—Algo rico y freído en aceite por favor.

—Lo anoto —su madre se levantó de la cama para salir del cuarto, pero entonces una duda asaltó su mente.

—Mamá —su madre se detuvo en el umbral de la puerta—. Dijiste que el tío se mudó muy lejos de aquí, entonces ¿por qué decidió vivir a unos metros del convento?

—Eso es un misterio que nunca pude averiguar. Ven conmigo,

quiero disfrutar de tu compañía todo lo posible.

Entre risas y recuerdos cenaron como hacía días no lo hacían, Chris quiso decirle acerca del estúpido profesor de literatura pero no quería arruinar el momento. Cuando su madre se fue a dormir se dio una larga ducha en ese baño que le costó días limpiar hasta dejarlo blanco como una perla. Después de eso se puso manos a la obra con los deberes y un vaso de leche y galletas para acompañar, todo a puerta cerrada, ya que después de parecerle escuchar entre los sonidos del viento pequeños chillidos quiso evitarse otro encuentro con la rata.

Estando ya a la mitad de su tarea de ciencias un sonido a su lado detuvo su pluma.

La radio estaba encendida. Otra vez.

Tragó la galleta que estaba masticando y movió las perillas, pronto escuchó a Nickelback y estuvo a punto de dejarlo así cuando al mover la perilla derecha notó cómo el sonido de la estación parecía cambiar.

—Espera… izquierda es para sintonizar una estación, y derecha… —el sonido volvió a la normalidad cuando regresó la perilla a como estaba—. Es raro, es como si marcara otra frecuencia dentro de la misma. ¿Por qué has hecho una radio así de rara, tío? —preguntó a la nada sabiendo que no obtendría respuesta. Siguió moviendo las perillas y experimentando entre los sonidos.

Me mató.

Sus manos se quedaron quietas al escuchar esas palabras tan claras como el sonido del viento golpear su ventana. Movió lentamente ambas perillas hasta que el sonido blanco se escuchó como un eco lejano.

Me mató.

Repitió la voz femenina en un sollozo ahogado, estaba segura que era la misma voz de esa tarde. Sintió que el cuarto se enfrío unos diez grados de golpe. Se levantó de su asiento mirando la radio esperando una serie de gritos que no vinieron.

No fui… lo que quería que fuera... No fui…

Apagó la radio antes de escuchar más y la lanzó a su papelera quedando por mucho fuera de esta. La dejó en una esquina, apagó la luz y se tapó hasta arriba con las cobijas, tardando demasiado en conciliar el sueño tras esas tristes palabras que le trajeron malos recuerdos.

5

El sonido del viento entre los arboles le despertó, se estiró en el verde pasto que era suave y picaba al tacto, miró hacia arriba contemplando la luz del sol entrar dispersa entre las ramas y las hojas del sauce que caían como una cascada verde sobre ella. Aspiró el aroma del agua que el lago frente a ella otorgaba y luego sintió la presencia de alguien a pocos pasos.

—Hasta que al fin despiertas.

—Tenía sueño, Ricky. No me culpes.

Su hermano se rio. El viento agitó sus rubios cabellos y la camisa abierta de cuadros que llevaba encima de la camiseta del último concierto de Linkin Park al que fueron. La miró con esos juguetones ojos castaños.

—Vamos dormilona. ¿Quieres un helado?

—Tú sabes que nunca digo no a un cono.

Caminaron por el parque y el sol cálido de la primavera sobre sus cabezas iluminaba el colorido parque lleno de azaleas y lilas. La gente pasaba a su lado corriendo, paseando, o buscando un lugar donde descansar. La ciudad de Nueva York siempre estaba en movimiento. Compraron un helado cada uno y fueron a una banca para poder reír y hablar de sus planes de conquistar el mundo, o de sobrevivir a la escuela. Los folletos de universidades estaban sobre las rodillas de Ricky que miraba crítico sus opciones.

—Hey, ¿qué te molesta? ¿Aún no recibes la carta de aceptación?

—No, al contrario, recibí las cartas hoy mismo y me aceptaron en todas mis opciones.

—¡¿QUÉ?! ¡Eso es genial! —Exclamó contenta casi tirando su bola de helado—. ¿Y a dónde iras? ¿Vas a ir al MIT[3]? ¿Te quedas aquí? ¿O vas a San Francisco?

—Esa es la cuestión. Papá no está de acuerdo con mis primeras opciones, quiere que vaya a Texas.

—Pero Texas no está entre tus opciones, no es justo que papá quiera que vayas a una universidad que tú no quieres.

—Lo sé, cree que puede arreglar mi futuro pero está muy equivocado —le mostró el folleto de la Universidad en Cambridge—. Por eso hoy después del juego voy a decirle que no pienso ir a Texas e iré al MIT. Quiero ser el mejor en robótica y sólo allí podré serlo. Este juego es la última cosa que voy a hacer por él.

—Vas a hacerlo genial allá.

—Gracias.

—Y si creas un Hulk Buster ¿podemos llevarlo a la Comic Con de San Diego[4]?

—Sabes que Tony Stark es mi inspiración. Hey, tienes algo allí —señaló su cara y con la otra mano golpeó su cono hacia arriba, manchándola de helado de chocolate y luego ella hizo lo mismo en venganza manchando su boca de fresa. El viento los despeinó y Ricky miró a algún punto del parque con expresión serena.

—No dejes que nadie te diga que no puedes hacer algo, Chris. Ni siquiera mamá o papá, ni siquiera yo. Porque quienes te digan que no puedes es que quieren que falles y seas como ellos.

—Te has chivado esa frase de la película The Pursuit Happiness[5].

—Exacto. Pero no es menos cierto. A veces estamos en este mundo y no sabemos qué hacer. Tenemos sueños que deseamos cumplir pero la gente se atora. No quiero que eso me pase o te pase a ti. Con ver a papá sé que no quiero ser como él —él sonrió y luego se volvió a mirarla—. Quiero ayudar a la gente a mi manera. Dejar mi huella y hacer de este un mundo mejor. Dime, acaso si no estuviera en tu mano ¿no harías algo para ayudar a alguien?

El viento volvió a soplar, despeinando y llevándose algunas hojas del suelo. Gotas de chocolate cayeron en sus pantalones nuevos, y el aroma del césped hizo cosquillas en su nariz. Al alzar la vista para darle una respuesta, su hermano había desaparecido. En su lugar, una monja miraba hacia a la nada. Todo se oscureció, nubes grises y viento helado la envolvieron, más gotas de helado cayeron a su pierna y la mujer giró su cabeza con lentitud. La mitad de su rostro sangraba profusamente manchando el cuello blanco del hábito, no tenía boca, era un espacio en blanco, pero donde debían estar sus ojos, dos cuencas oscuras y profundas la miraban en su lugar y de estas salía el eco de un grito que se hacía cada vez más y más fuerte. El cono cayó de su mano, ese rostro estaba casi sobre ella, y al momento de querer gritar todo a su alrededor fue tragado por la penumbra.

Despertó con la sensación de seguir en ese día de primavera en el parque, sentada en esa banca, con sus oídos palpitando y las frías gotas de helado en su pierna. Estaba en su cuarto, hacía un frío del demonio y las ventanas estaban empañadas. Se quitó la cobija de felpa y el frío le caló a pesar de tener su pijama de franela. Miró afuera de la ventana, todavía estaba oscuro, la calle era iluminada por las amarillentas luces de las farolas mostrándose vacía. Tenía frío, eran las tres de la mañana, pero no tenía sueño. Encendió una luz y buscó entre sus cosas un pequeño álbum de fotos de color azul de apenas treinta centímetros. Al abrirlo, la sonrisa de su hermano le dio la bienvenida. Fotos familiares le recordaron mejores tiempos, pero en ese momento estaba concentrada en su hermano y no en su pasado. La fotografía del parque apareció pronto al hojear el álbum, los dos en la banca con sus conos de helado en mano. Su última fotografía, su último momento juntos. Evitó llorar aunque fue imposible no dejar

que una o dos lágrimas cayeran de sus ojos, sintiendo todavía el dolor latente de la perdida como algo reciente. Se estaba hundiendo, más y más en ese mar lleno de oscuros pensamientos y Ricky ya no podía sacarla de ello. El frío la obligó a regresar a la cama, tapándose casi hasta arriba e intentar conciliar el sueño. La imagen de la monja fue perturbadora, pero las palabras de su hermano seguían en su cabeza en el recuerdo de ese día que fue su último paseo.

… acaso si no estuviera en tu mano ¿no harías algo para ayudar a alguien?

•••

Adoraba ir al súper mercado, era una actividad relajante y algo que podía hacer con su madre. Probar algunas muestras gratis, pelearse por algunos productos, y hasta hacer el vago en el área de muebles. Cuando era pequeña adoraba ir dentro del carrito y quedar enterrada entre todos los productos que compraban, pero ya era una niña grande y ya podía alcanzar los estantes altos.

—Voy a ir a por el cereal y las galletas.

—Búscame en la sección de carnes frías. Y no te entretengas viendo videojuegos.

—¡Fue una vez! —la mirada de su madre de "No me vengas con esas" la hizo reír.

—Mejor evita la pena de ser llamada por la caja.

—Sí, mamá.

Se alejó de su madre mirando los pasillos, ya que los letreros sobre ellos tenían una letra tan pequeña y apretada que no podía entenderlos, eso o quizás necesitara lentes. Al fin llegó al pasillo correcto y vio a la distancia la caja de Froot Loops y a su lado las Cookie Crisp. No podía creerlo, la adrenalina la invadió y se puso en posición de carrera, era ahora o nunca. Corrió hacia su cereal favorito, saltó y tomó la caja alzando su trofeo de colores frutales sobre su cabeza.

—¡Sí! Lo tomé primero, nos llevamos este. ¿Cómo te quedó la cara Rick…?

La realidad la golpeó. Por un segundo sintió la emoción de ese juego que hacía siempre con su hermano para decidir qué cereal se llevaban a casa. Se sintió como una idiota, sintió ganas de llorar y limpió sus ojos con la manga de su suéter antes de hacer una vergonzosa escena en medio del pasillo de los cereales. Dejó el cereal

en su sitio y en cambio tomó el cereal de galletas de chocolate que fue el favorito de su hermano.

—Algo de chocolate por la mañana anima a todos, ¿no, Ricky?

—Hey —casi dejó caer la caja por el susto pero la sujetó a poco de que cayera al suelo. Se volvió encontrándose a uno de los gemelos e instintivamente frunció el ceño, luego sintió vergüenza ante las lágrimas visibles en sus ojos. Se dio la vuelta para salir del otro lado limpiando de su rostro cualquier evidencia que pudiese quedar—. Hey, espera. Quiero hablar contigo.

—Pues yo no quiero hablar contigo Aaron.

—En realidad soy Aiden —se puso a la par con ella.

—Oh, lo siento. Es que no tienes la gorra y…

—Está bien, es difícil que alguien nos reconozca si no uso gorra.

—Ya… —su cabeza estaba ligeramente inclinada hacia abajo para que no viera sus ojos rojos.

—Mira, quería disculparme contigo, no era nuestra intención ponernos en plan insistente pero mi hermano puede ser algo…

—¿Tarado?

—Intenso. Pero no es malo. Al contrario, quedó impactado con lo que escuchamos ayer y no fue el único.

—¿Y qué? ¿Acaso quieren investigarlo?

—No tendría nada de raro. Es decir, hay tres opciones. La primera es que se trate de una psicofonía, la voz de un fantasma que se dio a escuchar entre la frecuencia de tu radio; la segunda es que simplemente escuchamos una estación de radio que transmitía alguna novela —suspiró un poco—. Y la tercera la consideraría más sombría, siendo una pobre chica que está en ese lugar en contra de su voluntad y esté sufriendo alguna especie de maltrato. Dime tú si no quisieras al menos averiguar algo antes de llamar a la policía.

—¿Y si sólo es una radionovela mala?

—Al menos nos quitaremos la duda.

… acaso si no estuviera en tu mano ¿no harías algo para ayudar a alguien?

Sus manos pasaron por encima de su cabeza para intentar olvidar esa frase. Suspiró y notó que Aiden le observaba atento. ¿Qué debía decirle? No quería estar involucrada en algo turbio y mucho menos en su situación actual, era una bola de sentimientos contradictorios que en cualquier momento explotarían en su cara. Pero, ¿y si era verdad? ¿Y si alguien estaba atrapado allí como lo estuvo su tía? ¿Qué clase de persona encierra a su hija en un convento en primer lugar? Un monstruo que no le importa los sentimientos o el bienestar de otros, gente como su padre, su abuela… ¿ella?

—Amo esas galletas —señaló Aiden cuando ella tomó las galletas con base de chocolate.

—También son mis favoritas. ¿Las quieres?

—Gracias, puedo tomar otro paquete.

—Claaaaro —de repente su compañía la hizo sentirse incómoda—. Debo irme, mi mamá me está esperando.

—Vale, ¿te veo en la escuela?

—Tal vez. Nos vemos.

Puso toda su fuerza de voluntad para no salir corriendo, hizo más larga su zancada para alejarse de él hasta llegar a la sección de carnes frías, donde vio a su madre hablar con una hermosa mujer de piel morena y largos y rizados cabellos negros. ¿Era una modelo? ¿Era Esmeralda del Jorobado de Notre Dame? Las dos reían como dos viejas amigas. Hacía mucho que no escuchaban a su madre reír así, ni siquiera con ella reía de esa manera tan suelta. Se acercó tímida hasta su madre acomodando detrás de la oreja un mechón suelto de coleta.

—Mamá.

—Chris, quiero presentarte a Loretta Ashwood. Es la jefa del consejo de padres de familia de tu escuela.

—Mucho gusto, señora.

—Encantada, cariño —habló con un tono grave que se le tornó al de una estrella de cine flirteando con el protagonista—. Tu madre me ha hablado de ti. Me ha dicho que eres una chica lista y que te va bien en clases.

—No soy tan inteligente. Ya he estudiado esos temas en mi anterior instituto —dijo restándole importancia.

—Mmm, seguro que te aburres en la escuela. Hemos intentado actualizar el temario pero la burocracia entre los padres de familia es algo que puede dejar marcas que uno no desea.

—¿De pistola o cuchillo? —preguntó la joven en un impulso haciendo reír a la señora Ashwood.

—Tu hija me gusta, Sarah. Se nota que tiene chispa. Oh, ese es uno de mis hijos —señaló detrás de Chris que pronto sintió la presencia que le sacaba media cabeza—. Aiden es mi hijo menor, hijo, ellas son Sarah y Christina Hallow, son las nuevas residentes en nuestra ciudad.

—Un placer.

—Encantada —respondió Sarah al apuesto chico.

—Hola… —habló Chris entre dientes, deseando que la situación acabase antes de que su cordura le diera por salir corriendo por el pasillo de limpieza.

—Hola de nuevo.

—¿Se conocen? —preguntó Loretta señalando lo obvio.

—En la escuela —contestó Aiden—. Y porque Aaron buscaba casas

embrujadas por la zona.

—¿Casas embrujadas? —Preguntó Sarah y luego rio—. De seguro la nuestra debió pasar por una.

—Sin dudarlo —mascullό Chris buscando posibles vías de escape.

—Mis hijos pueden tener pasatiempos únicos. ¿Gustan acompañarnos en nuestras compras? Me encantaría poder conocernos mejor, Sarah.

—Lo mismo digo, Loretta. Vamos, cariño.

—Voy… —murmuró tensa. Aiden siguió a las mujeres en actitud reservada, pero a ella no la engañaba, pudo notar una sonrisa en la comisura de sus labios. Sin embargo, ambos terminaron por sufrir cuando a sus madres les dio por charlas de ellos.

Ese día su madre hizo una nueva amiga, mientras que la adolescente cruzó el umbral de la vergüenza ajena a la velocidad de una babosa, cada segundo peor que el anterior. Fue la hora más larga de toda su vida que pasó ante sus ojos cuando a su madre le dio por hablar de su niñez. Estaba segura que Aiden se sentía igual pero él se mostró imperturbable, en cambio ella quería fingir un ataque de pánico para que la ambulancia la sacara de allí.

—Qué día tan agradable. Hacía tanto que no me divertía en las compras —dijo mientras se ponía detrás del volante.

—No me digas —respondió irónica ante la vergüenza sufrida.

—Me gustó mucho hablar con Loretta, espero volver a verla cuando toque junta de padres en tu escuela y tomarnos un café. Hace tanto tiempo que no hacía una amiga.

—Me alegro por ti.

—Oye, ¿estuviste llorando?

—¿Qué?

—Tienes un poco rojo los ojos.

Ni siquiera lo había notado, se miró en el espejo del auto y comprobó que en efecto sus ojos estaban un poco rojos, incluso sus pestañas se veían húmedas. Se dejó caer sobre el asiento y suspiró, era imposible mentirle.

—Compré su cereal favorito.

—Oh…—el ambiente ameno desapareció de golpe.

—Lo siento.

—No te disculpes cariño, nos tomará aun tiempo pero debemos intentar sanar.

—No prometo nada, pero lo intentaré.

—Buena chica.

No dijeron nada en el camino de regreso, pero Chris se sintió como basura al ver los ojos empañados de su madre, sin embargo a diferencia de ella no derramó una sola lágrima mientras conducía. La admiración hacia su madre creció más y más desde ese día.

•••

Sarah volvió a salir debido a una llamada del convento, al parecer una de las monjas se puso mal y en vez de llamar a una ambulancia la llamaron a ella para servir de transporte. Su día libre volvía a ser acaparado y seguro regresaría hasta la noche. Tenía que hacer algo especial por su hija para compensarla, se estaba esforzando mucho para que la casa se viera decente, ya no había grasa en la cocina, el baño estaba impoluto, y el moho estaba desapareciendo a pasos agigantados. Pero necesitaba que su hija se distrajese con algo más que no fuera con la limpieza de la casa. Siempre le había preocupado mucho su falta de habilidad social, fue algo que intentó corregir con el paso de los años pero se dio cuenta que su hija era feliz estando encerrada en su habitación con sus libros, su computador y consola. Al menos su mente se cultivaba con conocimientos de libros y enciclopedias que nadie más que ella hojeaba. Su marido siempre decía que mientras no anduviese en malos pasos estaba bien que se retrajese del mundo, pero ella no pensaba igual. El único que podía hacer que saliera de casa era Richard, a pesar que él también gustaba más estar en su habitación con sus modelos de robótica, la sacaba a lugares variados en los que al regresar tenía una amplia sonrisa y sus mejillas sonrojadas. Sabía cuánto le dolía a su hija la pérdida de su hermano, ella también lo sentía, pero el dolor de cada una variaba en profundidad, y Chris era quien estaba cada vez más y más hundida en su dolor. Quería que saliera, que hiciera amigos, que saliese de compras, que volviese a jugar al computador o a su consola y hasta que se hundiese en la amplia gama de opciones que tenía entre sus libros. Pero no, su consola seguía empacada, su computador nada más lo usaba para hacer tarea, y apenas le había visto leer una novela y dejarla de lado poco después. Sentía que la estaba perdiendo y no sabía qué hacer.

El aroma de café amargo llamó su atención y al volverse vio a la hermana Rosemary con un vaso desechable.

—Me pareció que estaba cansada, así que le he traído un poco de café.

—Le agradezco mucho, hermana —tomó el vaso y miró con detenimiento a la joven monja. La hermana era demasiado joven, se preguntó qué edad tendría. Era también bonita y con un poco de maquillaje y un vestido seguro sería una belleza que dejaría a los hombres babeando por donde caminara. Sarah sentía que sus mejores años habían quedado atrás, y se preguntó si la hermana Rosemary no estaba desperdiciando su juventud enclaustrada en un convento.

«No digas eso de ti, Sarah. Eres bonita, las patas de gallo aun no son notorias y aunque no tengas cuerpo de modelo tienes con qué defenderte»

Pensó intentando subir su autoestima a pesar de que sabía que no se podía comparar con la secretaria de su esposo.

«Con la que de seguro debe estar en este momento. Una Barbie plástica. Me pregunto cuánto le habrá costado rehacerse toda porque ese trasero no era cosa de pilates»

Tenía que desviar sus pensamientos lejos de su esposo. Nada más le traían amargura. Volvió a fijarse en la hermana Rosemary y no pudo evitar quedarse viendo su mano, su dedo corto.

—No fue bonito.

—¿Perdón? Oh, lo siento, no quería mirarlo nada más me preguntaba…

—La entiendo. No es muy notorio pero cuando alguien lo nota es imposible que no lo vean. Esto me lo hizo mi madre. Era una mujer mala que siempre buscaba estar encima de mí. Fue un castigo.

—¿Un castigo? ¿Quién podría castigar a su hija de esa forma? —preguntó horrorizada.

—Mi madre no era una mujer cualquiera. Y no le guardo rencor. Ella tuvo sus razones, o al menos las que ella creyó que eran correctas, hizo lo que creyó que era lo mejor para mí.

—No creo poder justificar este tipo de comportamiento —de pensar que una madre fuera capaz de mutilar a un hijo le dio escalofríos. Claro, existían casos horribles de padres que hacían toda clase de atrocidades a sus hijos, por ello prefería no ver los noticieros más allá del reporte del clima. Nunca se atrevería a hacerle daño a su hija y tal vez hasta su madre fuera dura, pero nunca fue más allá de las palmadas en el trasero o hincarlos en una esquina por más de media hora.

—Nadie lo haría —habló la hermana Rosemary con una sonrisa dulce—. Pero fue gracias a esto que encontré a Dios, su amor fue lo que me salvó y encontré en el convento la paz y la armonía que estaba buscando toda mi vida. Junto con el perdón hacia mi madre. Lamentablemente falleció antes de poder aceptar a Dios en su vida.

—Lo siento mucho —le dijo en tono triste aunque de verdad esperaba que esa mujer estuviera en el infierno.

—Gracias. Estoy segura que al menos ella está descansando de toda la ira que siempre sentía.

«Con llamas y pequeños demonios pinchándola con sus tridentes»

Y luego se quejaba de los comentarios su hija.

—Hermana, ¿qué edad tiene? Se ve muy joven.

—Todo el mundo me lo pregunta, tengo una cara de niña, ¿no es verdad?

—Esa es una virtud. Todas deseamos permanecer jóvenes.

—Tengo treinta y nueve años. Tampoco soy tan joven.

Treinta y nueve. Sarah pensó que sería la edad de su hermana en la actualidad. Esperaba que donde quiera que estuviera tuviese una buena vida, aunque al menos se hubiese molestado en llamar a Jeremiah si no quería hablar con ella.

—Señora Hallow, ¿está bien?

—Sí, estoy bien. Pensaba que treinta y nueve es una edad excelente. Al llegar a los cuarenta las cosas cambian un poco —sorbió el café y lo escupió con cuidado de regreso al vaso. Ese brebaje era horrible, ¿es que nadie podía preparar un café decente en ese lugar? ¿Dónde estaba un Starbucks cuando se le necesitaba?

—Pienso que cual sea la edad que tengamos es buena mientras nosotras hagamos algo de provecho.

—Creo que tiene razón. ¿En qué se especializa en el convento?

—Formo parte del coro. Soy algo así como la directora.

—¿Algo así?

—Sí. Me encargo de las partituras y algunos ensayos. Pero no se lo diga a la hermana Josephine, ella cree que sigue al mando pero nadie se atreve a decirle nada por sus años.

—Entiendo que a cierta edad uno debe hacerse a la idea de que ya no puede hacer las mismas cosas de antes.

—Tiene razón. Por eso debemos aprovechar cada día mientras podamos —suspiró con añoranza—. Cuando uno menos se le espera, se da cuenta que ya no puede volver al pasado.

Sarah bajó la mirada hacia el vaso de café, pensando en la vida que ya no tenía. El pasado ya había dejado su huella, su presente era frustrante, y temía lo que fuese a ser su futuro. El reloj del tiempo avanzaba y no tenía idea de qué hacer consigo misma.

•••

Chris miró una fotografía en la que aparecía con su hermano saliendo de su primer concierto, con una camiseta dos tallas más grandes porque ya no había de su talla y el muy ladino le había puesto dos orejas de conejo con sus dedos. Rio un poco, recordó que al darse cuenta no se enfadó con él, sino que le pareció gracioso. Se dejó caer en la cama y miró el techo. No quería hacer nada. Se dejó llevar por el cansancio poco a poco, sus ojos se fueron cerrando y su consciencia comenzó a perderse en algún lugar de su mente. Estuvo segura que comenzó a roncar y entonces…

¡PUM!

Sus ojos se abrieron tan rápido segura que eso no fue producto de su imaginación. Algo cayó en el ático como cuando llegaron por primera vez. Se levantó tomando el bate que estaba en una esquina pero tras pensarlo un poco lo dejó en su lugar. No iba a subir. Era obvio que era esa rata que venía haciendo su vida un incordio. Pensó que si una de esas cajas caía sobre ella se quitaría un peso de encima. Se sentó de nuevo en su cama pero su espalda no pudo encontrar el descanso que tanto anhelaba.

¡PUM!

¡PAM!

¡CRASH!

—¡MALDITA RATA! ¿Qué mierda hace? ¿Jugar bolos?

Corrió hacia la trampilla y abrió la compuerta sin dificultad. Al subir encendió la bombilla pero no pudo diferenciar entre todo ese desastre lo que estaba fuera de lugar y lo que no. Bajó a la cocina, tomó todo lo necesario y volvió a subir a la segunda planta, poniéndose los guantes de jardinería de su madre, un tapabocas, la escoba, y abriendo una de las enormes bolsas de plástico negro. Entró al ático dispuesta a dar pelea a la mugre. Era momento de hacer manos a la obra y no se iba echar para atrás.

***

Ya pasaban de las diez de la noche, Sarah se estacionó fuera de la casa exhausta de todas las formas posibles. Miró la hora en su celular y en ese momento la batería murió. Quería entrar, darse un baño, y poder comer una enorme bolsa de patatas con aderezo. Su madre la abarcó hasta la hermana, una de las tantas de edad avanzada, estuvo mejor. Abrió la puerta y suspiro de alivio al poner un pie dentro de esa vieja casa. Al principio no entendía por qué Jeremiah compró esa

casa tan cerca del convento, en realidad seguía sin entenderlo, pero era agradable poder tener un lugar en el que pudiera descansar. Pensó un poco en su hermano. Apenas tuvieron la oportunidad, ella y Jeremiah corrieron lo más lejos posible de su madre, pero después de la desaparición de Esther algo lo cambió. Se encerró en sí mismo, volviéndose demasiado callado e introvertido con el pasar de los años. Muchas veces lo llamó para que los visitara, se volvió muy cercano a Ricky y aunque Chris no lo recuerda con claridad de pequeña se colgaba de él como un mono no queriendo dejarlo ir. Él se veía feliz en cada una de sus visitas, sin embargo, en privado se veía taciturno. Ante todo, no entendía la razón para estar cerca de su madre, ¿tal vez creía que Esther volvería? Ni siquiera ella lo creía, pero ¿qué podía saber ella de su hermana menor? Un abismo se abrió entre ellas después de que se fuera y luego de que su madre la llevara al convento. Se dijeron cosas horribles y todavía se arrepentía de cada una de ellas.

Fue a la cocina a preparar algo de té para conciliar el sueño, cuando un fuerte estrepito la hizo distraerse y quemarse con el agua caliente. Chupó su dorso donde el agua salpicó y subió para encontrarse con cuatro enormes bolsas negras al final del pasillo y otra más que intentaba salir de la trampilla del ático. Algo la empujaba entre gruñidos y golpes, al final la bolsa cayó y pudo reconocer los zapatos de su hija.

—¿Chris? ¿Qué haces? Es tarde para eso.

—¿Mamá? —casi le dio un infarto al ver a su pequeña desde arriba, la blanca mascarilla que se puso se veía gris, sus ropas estaban sucias, los guantes negros de mugre y oxido, y su cabello estaba revuelto y pegado en su cabeza por el sudor. Su pequeña niña parecía haber regresado de un campo de batalla.

—Cariño, ¿qué haces arriba?

—Creo que la rata está aquí tirando todo, no deja de hacer ruido.

—¿Has tenido suerte?

—No. Y no llevo ni la mitad.

—Ok, ok. Deja todo, toma un baño y veremos una película mientras comemos algo, ¿te parece? —su hija asintió y cuando bajó se dio cuenta que estaba peor de lo que se veía arriba—. Y deja tu ropa en el cesto. ¿Qué es ese olor?

—No quieres saberlo.

Y no preguntó. Sino que le dejó ropa limpia, sacó cada pesada bolsa fuera de la casa, y preparó todo para pasar un buen rato juntas. Media hora después estaban en su cuarto viendo La Propuesta con Julia Roberts, comiendo papas fritas y soda, no era una cena apropiada pero por una noche no pasaba nada. A mitad de la película sintió el húmedo cabello de su hija en su hombro y sonrió al verla

dormida profundamente con la mano dentro del tazón de patatas. La cubrió con las frazadas y siguió mirando la película sintiendo el nudo de la culpa en su pecho. No podía creer que hubiese arrastrado a su hija de esta forma. Era su culpa haber dejado que su marido las echara de esa casa en la que ella puso la mitad de su dinero, era su culpa no haber abogado más por las decisiones de su hijo que detestaba el deporte, era su culpa dejar que su madre la tratara así, era su culpa que su hija tuviese que lidiar con esa casa, y era su culpa darle falsas esperanzas cuando no tenía tiempo de buscar otro trabajo ni de llamar a Evelyn para que le ayudara a buscar una nueva casa. Sentía que el sentimiento crecía cada día más hasta ahogarla, como dos enormes manos que se cerraban cada vez más en su cuello. Besó la cabeza de su hija y siguió mirando la película hasta que terminó, arropándola más, preocupada del frío que hacía en ese lugar. Por ella estaría dispuesta a todo, era lo único que le quedaba en esta vida e iba a estar para ella cuando la necesitase. No sería como con Jeremiah, Esther, ni mucho menos como con su hijo. Su hija tendría una madre que estaría dispuesta a todo por su felicidad.

•••

Pasaban de las tres de la mañana cuando Chris despertó al escuchar pasos por el pasillo. Por un momento pensó que estaba soñando, pero volvió a escucharlos y sus sentidos entraron en alerta. Con cuidado abrió la puerta, asomándose y notando una luz provenía de su habitación. Se movió despacio, aun en contra de su instinto de sobrevivencia que le decía que se encerrara con su madre, se asomó por la puerta entre abierta y vio la lámpara de su escritorio encendida. ¿Se había olvidado de apagarla? Esperó un momento en silencio, controlando su respiración y tras no escuchar nada más entró a su cuarto. Estaba vacío. Suspiro de alivio y se volvió a su escritorio para apagar la lámpara y regresar a dormir con su madre pero se detuvo. Se quedó clavada en su sitio al darse cuenta de lo que no debería estar allí. La radio estaba en su escritorio, con aquel rostro burlón que le daba la bienvenida, y a su lado un viejo micrófono de cabeza de platino muy similar a las que usaban las antiguas radiodifusoras. Sintió un frío recorrer su columna, y aún contra su buen juicio, se acercó al escritorio y tomó el micrófono examinándolo con atención. Vio el cable muy cerca de donde estaba el conector y una idea vino a su mente, después de todo, radio antiguo, micrófono antiguo, igual se complementaban a la perfección y no se equivocó. Al momento de tomar el cable y conectarlo al costado cabía perfecto. Tragó un poco de saliva antes de sentarse y encender la radio con el corazón

desbocado, intentando localizar la frecuencia correcta entre las dos perillas.

Un suave susurro se hizo presente en la interferencia y abrió la boca una par de veces antes de que al fin la voz saliera de ella.

—¿Hola?

Silencio. Pero el susurro regresó, a un lado de la radio pudo encontrar la rueda del volumen y lo subió todo lo posible captando una melodía. ¿Estaría captando una estación sin querer? Con la duda encima volvió a hablar.

—Puedo escucharte —dijo con voz trémula y sujetándose al micrófono como un salvavidas. La voz se calló—. Dime… ¿quién eres? —No hubo respuesta, un leve rezo comenzó a escucharse, pero ella no necesitaba rezos, necesitaba respuesta—. Por favor, dime cómo puedo ayudarte.

Silencio acompañado de ruido blanco. Nada. ¿Tal vez se había equivocado?

Ayuda… me.

Se enderezó en su silla. No, no se lo estaba imaginando, había obtenido una respuesta. Su respiración se atoró en su pecho sabiendo que tenía que responder y no salir corriendo como tanto quería hacer. Se tomó su tiempo para volver a hablar, tragando y mojando sus labios con su lengua.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Un dulce canto comenzó a escucharse, estaba cantando tan bajo que tuvo que acercarse a la bocina para escuchar con claridad, rogando que no gritara como antes. Tomó hoja y lápiz para anotar lo poco que escuchaba. Mientras que alguien observaba la ventana desde la banqueta, casi hipnotizado por la débil luz que emanaba de esta hasta que desapareció. No habría más señales esa noche.

—Espero que tu sucesora sepa jugar muy bien este juego, Jeremiah…

Con una débil risa entre sus labios se dio la vuelta y se perdió en la oscuridad de las frías calles de Morning Valley.

[3] [3] MIT: Instituto Tecnológico de Massachusetts

[4] Comic-Con San Diego: Una de las más convenciones más grandes del mundo referente a los comics, anime, películas y video juegos.

[5] The Pursuit Happiness: Película de 2006 protaginizada por Will Smith.

6

Cuando estaban en primaria recibían notas de todo tipo: notas de amenaza, notas de amor, notas de calificaciones, notas de profesores, notas de buena suerte. Pero esta vez no sabían cómo definir esa nota escrita en rojo.

Sala Audiovisual en el almuerzo, vayan solos.

La nota era rara pero no podían decir si era una orden o una invitación. Aaron se volvió a su hermano con una mirada llena de sospecha.

—¿Hiciste enojar a alguien?

—Justo eso te iba a preguntar a ti.

—No. Por eso te pregunté primero —puso la nota a contra luz para estudiar la tinta—. Creo que es rosa.

—¿Una cita?

—Odio esa clase de cosas. ¿Por qué no lo dicen de forma directa?

—La mente femenina es un misterio.

—¿Y si es un chico?

—Sin comentarios.

Caminaron a la biblioteca y al entrar vieron a la encargada mirando en su celular videos de tutoriales de maquillaje, alabando los efectos de la sombra de ojos, mientras se acicalaba su ceja pintada. Avanzaron sin tener que dar explicación al aula de audiovisuales al fondo, un espacio que casi nadie conocía a menos que un profesor necesitase algún material de exposición, y por eso siempre estaba cerrada con llave. Al menos hasta ahora.

El pomo giró sin dificultad, se asomaron al oscuro espacio hasta que algo surgió de las sombras y los sujetó de las chaquetas, arrastrándolos al interior antes de emitir queja alguna y cerrando la puerta detrás de ellos. La luz se encendió y vieron a Chris que tenía una expresión de molestia.

—Tardaron demasiado —ambos estaban confundidos y Aiden fue el primero en preguntar.

—¿Qué haces aquí?

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Aaron.

—¿Y cómo es que te dieron la llave de este salón? —le siguió Aiden.

—En el orden hecho por las preguntas, necesitaba un lugar donde nadie molestara, porque ustedes tienen conocimientos del tema que necesito saber, y abrí la cerradura con una ganzúa.

Los chicos la miraron sorprendidos, y por qué negarlo, admirados por su brutal honestidad y falta de respeto por la propiedad escolar.

—Amo una chica que no le importa desbaratar cerraduras —Aaron esbozó una sonrisa con la mano en el corazón y Aiden rodó los ojos.

—¿Para qué nos necesitas?

—Creo que tengo algo que bien podría interesarles —fue a uno de los estantes que reducían en gran parte el ya diminuto espacio y alzó una mochila del cual asomó la radio—. Ustedes querían involucrarse en esto, ¿no? Creo entender cómo funciona. Y necesito su ayuda.

—¿La escuchaste de nuevo? —preguntó Aaron que tomó la radio entre sus manos.

—Mejor, pude comunicarme con quien fuera quien estuviera hablando —casi sonrió al ver sus rostros pasmados.

—¿Cómo? ¿Es un fantasma o un caso de secuestro? —preguntó esta vez Aiden quitándole las palabras de la boca a su hermano.

—Ni idea —confesó desilusionada—. Pude comunicarme pero la persona no respondió exacta a mis preguntas.

—Entonces, ¿qué ocurrió? —preguntaron al mismo tiempo y ella se cruzó de brazos apoyándose sobre la mesa de centro que ocupaba el resto de la habitación.

—La radio tiene un enchufe para conectarse a un antiguo micrófono, lo encontré en la madrugada… en mi escritorio para ser exactos. No tengo idea de qué o quién lo puso allí, pero al conectarlo comencé a hablar por este y supe que la persona del otro lado podía escucharme.

Los hermanos se vieron el uno al otro con sorpresa en sus ojos. No estaba segura si le creían, pero era obvio que se notaban fascinados por su breve relato. Aaron entonces sacó de su chaqueta un bloc de notas y una pluma.

—¿Has experimentado cosas raras en tu casa? Ruidos, voces, o alguna sombra extraña que hayas notado.

—Ya tengo suficiente con los ruidos que provoca la rata fugitiva que merodea por ahí. Pero no, nada raro además de eso.

—¿Y que hay sobre la hora de dormir? ¿Tienes problemas de sueño? ¿Pesadillas?

—Nada más que las normales —sus sueños eran por completo algo que no iba a contar a esos dos. A pesar del susto de la otra vez, el haber soñado con su hermano era algo demasiado personal como para contarlo. Aiden estudió la radio con atención.

—Un micrófono nos da a entender que la radio es como una radio de onda. Puedes escuchar y responder. Pero ¿qué fue lo que te dijo la persona o espíritu?

—Al preguntar comenzó a balbucear una canción un tanto rara. Sonaba como una nana.

—¿La grabaste? —preguntó Aaron y para desilusión de ambos ella negó.

—No lo pensé. Pero lo anoté —sacó de su pantalón un pedazo de papel doblado y se lo dio a los gemelos. Aiden lo tomó y desdobló para comenzar a leerlo, más Chris comenzó a cantarla en una rima infantil.

Tú y yo bajo la luna
Nuestros corazones unan
La ternura en tus ojos
Me prometen un futuro
La promesa está escrita
Sobre el viejo roble duro
En los rieles huiremos
Y la torre olvidaremos.

Los hermanos estudiaron la letra un momento, tan concentrados que fruncieron el ceño al mismo tiempo. Chris los observó con los brazos cruzados, dándose cuenta de las diferencias entre ambos. Pudo ver sobre la ceja de Aaron una pequeña cicatriz más clara que su piel y en su concentración fruncía los labios ligeramente. Aiden en cambio, tenía una expresión más serena pero no menos rígida. Tenía una cicatriz similar a la de su hermano en la barbilla del lado derecho y arrugaba un poco la nariz. Tan parecidos pero con sus claras diferencias. Eran una visión cautivadora.

«Lástima que son idiotas»

—Suena como una canción de amor para mí —dijo Aaron al fin—. Esta parte, la de los rieles quizás se refiera a la vieja estación de trenes de la ciudad. Conocemos dónde está aunque no es tan fácil llegar a ella, la cerraron hace como quince años después de que un loco líder religioso le diera por suicidarse en ese lugar con sus seguidores cuando el tren venía.

—Ugh. Suena espantoso y escalofriante— se quejó Chris y Aaron sonrió ampliamente.

—Lo sé, ¿a qué es genial?

—Lo del roble duro también es fácil —habló Aiden mirándola a los ojos de una forma mucho más intensa que su hermano y eso la hizo sentirse incómoda un momento—. En lo profundo del bosque hay un viejo y gran árbol al que llaman el Gran Roble donde las parejas van y graban sus nombres allí, dicen que quien logre grabarlo sin romper la corteza logrará que su amor sea para siempre.

—Eso suena muy dulce.

—Espera, él dice algo de un viejo árbol y ¿crees que es dulce? —se quejó Aaron claramente ofendido.

—Tienes razón, una estación de trenes abandonada donde quién sabe cuántos locos se suicidaron en las vías es súper romántico —

respondió sarcástica.

—Pues a pesar de tu tono tengo una novia que se dedica a hacer Urbex.

—¿Urbex?

—Exploraciones Urbanas —explicó Aiden—. Allí fue su primera cita.

—También tiene un canal de Youtube, se llama Black Angel Road 666 y vive en el pueblo vecino a media hora de camino. Nos vemos los fines de semana.

—Qué suerte…

—Es cierto, soy muy afortunado… —pero Aaron se dio cuenta que no hablaba con él, sino con su hermano.

—Qué suerte tienes de librarte de él durante los fines de semana.

—Es el paraíso —respondió con una sonrisa y Aaron le dio un golpe a su hermano en el hombro. Los dos rieron ante esa complicidad y Chris sintió una punzada de celos en su pecho, recordando haber tenido el mismo tipo de relación con su hermano. Se forzó a tragarse esa desagradable sensación.

—Ok, ¿entonces me darían un tour por estos encantadores lugares?

—Chica, estás hablando con los mejores guías turísticos de este lugar —presumió Aaron.

—Perfecto, nos ponemos de acuerdo cuando podemos ir. Les doy mi número y así podemos comunicarnos.

—Claro, no hay problema —aceptó Aaron de inmediato tomando un papel doblado donde ella ya había anotado su número.

—Y nada de subir esto en su canal. No quiero que esto salga a la luz.

—¡¿Qué?!—los dos exclamaron confundidos.

—Hey, tengo mis razones, y no quiero que estar involucrada en esta cosa rara que está pasando.

—P-Pero puede ser una oportunidad única —intentó disuadirla Aaron—. No puedes pedirnos ayuda y esperar que no queramos compartir esto con todo el mundo.

—Ya veo… bien, quizás sea mejor que busque a otras personas para poder investigar yo sola esos lugares. Disculpen las molestias… —comenzó a guardar su radio pero la mano de los hermanos se posó sobre esta antes de que la terminará de guardar.

—Nos interesa mucho esto. Así que queremos ayudarte —aceptó Aiden y su hermano asintió con fuerza.

—Y queremos saber hasta la última incógnita que esto guarda. No le diremos a nadie pero queremos estar involucrados —ella sonrió y extendió ambas manos para que ellos las estrecharan.

—¿Trato? —aceptaron con un apretón de manos, aunque Aaron soltó un suspiro teatral lleno de desilusión.

—Le quitas la diversión a todo chica, pero llevaremos la cámara por si vemos algo extraño. Quién sabe, puede que en las vías del tren captemos algún fantasma.

—Por mi bien. Mientras no suban esto a internet puedo vivir con ello. Oh, casi lo olvido. Hice algo para agradecerles por lo de la última vez, no son tan malos como parecen a pesar de todo —sacó de su mochila un tupper de tapa roja y al abrirlo el aroma de la comida caliente y especias golpeó su rostro. Albóndigas de pollo en salsa, ensalada de lechuga y tomate, y gajos de papa condimentada. Lucía como un plato gourmet—. Me dejaron usar el microondas de la cafetería. Provecho. Debo ir a dejar esto a mi casillero antes de clases.

Salió de allí escuchando cómo saboreaban de forma exagerada su comida, le había costado levantarse temprano para hacer eso pero quería de verdad agradecerles por el almuerzo de la otra vez. Al llegar a su casillero lo abrió a punto de meter la radio y tomar sus libros, cuando vio salir de la sala de profesores al señor Miller.

«Seguro lo he invocado con las albóndigas»

Metió todas sus cosas rápido para poder alejarse de ese desagradable ser humano antes de que soltara un comentario mordaz. Cerró su casillero y cuando este pasó a su lado escuchó claramente que musitaba algo entre dientes con un tono despectivo y burlón. Siguió caminando ignorando su presencia hasta que una gruesa y vieja voz se escuchó entre los dos.

Maldito imbécil.

Se quedaron congelados y ella no se atrevió a mirarlo ni siquiera al sentir su presencia detrás de ella.

—¿Qué fue lo que dijo, Hallow?

—¿Y-Yo? Nada, nada

—¿En serio? No le creo. Todas las chicas de ciudad se creen que pueden hacer o decir lo que se les venga en gana como las descerebradas que son. Venga conmigo que la llevaré con el director.

—¡Qué yo no fui!

—Que te crea el director.

¿Te metes con un estudiante pedazo mierda?

Esa voz de nuevo.

La voz provenía de los casilleros y ella palideció al momento de comprender de dónde venía con exactitud.

—¿Quién se está burlado de mí? —Miller intentó asomarse entre las rendijas de los casilleros—. ¿Qué clase de broma estúpida es esta?

La risa del hombre hizo eco en los casilleros y los pocos testigos que estaban ante la escena miraban con una mezcla de sorpresa y burla lo que estaba pasando. Vio su oportunidad de huir antes de que sonara la campana, pero estaba segura que en la clase de mañana el profesor haría todo lo posible para hacerla pasar mal.

En la salida los gemelos la miraron boquiabiertos antes de echarse a reír y ella estaba roja como una baya. Ni siquiera sabía por qué les contó sobre lo sucedido pero sentía la necesidad de decirle a alguien que no creyera que estaba loca.

—¿Les divierte saber que casi me mandan a dirección? —musitó intentando no rechinar sus dientes.

—No, lo divertido es que tal y como lo cuentas fue como escuchar al señor Newman—dijo Aaron.

—¿Quién? —Aiden le explicó primero.

—El señor Newman era el maestro del club de literatura y teatro, él se encargaba de la biblioteca y de los eventos en el auditorio.

—¿Tenemos auditorio? —preguntó sorprendida.

—Lo tenemos —respondió Aaron—. Es pequeño y convencional, pero volviendo al tema, él tenía un fuerte roce con el señor Miller.

—Sus discusiones fueron épicas. Hubo un par de veces que se liaron a golpes.

—Algunas están circulando por internet, lamentablemente no por nosotros.

—¿Y por qué se odiaban tanto? —preguntó ella a pesar de darse una idea.

—Celos —respondieron a la vez y Aiden inició la explicación.

—Miller decía que los clubes a los que Newman se dedicaba eran cosas que el profesor de literatura debía hacerse cargo.

—Porque todos saben que mientras más cargos tengas en la escuela tendrás al director como mano derecha y al consejo de padres en la izquierda.

—Verlos pelear era divertido. Pero lamentablemente el señor Newman murió un fin de semana por un derrame cerebral. Lo extrañamos mucho en su momento.

—Fue un buen maestro. Hablaba con todos y él fue quien nos impulsó a hacer nuestro canal.

—Y supongo que el señor Miller asumió el puesto que “le

correspondía por derecho” —resaltó Chris haciendo las comillas con sus dedos y Aaron negó.

—Algo así, pero para él fue mucho trabajo. Ya te habrás dado cuenta que la biblioteca da pena ajena y todo por culpa de ciertos padres de familia que encontraban “pecaminosos” muchos de los libros que había.

—Newman antes les hacía frente a esos locos pero Miller cedió enseguida y cambiaron todas las secciones. Nuestra madre es jefa del consejo pero ni siquiera ella pudo sobreponerse a la turba de padres dispuestos a salvaguardar el alma de sus hijos.

—Y ese cretino no movió un dedo para ayudar, dejó que se llevaran los libros buenos y dejaron pura basura que merece quemarse en una hoguera.

—Déjenme adivinar, ¿dejaron Twilight y 50 Sombras de Gray? —Aaron rio fuerte y Aiden intentó no reír a carcajadas, aclaró su garganta y siguió hablando.

—El club de literatura y el de teatro sufrieron de forma similar —habló con voz trémula antes de poder ahogar su risa—. El club de literatura fue cerrado debido a que el maestro no iba a las reuniones o discutía con los miembros que terminaron por cansarse y escapar a otros clubes.

—Y los del club de teatro se vieron obligados a buscar apoyo del director para que otra persona los supervisara, ya que el señor Miller los criticaba en todo. ‘Ese papel no te queda’, ‘¿No eres demasiado alta para ser Julieta?’, ‘Regresa cuando te quiten esos frenillos’ —imitó Aaron a la perfección haciendo reír a Chris y a su hermano—. Se libraron de él, pero el señor Miller les sigue guardando rencor y hace lo que sea para disminuir el presupuesto del club de teatro.

—Sabía que era un patán pero confirmarlo me da qué pensar.

—Y gracias a esa radio, tal parece que el señor Newman sigue por los pasillos de la escuela —habló Aiden en un teatral tono sombrío.

—No estoy segura que capte muertos. Aunque intento no descartar la posibilidad aun cuando mi lado racional siga negando fervientemente la existencia de un plano espiritual.

—Pero sería increíble. Si nos permitieses revisarla tal vez podríamos averiguar…

—Toca mi radio Aaron y tendremos problemas —amenazó al ver su mano muy cerca de su mochila—. Y debo dejarlos, debo ir al centro a hacer un mandado.

—Vale, suerte y que no te no te coma algún monstruo —se despidió Aaron y Aiden alzó su mano como despedida.

—Cuídate.

—Lo mismo digo, que un duende no los ataque en el camino.

Se dirigió al centro de la pequeña ciudad. Tiendas, ferreterías,

florerías, era un sitio donde todo tipo de negocio parecía florecer sin problema, pero no estaba interesada en comprar flores ni mucho menos en conseguir refacciones de auto. Caminó por la calle en busca de un negocio en particular, una peluquería. Su madre le contó que la hermana Dolores conocía a la dueña del lugar, una tal Rochelle que hacía maravillas. Admitía que su cabello necesitaba un corte urgente o dentro de poco parecería una nómada salvaje. Encontró el local que lucía como una enorme uva y el letrero estaba escrito en cursiva en color verde y rosa fosforescente. Tuvo un mal presentimiento. Al entrar, el aroma del fijador y tinte revolvieron su estómago, era demasiado intenso y hacía demasiado calor en ese lugar.

—¿Necesitas algo, cariño? —preguntó una chica a las que calculó estaba cerca de los veinte y con una exagerada sombra de ojos azul.

—Vengo a por un corte. Me dijeron que la señora Rochelle hacía los mejores cortes.

—Ya veo. Espera un poco con las demás que ya te atiende —le señaló unos pequeños sillones de color rosa chillón junto a la pared, pero ni siquiera se sentó cuando la chica gritó en un estridente tono de voz—. ¡Rochelle te buscan!

Tras unas cortinas de cuencas amarillas salió una mujer única en su especie. Los 70´s revivieron. La mujer afroamericana que le sonrió tenía un gran peinado afro perfectamente circular; usando un jumpsuit de pantalón acampanado y manga larga color naranja con impresión animal de leopardo se movió con gracia y soltura sobre sus plataformas, un cinturón negro y de hebilla dorada decoraba su estrecha cadera, y las largas uñas doradas con diamantes falsos brillaron ante los movimientos de sus manos sobre la luz. Había viajado en el tiempo y no tenía idea de cómo. La miró con los ojos de un depredador entre todo el maquillaje en su cara y mostró sus blancos dientes en una amplia sonrisa.

—Por todos los santos, pequeña, ¿cómo has podido hacerle eso a tu cabello? —Canturreó al acercarse y revisando con atención su cabello —. No, no, no, esto es un desastre. ¿Hace cuánto no te haces algo en el cabello? Bah, mejor olvídalo. Deja a Rochelle hacer su magia, dulzura.

La guio y sentó en una silla de cuero rojo frente a un gran espejo de marco dorado con bombillas blancas, le colocó alrededor del cuello el protector morado casi ahogándola y extendió su cabello como un abanico agitando sus manos como mariposas.

—Pero mira nada más, cuánta orzuela, cuánto descuido, tienes un color hermoso que muchas matarían por tener. Pero no te preocupes, vamos a lucir este cabello para que los chicos vayan tras de ti. Estás en las mejores manos, cariño —susurró a su oído poniendo sus manos sobre sus tensos hombros—. Preparen un tratamiento de

acondicionador que necesito hacer que esta niña salga como una llamarada.

Los nervios de Chris aumentaron. A su lado dos mujeres estaban sentadas sobre enormes secadoras de pelo y le pareció percibir entre el aroma de fijador un olor a quemado. Otra mujer estaba a su lado y la mujer que la atendía no dejaba de mascar el chicle y cortar mechón tras mechón de manera indiscriminada. Y del otro lado una chica se estaba lavando el cabello, pero su cabeza había desaparecido en el lavabo cuando otra de las estilistas la hundió hasta desaparecer. Una llamarada... Ya casi podía verlo, su cabeza vuelta una bola de fuego al salir y con quemaduras en primer y segundo grado. Se levantó de un salto lista para salir pitando de allí.

—L-Lo siento, acabo de recordar que debo hacer un mandado y mi mamá me dijo que no tardara. Vuelvo otro día, disculpe las molestias —dejó el protector a un lado y salió a toda prisa del lugar escuchando la voz de la mujer que le ofrecía un descuento por su primer corte.

Caminó calle arriba con las manos en su cabello, entendía que necesitaba un corte y acondicionador con urgencia, pero en ciertas cosas era tan quisquillosa como la gente que cuando iba a consulta y le gustaba ser atendida por el mismo doctor. Obviamente en un nuevo lugar tenía que conocer todo tipo de personas, pero no se sentía lista para dar ese paso y mucho menos arriesgarse a pagar un precio tan alto.

—Eso fue rápido —escuchó la voz de Aiden que la miraba junto con su hermano en la entrada de una panadería. Él se acercó primero con una bolsa de pan en mano y le extendió un bollo—. Pensamos que no irías lejos.

—¿Se quedaron cerca? —preguntó sin poder comprender sus motivos.

—La verdad no tenemos nada qué hacer —respondió Aaron—. Y queríamos ver si estabas dispuesta a comenzar tu tour de terror con nosotros.

Sonrió conmovida. Agradecía que se hubiesen quedado cerca para hacerle compañía a pesar de que lucían más como unos acosadores, le hizo gracia su determinación.

—Me encantaría.

Los dos sonrieron emocionados al mismo tiempo y Aiden la tomó de su mano libre y Aaron la empujó desde atrás. Su entusiasmo era contagioso y no tardó en reír con ellos.

Probó su bollo… e intentó no escupirlo en la calle. Sentía que masticaba arena de gato.

—Una probada de la panadería local —dijo Aaron con una sonrisa socarrona y Aiden le siguió.

—Te recomendamos nunca comprar nada allí.

—O terminarás por comer aserrín.

—Excelente recomendación —logró decir después de tragar—. Prometo seguirla al pie de la letra —tiró el bollo en un cubo de basura y ellos tiraron el resto de la bolsa. No tenían corazón para dárselo a las pobres aves.

•••

—Y aquí la tienes —anunció primero Aiden encendiendo su cámara.

—¡La famosa estación de trenes Morning Valley!

La que antiguamente fue la joya de la ciudad ahora era una estructura deplorable. No había candados porque las dos rejas que servían para detener el paso a cualquier intruso estaban destruidas, dejando el camino libre a cualquier vándalo que intentase hacer destrozos o grafitis de firmas o pentagramas invertidos; una de las rejas seguía en pie pero ladeada a un costado y la otra estaba en el suelo siendo una con la tierra. La falta de cuidado sumado al vandalismo y a la exposición del inclemente clima del bosque envejeció la estación mucho más de lo que dictaban sus años de abandono y no le sorprendía. La estación estaba alejada de la ciudad, tuvieron que tomar el autobús y dar una caminata a unos pocos kilómetros de la parada, fuera del camino a inicios del bosque, en un sinuoso camino de tierra. Sintió pena por el sitio, le hubiese gustado verlo en sus mejores días antes de que pasara a formar parte de uno de los 10 lugares más espeluznantes de América.

—No sé porque siento la necesidad de dar media vuelta.

—El lugar no se caerá a pedazos, hemos venido aquí varias veces —explicó Aaron.

—No es eso, es más bien el presentimiento de que en una esquina nos espera un loco aguardando asaltarnos —la mano de Aiden se posó en su hombro.

—Encontrarás a chicos que vienen a fumar, no asesinos psicópatas —de repente retiró su mano y acomodó su gorra en un gesto nervioso —. Aunque igual siempre tenemos problemas con ellos.

—De seguro que al ver tu cámara temen que vayas con sus papitos a con el chisme —Aiden rio entre dientes.

—Eres perversa.

—Es mi mejor cualidad.

Caminaron pasando la boletería y en uno de los muros estaba un tablero cuyas letras y números, robados o perdidos con el tiempo, formaban la frase:

“Bienvenidos a la puerta del infierno. Cocteles de sangre gratis los

martes”.

«Es sorprendente el poco respeto que tienen algunos»

Pensó molesta por la cantidad de payasos o idiotas que creían que con hacer ese tipo de vandalismo dejaban una huella en el mundo. Era patético.

—Es increíble la falta de respeto que tienen algunos por estos lugares —bufó Aiden para sorpresa de Chris, al parecer no era la única molesta por el estado actual del lugar.

—Eso no estaba allí la última vez que vinimos —señaló Aaron—. Vamos, hay mucho que ver en ese lugar.

Chris les siguió observando cada pequeño detalle mientras escuchaba a Aaron relatar la historia del lugar. Por un segundo la vio en su época de antaño, el suelo pulido de azulejos cruzados cafés, las paredes de rojo cereza con revestimientos dorados, las bancas de color bronce y los barandales plateados y brillantes, multitud de personas cobraron vida con folletos o programas en mano que iban y venían esperando el siguiente tren, comprando dulces o revistas en los puestos. Escuchó el sonido de un tren acercarse y vio a una familia entera despedirse de sus parientes antes de subir al tren antes de regresar a su hogar después de haber pasado fiestas con su familia.

Un repentino viento se llevó la ilusión. Se talló un poco los ojos por el polvo, se fijó en las vías de pésimo estado y más allá de ellas el espeso bosque que se alzaba como una muralla.

—Entonces ¿qué debemos buscar aquí? —preguntó Aaron mientras Aiden filmaba alrededor —. ¿Alguna idea?

—No lo sé. Por eso traje la radio. Necesitamos saber la verdad de este misterio, ¿no? —Sacó de su mochila la radio y la puso sobre una banca, la encendió e intentó modular la frecuencia exacta pero no tenía suerte—. Estoy segura que debería escuchar su voz.

—¿Y si no tiene alcance hasta acá? —preguntó Aiden y Aaron asintió pensativo.

—Cierto, si la voz vienen del convento eso quiere decir que estamos demasiado lejos.

—Wow, me siento como una idiota ahora.

—Serías una idiota demasiado linda si fuera verdad —sonrió Aiden y ella le sonrió de vuelta con un leve calor que comenzaba a cosquillear sus mejillas, pero no pudo responder a su cumplido ya que la radio comenzó emitir a lo bajo voces y lamentos.

Por un momento creyó que era la voz del convento, pero pronto se dio cuenta que estaba equivocada. Multitud de voces se escucharon, hombres y mujeres gritando en agonía y dolor, Chris tardó en reaccionar para mover la perilla y poder sintonizar mejor lo que decían. Quejas, llantos, y una frase que repetían una y otra vez claramente para ellos.

El cielo no existe, el infierno está en la tierra.

El cielo no existe, el infierno está en la tierra.

El cielo no existe, el infierno está en la tierra.

Aiden grabó con su cámara el momento pero movió la cámara hacia las vías al notar algo moverse por el rabillo del ojo. Estaba seguro de haber visto algo.

—Aaron, vi algo moverse por ahí.

—¿Un mapache?

—Parecía una persona asomándose por el andén —Chris se mantuvo callada, pegó su oído a la radio tras escuchar una voz en el fondo, débil y pesarosa.

… *Perdón…. Quiero… yo me…*

No podía escucharla, lo peor es que no pudo traer el micrófono porque no cabía en su mochila. Algo sopló tras su oreja y ahogó una exclamación con la vista en dirección al bosque, donde vio una figura pálida moverse entre los árboles.

—¡Por ahí! —apuntó al bosque y la lente de la cámara se movió a esa dirección, notando el movimiento de las ramas y arbustos, no estaba segura de que lograra captar lo que vio pero sí de que había visto algo. Apagó la radio y la volvió a meter en su mochila incómoda por la situación—. Mejor vámonos de aquí. No creo que encontremos algo relacionado con la canción, han pasado muchos años.

—Estoy de acuerdo —asintió Aiden—. Miraremos el video y te diremos si encontramos algo.

—¿Qué fue lo viste entre los árboles? —preguntó Aaron todavía buscando divisar algo.

—Creo que era una persona, blanca y delgada, muy delgada y… sin ropa.

—Oh, cielos, mejor vámonos de aquí antes de que anochezca.

—¿Por qué? Digo, además de no querer estar en este espeluznante lugar de noche…

—Hay una leyenda local —comenzó Aiden pero se quedó callado

un momento guardando la cámara—. Te la contaremos en otro momento —dijo encontrándose con la mirada de su hermano que se adelantó hacia la salida con la misma expresión seria que él.

Fue extraño. No los conocía pero hasta ahora no se habían reprimido en guardarse algo para ellos. Aunque ella no era nadie para quejarse, eso le molestó. Estaba decidida a buscar información del bosque para ver si podía encontrar algo. Por ahora los dejaría estar.

—Vale, debo volver a casa para preparar la cena.

—Nosotros también —dijo Aaron de nuevo sonriente—. Es la primera vez que captamos algo en este lugar. ¡Y todo gracias a ti! ¿No te gustaría ser parte de nuestro equipo especial de misterios y caza fantasmas? Puedes revisar nuestras investigaciones en nuestro canal para que contemples nuestro trabajo.

—No me veo como una caza fantasma pero me lo pensaré, gracias por la oferta.

—Se está haciendo tarde. Si no tomamos el autobús tendremos que caminar una hora de regreso —les instó Aiden a seguir caminando. Alejándose de ese lugar y de las sombras que comenzaban a alargarse por el sol de la tarde.

•••

Regresaron en autobús, y mientras ellos hablaban sobre lo ocurrido Chris sonrió al ver que estaban divirtiéndose con aquella excursión. Por supuesto, todavía quería guardarse para sí misma las sospechas sobre quién podría ser la persona o el fantasma, si es que de verdad existían, que hablaba por la radio. El sueño de la última vez la dejó confundida, sin embargo estaba segura haber visto bien sus rasgos a pesar de la mutilación de su rostro. Eso o se estaba montando una película. Miró con un deje de diversión como los hermanos se picaban el uno al otro. Eran chicos agradables y no recordaba haberla pasado bien con alguien desde hacía mucho tiempo. La acompañaron a casa como todos unos caballeros y al acercarse buscó sus llaves para abrir.

—Los veo en la escuela.

—Nos vemos —se despidió Aaron—. Veremos la grabación para ver qué pudo captar la cámara y te llamamos. ¿Tienes un e-mail?

—Como todos los demás. Y en la espera de noticias creo que podría ver algunos de sus videos, así que díganme cuál es el nombre de su canal… —apenas y tomó su teléfono para buscar el canal de YouTube una figura oscura pasó por la ventaba. Los empujó con fuerza a los descuidados arbustos de la casa y escuchó sus quejas por el repentino ataque. No lo sabían, pero los había salvado de un destino peor que la muerte. Les instó a callarse y la puerta de la casa se abrió. Su abuela

salió a la entrada mirándola con gesto severo.

—¿Qué son estas horas de llegar para una jovencita? ¿Es que tu madre no te ha enseñado disciplina?

—Me quedé en la biblioteca haciendo tarea, ¿y qué haces aquí? ¿Está mamá?

—Dijo que vendría pronto, entré con mi llave para no esperar afuera como un perro.

¿Su llave? No le gustó la idea de que tuviera una copia de la llave de la casa, mucho menos que estuviera sola con total libertad de moverse donde quisiera.

—Voy a llamar a mamá —no quería entrar a la casa con esa mujer pero cuando tocó su bolsillo se dio cuenta que su teléfono no estaba. Evitó mirar hacia los arbustos de reojo donde estaban los gemelos y su teléfono—. Tienes razón, entremos. No hay que asustar a los vecinos —la golpeó en la rodilla con su bastón haciendo que gritara y saltara en un pie.

—¿Te crees que puedes hablarme de esa forma mocosa insolente? ¿Quién te crees que soy?

—Con el hábito y esa voz, sólo le falta decir 'Soy Batman'.

—¿Qué pasa aquí? —su madre llegó como caída del cielo con una bolsa de compras en sus manos. Chris notó como le dio una mirada a los arbustos y luego volvió a mirarlas—. Mamá, te dije que llegaría en media hora.

—Pues ya estaba aquí y no iba a esperar aquí afuera.

—Entró con SU copia de la llave —explicó Chris haciendo énfasis en el posesivo, percibiendo en su madre la misma molestia incómoda que ella tuvo.

—No sabía que tuvieras una copia, mamá.

—Por supuesto que sí. Así sé si le han hecho algo a la casa.

—Aparte de limpiarla no creo que encuentre algo más —su abuela la fulminó con la mirada.

—Eres una chiquilla bocona. ¿Por qué rayos no la has educado mejor? —regañó a su madre.

—Hablaré con mi hija luego, ahora dime, ¿qué necesitas, mamá?

—Necesito que vayas al registro a hablar con el abogado, quiere revisar algo referente al convento, quién sabe qué tonterías sobre la propiedad y conservación.

—Muy bien, lo llamaré primero y concertaré la cita.

—Bien, me marcho. Siento que se me va la vida cada vez que entro en esta casucha.

Chris estuvo tentada a invitarla a quedarse pero prefirió no tentar a la suerte. La vieja monja se fue y Sarah suspiró mirando a su hija en reprimenda antes de sonreír y revolver su cabello.

—¿Tuviste un buen día?

—Algo así.
—¿Por qué no fuiste a cortarte el cabello?
—Estuve ocupada en algo más.
—Bueno, qué tal si comemos e invitas a tus amigos.
—No me gusta compartir. ¿Podemos dejarles las sobras? —Su madre negó con la cabeza pero todavía seguía sonriendo—. Ya qué. ¡Hey! ¿Quieren pasar a comer mini pizzas?
Los gemelos salieron de su escondite y aceptaron al mismo tiempo. La comida fue amena y divertida, Sarah estaba encantada de conocer a "los nuevos amigos" de su hija, ya que en sus quince años de vida nunca llevó a nadie a casa. Después de comer los chicos se fueron con una sonrisa que les llegaba de oreja a oreja y Chris también sonreía agradecida de que la rata no apareciera en la comida. Mientras lavaban los platos, Chris notó una chispa de emoción en su madre al escucharla tararear.
—¿Tuviste un buen día, mamá?
—Muy bueno. Y tengo buenas noticias, he enviado algunas solicitudes de trabajo esta mañana antes de ir al trabajo y me llamaron.
—¿En serio? ¿Dónde?
—Es lejos. No es la gran cosa pero me pagarán un sueldo decente y estaríamos apretadas de presupuesto por un tiempo.
—¡Eso es genial! ¿Y cuándo te programaron la entrevista?
—Mañana, así que esperemos que todo salga bien.
—Eres la mejor, seguro te contratan.
—Espero que el entrevistador piense igual que tú.
Se arreglaron para dormir y Chris se dejó caer exhausta en la cama, no había ningún mensaje de los gemelos que le prometieron mantenerla al tanto de la grabación. Pensó que tal vez estarían investigando cuadro por cuadro el video así que no le dio demasiadas vueltas. Como esperaba no podía dormir. Lo ocurrido en la estación junto con lo que vio en los árboles no fueron un producto de su imaginación. Miró la radio que posaba encima del escritorio, no habiendo notado que la luz de su lámpara le daba un aspecto espeluznante. ¿Qué pensaba su tío en crear algo así? ¿Y por qué? Tenía tantas respuestas sin bases que necesitaban ser confirmadas antes de convencerse de lo descubierto. Se cubrió con las cobijas y dejó que su cuerpo se relajara por la suavidad de estas, cayendo en el mundo de los sueños, demasiado cansada para soñar y dejando de lado esa carga emocional que por hoy fue menos agobiante que otros días.

•••

El vaso cayó al suelo, provocando que la soda se esparciera por sus pies y los cristales se confundieran con los hielos. Aaron estaba estático detrás de Aiden que tenía una palidez idéntica a la suya al ver lo que había en la pantalla de su computador, repitiendo la escena una y otra vez, mostrando lo que parecía la calva de un hombre asomarse por el andén y la mitad de un rostro destrozado en otra esquina que los miraba fijamente antes de desaparecer de la toma. Una voz muy queda se escuchó en la toma donde Chris estaba sacando la radio, algo que no escucharon en su momento pero que la grabadora de la cámara sí logró captar. Aiden comenzó a mover los controles repitiendo una y otra vez el sonido hasta que tuvo algo aceptable, subiendo el volumen para escuchar una voz rasposa responder a la pregunta hecha en su momento por ella.

Toda verdad es un veneno.

7

La noticia de la entrevista la tenía extasiada y nerviosa. Se levantó más temprano de lo habitual para arreglarse con esmero y lucir como toda una profesional. Para su sorpresa encontró una de sus antiguas chaquetas colgada en la percha de la puerta. Estaba segura que estaba rota y no recordaba la última vez que dijo que la arreglaría, pero allí estaba, con la manga cosida luciendo como nueva. Eso tenía que ser obra de su hija. Bajó a hacer el desayuno para compensarla pero el olor de panqueques y miel de maple le dio a entender que su hija ya le había ganado la tarea otra vez.

—Creo que voy a considerar dejarte la cocina por completo. Y gracias por coser mi chaqueta.

—Es un desayuno para celebrar tu entrevista, y anoche que escogías tu conjunto vi que la chaqueta que ibas a usar no combinaba bien con tu conjunto, así que decidí reparar la otra —Sarah sonrió. Su hija quizás no lo sabía pero tenía buena mano con la ropa, hacía mejores puntadas que las que ella hacía y no lucían más como las grandes suturas que hace un doctor a su paciente—. No me dijiste dónde será la entrevista.

—No es muy lejos, es a un par de horas de aquí y también veré a Evelyn por una casa que tiene en esa zona.

—¡Oh mi Dios! ¡Eso es genial! —Exclamó emocionada con espátula en mano—. Un par de horas lejos de este lugar es un sueño hecho realidad.

—No lo digas así, la casa está quedando bien. Aunque creo entender tu frustración puesto que eres tú la que está haciendo todo…

—Es cansado y agobiante en más de un sentido —se quejó sirviendo su plato—. Pero no te preocupes que pronto eso no importará. Espero que consigas ese empleo.

—Yo también y Evelyn me dijo que la casa es linda y perfecta para nuestro actual presupuesto.

—Esto se pone cada vez mejor. Pronto diremos, ¡Sayonara Morning Valley!

—Bueno, dejando eso de lado. Háblame de tus amigos. Los hijos de la señora Ashwood —pidió antes de que su hija se llevara un bocado a la boca. La curiosidad la mataba, no podía evitarlo. Su pequeña hija tenía amigos nuevamente y esos dos chicos eran un encanto, incluso no le molestaría que su hija se interesara por uno de ellos, eso demostraría el buen ojo que tiene con los chicos.

—Ugh, pues… no podría decir que son mis amigos —Sarah se sintió un poco decepcionada de que su hija pensara así, sin saber que por dentro ella se sentía un poco hipócrita decirlo—. Son agradables.

Eso es todo.

—¿Y no estás interesada en alguno? Es decir, no son como otros chicos.

—¡Mamá, no! —se quejó al comprender el rumbo de esa conversación.

—¿Qué? Son guapos y ya me hubiese gustado a tu edad conocer a chicos así.

—Si sigues así me convertiré en la anciana de los gatos. Y no vas a tener nietos —las dos se rieron ante la amenaza pero Sarah esperaba que su hija no la cumpliera de ninguna manera.

—¿No te gusta pasar tiempo con ellos?

—Nunca dije que no me gustara. Pero… no sé.

«Ah, ya veo…»

Puso su mano en el hombro de su hija y le dedicó su mejor sonrisa.

—Entiendo que es difícil para ti hacer amigos, pero deberías aprovechar el tiempo que estemos aquí y divertirte un poco. No te encierres, no importa si nos vamos a ir mañana o en un año, llévate al menos un recuerdo bonito de este lugar.

—… Vale. Lo intentaré.

Sarah le dio un beso en la frente y desayunaron en paz hasta que tuvo que irse, deseándole suerte en la escuela. Subió al auto y al arrancar para retroceder vio una sombra que pasó detrás y tuvo que enterrar el pie en el pedal del freno. Miró hacia atrás y vio en el suelo al mismo vagabundo de la última vez.

—¡Lo siento! Juro que no lo vi.

—Nunca nadie me ve. No se preocupe —gruñó de mal humor sacudiendo su gabardina al levantarse.

—Le juro que no fue mi intención. Es que usted…

—Mientras no lo vuelva un hábito no pasa nada, pero debería aprender a usar los espejos que no están de adorno. Un día va a matar a alguien —le hubiese gustado responderle pero si lo hacía se le haría tarde para la entrevista y no quería que eso pasara. Así que adoptó el papel de buena cristiana.

—Cuídese. Que Dios le bendiga.

—Ojala de locas como usted.

Sarah mordió su lengua. Se alejó de allí soltando un bufido para sacar el enojo que sentía. No iba a arruinar su día después de que su hija le hiciese un desayuno de campeones. Iba a poner su mejor sonrisa y darlo todo para conseguir ese trabajo.

•••

Chris limpió la cocina antes de ir a la escuela, estaba tan emocionada por lo que podría pasar si su madre conseguía el trabajo, una casa nueva, un nuevo trabajo, una escuela nueva, cualquier cosa lejos de ese lugar y de su horripilante abuela. Y luego sus pensamientos fueron a los gemelos y a las palabras de su madre. Tenía que ser sincera, no eran malas personas, eran agradables y también interesantes a pesar de que se volvían locos por lo paranormal. Cuando se mudaran no los vería más… sintió una punzada en su pecho, algo extraño puesto que no quería considerarlos como amigos y sentirse apegada a ese lugar. Sería triste que les tomara cariño y tener que separarse después, ya había tenido demasiadas pérdidas en menos de un año. Era difícil, pero tenía que ser así.

Subió a su habitación y encendió su laptop. Anoche estuvo demasiado cansada para buscar su canal de Youtube pero ahora tenía tiempo. Se sorprendió de ver que tenían más de medio millón de suscriptores. El canal estaba lleno de videos de exploraciones urbanas e investigaciones sobre los alrededores, relatos de fantasmas, leyendas urbanas, y algunas transmisiones en conjunto con otros canales. Era obvio que Aaron adoraba la cámara y Aiden prefería quedar fuera el mayor tiempo posible. Se veían tan profesionales que era como ver uno de esos programas de lo paranormal por televisión. Su pasión en esos temas era absoluto y de seguro ahora estaban más que felices de poder tener una radio que podía captar a los muertos en primera línea.

Algo comenzó a incomodar su pecho. Recuerdos del pasado volvieron con inseguridades que creía haber dejado atrás... Nunca fue una persona extrovertida pero alguna vez tuvo algunos amigos con los que intentó siempre de mantener una conexión, no importando si iban a salones diferentes o cambiaban de escuela. Ella siempre se esforzó por otros no recibiendo nada a cambio. ¿Cuándo fue que se decepcionó por completo de lo que era la amistad?

«Claro, hace casi tres años»

Todavía recordaba a Ray Jacobs y Cindy Harris. Después de pasar al instituto se separaron, ella fue a una escuela pública y ellos al mismo colegio privado, pero no sin antes despedirse de ella y prometerle que seguirían en contacto como los mejores amigos que eran. Era una niña inocente y demasiado ingenua. En ese verano hablaron mucho por teléfono o chat, planeando salidas y excursiones, reuniones en salas de juegos o cafeterías. Creyó que serían amigos para siempre, hasta que se hicieran viejos y sus nietos jugaran frente a ellos. Pero eventualmente las llamadas y las salidas fueron disminuyendo. En algún momento ella era la única que llamaba, la que chateaba todo el tiempo y la que intentaba planear las salidas. Era cansado, pero no quería perder a sus dos únicos amigos, ¿y no decían

que la amistad se mantenía con esfuerzo? Hizo mucho para que siempre estuvieran en contacto, más no fue hasta que vio una foto en una cuenta de Instagram que lo entendió todo. Los había invitado al cine por su cumpleaños pero cada uno le dio una excusa diferente, Ray fingió estar enfermo y Cindy dijo que estaría con sus abuelos. Encontró el link por accidente en una de sus páginas de Facebook, encontrando una gran cantidad de fotos de ellos dos con un grupo de chicos y chicas en la playa. Sintió una herida profunda en su corazón. Y su idea sobre la amistad quedó hecha pedazos.

Las llamadas cesaron.

Los chats terminaron.

Desinstaló el juego online en el que jugaban.

No quería saber nada de amigos.

Las amistades de toda la vida no existían

¿De qué servía de todos modos?

La gente va y viene, cambian los intereses, crecen y se alejan. No servía de nada tener amigos que al final te abandonarán con el tiempo… Y ellos no intentaron ponerse en contacto con ella después de eso.

Cerró la laptop y tras unos momentos conectó el micrófono a la radio. Esperó un poco y movió las perillas buscando el sonido blanco.

—¿Hola? —el sonido siguió—. ¿Hay alguien?

Nada. El ruido siguió pero no captó sonido alguno.

Nadie quería hablar con ella por el momento y no les culpaba.

•••

Al llegar a la escuela se imaginó que lo más horrible que vería sería la cara de la maestra de matemáticas pero el audio y video que trajeron los gemelos la dejó impávida. Aquello era mucho más de lo que estaba segura no estaba preparada a enfrentar, y al ver a los gemelos supo que era lo mismo para ellos.

—No sé qué pensar —confesó dejándose caer en el respaldo de la silla de la sala de audiovisuales—. Es decir, de no haber estado allí diría que es un sujeto cualquiera salido con el maquillaje de alguna película de Saw[6].

—Eso es lo espeluznante —confesó Aiden—. Son un par de segundo pero es tan claro que apenas y nosotros lo podemos creer —Aaron detuvo la imagen poniendo su expresión más seria.

—Hemos estado allí muchas veces. Hemos captando una vieja silla caer, alguna especie de psicofonía lejana y una figura borrosa en una esquina, pero esto… va más allá de lo que creía —explicó señalando la imagen—. Debemos enfrentarnos a los hechos.

Tu radio definitivamente atrae a los muertos.

—¿Ya descartamos la teoría de la radio para bebés?

—Seguimos teniendo nuestras dudas —para su sorpresa fue Aaron quien respondió otra vez con la elocuencia de su hermano—. Es decir, tu radio bien puede comunicarse con los muertos o transmitir alguna señal de radio externa, pero lo de la estación es distinto a lo del convento. Es decir, son cosas de diferentes planos y contextos.

—Wow. Y pensar que por un momento creí que te tiraron de chiquito pero veo que eres igual de inteligente que tu hermano.

—¿Me lo debo de tomar como un insulto? —Aiden sonrió discreto pero siguió observando la imagen.

—Aún no sabemos si esto tiene que ver con lo del convento pero seguiremos investigando. Dime, ¿has logrado averiguar algo?

—La verdad es que no —contestó—. Tengo una teoría mas no he tenido oportunidad de investigar, pero estoy segura que podré encontrar algo útil en los próximos días.

Aaron le instó a que investigara el lugar usando sus contactos de adentro pero ella descartó a su abuela de la cortísima lista. Tenía sus sospechas y no quería decirlas todavía, sin embargo pudo sentir la mirada de Aiden distinta a la de su hermano. Pesada e incómoda sobre ella. Cuando salieron de la biblioteca y fue a tomar sus libros para la siguiente clase, él dejó a su hermano y se acercó a ella apoyándose en los casilleros vecinos.

—¿Hay algo que nos quieras contar?

—Si preguntas si ha pasado algo raro con la radio no ha sido el caso. Ya lo dije.

—No me refiero a ese aparato, me refiero a ti. Sabes algo pero no quieres decírnoslo —sus ojos verdes intentaron ver a través de ella—. ¿Por qué no quieres decir que sabes algo?

—Es una teoría, nada de importancia —cerró su casillero.

—Bien, como quieras —no quería presionarla, pero él era una persona que detestaba los secretos—. Mira, estamos juntos en este misterio, sabes que nosotros lo hacemos por la emoción pero ¿qué hay de ti? ¿Qué es lo que te motiva? Porque bien has dicho que no deseas que esto sea de dominio público aunque no nos des una razón válida para ello —en ese momento Aiden sintió que algo cambió en ella, entre ellos se formó un grueso muro que los separó. Al volverse hacia él, en sus ojos no había amabilidad alguna a pesar de su sonrisa.

—Simples deseos egoístas —sentenció mirándolo con una sonrisa sardónica—. Soy una persona que cuando se interesa por algo no lo deja ir, pero que puede hacerlo si la situación no me deja opción. Tal vez si sepa algo, tal vez no, pero no diré nada si no es absolutamente necesario. Tal como dijiste, ustedes lo hacen por la emoción del misterio; yo por otra parte tengo mis razones. Y sean cual sean no es

de su incumbencia si podemos sacar un beneficio mutuo de esto.

—¿Estás diciendo que dejarías esto si sigo presionando?

—Estoy diciendo que no me gustan que me presionen. Y si bien me da la gana puedo prender fuego a la radio y díganle adiós al instrumento atrae fantasmas.

La campana sonó y ella pasó a su lado dándole un leve golpe en el hombro.

—No lo tomes personal Aiden, pero en serio, no me gusta que la gente se acerque a mí más de lo necesario —apenas dio unos pasos cuando él habló.

—Pensé que éramos amigos —la frase fue como un golpe a su consciencia. Apenas y movió su cabeza para verlo le dedicó una sonrisa resignada.

—Eres muy lindo…

Se fue dejándolo entre el mar de alumnos que se dirigían a la siguiente clase, sintiendo su mirada sobre su nuca hasta que dio vuelta a la esquina y dejando la incertidumbre inundar sus pensamientos. ¿De verdad podían ser amigos? Mejor no hacerse ilusiones… las amistades siempre terminaban siendo una decepción. Y ella no quería ser una decepción para ellos.

•••

Lo intentó de nuevo esa noche pero no escuchó más que ruido blanco y las estaciones de fondo de radio. Ese día no se había dedicado a limpiar la casa como hacía regularmente después de la escuela, sino que se dedicó a hacer sus deberes mientras comía las mismas galletas que compró hace días y un gran vaso de leche. Se sentía molesta, pero no con la radio, sino consigo misma. Quería trazar una línea entre ellos desde el principio, no eran amigos, simples colegas tal vez, nada más. No tenían que saber lo que ella creía que estaba pasando, ni los secretos que guardaba su familia, no lo entenderían.

«Ricky lo haría»

Sintió esa familiar punzada en el pecho. De verdad deseaba que estuviese allí con ella, porque era el único en quien podía confiar y a quien podría contarle todo, sin importar las locuras que salieran de su boca, sabía que la escucharía sin creerla una rara. Su hermano fue el único que no la decepcionó, en cambio ella… Suspiró frunciendo el ceño, miró la fotografía de su madre y tíos. Se preguntó acerca de cómo fue su relación, con una madre autoritaria y un padre ausente no debió ser fácil, en realidad no sabía nada de su abuelo y por supuesto que no podía imaginarse a alguien casado con una mujer así.

Una madre estricta y tres hermanos separados al tomar un camino distinto. En un completo contexto, su abuela como Baba Yaga enclaustrada en su convento, su tía que desapareció sin dejar rastro, luego su tío que regresó y también sufrió su mismo destino, y ahora su madre y ella estaban en el mismo punto que alguna vez estuvieron ellos. ¿Acaso desaparecerían como Aaron y Aiden pronosticaron cuando se conocieron? ¿O se irían antes de desaparecer? Cerró los ojos un momento sin percatarse en qué momento se quedó dormida, despertada por la puerta de entrada que se cerró con fuerza. Se limpió la baba que caía de su boca, sorprendida de que hubiese caído dormida en medio de los deberes. Miró el reloj de su cómoda percatándose de la hora, 11:47 p.m. Le sorprendió la hora y también lo tarde que su madre recién llegaba, se preguntó si algo pasó en el convento.

—¿Mamá? —nadie contestó abajo—. ¡Mamá! —bajó las escaleras esperando de todo corazón que no fuese su abuela, pero al bajar no vio a nadie en la entrada ni en la sala... Un sonido en la cocina llamó su atención, un gruñido hueco y el sonido de las ollas y platos caer. Tomó la escoba que estaba recargada en la pared, lamentando que no fuese el bate. Como no llevaba puestos sus zapatos no hizo ruido alguno en la madera y se acercó un poco para intentar divisar algo en la cocina. Un rugido casi animal y el microondas que cayó con estrépito en la entrada la hicieron retroceder de vuelta a las escaleras. Necesitaba su teléfono y llamar a la policía o a control de animales urgentemente. Subió las escaleras mirando sobre su hombro, alcanzó el picaporte de su puerta y entró empujando esta con cuidado de no hacer ruido y poniendo el seguro al cerrar. Se sintió a salvo por un segundo hasta que una respiración se escuchó a sus espaldas. Se volvió rápido para evitar cualquier sorpresa y se congeló al ver a un hombre sentado en medio de su cama, sintió un nudo en su garganta al ver su cabello rizado caer sobre su rostro delgado y cadavérico, podía ver sus pómulos resaltar de ese perfil afilado que no tardó en reconocer.

—¿T-Tío?

Sus ropas estaban sucias, su chaqueta verde, sus jeans y la camiseta blanca… parecía como si hubiese salido de la tierra. Estaba sentado en posición de flor de loto, sus brazos descansaban flojos sobre sus rodillas y con las palmas hacia arriba completamente inmóvil. Su cabello rizado y oscuro estaba sucio y húmedo, tenía vello facial que a duras penas podía llamar una barba y lucía enfermo. A pesar de sus ropas sucias y su aspecto descuidado, no había cambiado nada desde la última vez que lo vio.

—Tío, ¿eres tú?

No hubo respuesta, sin embargo algo salió de la manga de su chaqueta, algo que se movió y la hizo pegarse a la puerta por la

repulsión, era una cucaracha que se movió por su mano y cayó en su cama. Él no se movió. Pronto otros insectos comenzaron a salir de sus mangas, cucarachas, lombrices, ciempiés, cada uno más repulsivo y grande que el anterior. Chris no podía gritar, su voz se atoró en su garganta y un olor putrefacto llenó la habitación haciendo que sintiera ganas de vomitar. Quería salir y correr lejos pero al tomar la perilla sin quitarle la vista de encima no giraba, la puerta estaba cerrada. Quería llorar y vomitar, una combinación nada agradable pero que necesitaba sacar de su sistema. Él exhaló por su boca un sonido hueco y gutural. Alzó lentamente su rostro hacia ella, pálido, con los ojos en blanco y venas azules surcando su rostro. Su boca se abrió grande en un grito silencioso y más insectos salieron de su boca hasta cubrir su cara por completo...

Despertó en medio de la noche, con los restos de la galleta que se estaba comiendo en su mano y golpeando el vaso de leche que estaba a la mitad; este cayó de lado en su escritorio derramando el líquido por la madera hasta caer al suelo. No se apresuró a limpiar, dejó que el resto de la leche cayera por la orilla en el pequeño charco formado, mirando gota a gota caer y ondear en el líquido de forma casi hipnótica.

Escuchó el ruido blanco de la radio.

No sabía si encendió sola o la había dejado encendida sin querer. La apagó y fue a por un trapo para poder limpiar semejante desastre, pensando que si existía la posibilidad de que su tía estuviese muerta, ¿su tío también lo estaría? Fue a por el trapeador abajo cuando escuchó la voz de su madre en la cocina.

—No tenías derecho de vaciar mi cuenta… ¡Claro que era una cuenta compartida! ¡Por eso se llama compartida porque la mitad era mía!... No me vengas con esas. Nos sacaste de tu vida pero tienes una responsabilidad con tu hija y necesito dinero. No es fácil mantenerse a flote si no tengo un trabajo estable… ¡No me eches culpas que no son mías! ¡Yo no maté a nuestro hijo! ¡Tú sabías que Richard no deseaba hacer deporte pero tú te empeñaste en volverlo alguien como tú contra su voluntad! Lo chantajeaste para que entrara al equipo… ¡Eres un cabrón! ¡Te presentaré una demanda maldito egoísta! Y bien ahora puedes revolcarte con la fulana que está ahora mismo contigo, ¡pero no te puedes zafar de tu responsabilidad!

Sarah se dejó caer hacia atrás, golpeando la isla de la cocina y llorando amargamente en el suelo sin notar que su hija escuchó todo desde la sala. Chris subió las escaleras sin que su madre la notara y cerró la puerta con cuidado. Todo su mundo estaba roto y no podía permitirse llorar o gritar tanto como quisiera para no preocupar a su madre.

¿Por qué no podía ser eso otra pesadilla?

¿Por qué Dios jugaba así con ellas?

Después de unos momentos fue a la cama, no pudiendo dormir, temerosa de nuevas pesadillas que podrían volverla loca.

•••

Nunca esperó esa mañana que al salir de casa vería a los gemelos esperándola sobre unas bicicletas. Los dos le sonreían y a pesar del exceso de cafeína en su sistema no logró comprender qué hacían allí.

—Vale… ¿sucedió algo?

—Nop —respondió Aaron—. Vinimos por ti para ir al Gran Roble.

—Después de la escuela, ¿verdad?

—No, justo ahora.

—… Es una broma, ¿no? —sentenció después de una larga pausa.

—No podemos después de la escuela —Aiden le pasó su celular para que viera la noticia local.

—Han avisado que después de décadas limpiaran la corteza del árbol esta tarde al mediodía —explico Aaron—. Eso quiere decir que cualquier pista que podamos encontrar podría perderse en la limpieza. Así que andando, tenemos que ir antes de mediodía.

—Bien, ¿quién me lleva? —preguntó aceptando la idea, nunca había saltado clases pero si evitaba así un día la clase de literatura bienvenida sea la aventura. Notó cómo la miraron confundidos.

—¿No tienes bicicleta? —preguntó Aaron y sintió la vergüenza inundar su rostro. Tenía una, la de su madre, pero había un pequeño problema con ello. No sabía montar en bici.

—No, no tengo —mintió intentando reprimir el recuerdo de su traumática experiencia en bicicleta para que no advirtieran su mentira. Todavía podía ver esa colina y escuchar a sus padres gritar y correr detrás de ella antes de estrellarse contra esa valla.

—Ven conmigo entonces —le invitó Aiden acomodando su gorra—. Pero agárrate bien porque el camino no es muy plano.

Que el camino fuese sinuoso no era el problema, el problema era cómo conducían esos dos. Chris gritó cada que la bicicleta dejó el suelo. Vale, estaba acostumbrada a los locos taxistas de Nueva York, pero ellos eran peor, mucho peor. Se sujetó con fuerza de Aiden importándole poco si le rompía una costilla en el momento, ya que él y su hermano la iban a matar del susto. El bosque era extenso y denso, hubiese disfrutado de la vista pero eso sería en otro momento cuando no pensase en una dolorosa caída que le dejaría más que un moretón.

Miró sobre el hombro de Aiden y Aaron iba al frente gritando y riendo.

—¡Ahí viene el gran salto!

No tuvo que preguntar. Aaron voló por los aires cruzando una amplia brecha en el suelo y Aiden pedaleó con más fuerza e hizo lo mismo. Esta vez no gritó, sino que sus uñas se clavaron en él en venganza por hacerla casi mojar sus pantalones. Al fin el viaje terminó y las bicicletas se detuvieron en un claro.

—Y hemos llegado damas y caballeros —anunció Aaron—. Gracias por viajar con nosotros, dejen sus comentarios sobre nuestro servicio en nuestra página oficial. Recomiéndonos con sus amigos, tenemos paquetes de 2x1 y paquetes familiares.

Chris se levantó de la bicicleta con el corazón a punto de perforar su pecho y sus manos adoloridas por la presión ejercida en el agarre.

—¿Te gustó el paseo? —preguntó Aiden con una sonrisa burlona.

—¿Te gustaría que te estrangulara? —él rio y la tomó del brazo para guiarla al frente del Gran Roble, haciéndola olvidar su enojo—. Wow. Vaya que el nombre le calza.

No era para menos, era el árbol más grande que había visto en su vida. Estaba segura que su tronco debía medir con un diámetro cercano a diez metros, era tan alto que sobrepasaba con facilidad a todos los demás árboles. Localizado en un claro casi junto a una brecha como la que saltaron, y que ahora pensaba que quizás antes había sido un río. Ramas dispersas crecían por todo el tronco lleno de extenso follaje, pero lo que la sorprendió fueron la enorme cantidad de corazones y nombres tallados en la corteza que ocupaban una altura de hasta más de tres metros.

Aiden ya había sacado la cámara y Aaron se puso frente a ella.

—Muy bien, estamos investigando el Gran Roble debido a esa canción de la radio, pero el problema es que hay demasiados nombres, ¿cómo sabremos cuál es el corazón que buscamos?

—Debe haber algo diferente a los demás —respondió Chris ignorando la cámara—. Sólo debemos buscarlo. Busquen el nombre de Esther.

—¿Esther? ¿Cómo sabes que se llama Esther? —preguntó Aaron confundido.

—Hagan caso, les explicaré todo luego.

Un halo de desconfianza se alzó entre ellos, pero los gemelos no dijeron nada ya que esperaban que ella mostrara todas las cartas sobre la mesa después de eso. Rodearon el árbol una y otra vez, pero todo lo que vieron fueron cursis dedicatorias, nombres y corazones torcidos, no encontrando a ninguna Esther.

—Ninguna Esther por aquí —avisó Aiden—. Y creo que he visto demasiados corazones en un día.

—¿No te viene alguna Mary? —Preguntó Aaron—. ¿Cuántas Mary ´s hay en este pueblo?

—Mi abuela se llama Mary —respondió ella—. Haz la cuenta —

bufó frustrada, le estaba doliendo el cuello de tanto mirar hacia arriba —. No lo entiendo, deberíamos haberla encontrado. La canción habla de este lugar.

—Tal vez esté en un lugar que no podamos ver —dijo Aiden—. O quizás después de tantos años alguien rompió la corteza al tallar su nombre.

—La promesa está escrita sobre el viejo roble duro —repitió la letra de la canción.

—¿Te la sabes de memoria? —preguntó Aaron sorprendido.

—La tengo mucho en mi cabeza… Y creo que acabo de dar con la respuesta. ¿Pueden ayudarme?

Aaron fue quien se ofreció al estar más cerca, al verla alzar los brazos para alcanzar una rama él se inclinó para que ella apoyara su pie. Lo logró al primer intento. Con mucho cuidado comenzó a subir poniendo nerviosos a los hermanos que la veían tambalearse de vez en cuando sobre las ramas. Siguió subiendo hasta que las marcas desaparecieron. Saltó hacia otra rama y casi cae pero se sostuvo del troncó con fuerza. Abajo, los Ashwood extendieron sus brazos dispuestos a atraparla por si caía. Ella no los vio, no quería ver abajo y sentir el vértigo; siguió rodeando y subiendo hasta que notó algo sobre la corteza del otro lado, la rama estaba lejos, pero no dudó en que la alcanzaría. Saltó cayendo sobre su pecho y escuchó un ruido, atribuyéndolo a sus costillas, fue doloroso y tardó en recuperar el aliento. Se sentó sobre la rama y miró la corteza, tenía algo de musgo pero no cubría por completo el mensaje que estaba grabado bajo un hueco del árbol.

Esther y Clark, siempre juntos por la eternidad.

Tocó el grabado con la punta de sus dedos. Llevaba muchos años allí oculto y nadie se había atrevido a subir hasta ese punto. Se sintió orgullosa por eso.

Esther.

Tomó una fotografía del grabado. Ahora estaba segura de quién era la persona que hablaba con ella en la radio, pero ¿quién era Clark? ¿Desapareció con su tía? ¿Por qué ella desapareció?... ¿Estaría viva o de verdad muerta? Algo captó su atención en el interior del hueco, estaba sucio y cubierto de hojas, pero el color rojo de la pequeña caja era demasiado llamativo para pasar desapercibido y la caja lucía casi intacta. Metió la mano esperando que una ardilla no viviese allí, tomó el objeto y sus dedos sintieron el suave terciopelo. La abrió y por dentro el satín blanco estaba inmaculado al igual que el pequeño cojín donde debería haber estado un anillo. Estaba vacío. Cerró la caja y entonces escuchó el claro sonido de la madera crujir bajo ella.

«Esto me pasa por comer tanta comida frita»

Se sujetó del árbol pero la rama se rompió y la corteza vieja se deshizo entre sus dedos provocando su caída inminente. Gritó más la caída no fue tan dura como creyó, todo gracias a que Aaron y Aiden pensaron rápido y la atraparon antes de caer. Los tres estaban en el suelo, un tanto adoloridos pero Chris nunca soltó la caja, alzando su mano en señal de victoria.

—¡Tengo algo!

Los tres se sentaron en un tronco cercano, Chris miraba a los gemelos que estudiaban la pequeña caja con detenimiento. Estaban tan entretenidos que ella aprovechó el momento para descansar un poco. Al final tenía que explicar sobre dónde sacó el nombre de Esther, no podía ocultar más esa información.

—Definitivamente esa caja ha estado allí por muchos años, antes del año 1995 —aseguró Aaron.

—¿Cómo saben eso? —preguntó curiosa y Aiden respondió.

—Abajo del cojín se encuentra el nombre de la joyería que fue comprada en el noventa y nueve por nuestro padre. Ahora tiene otro nombre.

—¿Su padre es dueño de una joyería?

—No. Se la regaló a nuestra madre como regalo de cumpleaños —dijo Aaron—. Nuestra madre hace joyas y es muy famosa por los alrededores.

—Y muchos desean comprar los anillos exclusivos que hace en navidad o san Valentín porque se cree que tienen la fortuna de crear matrimonios felices que duran toda la vida —explicó Aiden.

—… ¿Acaso ustedes vienen de una familia rica?

—No somos ricos —dijo Aaron.

—Pero vivimos un poco mejor que la media —aceptó Aiden—. Y ahora que te hemos dicho algo de nosotros quizás deberías decir algo de ti.

Por un momento creyó que tendría que contar su propia historia, pero se dio cuenta que se estaba refiriendo a lo de Esther.

—Me parece justo —su atención estaba por completo sobre ella—. Vi una inscripción arriba, Esther y Clark, siempre juntos —les mostró la fotografía de su celular.

—¿Clark? No conocemos a ningún Clark en el pueblo —confirmó Aiden haciendo memoria.

—Clark… Por supuesto, ¡Clark Kent! —ante esa respuesta Aaron se ganó con pulso un golpe en la cabeza de parte de su hermano.

—Como sea, el punto es… —habló Chris interrumpiendo cualquier posible oportunidad de revancha de parte de Aaron—. Que estoy segura que la persona que está hablando por la radio es Esther

Hallow, mi tía que desapareció hace más de veinte años —los dos hermanos quedaron estupefactos ante la noticia.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Aiden y ella asintió.

—Ahora lo estoy —asintió sintiendo la adrenalina correr por su cuerpo y su mente comenzar a trabajar más rápido de lo normal—. Y creo que mi tío no hizo la radio al azar. La razón por la que se mudó de vuelta… todos esos libros y aparatos en el ático… La hizo porque quería hablar alguien, no con cualquiera, sino con alguien específico en la línea del más allá. Creo que él estaba buscando a su hermana.

[6] Saw: Película de terror de 2004

8

La mañana pasó con rapidez. A lo lejos el sonido de los trabajadores que limpiaban la corteza del árbol no los distrajo del tema que estaban discutiendo. Y tras tensos momentos, al final llegaron a una conclusión.

—Tu tía está muerta.

Las palabras de Aiden fueron tan duras que la hicieron encogerse, aguantando el deseo de gemir ante la verdad frente a ella. Asintió y suspiró intentando calmarse.

—Es lo más probable —aceptó en voz baja—. No hay otra razón para que mi tío hiciera la radio. Él buscaba hablar con alguien… y ese alguien tenía que ser mi tía.

Ahora lo veía claro. Cuando la tía Esther desapareció él regresó para investigar su paradero. De alguna forma supo que ella ya no estaba entre los vivos, pero ¿cómo es posible que creara algo tan siniestro un hombre que hacía conejitos saltarines de juguete?

—Pero tu tío también desapareció —le recordó Aaron—. ¿Podría ser que también esté muerto?

—No lo sé —gimió deseando con toda su alma que no fuese así—. Pero lo que si entiendo es que si mi tía es quien está hablando por la radio hay dos posibilidades. O está atrapada en ese convento sin que nadie lo sepa, cosa muy pero muy poco probable a este punto, o de verdad está muerta y quiere que sepa la verdad —los miró con un poco de vergüenza—. Lamento habérselos ocultado pero era algo muy personal y quería comprobar por mí misma si podría ser ella —Aiden la tranquilizó.

—No te preocupes, entendemos. Algo así debe de ser duro para cualquiera —dijo comprensivo al entender ahora sus razones.

—Gracias, pero por una parte no es así —respondió mirándolos a los ojos—. Nunca conocí a mi tía, ni tengo idea de qué le gustaba o no, pero… es más importante para mamá. Así que si puedo saber qué le pasó, podría ayudar a mi madre un poco a sobrellevar su desaparición. Y si puedo saber qué le pasó también a mi tío eso terminaría por descubrir el misterio que hay en la familia Hallow.

Ambos le sonrieron. Parecían satisfechos por su determinación y Aaron hizo una seña para comenzar a caminar.

—Debemos regresar a casa o sabrán que no fuimos a clases.

Caminaron por los siguientes minutos hablaron todo el camino acerca del roble, el mensaje y de las desapariciones, tendrían mucho que investigar pero los gemelos estaban dispuestos a ayudar por la emoción del misterio que se multiplicó diez veces. El viaje en bicicleta esta vez fue mucho más ameno y la dejaron en la esquina de su calle.

—Nos vemos mañana en la escuela para seguir hablando —dijo Aiden.

—Por supuesto.

—Oye, no deberías hablar con esto con nadie más —le advirtió Aaron.

—Bueno, ni de broma le contaría a mi madre sobre esto.

—No me refiero a eso —replicó—. Si tus tíos desaparecieron, ¿no crees que alguien podría estar detrás de eso?

—… Estás hablando de un asesino, ¿verdad?

—Sería bueno ser prudentes.

No lo había pesado hasta ahora, pero si su tía murió por culpa de alguien, entonces su tío pudo haber puesto incómodo a esa persona en su investigación y sufrió su mismo destino. Se le pusieron los cabellos de punta. Era una suposición, pero hasta ahora demasiado acertada. Se despidió de los chicos y caminó a su casa con una piedra pesada en el estómago.

Muertos.

Estaban muertos.

Sabía que existían muy pocas probabilidades de que estuviesen vivos y encerrados en ese lugar, no debía de hacerse muchas esperanzas aunque quisiera. No quería imaginarse que de verdad algo les pasó. Pero no podía negar todos los hechos que conllevaban a la radio. A menos que el convento tuviese una habitación secreta con señal de radio en esas gruesas paredes, su tía debía estar muerta. ¿Y su tío? Podría estar con ella encerrado o muerto, no había escuchado su voz en la radio… al menos no de momento. Tenía que meterse en la investigación que su tío estaba haciendo, buscar pistas que él pudo haber encontrado y estudiar los libros que tenía en el ático. Sacó su llave para abrir la puerta, hundida en sus pensamientos en ese mar lleno de preguntas sin respuestas, pero la puerta se abrió antes de poder poner la llave en el cerrojo y su madre la recibió con expresión severa.

—¿Dónde estabas?

«Oh, mierda…»

—¿Qué? En la escuela...

—¿De veras? Qué curioso. Tu maestro de literatura llamó y dijo que faltaste a un examen. Quería comprobar si estabas enferma o no.

Chris sintió deseos de golpear a ese mal nacido hasta que la calva le quedase morada.

«Hijo de puta. ¡Cómo lo odio! ¡El examen es la siguiente semana!»

Tal vez la había visto irse con los hermanos y recordó haberle parecido ver de reojo una calva brillante en el interior de un auto que pasaron.

Su madre señaló el sofá.

—Siéntate —las pocas veces que había visto a su madre enojada eran de temer, incluso su hermano le temía a morir. Se sentó en el sofá y dejó la mochila a un lado—. Ahora dime, ¿dónde estabas? ¿Con quién? ¿Y qué estabas haciendo?

—Yo… amm, estaba...

—Estoy esperando.

—¿De verdad? ¿De cuántos meses?

—No me vengas con esas bromas —gruñó su madre haciéndola encogerse en el sofá—. Más vale que contestes con la verdad o tendrás muchos problemas Christina Darcy Hallow. Y quiero una buena explicación.

El sudor frío comenzó a surgir de su frente. Cuando decía su nombre completo significaba malas noticias. No podía decirle la verdad, mucho menos sin evidencias concretas, y si le mentía seguro lo sabría y estaría en peores problemas, así que decidió decirle una media verdad y una media mentira.

—Estaba con Aaron y Aiden Ashwood.

—¿Qué hacías con ellos?

—Pasando el rato —explicó sin levantar la mirada de sus rodillas —. Tenías razón, me gusta pasar el tiempo con ellos. Ahora somos amigos y querían mostrarme el pueblo y sus alrededores. Lo siento mucho, mamá. Pero quería quedar bien con ellos y como dijiste que me llevara algo bueno antes de irnos de aquí quería hacerme de un bonito recuerdo con mis nuevos amigos. Sé que debí haber ido a la escuela pero pensé que no sería tan malo, lo siento mucho, no lo volveré a hacer, te lo prometo —levantó el rostro mirándola con unos ojos de corderito degollado para completar el combo de culpa. El nivel de enojo de su madre bajó dramáticamente hasta darle una punzada en su pecho.

—Oh, Chris… —escuchó el temblor en su voz y su esfuerzo de no derramar una lágrima eran señales claras de que la tenía en la bolsa. Su madre suspiró conmovida y triste porque sabía muy bien por lo que tuvo que pasar con sus antiguas amistades. Tomó aire y luego se dirigió a ella con un tono suave pero firme—. Muy bien, pero eso no es excusa para que faltes a clases.

—Estoy de acuerdo.

—Vas a estar castigada dos semanas.

—Muy bien.

—Sin televisión.

—No hay problema.

—El internet será para las tareas.

—Puedo vivir con eso.

—Y… confiscaré todos tus libros.

—Oh por Dios, ¡mejor sácame los ojos!

—Es mi última palabra. Y como adicional, después de clases vas a ayudar en el convento por una semana.

Un gemido salió de ella por instinto. El imaginarse ayudando en el convento fue como inyectarse lejía en las venas. Pero casi enseguida se dio cuenta de las ventajas que tendría estar dentro.

—Vale. Lo acepto.

Tendría la libertad de moverse por el lugar. Buscar en cada pequeño rincón sin que nadie le regañase por su intrusión. Y si tenía suerte, podría investigar la famosa Torre. Estaba segura que podría encontrar algo en ese lugar. Sólo había un pequeño inconveniente.

—Y nada de ser grosera con tu abuela.

Volvió a gemir y estuvo segura que en algún lugar de la casa un gemido similar se había escuchado. Era eso o la casa tenía eco.

•••

La hora de la cena estaba tornándose tan silenciosa como una misa en el cementerio. Le hizo algunas preguntas a su madre sobre su entrevista y si necesitaba algo, obteniendo monosílabos apenas comprensibles. Si, No, Meh, ese último debía agregarlo al diccionario materno. Así que tuvo que romper con el silencio antes de que su madre se levantara de la mesa.

—Mamá. ¿Cómo era la tía Esther? —por primera vez en toda la cena tenía la completa atención de su madre.

—¿Por qué preguntas?

—Curiosidad

Chris movió un poco el puré de papás que tenía algunas partes duras y su madre suspiró resignada, poniendo los codos en la mesa para apoyar su rostro entre sus dedos entrelazados y dándole un aire pensativo.

—Bueno creo que puedo hablarte un poco de ella —dijo con expresión nostálgica—. Ya que lo pienso, Esther se parecía un poco a ti.

—¿A mí?

—Siempre fue rebelde pero no en el mal sentido, al menos no al principio. Le gustaba el dibujo y soñaba con ser actriz o una famosa artista de la brocha gorda. Era muy buena pintando para alguien de su edad, pero tu abuela siempre la censuraba. Decía que el arte sólo debía ser para Dios y no al mundo.

—Déjame adivinar, la obligó a pintar retratos de santos moribundos.

—En efecto, aunque nunca escuché a Esther quejarse de ello. Ganó algunos premios en la escuela e incluso tu abuela tiene varios retratos

que guarda celosamente en su oficina. Supongo que los tiene para recordar a tu tía a pesar de que no le guste escuchar de ella. Pero como te iba diciendo, ella fue a lo que se le denomina un espíritu libre. Quería viajar, conocer el mundo y estudiar arte. Pero tras volverse cada vez más indisciplinada tu abuela la puso en el convento. Nunca supe cómo fue para ella estar adentro, discutimos cuando apenas llevaba pocos días en este, pero de seguro fue horrible para alguien que amaba tanto la libertad. Espero que ahora esté cumpliendo su sueño en donde quiera que esté.

Chris mordió un poco su labio inferior. No sabía cómo le diría la verdad llegado el momento, mucho menos ante el absurdo de cómo sabía el destino de su hermana, y quién sabe, hasta de su tío. Su madre lucía con esa chispa de vitalidad al creer que su hermana estaba viviendo su sueño en alguna parte. El tenedor partió uno de los pedazos de papa. No quería destrozar esa fantasía, pero cuando consiguiera pruebas y averiguara la verdad iba a ser doloroso para ella. ¿De verdad quería hacerle eso a su madre? No merecía más dolor del que ya venían cargando. Sin embargo, no creía que la mentira fuese una opción en su caso y más con cuestiones tan grandes como esas. Fuese cual fuese el resultado tenía que saberlo.

—Casi lo olvido. El convento va a trabajar en el comedor comunitario. Nos vendría bien un par de manos extra.

Intentó no hacer una mueca ante la propuesta de su madre.

—¿Cuenta como parte de mi castigo?

—No lo sé. Depende de tu respuesta.

—Vale, pero aléjame de los cuchillos y pinchos. Serían demasiado tentadores con la abuela cerca.

•••

Una tormenta llegó unos minutos antes de ir a la cama. El pronóstico del clima avisó sobre lluvias intermitentes en la noche, pero no una tormenta sacada del Génesis. Las dos pusieron sus celulares cerca para escuchar la alarma por si la luz se iba en mitad de la noche, no tenían por el momento inconvenientes con la instalación eléctrica pero era mejor no confiarse con lo vieja que era la casa. Los truenos se escuchaban igual a la noche en que arribaron a esa casa. Sarah se quedó dormida al instante en que su cabeza tocó la almohada pero su hija tardó en dormir. Su mente estaba activa a pesar que su cuerpo luchaba por sucumbir al sueño. Estaba a punto de cruzar el umbral del sueño hasta que sus ojos se abrieron por el sonido de los truenos. Parecía que una guerra se desataba afuera. Pero tenía sueño, estaba cansada y quería dormir calientita bajo su esponjosa cobija

afelpada. Al fin sus parpados encontraron descanso y suspiró profundo antes de poder rendirse al sueño profundo.

Despierta.

Se movió en la cama. Estaba soñando, sabía que estaba soñando.

Despierta… Despierta.

Abrió sus ojos ante esa voz grave y suave que susurraba en su oído. Se levantó con pesadez y se asomó por la ventana segura que la voz venía de afuera. Sobre la banqueta, inerte bajo la lluvia, John la miraba fijamente. Lucía como un espectro con los ojos ocultos por las sombras que generaba la luminaria con su gorro. Este levantó la mano y lentamente hizo la señal de la cruz con sus dedos, sin temblar por el agua helada y los vientos que chillaban afuera.

La cruz.

Escuchó su voz de nuevo, esta vez en su cabeza. Sabía que era él al ver sus labios moverse con su barba.

Ella quiere que busques en la cruz.

Antes de poder preguntarle a qué se refería despertó por culpa de su alarma. Sintió escalofríos, su garganta estaba seca y al apoyarse en sus codos sintió su cuerpo temblar ante el esfuerzo. Puso su mano en su frente, sentía un poco de fiebre pero una pastilla la bajaría en poco. ¿Qué rayos había sido eso? Unos ruidos de afuera la hicieron levantarse de la cama. Al hacerlo vio por la ventana a John que revisaba sus bolsas de basura y alejarse cuando terminó su búsqueda. Se volvió hacia la radio, la tomó y la metió en su mochila lista para comenzar el día.

•••

En el camino a la escuela no vio a John, tampoco tuvo interferencias de la radio en clases o en los casilleros. Pero en la hora del almuerzo, Aiden y Aaron no perdieron tiempo en unirse a ella en la biblioteca.

—No entiendo qué es lo que te gusta de venir aquí —murmuró Aaron mirando el tan solitario lugar.

—La biblioteca es un chiste, pero en estos momentos me parece el lugar más seguro de todos.

—¿Alguien te molesta? —preguntó Aiden con expresión hosca y Aaron chocó su puño en su palma.

—Si es así mi hermano y yo podemos darle una lección, aunque si es una chica deberemos recurrir a métodos más sutiles pero igual de perversos.

Sonrió intentando tragar el bocado de su emparedado de huevo con tomate.

—No se preocupen. Mis compañeros me odian por ser una citadina de la Gran Manzana pero eso no lastima mi ego, es del profesor de literatura de quien me escondo. El muy maldito llamó a mi madre ayer diciendo que falté a un examen cuando era mentira. La semana sigue y no lo veré en todo el fin de semana pero por su culpa estoy castigada y me tendrán trabajando en el convento y la iglesia unos días.

—Oh, así que nuestro profesor favorito quiere jugar rudo —sonrió perverso Aaron y Aiden sonrió con una expresión igual de sombría.

—Será interesante ver hasta dónde podemos llegar con él.

Por un momento sintió pena por el viejo calvo, pero en su defensa, él se lo había buscado y también tenía una irrefrenable sed de venganza.

•••

Al salir de la escuela se preparó mentalmente para ir cruzar la calle y entrar en lo desconocido, o sea, el convento. Divisó a John empujando su carro de supermercado lleno de objetos variados intentando cruzar la calle. Él saludó con la mano y ella hizo lo mismo al verlo acercarse a ella. Su barba se veía más enredada ese día que la última vez.

—Buenas tardes, John.

—Hola, niña. ¿No traerás algo en tu bolso?

—Tengo un emparedado, ¿le gusta el huevo y tomate?

—Siempre estoy abierto a nuevas experiencias —ella rio y abrió su mochila para sacar la mitad de su emparedado. Se lo entregó pero este tenía su vista fija dentro de su mochila donde la radio se asomaba.

—Vaya… que raro aparato.

—Sí, era de mi tío.

—Ya entiendo. ¿Y funciona?

—Capta radio AM y FM si usted se lo pregunta.

—Cuídalo mucho. Si la hizo tu tío seguro que no hay otra igual.

—Téngalo por seguro. Debo irme, debo entrar al convento —estuvo a punto de cruzar la calle cuando este la detuvo tomándola del brazo.

—Acepta este consejo, niña. Hay ciertas cosas con las que la gente no debe de jugar. Y lo que salga de esto tal vez no sea nada grato.

—¿Qué quiere decir?

—Que a algunos no les gusta ser molestados después de la muerte.

—¡Christina! —la voz del padre Williams vino de la puerta de entrada, John la soltó y se alejó con su carrito.

El padre Williams cruzó la calle corriendo para llegar hasta ella. Chris se giró hacia John pero este ya se encontraba muy lejos calle arriba. ¿Había corrido hasta allá? Qué buenas piernas debía tener. Chris no tenía idea pero al volverse al padre se veía preocupado.

—¿Estás bien? ¿Te hizo algo?

—Estoy bien, no me hizo nada —a pesar de su advertencia no había sentido que estuviera en peligro, al contrario, sintió una gran preocupación por parte de John. El padre suspiró aliviado.

—No debes de acercarte a las personas sin conocerlas.

—Parece buena persona. Nada más está pidiendo algo de comer.

—Lo entiendo, algunos vagabundo piden dinero pero hay algo raro con ese tipo en especial... Por eso mantente alejada, ¿entendido?

—Claro —asintió resignada, no quería más problemas de los que ya tenía. El padre la guio al interior del convento.

—Tu madre ya me explicó por qué estás aquí. No te preocupes, las monjas no muerden.

—¿Me lo jura por escrito?

El padre rio con fuerza. Chris revisó con atención los alrededores de ese lugar y pensando en dónde podría investigar primero. Contempló un momento la estatua de San Rita que permanecía en medio del patio como mudo testigo de lo que ocurría en esas paredes. Era una lástima que no pudiese preguntar por su ayuda. Notó algunos pájaros posarse sobre esta y picotear la cabeza.

«Pobrecitos, se van a lastimar el pico»

—¿Conoces la historia de Santa Rita?

—No me la han presentado —el padre rio y la guio hasta el frente de la estatua.

—Santa Rita no tuvo una adolescencia fácil, sus padres la casaron cuando sólo era una niña con un hombre que hizo de su vida un calvario, Paolo Mancini, con quien tuvo dos hijos. Pero a pesar de todo no apartó su fe de Dios y oró sin claudicar cada día. Cuando su esposo fue asesinado ella se sintió aliviada y pidió la admisión al monasterio. Pero como sólo permitían la admisión a mujeres vírgenes le negaron la entrada. En ese tiempo ella estaba temerosa de sus hijos ya que podían aplicar la ley de vendetta contra quien mató a su padre

y eso hubiese condenado sus almas, así que con todo su amor de madre y fe pidió a Dios que se llevase a sus hijos de este mundo antes de que cometieron tal pecado. Ella los preparó para el momento, con el enorme amor que sentía por ellos para que no condenaran sus almas. Ellos murieron no sin antes pedir perdón a su madre por todas las penurias que le causaron. Y ya sin nada que la atase, la aceptaron en el monasterio donde pasó el resto de su vida en oración y penitencia —se tomó un momento antes de volverse a Chris—. Santa Rita fue una mujer admirable que, a pesar de no tener una vida sencilla, siguió en el camino del Señor que al final le recompensó con darle una vida de paz. Esa es la regla de este monasterio. Buscar la paz en uno mismo y la comunión perfecta con Dios. Y nunca dejar la fe de lado. Dios responderá siempre de una forma u otra.

Ella lo miró escéptica. No creía que la paz se pudiese encontrar en un lugar así y mucho menos con la presencia de su abuela, así que se mordió la lengua. Observó la estatua nuevamente y los pájaros seguían empecinados en picotear la cabeza hasta que se rendían o se llevaban algo entre sus picos.

—Pienso que deberían cambiar el slogan del lugar.

El padre William rio entre dientes y puso su mano sobre su hombro.

—No juzgues a un libro por su portada. Este lugar no está tan mal, nada más le falta… una pequeña mano de obra. Por ejemplo, según me contaron esta estatua estaba rodeada de grandes y hermosas rosas hace años, pero se marchitaron y la hermana que se dedicaba al cuidado de este jardín comenzó a descuidarlo y no se molestó en conseguir más rosas —por alguna razón no podía imaginarse la estatua rodeada de rosas, tal vez porque donde quiera que mirara todo era gris y eso desalentaba a su decoradora interior—. Ven, te llevaré al huerto que está en la parte de atrás. Las hermanas necesitan toda la ayuda posible para recoger las hortalizas que prepararán para el refugio de indigentes.

—Qué emoción. Tierra y mugre en un frío día de invierno.

A pesar de su sarcasmo el padre no la reprendió. La sonrisa en su rostro lucía sincera y eso hizo menguar su mal humor. Ya encontraría un momento para poder investigar sin que nadie la viera.

•••

Miró su reloj por décima vez en la última hora. Se recargó cansada entre las pilas de papeles de losque tenía que hacerse cargo y asfixiada de estar encerrada en ese diminuto cuarto. La puerta se abrió y la hermana Dolores asomó su cabeza con sus mejillas rojas.

—Hola, Sarah. Vine por la escoba. ¿No la has visto?

—Está allí. Tengo los materiales de limpieza en esa esquina ya que es aquí donde corresponden —señaló a uno de los libreros, la escoba casi se mimetizaba con la madera vieja del librero.

—Gracias. He dicho que necesito una escoba nueva pero nadie me hace caso.

—No creo que la iglesia pueda permitirse ciertos gastos además de los necesarios. Las cuentas son demasiado apretadas, los permisos e impuestos son un enredo. No sé cómo es que se ha mantenido a flote este lugar.

—A base de fe y muchas contribuciones —Sarah bufó dejando caer su cabeza en los papeles—. Por cierto, he visto a tu hija con el padre Williams.

—Ah, ya llegó —pasó su mano por su ojos cansados—. Avisé al padre Williams que castigué a mi hija y que por los siguientes días estará ayudando a la iglesia y al convento.

—¿Y eso no es un castigo demasiado severo? —Apretó la escoba entre sus manos—. Amo a Dios y amo a la iglesia pero si tuviese la oportunidad, que Dios me perdone, pero le retorcería con gusto el cuello a la madre Mary. ¡Y discúlpame porque sé que es tu madre pero…!

Sarah rio sintiendo sus fuerzas renovarse un poco.

—No se preocupe. Sé que mi madre no es la persona a la que agrade a todo el mundo.

—Si es que existe alguien que la aguante. Y… si no es mucha indiscreción, ¿por qué viniste a vivir cerca de ella?

—La desgracia nos toca de distintas formas —contestó con pesar—. Mi marido me dejó sin nada y la casa que ahora ocupamos era de mi hermano, que luego pasó a ser de mi madre. Así que no tenía muchas opciones cuando mi madre me ofreció la casa. Aunque de haber sabido lo cerca que estaba…

—¿Tu hermano?

—Desapareció hace unos años. Nadie ha sabido nada de él.

—Oh… —tragó nerviosa antes de hablar—. Así como con Esther —Sarah le miró curiosa.

—Exacto. ¿Usted la conoció?

—Yo estaba aquí cuando ella llegó —recalcó picando su pecho con el pulgar—. Tu madre la trajo arrastrando desde la calle. Tu hermana lloró, gritó, pero nada suavizó el corazón de su madre. Y por si fuera poco siempre la hacía dormir en la Torre. ¡Ese lugar es horroroso!

—¿Se refiere al lugar donde el coro ensaya?

—Oh, no, no, no —agitó su mano—. A ese lugar le llamamos el Torreón del canto. Le llamamos así porque cuando el coro no está ensayando el viento se cuela por el lugar y se escucha un silbido

musical entre sus aberturas —explicó con voz cantarina y después su rostro se tornó serio—. No, me refiero al otro torreón que no tiene nada que ver. La Torre fue construida para aislar a quien fuese puesto allí. Es una habitación que siempre usaban para castigar a las monjas rebeldes. Antes, castigaban a las chicas de maneras horribles, algunas eran golpeadas, otras humilladas, y a algunas les dejaban sin comer por días. Ese lugar siempre me ha dado miedo. Tiene una vibra algo extraña y ni siquiera puedo pasar por ese pasillo porque me da escalofríos.

—El pasado no puede lastimarla, hermana. Todo está en su cabeza.

—Te equivocas en eso —la miró con grandes ojos saltones y se aseguró de cerrar bien la puerta antes de acercarse al escritorio y apoyar sus manos en la madera, casi provocando que la montaña de carpetas y documentos se cayeran, por suerte Sarah las sujetó—. Cosas pasan en este lugar, cosas de las que algunas prefieren no hablar —susurró con un ligero temblor en su voz.

—¿Cómo qué cosas? —susurró Sarah ante el secretismo que se alzó entre ellas.

—Algunas de nosotras ha visto a una monja pasear por el lugar. Tú dirás, no es para tanto este lugar está lleno de monjas —balbuceó moviendo sus manos de forma cómica—. Pero ¿qué monja ves paseando a medianoche? Y que todavía desaparezca en una esquina de los largos pasillos del lugar.

—Y usted cree que es un…

—Un fantasma por supuesto —casi exclamó alzando las manos—. Quizás de alguna pobre alma en pena que quedó varada en este lugar. Porque varias de nosotras hemos visto a alguien caminar a nuestro lado y al voltear no hay nadie, otras dicen que han visto una figura pasear por el pasillo que lleva a la Torre y desaparecer cuando pone un pie en aquella escalera —agitó su cuerpo al sentir un escalofrío. Sarah le sonrió, más entretenida que asustada por la historia que acababa de escuchar. Debería contárselo a su hija para que encontrara el lugar más interesante de lo que era, estaba segura que le encantaría.

—Me imagino que eso le quita a cualquiera las ganas de pasearse por aquí en las noches.

—Créeme, lo hace. Yo me lo pienso dos veces antes de asomarme por los pasillos.

Intentó no reírse ante la ingenuidad de algunos. No es que no creyera en fantasmas, pero tenía la fuerte creencia que las almas se elevaban después de morir, no que todavía se quedasen allí entre los vivos.

—Bueno, mi hija y yo no tendremos que preocuparnos de los

fantasmas del convento por mucho tiempo. Porque espero poder conseguir lo suficiente para poder mudarme con mi hija a otro lugar donde podamos establecernos. Quiero que viva en un lugar donde pueda ser feliz y actuar como una chica normal a pesar de las dificultades.

—Sabes, Sarah. Tienes razón en que las dificultades llegan siempre, pero he aprendido que por algo es que llegan. Dios tiene siempre un plan para nosotros y nos va guiando por él. Estoy segura que tú y tu hija encontraran el camino que Dios les ha puesto delante, si no es que ya se los puso.

—¿Qué quieres decir? ¿Cree que Dios quiere que nos quedemos aquí?

—Los caminos del Señor son misteriosos. Nadie sabe nada hasta que Dios muestra la razón de todo. Ya lo verás.

Después de unos minutos más de agradable cháchara, la hermana se marchó con la escoba y Sarah se distrajo con el retrato de sus hijos, viéndolos con adoración y dolor. Sus dedos pasaron cerca del rostro de su hijo, sintiendo sus ojos húmedos por la pérdida que calaba hondo en su corazón. Su pequeño niño, su valiente hombrecito. Lo extrañaba todo el tiempo. Sintiendo que ese dolor duraría hasta el final de sus días.

PAM

Un libro cayó de unos de los libreros. Rodeó el escritorio y lo tomó entre sus manos. Era un viejo libro del arte del Renacimiento. ¿Qué hacia un libro así entre todos los textos sacros? Al revisarlo vio la pasta trasera rota por la caída. Maldijo a lo bajo sabiendo que su madre se pondría histérica si viese uno de sus libros rotos, no era su culpa, pero seguro le cargaría una buena. Dejó el libro sobre la caja que se llevaría a casa, con algo de pegamento el libro estaría como nuevo antes de que alguien lo notase. No creía que su madre preguntase por aquel libro pero era mejor no tentar a la suerte. La habitación se sintió más fría por un momento. Por el rabillo del ojo le pareció ver una sombra pasar por detrás del librero y dio un respingo. Diciéndose a sí misma que no había nada detrás, no era posible ante nulo espacio entre la pared y el librero. Respiró hondo antes de tomar su abrigo y salir a dar un pequeño paseo. Eso le ayudaría a respirar aire fresco, ya estaba viendo cosas, y así también sacar de su cabeza esa ridícula historia de la monja fantasma.

—Sarah —le llamó la hermana Rosemary desde atrás con una cesta llena de verduras.

—Buenas tardes hermana. ¿Ha sido buena la cosecha?

—Bastante buena, voy a dejar esto en la cocina y luego regresaré al

huerto.

—Me alegro mucho —fue una sorpresa descubrir que detrás de las oficinas había un huerto que las hermanas cuidaban con dedicación y esmero. De este provenía gran parte de los alimentos que consumían en el convento y también para el comedor. También tenían una pequeña bodega al fondo donde guardaban y preservaban los alimentos. Ver esas cestas y cajas repletas era algo de admirar.

—Disculpa mi atrevimiento pero he visto a tu hija con el padre Williams.

—Sí, la está vigilando, mi hija estará esta semana ayudando en el convento.

—Oh. ¿Y tiene el permiso de la madre superiora? Porque ella podría enojarse mucho de no ser así y odiaría decirle algo. ¿Lo tiene? —encontró algo molesto su tono de voz pedante. ¿Qué le importaba si tenía permiso o no? No era para tanto.

—Por supuesto. A mi madre le ha parecido bien. ¿Pasa algo hermana Rosemary?

—En ese caso no pasa nada. Pero tu hija no debería acercarse demasiado al padre Williams —dijo con un ligero toque de desdén—. Es decir, a pesar de ser un hombre de Dios sigue siendo un hombre y hay que tener cuidado con las apariencias. Quién sabe de lo que sea capaz estando a solas con una jovencita, y aunque no sé nada de tu hija, hay que ser cuidadosos —habló con claro veneno en su voz, pero antes de que Sarah pudiese responder ella se disculpó y se alejó.

—¿Pero qué mosca le ha picado? —Se preguntó de repente irritada —. Será posible que… ¿tal vez esté celosa?

Pensó que así como las demás monjas, la hermana Rosemary debía de tener una fijación especial con el padre. Le parecía exagerada su reacción, más porque su hija era una niña. Le gustaba más cuando era amable. Lanzó un bufido al aire antes de seguir con su pequeño paseo, sin notar la presencia de su madre que presenció todo del otro lado del pasillo con gesto malhumorado.

9

Si pensó por un momento que tendría oportunidad de explorar el lugar estaba por completo equivocada. Estaba pasando por un momento de realización en el que debió dejar sus botas Gucci en la casa y ponerse sus viejas zapatillas deportivas. Casi dejó caer una cesta llena de patatas que le costó horrores sacar de la tierra cuando su tacón se hundió en el lodo.

—¿Te sientes bien? —preguntó el padre Williams apoyado en la cerca de madera que rodeaba el huerto.

—Sí… —exhaló intentando esconder el sarcasmo en su voz, ahora no se quejaría demasiado de limpiar la casa—. Amo sentir la tierra húmeda y fría entre mis dedos hasta ya no sentirlos.

—Vamos, no es tan malo —ella no estaba dispuesta a refutar, pero para su sorpresa, el padre Williams entró al huerto con sus finos y lustrosos zapatos mientras recogía sus mangas—. Ven, te voy a enseñar una forma de sacar esas papas sin que te ensucies demasiado.

—Ya es demasiado tarde para eso.

Pero igual le siguió y este tomó una pala que una de las hermanas no estaba ocupando.

—Mira, primero debes revisar dónde se encuentran los tubérculos, si los dañas eso las volvería inútiles. Después con la pala ablandas la tierra y cuando ya esté lo suficientemente blanda sacas las papas, así —tomó una de las raíces y empleando algo de fuerza sacó varias patatas a la vez. Todas las monjas le aplaudieron encantadas con su dedicación, su fuerza, y para qué negarlo, su atractivo. Notó que varias de las hermanas lo miraban con adoración y con evidente atracción. Chris pensó que tal vez las hermanas se refrenaban cada vez que el padre Williams daba misa, a punto de lanzarle sus bragas y sostenes reforzados que impedían que sus senos cayeran hasta sus rodillas. La idea le causaba gracia, y fue que notó a la única persona que parecía no caer en el hechizo del padre, la hermana Rosemary que seguía llenando su cesta de tomates. La vio incluso rodar los ojos en evidente fastidio ante la actitud de las hermanas.

—Hermanas, recuerden que debemos darnos prisa. Las verduras no se recogerán solas y queda mucho qué hacer —dijo sacudiéndose la tierra de sus manos enguantadas—. Padre, debería de regresar a la iglesia por si alguien le busca.

—Tiene razón hermana. Christina, ¿quieres seguir ayudando a las hermanas o quieres venir conmigo a la iglesia?

—Voy con usted.

Aceptó sin pensarlo y salió del huerto con las botas llenas de lodo, usó los charcos formados por la lluvia de la noche anterior para

quitarse la mayor parte del lodo y caminar junto al padre. A pesar de que detestara la idea de estar en la iglesia era mejor que estar en el huerto.

—Podrías ayudarme un poco a ordenar algunas hojas o himnarios para el próximo domingo. Ya que lo pienso, hasta ahora no las he visto a tu madre ni a ti en la iglesia —al escuchar eso, Chris utilizó una maniobra evasiva.

—Eso es porque descansamos los domingos. Hacemos muchas cosas en la semana —no mentía sobre ello, estaban tan cansadas por la semana que levantarse temprano para ir a la iglesia sería una tarea titánica.

—Pero unas horas en la iglesia no mata a nadie —la escuchó murmurar algo y este se volvió a ella—. ¿Qué dijiste?

—Nada.

El padre Williams sonrió comprensivo.

—Sé que debes estar cansada de la escuela y esto. Pero cuando la comida esté preparada puedes regresar al convento y tomarte un momento para descansar

—Si le soy sincera prefiero correr lejos de este lugar.

—No te gusta a iglesia, ¿no es verdad? —ella notó que le miraba curioso y a la vez era demasiado educado para preguntar la razón.

—Digamos que tenemos un cierto rencor contra Dios y contra la gente que viene a la iglesia.

—¿Alguna razón en especial? —preguntó llegando hasta una pesada puerta de acero digna de una abadía de la edad media.

—No muchas… —movió los hombros desinteresada y el padre abrió la puerta que rechinó endemoniadamente por culpa de sus goznes oxidados.

—Lo siento, le falta aceite pero siempre olvido ponérselo.

—No se preocupe, así es como deben sonar las puertas de una prisión —al pasar se dio cuenta que de verdad ya estaban fuera del convento. Estaban en un largo pasillo de piedra blanca con un techo en arco estilo barroco. A los costados había pasto verde y arbustos recortados como pelotas; a su izquierda había un edificio amplio de color azul cielo con techo de tejas marrón, y enfrente con paredes color crema y arcos blancos alrededor de las ventanas estaba la iglesia del Sagrado Corazón. El padre abrió la puerta de madera y la poca calidez del edificio la hizo sentirse un poco mejor. El padre Williams se dejó caer en una de las bancas como un niño, invitándola a que se sentara a su lado, cosa que ella hizo sin reparo y con la vista al frente del altar donde un gran Cristo crucificado les daba la bienvenida.

—¿Quieres contarme por qué no te gusta la gente que viene a la iglesia? —le pareció raro que no preguntase por su rencor contra Dios. Se removió en su asiento sin saber por dónde comenzar, pero el padre

reflejaba un aura de confianza que le hacía sentirse cómoda en su presencia.

—¿Me promete que no le dirá esto a nadie? ¿Ni siquiera a mi madre?

—¿Has escuchado sobre el secreto de confesión? Podrías matar a alguien y no podría decir ni una palabra.

—Vale. Íbamos a una iglesia cuando era más joven. Allí conocí a mucha gente y nadie me agradó. Eran demasiado falsos.

—¿Falsos?

—Había una chica que ayudaba en las clases dominicales, era hermosa, se vestía de forma recatada, y un día se descubrió que era adicta al crack.

—¿Solo a eso? —Preguntó con humor—. Yo esperaba algo más turbio.

—Otro hombre iba todos los domingos a la iglesia, era amable, pulcro y siempre sonreía, pero en su casa golpeaba a su mujer e hijos y un día fue la policía a su casa. Le echaron gas pimienta en los ojos, se vio por la televisión.

—Auch. Supongo que eso te alegró mucho.

—La abuela es otro ejemplo —dijo mirándolo fijamente haciéndolo reír.

—Tu abuela no es mala, Christina —habló intentando recomponerse—. Es estricta, pero cuando la conoces bien puedes conocer a un maravilloso ser humano. De seguro no lo recuerdas pero de niña debió haberte engreído demasiado.

—Ricky y yo siempre intentábamos mantenernos fuera de su vista. Nos castigaba por todo, incluso por jugar en silencio —se dio cuenta que habló de su hermano cuando notó la curiosidad asomar en la mirada del padre. Cerró la boca con deseos de abofetearse.

—Ricky es tu hermano, ¿no es verdad?— ella asintió sin mirarlo—. Lo siento. Vi la foto en el escritorio de tu madre. Lamento mucho su perdida. Yo también sé lo que es perder a alguien importante.

—Gracias —respondió monótona, acostumbrada a que todos le dijeran lo mismo sin siquiera saber una décima de su dolor.

—No lo digo por decir —dijo con una autentica empatía plasmada en su voz—. Cuando pierdes a alguien importante en tu vida sientes que nada ni nadie podrán llenar ese hueco. Sientes el mundo incompleto, en los que hay días en que sientes ese hueco disminuir y otros crecer. Desconfías por completo de ti mismo y de tus propias acciones. Culpas a Dios, a otros, y te culpas a ti mismo pensando que podrías haber hecho algo para evitar lo que pasó, pero al final las cosas no pueden ser como nosotros deseamos —miró al Cristo crucificado con una expresión triste—. Y una y otra vez caes en un círculo vicioso en el que renegamos a Dios por la pérdida y es difícil

de salir. Le extrañas y no sabes si llegará el día en que le extrañarás sin quebrarte, pero temiendo que eso pueda hacerte olvidarle —ante la mirada atónita de la joven este sonrió—. Te dije que conocía el sentimiento. Pero no te preocupes, que un día ya no dolerá.

—¿Cuándo? —Preguntó deseando conocer la respuesta—. ¿Cuándo dejaré de llorar por él?

—Nunca —respondió con sinceridad—. Pero el dolor sanará, sentirás cosquillas, y cada vez que pienses en tu hermano una sonrisa aparecerá también —puso su mano sobre su cabeza en un gesto paternal—. Y sabrás que tu hermano dejó algo más que simples recuerdos en ti.

—No entiendo —él rio a lo bajo.

—Eso lo sabrás a su momento. Y aunque juremos contra Dios, él nunca nos abandona en nuestro camino —le guiñó el ojo—. Por ahora vamos a ver los himnarios y cantos que hay que repartir este domingo, y si puedes pasar un poco el trapo por las bancas te lo agradeceré mucho. Puedes pasar por un bocadillo después de que hayas terminado.

El padre se levantó y se dirigió hacia una puerta doble que estaba al costado del edificio, siendo esa la entrada principal. La dejó sola con sus pensamientos, frente a un Cristo sangrante y perturbador a sus ojos que representaba el dolor que sufrió Jesús como una señal de esperanza hacia sus hijos. Pero su dolor y el de su madre no desaparecerían después de tres días, a pesar de que deseaba un milagro que sabía que no llegaría.

•••

Terminó su trabajo mucho más rápido de lo esperado gracias a su mano rápida o mejor dicho, apenas y pasar el trapo por las bancas. Se tomó el tiempo de estudiar la iglesia con cuidado. La entrada principal estaba a un costado en dos puertas amplias y bien barnizadas como tarjeta de presentación para los feligreses, y a unos pocos metros una pila bautismal que estaba cerca del confesionario situado casi en la esquina baja. Había un número considerable de siete bancas largas en cada lado, todas con obvia vista hacia el altar donde reposaba el Cristo en la cruz y el pulpito donde el padre daba su misa. Largas columnas romanas adornaban los costados hacia el techo embovedado, y otro par casi en el centro cerca de la puerta trasera sirviendo como un límite. Había notado a la derecha del púlpito, casi escondida de la vista de todos, una puerta desconocida a la que el padre Williams entró y dijo era su habitación, ya que vivía en la iglesia y así no tenía vecinos molestos. Definitivamente tenía gracia.

Sintió un poco de pena al saber que él experimentó algo similar a su pérdida, deseando llegar a ser como él en el futuro, sereno y jovial, sintiendo esas cosquillas de las que hablaba.

Tras todo lo ocurrido lo que llamó su atención era que la iglesia estaba conectada con el convento. Eso le daba una idea de que no tendría que pasar por la puerta principal para entrar. No hacía pocos minutos vio al padre aceitar la puerta de metal por donde entraron y volvió a entrar al convento, por lo que aprovechó para salir y comprobar lo bien aceitada que estaba ahora. Al abrirla el chirrido se escuchó no tan fuerte como antes, sin embargo, se encontró a un paso de un territorio sombrío y desconocido. Le pareció extraño, no hacía unos minutos que cruzó ese mismo umbral y no le pareció tan lúgubre. Dio un paso adelante dispuesta a aventurarse a lo desconocido cuando una mano peluda se posó sobre la suya que seguía apoyada en la puerta, y al volverse vio a un horrendo ser de grandes colmillos y de ojos rojos a pocos centímetros de su cara.

—¡AAAAH!

Su otra mano se movió instintivamente golpeándolo en la cara, cara que se desprendió y cayó al suelo. Aaron se quejó con la mano en la mejilla.

—¡Joder! ¡Cómo duele! —Aiden estaba encogido a su lado, aguantando la risa de la fallida broma infantil de su hermano.

—¡Par de idiotas! Casi me muero del miedo —intentó controlar su voz para no gritarles.

—No pudimos evitarlo —respondió Aiden con una sonrisa juguetona.

—¿Y por qué hablas así? —preguntó Aaron sobando su mejilla.

—Porque no quiero que nadie sepa que estoy aquí. ¿Y por qué están ustedes aquí?

—Vinimos a verte, obviamente —respondió Aiden.

—Y porque también queremos investigar este lugar.

—Los van a atrapar, ¿saben?

—Te equivocas —respondió ufano Aaron—. Porque venimos preparados con la cuartada perfecta.

—¿Ponerse bubis falsas y fingir que quieren unirse a la orden?

—Claro que no. Pero me gusta como piensas —movió Aaron sus cejas de arriba a abajo y Aiden lo empujó apartándolo de ella.

—Ya está bien. Y no te preocupes por nosotros. Vinimos a hacer una investigación “escolar” del lugar, siendo el convento algo así como un sitio histórico.

—Wow, eso es muy inteligente de su parte.

—No me confundas con Aaron, él es cara más cara que cerebro.

—Lo dice quien no puede estar frente a la cámara más de cinco minutos sin que se sonroje hasta las orejas.

—¿En serio? —preguntó Chris interesada.

—Lo tengo grabado. ¿Quieres verlo?

—¡Sí!

—¿Por qué no volvemos al punto importante? —sugirió Aiden evitando la vergüenza.

Caminaron por el largo pasillo hasta que tuvieron que desviarse en una esquina al ver a un grupo de monjas que caminaba con las cabezas agachadas y los rosarios en mano. Se alejaron lo más posible, saliendo hasta una esquina y caminar por los pasillos atentos a cualquier cosa que no fuera el sonido de los rezos ahogados entre las paredes. Aiden movía su cámara con cuidado de captar cada detalle del sitio, Aaron se mantenía alerta ante cualquier presencia religiosa que les atajara, Chris en cambio los observaba a ellos; antes creía que si Aiden no tuviera la cámara o su gorra sería difícil diferenciarlos, ahora estaba segura de que los diferenciaría sin equivocarse. Tenían su chispa, pero eran tan diferentes entre sí que era gracioso. Se dio cuenta que estaban cerca de la cocina al estar en el área de habitaciones; el olor de estofado llegó a sus narices y abrió el apetito del grupo que no había comido desde el almuerzo. De repente escucharon el sonido de unos pasos acompañados con algo más. Chris palideció al distinguir el bastón de su abuela.

«Tiene el don de la inoportunidad. ¡Retirada! ¡Retirada!»

Los empujó para regresar y desviar su camino, pero al dar vuelta escuchó el bastón en el otro pasillo. Estaba yendo en la misma dirección que ellos y lo peor es que no sabían por dónde iban, todo sería cuestión de suerte. Una vuelta más, otra, ese sitio era un laberinto entre cuartos y extensas paredes sin fin. ¿Cómo era posible que esa vieja se moviera tan rápido? El golpe del bastón se escuchaba entre el eco de las paredes cada vez más cerca. Aaron y Aiden no sabían quién los estaba persiguiendo pero la siguieron igualmente sintiendo que quien fuera no debían de toparse con esa persona. Al fin llegaron al oscuro pasillo donde pudieron ver de frente el patio con la estatua de Santa Rita, regresando al punto de inicio que iba hacia la iglesia, pero Chris tomó sus manos y corrieron hasta dar vuelta hacia esas escaleras escondidas por las sombras. El sonido del traspié que dieron los chicos hizo que se detuvieran sus corazones. Aguardaron en silencio a mitad de la escalera, escuchando el sonido del bastón acercarse a ellos hasta que se detuvo de repente. Se vieron entre sí con la duda tatuada en su rostro, tras unos momentos de incertidumbre Aaron bajó los escalones necesarios, dispuesto a asomarse y verificar si seguía allí. Justo en el momento en que su rostro estuvo a punto de asomar por la esquina, la anciana pasó de largo las escaleras sin prestar atención al chico que dejó de respirar siendo uno con la pared. Respiraron de nuevo en silencio por miedo a ser escuchados.

—¿Esa no era tu abuela? —preguntó Aiden.
—Sí, es la mandamás del infierno.
—No puede ser tan mala.
—¿Has visto Masacre en Texas? Ella fue directora técnica
Aiden rio entre dientes y negó con la cabeza.
—Recuérdame hablarte de mi abuelo, creo que ellos dos se llevarían bien.
Aaron subió los escalones para reunirse con ellos, pasando su mano por sus cabellos fríos por el sudor de los nervios.
—No creo que sea bueno juntar a su abuela con el rey de los avernos.
—Tienes razón, no es bueno invocar el apocalipsis antes de tiempo.
Su pequeño momento se interrumpió al sentir un viento frío que los golpeó desde arriba. Los hermanos se encogieron y Chris notó que estaban a pocos escalones de nada más que la puerta de la Torre. De cerca, la puerta se veía mucho más deteriorada y sombría. Subió a la cabeza y puso su mano sobre la madera oscura, se sentía demasiado fría al tacto. Entre los tablones el aire sopló en su palma y la retiró de inmediato. Pensó por un segundo que la habitación estaba respirando.
—¿Qué es? —preguntó Aaron.
—La puerta de la Torre —empujó la puerta pero tal y como el padre Williams dijo estaba cerrada. Revisó y notó la arcaica cerradura, lo que significaba que necesitaba una llave muy antigua para ese viejo y anticuado cerrojo si quería abrirlo—. Debe haber una forma de entrar.
—Tal vez puedas forzar la cerradura —sugirió Aiden.
—No, esto está lleno de óxido. No necesito una ganzúa, necesitaría un destornillador o… la llave.
—¿Y dónde encontraremos la llave? —preguntó Aaron.
—En ninguna parte.
Los tres gritaron ante esa respuesta que vino detrás de ellos, un grito corto y tembloroso que a Chris avergonzaría en otra ocasión. El padre Williams los contemplaba escalones abajo con una sonrisa que escondía su enojo.
—Creí que estabas limpiando la iglesia Christina.
—Eh, sí… verá, lo que pasó fue que…
—Es nuestra culpa —logró hablar Aiden—. Le pedimos que nos mostrara el convento.
—Sí, es cosa de nuestra tarea de investigación. Y le preguntamos a Chris qué lugar le parecía interesante —completó Aaron.
La expresión del padre se suavizó, pero algo en su voz hizo que siguieran en guardia.
—Entiendo. Supongo que la primera vez que te lo mencioné te dio

mucha curiosidad, ¿no es verdad?

—Sí, así fue —respondió Chris notando que a pesar que la expresión del padre pasaba de nuevo a ser relajada y carismática, sus hombros se veían tensos y la oscuridad del lugar le daba un toque malicioso a su ya conocida sonrisa.

—Entiendo, lamento mucho por molestarme con ustedes pero no pueden estar fisgoneando por aquí. Vamos a bajar y regresemos a la iglesia antes de que se metan en problemas. A ninguna monja le hace mucha gracia que un varón sin sotana esté por sus terrenos.

—Lo seguimos padre —Aaron chasqueó sus dedos señalando el camino.

Comenzaron a bajar y Chris se detuvo un momento mirando detrás de ella la puerta cerrada. Por un segundo creyó escuchar un leve sollozo provenir de esa habitación. ¿Su imaginación? Quizás ¿El viento? Probablemente. Su mente se estaba abriendo a todas las posibilidades existentes, mayormente las sobrenaturales desde que tenía esa radio en su poder. Y le dolió pensar que pudo haber sido su tía.

•••

Se dejó caer en su cama y dio un largo suspiro. No quería hacer los deberes porque tuvo que volver a limpiar las bancas cuando el padre Williams le echó una mirada más crítica a su trabajo. También le prohibió volver a meter personas sin antes pedir permiso y ese par de ingratos escapó tan rápido como llegó, dejándola sufrir sola su castigo. Sin embargo, notó algo extraño en el padre Williams. Este se quedó un momento en la iglesia para vigilarla, pero su mirada se perdió en uno de los grandes vitrales por largo rato antes de decirle que podía irse a casa a pesar que todavía no terminaba su labor. Tenía hambre, pero no tenía deseos de cocinar. Se lamentó no haber pasado por la cocina del convento cuando tuvo oportunidad. Se sentía sucia, pero tampoco tenía fuerzas para tomar una ducha. También debía estudiar para ese examen de literatura aunque prefería la idea de tirar el libro en la frente de rodilla del odioso profesor. Recordó que tenía la mitad de una bolsa de papas en el cajón de su escritorio. Se levantó y abrió el cajón, encontrando la bolsa abierta y vacía.

—No puede ser.

El agudo sonido vino de entre las almohadas de su cama, un chillido ahogado que ya conocía muy bien. Levantó la almohada y allí vio panza arriba a la rata que al ser descubierta despertó de su siesta y chilló en pánico.

—¡CABRÓN!

La rata corrió saltando fuera de la cama, en un salto que hubiese sido épico en una escena de película de acción con explosivos y autos persiguiendo al protagonista, pero este no era un actor, sino una rata que estaría muerta apenas y le pusiera las manos encima. La rata al sentir sus intenciones asesinas corrió por el pasillo hasta bajar las escaleras.

—¡Esta vez no pequeña peste!

Bajó saltando los escalones hasta la sala, viendo cómo se escondía bajo el viejo sillón de estampado horroroso. Empujó el mueble y lo hizo caer al suelo, viendo el trasero gordo de la rata entrar por un agujero en el forro y desaparecer dentro del relleno.

—Así que allí te escondes.

Fue a la cocina y tomó el cuchillo más grande que tenía, regresando a la sala donde cometería el asesinato. Lo alzó y rasgó la tela, sacando todo el relleno posible. ¿Qué importaba un viejo sillón? Tenían otro de todos modos y sería la excusa perfecta para tirarlo a la basura. Rasgó la tela y metió la mano para sacar más relleno. Y mientras retiraba el relleno de hule espuma, se detuvo nada más al encontrar un viejo y grueso sobre de carta con olor a orina de rata.

—¿Qué rayos es esto?

El sobre no tenía nombre pero tampoco parecía la carta de garantía del mueble. Sin embargo cuando lo abrió y vio las hojas de papel que tenía en su interior sintió su corazón dar un salto de la impresión al leer las primeras líneas de la carta.

Para mis queridos sobrinos:

Espero que hayan encontrado esta carta que…

—¡¿Dónde demonios está esa hija tuya?! ¡Ah! ¡Allí está! —Fue un impulso por la costumbre esconder las cosas bajo sus ropas. La carta se pegó a su estómago como un chicle por quién sabe qué sustancia tendría adherida, y al momento de voltear su pie fue golpeado por el bastón de su adorada abuela—. ¿Quién te crees tú para llevar extraños al hogar de Dios?

—¡Mamá! ¡Basta! —Sarah se adelantó para ponerse entre su madre e hija que no dejaba de saltar por el dolor.

—Esa hija tuya no tiene remedio. Primero invita a sus amigos y luego, ¿qué? ¿Se va a pasear como un maldito tour turístico? ¿Qué fin tenías con eso?

—Chris no es así y el padre Williams te lo dijo, estaban haciendo una investigación de la escuela y no tenía nada que ver con mi hija.

—No la cubras —dio un paso adelante estando lo suficientemente cerca para que Sarah oliera su aliento añejo. — Desde ahora debe aprender a comportarse. A esta edad las muchachas son mal habladas, desobedientes, perdidas y mentirosas. Y tu hija va por ese camino. Debe aprender el camino recto que el Señor nos ha dado —se chupó el labio inferior y los dientes—. Tal vez debería entrar al convento para enderezarla.

—¡No! —exclamó Chris y su madre reaccionó segundos después.

—¡Por supuesto que no! —Exclamó Sarah alzando su barbilla—. Estás exagerando las cosas. El padre Williams explicó la situación y la entrada no está prohibida para quienes estén interesados en la historia del lugar. ¡Y!.. —interrumpió con fuerza a su madre que abrió la boca para refutar—. La iglesia y el convento pertenecen a la comunidad y al pueblo. No eres dueña de este y si el patronato lo quiere puede realizar visitas las veces que quiera.

—¡Silencio! —gritó la anciana agitando su bastón en amenaza de golpearla—. Ustedes dos nada más me dan dolores de cabeza.

—Entonces lo mejor es que llevemos esto en paz —sentenció Sarah esperando terminar con todo—. Si no quieres a nadie dentro del convento está bien, pero no vuelvas a insinuar sobre qué debe hacerse con la vida de mi hija, deja que ella decida su camino.

—¡Hmph! Se convertirá en una perdida como tu hermana —refunfuñó pero esta vez Sarah no se quedó callada.

—De mi hermana no hables así. Y bien sabemos de quién es la culpa que se haya ido —le reclamó con la mandíbula tensa y los puños temblorosos.

La vieja afiló su mirada mostrando los dientes en disgusto como un perro, se dio la vuelta y salió de la casa azotando la puerta detrás de ella. Sarah dejó ir el aire de sus pulmones en un tembloroso suspiro y se inclinó un poco hacia adelante, apoyándose en sus rodillas e intentando recuperarse de la conmoción.

—¿Mamá?

—Dime que no acabo de gritarle a tu abuela.

—Si le hubieras gritado seguro que la hubiese visto irse con la cola ente las patas mucho antes.

—Oh, mi amor —se volteó a ella y la abrazó con fuerza, sintiendo a su hija apretarla también, orgullosa por la tenacidad o quizás la estupidez que había hecho—. Temo que le dé por echarnos de la casa.

—Te aseguro que no lo hará, no si quiere tener una buena imagen con el padre Williams.

—¿Qué tiene que ver el padre Williams?

—Te lo contaré luego, pero no te sientas mal —podía sentir su temor trazado en la rigidez de su cuerpo, con los peores pensamientos que en ese momento pudieran ocurrírsele. Su madre al fin se separó y

su mano limpió algunas lágrimas que dejó caer. Cada lágrima le dolía pero su madre era fuerte, esperaba que lo recordara de nuevo pronto.

—Tal vez… debería levantarte esa parte del castigo. No quiero que tengas más problemas con tu abuela.

Eso hubiese sido perfecto en otras circunstancias, pero ahora ella necesitaba estar dentro de la iglesia e investigar todo lo referente a esta y principalmente la Torre. Además, estaba segura que ese par no le dejaría en paz hasta que pudiese estar dentro de nuevo. Era su misión, en ese momento era una agente encubierto que estaba dispuesta a todo con tal de llegar a la verdad, consiguiendo todas las pruebas necesarias y resolver el misterio más grande de todos… O al menos tenía que grabarse la idea en la cabeza para poder superar todo lo que pudiese venir.

—¿Y darle gusto a esa bruja? Olvídalo. Además, me gusta la idea de pasar un poco más de tiempo contigo.

—Aww, mi amor. Eres tan dulce. Pero quisiera saber, ¿qué le pasó al sillón?

Después de contarle, e inventar, a su madre de cómo siguió a la rata fugitiva y encontró un nido de ratas en el sillón que salieron corriendo antes de que llegaran, la dejó ir a su habitación después de que limpiara el desastre hecho y sacaran ese sillón de la casa. No hubo rastro de la rata en su interior, cosa extraña. Apenas y llegó a su cuarto cerró la puerta y sacó los papeles de su ropa, sentándose en su escritorio para leer con atención cada palabra que estaba escrita a mano en una letra redonda y poco inclinada.

Para mis queridos sobrinos:

Espero que hayan encontrado esta carta antes que nadie, porque si su madre la encontrara… bueno, no sabría cómo reaccionaría ante lo que voy a revelar. Sé que Esther está muerta. Debí saberlo hace mucho tiempo porque nunca cortaría comunicación conmigo, ni siquiera con Sarah. Un espíritu tan libre como ella nada más podría estar atado por el amor y por ello es que no pude creer que simplemente desapareciera así como lo hizo. No tengo pistas, ni tengo forma de saber qué le pasó, y la policía no quiso investigar la desaparición de una adolecente descarriada que nada más dejó una nota llena de resentimientos a su madre. Menudos idiotas incompetentes. Pero deben creerme que sé que ya no está en este mundo, al menos no de la forma convencional.

Mis esfuerzos para encontrarla fueron en vano, pero no pude regresar a mi vida de antes por culpa de…. Algo que me lo impidió. El destino mismo me puso frente a los medios para llegar a la dura

verdad, y a lo que fue el principio de una espiral insana al adentrarse en un mundo desconocido y lleno de oscuridad y Sombras que espero ninguno de ustedes llegue a ver, en la vida o en la muerte.

Supongo que ya han ido a mi ático, lo sé porque son demasiado curiosos y tal vez se pregunten por todo lo que hay dentro. En mi ático, sobre la única mesa, está el fruto de mi arduo trabajo y creador de mis peores y más recientes traumas. Una extraña radio que me costó construir durante los últimos cinco años, una radio mejor que una tabla ouija, mejor que cualquier objeto que se haya hecho para la investigación paranormal, mi última obra maestra y mayor éxito de la cual incluso fui capaz de dejarme todo, hasta mi alma, con tal de terminarla. La radio de los muertos.

Sé que abuso de su confianza, y quizás no me crean, pero la tarea por la cual he trabajado tanto no la puedo completar ahora.

Me vigilan.

No puedo salir de casa.

Y si salgo me atraparán y mi vida terminará.

Eso pasa cuando juegas con ese lado de lo oculto. Las Sombras me persiguen ahora. Por eso me disculpo con ustedes, porque no tengo otra opción más que poner en sus manos el peso de la responsabilidad de encontrar la verdad de la muerte de su tía. Usen mi radio con el micrófono que está integrado. Hay más de un alma dispuesta a ayudar, pero otras dispuestas a atacar así que tengan cuidado. Les dejo un instructivo de la radio, una lista, un mapa de ubicaciones, y los nombres de los fantasmas que pueden ayudar y de quienes deben tener mucho cuidado. Me gustaría mucho no dejar esta carga a ustedes, pero no puedo con ella, ya no… El destino puede ser burlón y cruel y no podemos oponernos a él, pero sí ir a su encuentro y enfrentarlo cara a cara. De verdad siento dejarles esta tarea pero estoy seguro que lograrán más de lo que hubiese podido hacer en su momento. Espero que Arquímedes haya logrado guiarlos a las pistas correspondientes antes de llegar a esta carta y los guiará a las herramientas que podrán ayudarlos a futuro.

De ustedes depende que esta pesadilla termine y darle paz a un alma inocente arrancada cruelmente de este mundo. Suerte, y por favor, cuídense. Los amo.

Sinceramente agradecido.

Jeremiah Hallow.

P.D. No se preocupen mucho por Arquímedes, él sabe cuidarse solo. Y por nada de este mundo se les ocurra buscarme. Mi tiempo ha terminado y el de ustedes apenas empieza. NO.ME.BUSQUEN.

Revisó con cuidado los documentos en sus manos, tal como decía había un instructivo de cómo funcionaba la radio, cada parte y pieza primordial cuidadosamente explicada, un mapa doblado de la ciudad y sus alrededores en los que escrita con pequeña letra en rotulador rojo hacía advertencias sobre algunas zonas, y una lista de nombres de fantasmas y cómo contactarlos. Su tío investigó cada pequeño rincón de ese sitio y se aseguró de escribir en esos papeles todo lo que encontró. Pero antes de poder preguntarse quién rayos era Arquímedes escuchó el sonido de la llave del baño abrirse. Se asomó al baño viendo la llave del lavabo abierta en el agua caliente, y bajo el chorro estaba la sucia rata que, al restregarse con el jabón, se estaba volviendo blanca ante sus ojos. Arquímedes le miró con sus ojos oscuros mientras el agua revelaba su pelaje blanco de grandes manchas negras. Y cuando su nueva dueña extendió un dedo para tocarlo, la tocó con su nariz en señal de paz y dando lugar a una nueva alianza entre los dos.

10

Al llegar a la escuela mil y un preguntas e ideas cruzaban por su mente a una velocidad vertiginosa hasta chocar entre sí.

«Desaparición. ¿Cómo desapareció?»

«Asesinato. ¿Quién la mato?»

«Nota de despedida. ¿Dónde podía encontrarla? Si es que no la han tirado»

«Huida. ¿Existe la posibilidad de que hubiese huido en vez de haber sido asesinada? ¿Huyó porque no quería ser una monja?»

«Investigación. ¿La buscaron? Mi tío la buscó, ¿pero qué hay de la abuela? ¿Cómo supo que está muerta?»

«Familia. Quería mucho a mi tío, ¿pero puedo creer por completo que su amor era así de profundo? ¿Cómo sabía que seríamos nosotros quienes encontrarían esa carta?»

«Los nombres del roble. ¿Quién era Clark? ¿Dónde está ahora? ¿Qué pasó con él? ¿Están juntos?»

«Asesinato. ¿Quién la mató? ¿Dónde está su cuerpo? ¿De verdad está muerta?»

« ¿Quién se la llevó? ¿Dónde está?»

« ¿Estará en el convento?»

« ¿Estará viva en el convento?»

«Si está muerta, ¿dónde está su cadáver?»

« ¿Quién la mató? »

« ¿Quién la mató?»

« ¿Quién la mató?»

—Vaya, vaya, vaya, aquí tenemos a la pequeña delincuente —el zureo del profesor Miller a sus espaldas la irritó de sobremanera. No quería escucharlo y mucho menos después de esa llamada a su madre —. ¿Piensas presentar el examen o huirás como el otro día?

—No lo sé. Depende—respondió girándose sobre sus talones para encararlo—. ¿Usted piensa comportarse como un maestro o seguir comportándose como un matón de primaria?

El tiempo se congeló en el pasillo y el silencio seguido de sus palabras combinado con la incredulidad del profesor hizo que todo mundo se quedara clavado en su sitio. No estaba para sutilezas ese día, ni mucho menos para soportar insultos, pero por dentro gritó de pánico ante lo que acababa de decir. La rabia pronto asomó a los rasgos del maestro, su cara enrojeció y apretó su mandíbula hasta rechinar los dientes. Chris esperó sus gritos, sin embargo la joven profesora de cálculo se acercó a ellos ante la confusión del pasillo.

—¿Ocurre algo profesor Miller?—este no le dirigió la mirada, sino que afiló sus ojos en dirección a su alumna.

—Nada que no se pueda solucionar con un poco de disciplina. Con permiso

Se marchó por el pasillo con la cabeza roja como un foco de navidad, los alumnos se apartaron de su camino bajando la cabeza para no ser víctimas de su ira. La maestra se fue también, no sin antes dedicarle una mirada desaprobatoria a pesar de no haberse enterado de nada, quedando bajo el escrutinio público de los pocos alumnos que no abandonaron el pasillo y que ahora la juzgaban en silencio. Podía escucharlos susurrar y mirarla sin discreción alguna, otros emitían risitas burlonas y estúpidas, y estaba segura que no sacaría la mejor nota en el examen de literatura, pero poco le importaba lo que fuese a hacer el profesor. Estaba orgullosa de haberle plantado cara y eso le bastaba para iniciar el día con la cabeza en alto.

•••

El aula de audiovisuales se convirtió en su escondite predilecto. Cuando llegó, los gemelos reían lanzando pequeñas pelotas de papel mientras dejaba la mochila en la mesa y sacaba de nuevo la radio.

—¡Wow! La has traído de nuevo —exclamó Aaron y Aiden la miró confundido un momento.

—Pensé que después de lo ocurrido con el profesor no lo harías.

—Esa era la idea pero necesitamos comenzar a usar esta cosa y necesito urgentemente usarla en este lugar —Aaron rio.

—No me digas que vas a intentar hablar con nuestro fallecido profesor para que le diga sus verdades al señor Miller —ella no respondió, sacó el micrófono y los hermanos se miraron entre sí con asombro—. Vale, no hablaba en serio.

—Tú nunca hablas en serio —respondió sin prestarle atención y conectó el micrófono antes de encender la radio—. Y es hora de que empiece a tomar al toro por los cuernos.

Después de leer la carta de su tío sintió que aquello se había vuelto mucho más personal. Era su deber averiguar la verdad que todos se merecían y que el sacrificio de su tío no fuera en vano. Con cierta indecisión sujeto la primera perilla entre sus dedos, luego la otra, y después comenzó a moverlas de acuerdo a lo estudiado en las cartas, musitando a lo bajo las instrucciones dejadas.

—Cada frecuencia es diferente porque cada fantasma tiene una energía diferente. Si captas la frecuencia correcta tendrás comunicación con el fantasma señalado. Dos punto… siete.

Los hermanos la miraron sin comprender sus palabras, pero eso no era lo importante. Las delgadas agujas se movieron a los números marcados y el sonido de la música se esfumó reemplazado por el ruido

blanco que se volvió tenue hasta que escucharon una ronca respiración salir de la bocina en forma de boca. Chris acercó el micrófono a ella mojando sus labios secos con la lengua, aguardando ese momento de tensión hasta que se atrevió a hablar con el fantasma.

—¿Hola?... ¿Profesor Newman?

El sonido de la respiración se detuvo, Chris se acercó para poder escuchar mejor alguna respuesta, sintiendo a sus espaldas a los gemelos que también se inclinaron para escuchar.

—Profesor New…

— ¡Cabrón hijo de puta! —Los tres retrocedieron al mismo tiempo —. Ah, lo siento chicos, acabo de ver al padre de Voldemort regañar a una chica que llevaba un libro de Los Juegos del Hambre. Ese no sabría lo que es buena literatura aunque se lo tatuasen en la cabeza.

Una risa nerviosa salió de los labios de Aaron, no pudiendo creer a quién estaba escuchando. Aiden sonrió y miró a su hermano, que al igual que él, intentaba controlar su entusiasmo para no gritar y saltar como pequeñas niñas. Esa debía de ser quizás la primera sesión espiritista más increíble de la historia de lo oculto, riendo al reconocer la voz del antiguo profesor.

—Es bueno escucharlo, profesor —saludó Aiden cerca del micrófono con clara impresión en su voz. Aaron tenía una enorme sonrisa en sus labios. Parecían a punto de llorar.

—No sabe cuánto se le extraña por aquí. Díganos, ¿qué se siente estar muerto?

—Es difícil explicarlo, no sientes nada y a la vez sientes todo alrededor. Pero estoy feliz de poder comunicarme con ustedes. No saben qué desesperante es que nadie te escuche por aquí.

—¿Está aquí con nosotros, profesor? —preguntó Chris.

—Estoy justo a su derecha, en el hueco que hay entre el estante y la mesa con los proyectores —ella no pudo evitar mirar hacia esa dirección, a ese hueco vacío donde apenas y cabría una persona acomodada de lado—. Vaya. Es increíble el parecido. Sabía que ya te conocía, o al menos a tu familia. Eres hija de Sarah Hallow, ¿no es así?

—Sí, ella es mi madre. ¿Conoció a mi familia?

—Jeremiah, Sarah y Esther Hallow, por supuesto. Todos ellos eran inconfundibles.

—¿Los conocía bien? —el profesor rio antes de que volviera a hablar.

—Los Hallows siempre han sido peculiares a su manera. Jeremiah era un genio a lo que respectaba a la ingeniería. Fue el primero que se fue a la universidad de todos mis estudiantes, tenía talento y mucha imaginación. Después estaba Sarah, tu madre, siempre fue una

estudiante serena y tranquila, pero también tuvo sus peleas.

—¿Peleas? —repitió confundida.

—Creo que en eso te pareces a tu madre. No dejaba pasar una injusticia y una vez tuve que intervenir cuando se le fue encima a un estudiante de curso superior al que terminó por abrirle la frente con una piedra. Desde ese día nadie se metió con los chicos del curso de tu madre.

—Por tu cara creo que piensas que heredaste esa vena sádica, ¿no? —preguntó Aaron con una sonrisa ladina y Aiden lo hizo retroceder por su propia seguridad jalándolo del cuello de su chaqueta.

—¿De verdad quieres hacerla enojar? ¿Con todos los objetos contundentes que hay a la mano?

A pesar de la advertencia los hermanos se rieron, pero ella no podía asociar a la chica que ese ser le estaba describiendo con la mujer de hoy de en día.

—También tenía un don con los postres y la cocina. Hacía unas tartas que eran mejores que las que vendían en la pastelería del pueblo. ¿Todavía siguen vendiendo esa mierda?

—Todavía —respondieron los hermanos a la vez.

Chris cubrió su rostro con sus manos echando su cabeza hacia atrás. Sí, era su madre. Ricky, su padre y ella siempre pedían de cumpleaños algún pastel o tarta hechos por ella en lugar de alguno comprado en cualquier pastelería. Incluso probar otro postre en épocas festivas era un sacrilegio para ellos. Y hasta su padre se lo dijo una vez: “Me enamoré de tu madre gracias a su repostería, sus bollos daneses son una delicia”. No lo podía creer. Y los hermanos no paraban de reírse a sus costillas.

—Ya cállense o les voy a mostrar parte de la vena asesina de mi familia —el fantasma rio en la radio.

—Así hablaba tu madre. Y por último estaba Esther, esa chica fue tan especial como los otros, tenía un don con la pintura y dibujo que dejaban pasmados a cualquiera. Era una artista nata, ganó muchos concursos estatales y nacionales con sus dibujos al carbón y pinturas. Su foto y sus diplomas todavía siguen en la vitrina de trofeos. No supe nada de ella después de que se graduó, seguro que ahora debe de tener su propia galería en alguna ciudad de moda.

Cualquier comentario que los hermanos iban a decir murió ante esas palabras. Chris aguardó un momento antes de hablar, apretando sus manos bajo la mesa.

—¿Quiere decir que no lo sabe? —preguntó a lo bajo.

— ¿Qué quieres decir? —ella suspiró y sus brazos se posaron sobre la mesa, rascando la base del micrófono.

—Existe la sospecha de que podría estar muerta… desde hace muchos años.

El silencio del otro lado fue total. Los tres se miraron mutuamente y ella siguió.

—Mi tío fue quien creó esta radio con el conocimiento de que ella ya no estaba viva. Esta radio tiene como propósito averiguar qué fue lo que le pasó y por eso necesito preguntar por ella. Necesito saber si sabía algo de mi tía. Un novio, una persona que le cayera mal, lo que sea es bueno para conseguir una pista… ¿señor?

Silencio. No hubo más que el lejano sonido del ruido blanco.

—Creo que se fue —dijo Aiden y Chris se dejó caer en el respaldo de su silla, demasiado frustrada con la situación.

—¡Maldición!

—Hey, calma —Aaron se movió para sentarse a su lado—. No pasa nada, seguro que vuelve. Aunque tal vez quieras para la próxima intentar no soltar la noticia de golpe.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, se notaba que le tenía cariño a tu familia. La forma en la que habló fue significativa. Tal vez haya algo más que no hayamos visto.

—La Torre sería el único sitio donde podría encontrar respuestas, algo en ese sitio me llama de alguna forma. Mi madre me contó que era el lugar donde castigaban a las monjas rebeldes y mi tía era una rebelde total en esa época. No me lo dijo, pero cuando le pregunté por ello cambió de tema y sé cuándo mamá me miente.

«Así como la vez que le pregunté cómo le fue en la entrevista de trabajo»

—Pero no creo poder abrir una cerradura tan oxidada sin la llave. Si pudiera encontrarla, seguro que encontraría respuestas.

—Tal vez haya otro lugar donde podamos buscar —reflexionó Aiden—. Tal vez alguien más conoció a tu tía en el pueblo. Tu familia debe ser conocida.

El sonido de distorsión de la radio los hizo saltar del susto. Se quedaron en silencio con la mirada fija en la radio y la voz del profesor se escuchó nuevamente en el aparato.

—Si buscas su trabajo seguro encontrarás respuestas. Porque nada más un artista puede imitar el arte de la muerte.

La radio se apagó sola y la sala quedó en silencio. Aiden fue el primero que se movió y abrió la puerta, al hacerlo fue como si un frío que no habían notado antes abandonara la habitación.

—Sé dónde buscar. Vamos.

Caminó a la delantera y su hermano y Chris le siguieron sin mediar palabra hasta llegar a la pared de los trofeos. La vitrina no tenía mancha alguna, lo que significaba que lo limpiaban seguido, y los trofeos y premios estaban acomodados meticulosamente por materia o evento siendo así más fácil la búsqueda.

—El profesor dijo que tu tía ganó premios y que su foto estaba aquí. Con eso podemos guiarnos a la próxima pista.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Chris y Aaron entendió de inmediato lo que se refería.

—Si buscas su trabajo encontrarás respuestas. El profesor se refería a sus pinturas y dibujos. Es allí donde quiere que busquemos algo.

—Esto se ha vuelto la caza del tesoro.

—¿A que es genial, hermano?

—Totalmente —dijeron los hermanos complacidos por el giro de la investigación, haciendo preguntarse a Chris cómo es que funcionaba su cerebro. Buscaron atentos entre los trofeos y diplomas, intentando encontrar la sección artística. Chris se puso en cuclillas para revisar los trofeos de la parte inferior sin notar como Aiden le miraba un momento y luego disimulaba ante la mirada de su hermano. Todo estaba acomodado por materias pero los años estaban un poco revueltos y había pocos premios de antes del año dos mil.

—¡La encontré! —exclamó Chris y cada uno de los hermanos se acuclilló a su lado, para ver casi escondido entre un diploma y un trofeo de música la fotografía de su tía. Una chica de cabellos castaños claro les sonreía desde la foto, con unos grandes y vivaces ojos azules mientras sostenía en una mano un diploma y en la otra el cuadro de una sirena en el embravecido mar. La fotografía no tenía buena calidad, sacó su celular, tomó algunas fotos e hizo un acercamiento ante una notoria mancha roja que estaba casi escondida por su mano en la esquina inferior derecha al sostener el cuadro —. Creo que está cubriendo su firma, ¿cómo vamos a saber qué cuadros son suyos si no sabemos siquiera qué firma tiene?

—¡Yo lo sé! —Esta vez exclamó Aaron—. La maestra de arte, la señorita Patel guarda algunos cuadros en el almacén del salón. Siempre los presume como si fueran suyos y los guarda como si fueran de verdad valiosas obras de arte. Y no me creas, pero estoy seguro de que vi ese cuadro en la exhibición que hizo a principios del año — Chris le tomó de la chaqueta.

—¿Crees que la profesora siga en la sala de maestros? —sin esperar respuesta los tres se levantaron corriendo hacia la sala de profesores teniendo la suerte de encontrar a la profesora revisando sus notas para la siguiente clase.

—Señorita Patel, ¿está ocupada? —preguntaron los gemelos con sonrisas inocentes.

—No del todo. ¿Se les ofrece algo?

Decir que estaba complacida era poco. Estaba extasiada de ver a sus estudiantes interesarse por el arte y que la chica fuese sobrina de la artista de uno de sus cuadro favoritos.

—Por supuesto que conocí a Esther, fuimos compañeras de curso,

siempre le veía pintado o dibujando en horas libres. Me encantaba ver cómo dibujaba con el carboncillo pero ella estaba más interesada en la pintura y explotaba su talento en cada oportunidad. A pesar de que muchos pensaran que era una irresponsable por su forma de ser, nunca se escapó de clases como otros, ni llegó tarde una sola vez en su vida —la mujer de rostro moreno y ojos tan negros como la noche miró a Chris y sonrió con nostalgia—. Debí saber que eras su familiar por el apellido, no hay ningún otro Hallow en kilómetros a la redonda —abrió el almacén del salón de arte y ya dentro revisó con atención los cuadros perfectamente guardados en cajas blancas de cartón a la medida—. Aquí está. La sirena es uno de mis cuadros favoritos —lo sacó de la caja y lo mostró a los jóvenes, el escenario mostraba a una sirena en el fondo del mar, mirando hacia la superficie una luz brillante en medio de las turbias y oscuras aguas que le rodeaban. La sirena estaba desnuda pero sus cabellos ocultaban estratégicamente sus senos y el ángulo en que miraba hacia la superficie lo hacía más creíble. Y no era como otras sirenas que hubiesen visto. La sirena tenía percebes pegados a su cuerpo, su cola lucía una gama de colores azules, morados y verdes que brillaban como gemas, sus manos tenían una membrana entre sus dedos con un coloreado azul y sus uñas eran como garras pálidas que podrían cortar el cuello de los marineros. Sus cabellos grises y sus ojos violetas le daban un toque místico y único. Hermosa y mortal, era un cuadro de fantasía que cualquier aficionado del tema gustaría colgar en su sala. Tuvo que parpadear un par de veces para salir del trance en el que se sumergió, casi como si la misma sirena la hubiese encantado y llevado hasta lo profundo de sus oscuras aguas para devorarla, así que revisó la firma que estaba en la esquina inferior derecha sorprendiéndose en el acto. No era lo que esperaba, sino que era una mariposa roja vista de lado.

—¿Esta era su firma?

La profesora asintió.

—Una vez la escuché decir que practicó día y noche para hacerse de una firma, pero como tenía una caligrafía nada agraciada decidió mejor hacer un dibujo. La mariposa roja fue su firma en cada trabajo que hizo.

—¿Sabe quién tiene más cuadros de ella? —preguntó Aaron que recién salía del hechizo de la sirena.

—Lo siento, no sabría decirles, pero la única persona que conozco que podría tener sus cuadros sería su madre. La madre Mary siempre estaba a su lado en las exposiciones de arte —aquello extrañó mucho a Chris. ¿Qué rayos hacía la abuela en ese tipo de eventos?—. Siempre tenía una cara de molestia así que creo que nada más iba por obligación o para incordiar.

Eso sí se lo esperaba.

—¿Estás interesada en el arte como tu tía? —preguntó la profesora curiosa y Chris asintió un poco avergonzada.

—Algo así. Me gusta dibujar como pasatiempo y estoy interesada en los videojuegos, así que crear y dibujar escenarios o personajes entran en la gama de arte —la profesora torció la boca.

—No creo que eso se le pueda llamar arte —bufó la profesora decepcionada, Chris ya había escuchado esas palabras muchas veces. Algunos no entendían que los gráficos de hoy en día eran más realistas, los personajes cuadrados o animados iban quedado en el olvido y nuevas historias y mundos se abrían ante los ojos de los jugadores que se sentían dentro del juego—. Hay muchas profesiones más realistas que te podrían interesar, como arquitectura, biología, arte contemporáneo…

—Yo difiero de eso —respondió Aiden para sorpresa de Chris—. Los videojuegos se han ido convirtiendo en otra forma de arte, no sólo con una historia sino también en los gráficos de los escenarios que requieren fotografía y también en los personajes que cada vez se muestran con una apariencia que nos hace preguntar si estamos jugando un video juego o viendo una película. Es un trabajo con demasiada demanda y oportunidades para quienes les interese.

La profesora Patel restó importancia a sus comentarios pero él logró sacarle una sonrisa a Chris, fue casi como si leyera su mente y quisiera dejar en claro que no debía tomar en cuenta ese tipo de opiniones. Le agradeció en silencio su intervención. Al salir de la escuela sintió que algo estaba emergiendo poco a poco a la luz, al igual que la mariposa del cuadro de su tía.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Aaron poniéndose a su izquierda y Aiden a su derecha.

—¿Podrías preguntar a tu abuela sobre los cuadros?

—Lo haría, pero mi abuela nunca ha sido del tipo de persona que gusten hablar del pasado, además creo que tiene un gran resentimiento hacia mi tía. Si le preguntase de ella... —llevó sus manos a su cuello y sacó su lengua en una parodia de ahorcamiento.

—Hombre, entonces nos quedamos sin muchas opciones —dijo Aaron resignado.

—¿No que les gustaba que esto fuese un juego? —les preguntó.

—Por supuesto —asintió Aiden y Aaron suspiró.

—Pero así como en estos juegos es un poco frustrante no saber por dónde movernos.

—Seguro que alguna pista surge —animó Chris a pesar de que ella tampoco quería ir a ciegas en la investigación—. Los veré mañana, debo ir a cumplir mi castigo en las mazmorras.

Se despidieron con una sonrisa y caminó por las calles de la ciudad. Era extraño que hasta ahora notara lo ligera que se sentía a

pesar de la presión que tenía por resolver este misterio, segura que era por la compañía de los Ashwood. Esos dos hacían que todo fuese divertido y no se sentía sola en absoluto. Eran especiales y no la hacían sentirse fuera de lugar a pesar de esa unión que tenían y que al principio le causaba envidia. Quizás debiera reconsiderar lo de ser socios en este misterio y darle una oportunidad a la idea de la amistad. Cuando llegó al convento vio a su madre sacar una enorme bolsa de plástico que apenas y cabía por la puerta principal.

—¿Mamá?

—Oh, cariño, qué bueno que llegas. Necesito que me hagas un favor —habló con los dientes apretados al jalar la bolsa hasta que salió.

—Dime que allí no están los restos de las pobres víctimas de la abuela.

—No, nada más es un montón de ropa sucia. Las hermanas siempre lavan la ropa aquí pero la lavandería tiene un problema con la corriente y nos pidieron usar nuestra lavadora hasta que arreglen el problema. ¿Podrías llevar esta bolsa a casa y lavar un poco?

—¿Estás segura que puedo sola?

—Puedes arrastrar la bolsa pero que no se te rompa. Yo necesito arreglar unas cosas y esperar a que venga el electricista para arreglar todo antes de que alguien del Ayuntamiento le dé por hacer una inspección.

—No hay problema.

—Gracias, y toma esto como parte de tu castigo, así no tendrás que venir más tarde.

—¿Estás segura? No quiero perderme la oportunidad de atormentar a la abuela.

—Muy graciosa. Pero por hoy alcen la bandera de la paz.

—Como quieras.

Fue un poco decepcionante no poder investigar en el convento, así que jaló la bolsa para cruzar la calle mientras caminaba en reversa. Era mucho más pesada de lo que creía. Al llegar a la banqueta la bolsa se resbalo de sus manos y algo del contenido se salió. La tomó antes de que toda la ropa se cayera y vio dentro nada más que tela negra, blanca, y un escandaloso tanga rojo que estaba segura no era algo muy cristiano. Se concentró en los hábitos para no quedar traumatizada, y fue que recordó lo que su madre y la profesora dijeron de los cuadros de su tía y de su abuela, quizás… Una idea demasiado loca vino a su mente al tiempo que tomaba su teléfono y jalaba con la otra mano la bolsa.

—Regresen ahora mismo. Ya sé cómo entrar los tres al convento y no morir en el intento.

•••

Las hermanas se movían de un lado a otro con premura, listas para ocuparse de sus deberes diarios. Algunas hablaban de los trabajos pendientes del taller, otras sobre el huerto, otras se quejaban del mal clima que parecía no querer irse. Estando tan ocupadas que no se dieron cuenta de las tres hermanas que caminaban con la misma premura por los pasillos hasta alejarse de ellas. Cerca de las habitaciones, las tres monjas suspiraron de alivio porque lo que estaban a punto de hacer era un acto suicida.

—Sé que la idea fue una broma pero no me creo que de verdad funcionara —habló Aaron con la emoción ahogada en su voz.

—Esto es una locura —a pesar de su preocupación, Aiden no dijo nada antes sobre este loco plan y notó como Chris se movía incómoda acomodando el cuello del hábito—. ¿Estás bien?

—No. siempre he renegado de las monjas y ahora me veo como una de ellas. Es mi pesadilla hecha realidad.

—Piensa que lo haces por un bien mayor.

—Sí, porque si nos descubren este podría convertirse en parte permanente de mi guardarropa —no tenía que repetirlo. Estaban seguros que si alguien se enteraba de lo que harían sus vidas acabarían y rendirían una vida de culto a la iglesia como pago del pecado que iban a cometer. Tenían que ser precisos, cuidadosos, y por supuesto rápidos. Que James Bond los ayudara—. ¿Ya saben el plan?

—No te preocupes, haremos tanto escándalo como podamos —respondió Aaron y Aiden le siguió.

—Y así podrás revisar la oficina de tu abuela para que revises cuadro por cuadro.

—Esperemos que esto valga la pena. Mucha suerte, chicos.

—Esperen —les detuvo Aaron con expresión seria—. Antes de irnos, ¿no deberíamos chocar puños o hacer un saludo especial como en las películas?

—Esa es una buena idea —apoyó Aiden a su hermano.

Chris quería estrangularlos allí mismo pero decidió poner el puño al frente para termina con eso y así los tres chocaran sus puños.

—Ánimo Equipo Pingüino.

—¿No podemos escoger otro nombre? —Se quejó Aaron—. Algo así como Ultra Equipo Intrépido de lo Sobrenatural y de lo Oculto.

—Me gusta cómo suena, deberíamos ponerlo en nuestro canal —sonrió Aiden ante la idea y Chris tuvo que aceptar resignada el ridículo nombre.

—Vale, Ultra Equipo Intrépido de lo Sobrenatural y de lo Oculto, choquen y sepárense.

Los hermanos sonrieron amplio antes de chocar sus puños con ella.

Chris se alejó primero para confundirse con las demás monjas y los Ashwood se fueron por el lado contrario planeando su maquiavélico plan.

—¿Tienes todo lo necesario? —preguntó Aiden.

—Sí, pero tengo una pregunta. ¿Este traje me hace ver gordo? —un golpe en la nuca fue la respuesta de su hermano, pero rio igual ya que estaban a punto de poner patas arriba el sitio entero.

Esperó paciente escondida por uno de los pasillos cercanos a las oficinas, ya que al ir a comprobar la habitación de su abuela estaba cerrada. Tenía que investigar en el corto tiempo que los hermanos pudieran darle. De repente escuchó una serie de alaridos a lo lejos. ¿Gritos de espanto e histeria? ¿Qué rayos les estaban haciendo a esas pobres hermanas? ¡Que Dios les perdonase! Pudo ver salir al mismo tiempo de las oficinas a su madre y abuela, mirándose sin comprender la situación pero corriendo hacia el otro lado del convento. Era su oportunidad. Se preguntó si alguna vez había arriesgado tanto por una corazonada, quizás estaba pidiendo demasiado. Caminó agazapada hacia la oficina de su abuela y estaba a unos pocos pasos cuando la puerta de la oficina de al lado se abrió y golpeó de lleno su cara. La hermana Josephine se extrañó por el golpe, pero al fijarse detrás de la puerta no vio nada. Quitándole importancia se alejó también atraída por el constante griterío, sin ver a Chris escondida en la esquina aguantando las ganas de llorar. Le dolía la nariz pero no estaba sangrando, por suerte aprovechó esa ligera confusión de segundos para regresar al punto de inicio. Esta vez, al no haber peligro fue hacia la oficina. Tomó el pomo helado y lo giró abriendo la puerta con relativa facilidad. Entró antes de que alguien la viera, cerrando la puerta lo más silenciosa posible. El sitio olía a libros viejos y a rosas. Una gran oficina donde el elegante y enorme escritorio de caoba y silla de cuero daban la espalda a un hermoso vitral. La silla que estaba justo en medio hacía un contraste espléndido con su cuero azul, de donde un par de ángeles en el vitral volaban a los costados con las miradas en el centro, mostrando a un ángel iluminado en dorado, blanco y rojo. El lugar era distinto a lo esperado, imaginó una celda fría con un escritorio viejo, montones de libros desperdigados, cadenas en las paredes y aroma apolillado… bueno, al menos el aroma se sentía en el aire. Y le parecía tan injusto que su madre trabajara en un diminuto cuartucho mientras que ella tenía espacio suficiente para tener otro escritorio allí mismo.

« ¡Basta de pensar y concéntrate en la misión!»

Tenía que enfocarse y no perder el tiempo. Tal como le dijeron, para su completa sorpresa, la abuela tenía las pinturas de su tía. Los enormes cuadros decoraba las paredes con imágenes religiosas variadas, ángeles, santos, Jesús y el Espíritu Santo, pero reconociendo

la misma mano y la misma firma en todos estos. No lo podía creer. ¿Acaso su tía pinto todos esos cuadros? No era momento de pensar en eso, la pregunta aquí era, ¿qué pista debía encontrar entre todos estos?

—Tiene que ser una jodida broma.

No le quedaba opción. Revisaría cuadro por cuadro. Primero tomó fotos a los cuadros, sabiendo que estaba corta de tiempo ya examinaría las imágenes en casa. Y al querer confirmar si había algo oculto detrás de ellas, apenas y tuvo el primer cuadro en sus manos se dio cuenta que la tarea no sería sencilla. El marco pesaba una barbaridad y tenía menos de cinco minutos para revisarlos todos y dejarlos como si nada sobre un diminuto clavo que por milagro sostenía cada pintura.

—Un milagro. Necesito un milagro.

•••

En el patio principal, la estatua de Santa Rita era el único ser inmovible de aquella guerra sin cuartel. Las hermanas peleaban entre sí con fiereza con frascos de espuma que eran las armas empleadas para esa matanza. No, los hermanos no les habían dado disgustos ni traumas, les habían dado diversión y sed de sangre, observando complacidos su trabajo antes de desaparecer por el pasillo. Las hermanas más veteranas al principio miraron el acto como una falta de respeto, pero terminaron por formar parte del batallón demostrando una brutalidad digna de cualquier guerrero de las Cruzadas. Las Hallow llegaron en el punto álgido de la batalla, donde pudieron ver algunas hermanas caer por la espuma, otras correr disparando a quien se pusiera en su camino, y a la hermana Dolores subirse a una banca y echarse sobre otras hermanas.

—¿Qué es todo este circo? ¡Orden! ¡Exijo orden en este sagrado sitio del Señor!

Pero nadie le escuchó, los gritos de las monjas eran más fuertes que su voz ronca, y salido de la nada, un chorro de espuma vino a un costado y manchó su impoluto hábito negro. Abrió la boca indignada, profiriendo un grito mudo, y entonces empujó a su hija al frente.

—¡Ve allí y controla a esas dementes!

—¿No sería bueno esperar a que se les acabe la espuma?

—¡Eso sí que no! Quieren guerra, guerra les daré —la vieja se alejó por el pasillo, Sarah se hizo a un lado cuando una de las hermanas pasó deslizándose a sus pies, y al poco rato su madre regresó con el extintor contra incendios—. Esto les enseñará.

—¡No, mamá! —incapaz de detenerla en disparar el primer chorro

de nieve carbónica sobre las hermanas, su madre no previó la fuerza de este y cayó hacia atrás en un grito ahogado—. ¡Mamá! —intentó levantar a su madre pero esta se sacudió violentamente.

—¡No me levantes! ¡Véngame! ¡Véngame!

—Mamá, estás exagerando.

—¡Véngame y te daré el fin de semana libre! —Sarah creyó haber escuchado mal.

—¿Me lo juras?

—¡Te doy mi palabra! Ahora ve y hazlas pagar —habló la anciana tomándola de la chaqueta, exigiendo la sangre de aquella horda de indisciplinadas.

Ante esas palabras, Sarah tomó el extintor de las manos temblorosas de su madre, dejando que la hermana Josephine que recién llegaba se ocupase de ella. Lo puso bajo su brazo y agarró con fuerza la manguera antes de entrar en el campo de batalla. Empujó, roció, y bloqueó los ataques de espuma que venían hacia ella sin inmutarse en saber a quién reducía en su camino. Todo por ese fin de semana libre para descansar y pasarla con su hija, no importaba quien cayera a sus pies, ese fin de semana sería suyo. Las hermanas fueron cayendo y los gritos silenciados. La hermana Dolores se levantó del suelo solo para recibir un chorro directo en su pecho y desplomarse así como las demás. Un grito salió desde el fondo de su alma y atacó sin piedad a quienes osaban ponerse en su camino. La espuma dejó de caer, los gritos quedaron en el olvido, y la única en pie era Sarah que alzó la mano al cielo en señal de victoria. Su madre caminó con la ayuda de la hermana Josephine al interior del patio donde las hermanas derrotadas, unas sobre otras y hasta fingiendo su muerte, tenían unas grandes sonrisas en sus rostros que no se les quitarían en un buen tiempo.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó el padre Williams recién llegando ante el alboroto que se escuchó hasta sus aposentos. La hermana Mary frunció los labios en una expresión satisfecha por la acción de su hija y se volvió al padre.

—El fin de la guerra santa.

•••

Había revisado los primeros cinco cuadros, intentando acomodar el último sobre el diminuto clavo que no entendía cómo podía soportar tanto peso.

«El poder del Espíritu Santo lo puede todo, hija mía»

Casi le pareció escuchar al padre de su antigua parroquia. Sentía sus brazos quejarse pero se estaba acostumbrando a este tipo de

actividades físicas. ¿Quién necesitaba un gimnasio cuando limpiar canaletas y retirar pintura de las paredes era tan efectivo como una maquina elíptica? Fue a por el siguiente cuadro y al moverlo sintió algo que se movió en su interior. El movimiento la desconcertó tanto que dejó caer el cuadro, viendo para su horror como parte del marco se había separado de una esquina. Hubiese gritado pero se tapó la boca asustada de lo que podría pasar, no sólo se hacía pasar por una monja, sino que ahora destruía propiedad pública. Quizás si se estaba volviendo una criminal como su abuela decía. No supo cómo, pero encontró la frialdad necesaria para revisar el cuadro y el milagro por el que pidió llegó al encontrar una llave antigua y oxidada escondida detrás del manto. La examinó un segundo, tenía un dos romano en la parte superior de la llave en forma de corazón, la guardó bajo el hábito entre sus ropas, tan helada que casi la hizo brincar con el contacto en su piel.

PAF

Algo cayó a su derecha, viendo que sobre el escritorio un marco de fotografía que había caído al frente. Se acercó extrañada por ello y lo tomó para acomodarlo notando en la vieja foto a un grupo de monjas frente a una deteriorada estatua de Santa Rita, y una de ellas tenía un letrero.

Equipo de restauración '96.

Reconoció a su tía como la que sostenía el letrero con una gran sonrisa y sacó su celular para tomar una fotografía a la imagen, eso podría ser una pista importante más adelante. Estando a punto de dar la vuelta vio un papel atorado en medio de un cajón, lo abrió y tomó el viejo papel cuidadosamente doblado, leyendo el mensaje escrito y abriendo los ojos como platos. O eso era suerte o alguien le estaba ayudando. Esa debía ser la susodicha carta o mensaje que dejó su tía antes de su supuesta huida. El papel era del tamaño de su mano y el mensaje que tenía era breve y claro. Lo leyó una segunda vez y tomó otra foto, notando el desgaste del papel como si alguien hubiese desdoblado y leído esa nota muchas veces. Fue que escuchó el sonido del bastón regresar. Puso el papel tal y como estaba cerrando el cajón pero no tenía tiempo de arreglar y poner el cuadro en su sitio, y al ver el pomo girar se escondió bajo el escritorio en una forma desesperada de evitar lo inevitable.

—¿Pero qué ha pasado aquí? —Azotó la puerta con furia—. ¡Mi cuadro! ¿Quién ha tirado mi cuadro?

Estaba muerta. No escaparía de esa y lo sabía. Otro milagro nada más la salvaría de ser descubierta. El fuerte deseo de rezar surgió de su pecho y sus labios se movieron en un silencioso ruego.

El sonido de la puerta al abrirse fue tan claro que la sorprendió. Chris miró por la cámara de su celular lo que estaba pasando. No había nadie en la puerta y su abuela quedó expectante en medio de la habitación mirando en dirección a esta, hasta que una monja pasó caminando con lentitud hasta desaparecer de su vista. No pudo ver su cara pero su abuela sí la había visto, y esa monja tenía una sonrisa de oreja a oreja en su pálido rostro. Su abuela salió tras esa monja tan rápido como sus decrépitas piernas se lo permitieron y Chris aprovechó ese momento para salir de su escondite y correr en dirección contraria.

Mary siguió a la monja que parecía no caminar, sino que se deslizaba por el suelo y sus pies no eran visibles por el largo hábito. Necesitaba saber la verdad. Necesitaba ver el rostro de esa mujer y confirmar quién era. Esta dio vuelta en una esquina y le siguió hasta casi chocar con su hija. Sarah sujetó a su madre que casi cayó al suelo, estaba tan pálida y su mano apretaba la tela del pecho que pensó que le estaba dando un ataque al corazón.

—¿Mamá? ¿Qué tienes? ¿Te sientes mal? —La anciana salió del trance en el que estaba con la mirada perdida y Sarah miró hacia el pasillo que estuvo contemplando—. ¿Pasa algo? ¿Tienes la presión alta por lo sucedido? —su madre chupó sus dientes y negó con la cabeza agitando su mano al aire.

—Nada. ¿Qué me iba a pasar?

—¿Estás segura? Puedo llevarte al hospital para que te revisen.

—He dicho que estoy bien —le regañó como si fuese una cría—. No necesito ver a ningún médico. Mejor regresa a tu trabajo porque no quiero ningún pendiente, y llama a alguien para que venga a arreglar uno de mis cuadros que se cayó, antes de que te vayas este fin de semana a quién sabe dónde.

Sarah sonrió y asintió. Su madre bien podía ser dura y beligerante, pero al final tenía un lado bueno que muy pocos veían. Incluyéndola.

•••

Salió corriendo por la puerta de la iglesia y se quitó el hábito de encima al llegar al otro lado de la calle, sin detenerse hasta llegar a su casa donde los gemelos le esperaban ansiosos e impacientes con los hábitos en sus manos.

—¿Qué encontraste? —preguntó Aaron más veloz que su hermano y con una sonrisa llena de triunfo ella metió su mano en el cuello de su sudadera y sacó la antigua y oxidada llave de metal del retrato.

—La llave que nos ayudará a resolver el misterio.

Tras ingresar a su hogar y colocar la primera tanda de ropa en la lavadora, Chris comenzó a preparar la cena ante lo tarde que era, pero no estaba sola como otras veces, los gemelos se habían quedado esta vez esperando en el comedor.

—Muy bien, tenemos la llave. ¿Pero cómo vamos a hacer para entrar allí y ver ese lugar tan escondido sin que nos atrapen? —preguntó Aaron en voz alta mientras examinaba la llave entre sus dedos. Chris respondió de la misma forma haciéndose escuchar desde la cocina.

—La entrada de enfrente siempre está cerrada y una monja de mala baba abre en el día. La única forma sería por la puerta que conecta con la iglesia.

—Lo malo es que esa puerta hace mucho ruido al abrirse —habló Aiden también en voz alta—. Cuando salimos hizo un ruido chirriante que bien pudo escuchar el padre e ir a investigar. No me fío demasiado.

Ni ella tampoco.

—Necesitamos algo para eliminar ese chirrido.

—Podríamos usar una de las latas de aceite que tenemos —sugirió Aaron—. En nuestra casa tenemos muchas latas. Pero el problema aquí es el padre, creo que sospecha algo.

«Es algo más que una sospecha»

Pensó Chris tras analizar la reacción del padre con respecto a la

Torre. Algo lo molestó en sobremanera cuando los vio frente a la puerta y no quería arriesgarse de nuevo a ser descubierta por él.

—Entonces tenemos que ser extra cuidadosos —tras servir los platos, Chris los llevó en una bandeja larga hacia la mesa. Tres platos de sopa de pollo cortesía de la casa. Dejó la pesada bandeja con cuidado y los hermanos tomaron un plato cada uno—. Tendríamos que ir en la noche para no ser vistos, su habitación está tras una puerta al lado del púlpito pero podría descubrirnos si hacemos ruido —Aiden frunció el ceño preocupado.

—Por suerte no tenemos que caminar demasiado y hay que ir en línea recta, el punto aquí es ser silenciosos.

—¡Como un ninja! —exclamó Aaron moviendo sus manos en el aire y su hermano asintió. Chris apoyó sus manos en la mesa.

—Pues espero que sirvamos para la academia ninja, porque si nos descubren seguro que nos mandan a arrestar y no quiero eso en mi expediente permanente —se levantó tras notar que se olvidó de la cesta de pan casero que su madre hizo la otra vez—. Hay algo que no me gusta del padre Williams desde la última vez. Siento que esconde algo tras su amabilidad. Es demasiado… —se quedó en el umbral de la puerta en silencio al verlos devorar el caldo como si hubiesen estado famélicos todo ese tiempo, apenas y dejó la cesta de pan en la mesa la miraron con grandes ojos de cachorrito—. ¿Quieren más?

—¡Por favor!

—¡Sí! ¡Dios sí!

Rio un poco y fue a la cocina a servirles más, quizás ya iba siendo hora de abrirse un poco más a ellos y hablarles de la radio y la carta de su tío. Cuando regresó y dejó la bandeja en la mesa ya había tomado una decisión.

—Hay algo que me gustaría decirles. Ustedes han sido del todo sinceros conmigo y hoy me han acompañado en la locura más grande que he hecho hasta ahora. Por eso quiero compartir con ustedes el legado que mi tío me ha dejado —tenía su completa atención, aguardando en silencio y esperando a que hablara, tomó aire antes de gritar—. ¡Arquímedes! ¡Trae la carta, por favor!

Los gemelos se miraron entre sí confundidos. ¿Había alguien en la casa? No escucharon nada al principio y por un segundo pensaron a la vez que debía de estar hablando con un fantasma. ¿Era otro aspecto de la investigación que iba a revelarles? ¿Tenía su propio fantasma? Pero al escuchar el casi imperceptible sonido de uñas en la madera se volvieron a las escaleras, viendo para su sorpresa un ratón blanco y negro que llevaba un sobre en su hocico.

—¿Tu mascota? —preguntó Aiden y vieron con fascinación cómo ella se agachaba y el ratón trepaba a su mano.

—Era de mi tío. Gracias Arquímedes —tomó la carta de su hocico y

la tendió a los gemelos—. Creo que ustedes podrán encontrar algo más que yo no he visto.

Aiden tomó el sobre, lo que ella estaba haciendo era una gran muestra de confianza de la que estaban seguros nadie más tenía acceso. Leyó la carta con cuidado antes de pasar la hoja a su hermano y ver con atención la lista de fantasmas.

—No me lo puedo creer. Esto es como tener el directorio del más allá —la sonrisa de Aaron se amplió en sus labios y Chris estaba segura que estaba a punto de echarse a llorar. Aiden le pidió la hoja a su hermano y este se la dio a regañadientes, sorprendiéndose tanto como él pero con una expresión calculadora.

—Esto es extraño —deslizó la hoja hacia ella y señaló con su dedo —. ¿Por qué tu tío pone en mayúscula la palabra sombras?

—No lo sé. No lo había notado.

—Tal vez sea el nombre de alguien —pensó Aaron en voz alta—. Un apellido, un lugar, las posibilidades son infinitas.

—Tal vez… en fin, quiero que esto siga estando entre nosotros. Confío en ustedes para que así sea.

—¿Esto significa que somos amigos? —preguntó Aiden y ella les sonrió sincera, sabiendo que podía depositar su confianza en alguien más ajeno a su familia.

—Puedes asegurar eso.

—¿Y nos invitarás a comer seguido? —preguntó Aaron con una sonrisa de lado.

—Si quieren comer traigan ustedes los ingredientes. No cocino gratis.

—¡Hecho! —exclamó Aaron, lo decía de broma pero no sabía si ellos eran serios—. Esto es mejor que lo que prepara nuestro chef.

—… ¿Chef?

Antes de preguntar de nuevo escucharon risas venir de afuera. Arquímedes huyó del comedor hacia la cocina llevándose las notas en su hocico, y al abrirse la puerta los tres chicos quedaron sorprendidos.

—¿Mamá? —hablaron los tres a la vez.

—Oh, esto sí que es una sorpresa —dijo la señora Ashwood con una sonrisa al ver a sus hijos allí.

—Huele delicioso —aspiró gustosa Sarah contenta de quitarse la bufanda—. ¿Hiciste mucho?

—Lo suficiente para un ejército.

—¿Gustas también a sentarse con nosotros, Loretta?

—Me encantaría, además se nota que mis hijos se lo están pasando bien. Mi esposo está fuera en un viaje de negocio y así aprovecho para no comer sola, entre amigos siempre es mejor.

—Iré a por más platos entonces —Chris se levantó para servir más. Contemplando como todos hablaban y reían. Su madre se veía feliz de

poder compartir ese momento al igual que ella con personas agradables y sin falsas intenciones. Sirvió los platos y rio cuando Aaron y Aiden pidieron un poco más.

Fue la mejor comida que las Hallow habían tenido en mucho tiempo. Sintiendo que estaba comenzando a ver la superficie de ese mar oscuro tal y como la sirena del cuadro de su tía.

•••

Mary Hallow nunca temió a nada en su vida. Siempre fue una mujer fuerte, decidida y dispuesta a todo por cumplir sus objetivos. Pero temía mucho a los fantasmas del pasado que parecían alzarse de nuevo en su vida. En la cena remojó el pan en el caldo y lo masticó lentamente al mismo tiempo que miraba a las hermanas con desaprobación. Todas las hermanas estaban castigadas por el alboroto provocado. Las cosas se calmaron un poco después de ese escandaloso espectáculo, al menos hasta que una de las hermanas fue a dejar más ropa sucia a la casa de las Hallow, su gritó de espanto hizo que todas corrieran a su encuentro y esta dijo haber visto a una monja mirarla desde la ventana de la Torre. Los ánimos decayeron ante la descripción que dio, la misma que daban las monjas que tenían la suerte, o mala suerte, de toparse con ella; joven, pero con una sombra en su rostro que no dejaba verle por completo la cara, pero con una sonrisa plasmada en su pálido rostro. Algunas decían haber visto su rostro lleno de sangre… No había ninguna monja que no pasara de los treinta años en ese lugar, así que decían que era el fantasma de alguna antigua novicia que fue encerrada allí hasta su muerte. La Torre había estado cerrada durante los últimos veinte años e imposible de abrir sin tener la antigua llave, constatado por el cerrajero del pueblo que no pudo abrirla por ningún medio. Ella también había visto a esa monja, más de una vez en realidad, y estaba segura que tenía relación con lo sucedido a su cuadro. Sus apariciones se habían vuelto constantes con el paso de los años como si quisiera constatar su presencia a todo el mundo. Y no le gustaba que algo estuviera pasando en su convento y no tener el control sobre ello. Le enfurecía de sobremanera que aquel ente o ser se pasease por los pasillos y asustara a todo el mundo. Ni siquiera las hermanas se atrevían a ir al oratorio por la noche por miedo a verla por el corredor. Y ese pasillo que han intentado iluminar en vano incontables veces la desquiciaba. Al terminar los alimentos se levantó y miró a las hermanas con gesto severo.

—Esta noche iremos a dormir temprano. No quiero a ninguna de ustedes fuera de su habitación hasta altas hora de la noche. ¿Lo han entendido? —todas asintieron solemnes—. Espero que esto les sirva de

lección, y ya me escuchará la hermana que trajo esas cosas de contrabando. Hermana Rosemary, favor de ayudar a la hermana Josephine y a la hermana Cecil con la inspección.

—Con gusto madre superiora —inclinó su cabeza en una reverencia, ignorando a las hermanas que la miraron con malos ojos. Agradecieron los alimentos, y al salir el padre Williams aguardaba paciente a que salieran del comedor.

—Buenas noches madre superiora.

—Padre Williams, ¿qué pasa? ¿Por qué está a estas horas en el convento? —preguntó en tono amable. Después de que el padre Patrick se jubilara, el padre Williams se había convertido en una bendición para todos. Los sermones eran claros y llenos de sabiduría, la gente ponía atención en la misa, no tenían problemas con los cobradores, mantenía la iglesia pulcra y no era de esos padres que buscaban modernizar la palabra de Dios para los jóvenes.

—Nada más quería saber si todo estaba bien.

—Además del alboroto de esta tarde está mi molestia por el cuadro. ¿Cree de verdad que podrá arreglarlo?

—No lo dude, el marco fue lo único que se rompió, el manto está intacto.

—Me alegro escucharlo. Bien, estamos alistándonos para dormir, sería bueno que regresara de vuelta a sus habitaciones.

—Por supuesto. Que pase buena noche, madre Mary.

—Igualmente. Que Dios le bendiga.

—Siempre me siento bendecido en la casa del Señor —declaró con una sonrisa que arrancó suspiros.

Se alejó perdiéndose entre los pasillos que llevaban al jardín. La hermana Mary lo vio desaparecer en una esquina y dio vuelta para ir a su habitación cuando un viento helado la atravesó hasta el alma. Su bastón cayó al suelo mientras llevaba sus manos temblorosas a su pecho y la hermana Rosemary la tomó de los brazos al verla tambalearse.

—¡Madre superiora! ¿Qué le ocurre?

—Nada. Nada, estoy bien —respondió recuperando el equilibrio, pero su voz no sonaba segura. La hermana Rosemary recogió su bastión pero se lo arrancó de las manos y quedaron cara a cara. Sabía que Rosemary era una de las más leales y entregadas hermanas de la orden, pero tenía pendiente una plática con ella—. Hermana Rosemary, sé que usted tiene las mejores intenciones. Es usted una mujer admirable, de las pocas en las que confío y muchas deberían de seguir su ejemplo, pero no malinterprete las cosas —habló a lo bajo para que las hermanas que salían del comedor no escucharan sus palabras—. Escuché lo que le dijo a Sarah, y voy a repetir esto una sola vez y espero que se le quede grabado, el padre Williams no es esa

clase de persona y dudo mucho que le interesen las jovencitas. Y tampoco quiero que piense mal de mi sobrina. Es una cabezota, pero no es una ramera y no quiero volver a escuchar algo así salir de su boca. Y si llegase a mis oídos un chisme de ese tipo tendremos una plática más seria. ¿Ha entendido?

—Sí, madre. Lo siento mucho. Mi intención no era incordiar. Es que hay algo en el padre que no me acaba por gustar.

—Ya. No te tiene que gustar todo mundo. Termine sus deberes y a dormir.

—Con permiso, madre superiora.

Con expresión hosca Mary caminó hacia su habitación, murmurando a lo bajo de mal humor. Notó por el rabillo del ojo a alguien a su derecha y giró su cabeza veloz, no encontrando nada más que piedra y ángeles rezando por su alma turbada.

•••

El viento sopló con fuerza esa noche, las ramas de los árboles se movieron con violencia y el frío viento era similar al filo de navajas sobre la piel. Sarah dormía profundamente y no notó que su hija se escabulló fuera de la casa, caminando calle arriba hasta dar con los hermanos que le esperaban frente a la iglesia. Con la llave herrumbrosa haciendo peso en su bolsillo y el miedo como compañero de partida, entraron en territorio de Dios listos para revelar una pieza más del misterio en sus manos y enfrentarse a los fantasmas del pasado.

11

Las puertas de la iglesia se abrieron casi silentes con el leve arrastre que tenían, confirmando esa verdad que decían que en las pequeñas ciudades no cerraban las puertas. Cerraron detrás de ellos y caminaron con cuidado entre las bancas apenas iluminadas por sus linternas, alertas a cualquier movimiento o sonido proveniente de la puerta junto al altar. El sitio era mucho más frío que afuera, haciendo temblar a Chris que le hubiese gustado llevar su chaqueta de forro de lana a la sudadera ancha que llevaba, pero era lo único de color negro y de fácil movilidad que tenía en su guardarropa. Aiden calentó sus manos con su aliento y Aaron no pudo evitar quejarse por el aroma del limpiador de limón en la madera.

—Ugh. Usase mucho limpiador, ¿no crees? —se quejó a lo bajo ante el golpe que ella le dio y Aiden les instó a callarse.

Caminaron hasta casi llegar a la puerta trasera y entonces un destello de luz apareció detrás de ellos. La puerta junto al altar se abrió y el padre Williams salió con una bata vieja de estampado escoces y un pijama de lana. Miró alrededor con su linterna, sin notar que los chicos estaban tras las columnas cercanas a la puerta. Chris estaba oculta con Aiden, o mejor dicho, él la había arrastrado al tomarla del brazo y empujarla hacia la columna en un rápido reflejo que la sorprendió. Apagaron sus linternas y escucharon el suave arrastre de las pantuflas cada vez más cerca. Aaron miró a su hermano y Aiden tembló ante la anticipación. Aiden apretó la cabeza de Chris contra su pecho y ella sintió sus mejillas calentarse a pesar del peligro latente, y tal vez estuviera loca pero pensó que olía muy bien. El padre caminó hacia ellos moviendo el haz de la linterna entre las bancas, iluminando de vez en cuando las columnas. Aaron hizo una señal que se entendió como un "espera hasta que se acerque más y correr". Aiden asintió y ella sintió sus piernas temblar.

—Ah, aquí están —contuvieron el aliento al mismo tiempo, sus corazones latieron tan fuerte que se preguntaron si estos fueron quienes los delataron—. Casi me olvidaba de ustedes —por un segundo pensaron que les estaba hablando, sin embargo el padre recogió de la banca junto a las columnas unos himnarios puestos sobre sí—. Sabía que se me olvidaba algo, debo estar volviéndome viejo —regresó a su habitación silbando una canción dominical, cerrando la puerta y escuchándose el cerrojo ponerse. Todos suspiraron de alivio pero ya celebrarían cuando salieran de allí. Se dirigieron a la puerta trasera abriéndola y cerrándola con extremo cuidado y silencio.

—Casi me hago en los pantalones —admitió Aaron apoyando su frente en una de las columnas del pasillo de arcos. Chris miró a Aiden

esperando que este preguntara por el estado de su hermano pero él movió los hombros y sonrió.

—No te preocupes. Está encantado, no asustado —entonces escuchó a Aaron reír a lo bajo.

—Esto es mejor que meterse a lugares abandonados —ella frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Ustedes son unos raros —los hermanos sonrieron y rodó los ojos acercándose a la puerta metálica. Aaron sacó de su mochila una lata de aceite y comenzó a bañar los goznes y el cerrojo hasta vaciar la lata. Aiden tomó el cerrojo y lo movió con lentitud, escuchándose apenas un leve chirrido por el óxido, empujó la puerta con su hombro y frente a ellos una oscuridad diferente se abría ante sus ojos. Aquello era distinto a la última vez y Chris lo supo apenas y vio a los hermanos iluminar el pasillo con sus lámparas, iluminando una pequeña fracción del camino y el resto siguiendo en penumbras. Golpearon las linternas pensando que la batería estaba mal pero ella les detuvo sabiendo que las linternas no eran el problema. Cerraron con cuidado pero dejaron la puerta apenas unos centímetros abierta, Aiden dejó entre la puerta un ladrillo que llevó para evitar desagradables sorpresas. Chris fue la primera en dar un paso al frente y sintió su cuerpo ser envuelto por una pesada capa invisible. No entendía esa extraña atmosfera más no era la única en sentirlo, ya que al ver a los hermanos estos lucían incómodos también. Así los tres comenzaron a caminar por el oscuro pasillo y con un limitado campo de visión.

—Esto es como un video juego —habló Aaron en voz baja intentando aligerar el ambiente.

—¿Cuál de todos? —preguntó Chris en el mismo tono.

—¿Has jugado Silent Hill?

—Tengo toda la saga y prefiero no pensar que Pyramid Head aparecerá arrastrando su espada para dejarla caer sobre mi cabeza. Esto me recuerda más bien a un juego indie[7]. ¿No creen que esto se parece a Amnesia?

—Dark Descent. ¿Lo tienes? —preguntó Aiden.

—¿Quién sabe? —Respondió ella con una sonrisa ladina—. ¿Te gustaría averiguarlo?

—Me gustaría tanto ver qué tan buena eres —Aiden sintió sus mejillas arder un poco pero su hermano ahogó con una tos seca una risa burlona.

—Oigan, ¿no deberíamos estar ya cerca?

—Deberíamos —Chris frunció el ceño y miró alrededor, estaba segura que ya debían estar cerca del jardín, pero frente a ellos nada más veían oscuridad—. ¿Doblamos por un pasillo sin darnos cuenta?

—Ni idea, yo te estaba siguiendo —confesó Aaron y Aiden al

voltear sintió un escalofrío.

—Oigan, ¿no debería haber algo detrás de nosotros?

Se giraron, y así como al frente nada más vieron oscuridad absoluta. Aaron caminó unos pasos de regreso y extendió su mano para darle más alcance a la luz. Nada se veía más allá.

—Mierda.

Aaron lo dijo por todos. Porque de alguna manera sentían que las sombras jugaron con ellos desde el inicio. Aaron dio otro lejos y Aiden fue a por él tomándolo de su chaqueta. Chris también lo notó, fue como si una bruma oscura lo envolviera al tiempo que se alejaba de ellos.

—Ni se te ocurra alejarte más.

—Hey, soy yo o la atmosfera se siente más pesada.

—Pues yo estoy sintiendo más frío —confesó Chris.

—¿Qué hacemos? —preguntó Aaron y Chris se volvió iluminando el camino.

—Lo que vinimos hacer. No podemos echarnos para atrás —declaró antes de caminar y sentir que los hermanos se pegaban a su espalda. Al menos ya no tenía frío con ellos detrás pero era algo incómodo. Fue que se percató. Sus pasos no hacían ruido, y el silencio que los envolvía era pesado y tenso. La oscuridad que los rodeaba era similar a una capa espesa de humo que los sofocaba poco a poco. Aaron se detuvo de repente y se giró a ver tras sus espaldas.

—¿Escucharon eso?

—Aaron, si esta es una broma te mato —amenazó su hermano.

—No, no, escuchen bien.

Todos quedaron en silencio, Chris incluso contuvo su respiración intentando escuchar algo pero no escucharon nada.

—Les juro que me pareció escuchar pasos detrás de nosotros, y no estoy de broma. Siento como si alguien nos estuviese siguiendo durante un tramo atrás.

En ese instante que intentaban escuchar algo más un rezo se hizo presente. Alguien estaba rezando en algún lugar del convento y su voz viajaba en eco entre las paredes. Chris iba a decir algo para tranquilizarlos pero antes de decir algo Aaron y Aiden hablaron.

—¿No les parece raro que alguien le dé por rezar a la medianoche?

—¿Y que venga de la misma dirección a la que vamos?

Chris intentó hacer memoria pero ya no estaba segura si había algún cuarto en esa dirección o si estaban en la dirección correcta.

—Estamos en un convento, no debemos ponernos nerviosos por escuchar rezos.

—Ya, ¿y si es la misma que escuchamos en la radio y nos grita en la cara? —preguntó Aaron.

—Espero entonces que me reconozca como su sobrina —declaró

antes de seguir avanzando con paso firme hacia esa voz. Los gemelos le dieron alcance, cada uno sorprendido por el valor que demostraba pero la verdad era que estaba aterrada. No entendía todavía cómo era posible que se hubiese metido en semejante problema. Desde que se mudó a esa casa, fantasmas del pasado y del presente la acechaban, fueran metafóricos o no, era como si al poner un pie en ese sitio hubiera entrado en otro mundo. Más nada de eso estaría pasando si no se hubiese topado con esa radio, si hubiese matado a Arquímedes nunca se hubiese topado con la carta, y si no hubiese conocido a los hermanos seguro que estaría todavía en su duelo, en cama y con lágrimas en sus ojos intentando no soñar con su hermano. Extraño pensarlo. Todo eso le había ayudado a no tener tiempo de estar triste desde el comienzo de la investigación, y ese miedo le hacía sentirse viva nuevamente.

Llegaron al fin cerca del pasillo principal e iluminaron las escaleras de la Torre, topándose con una densa negrura que les impedía ver la puerta.

—¿Cómo se dice? Las damas primero —invitó Aaron y Chris le miró ofendida.

—¿No son ustedes los caza fantasmas expertos?

—Pero tú tienes la llave —señaló Aiden—. Y tienes ese honor.

Hubiese querido decirles lo cobardes que eran pero no tenía las palabras para hacerlo cuando ella misma luchaba con que sus rodillas no temblaran. Movió los labios en una mueca de frustración pero terminó por comenzar a subir las escaleras. El aire alrededor se sintió más helado y le dolió el pecho al respirar. De repente escuchó los rezos que los había guiado hasta allí, detrás de la puerta, quedos pero inconfundibles. Muy cerca, los hermanos subían lentamente e intentaba prepararse ante cualquier cosa que pudiese aparecer de repente; un grito, un fantasma ensangrentado, la monja de la película El Conjuro, y hasta su madre. Llegaron a la puerta después de lo que les pareció una eternidad. Chris sacó la llave y la metió en el viejo y oxidado cerrojo, dándole vuelta con dificultad usando ambas manos. El sonido del cerrojo cediendo fue para ellos hueco y ruinoso, y al empujar la puerta entraron a una habitación circular de paredes de piedra y motas de polvo moviéndose sin cesar… no había nadie rezando. El silencio les dio más miedo que encontrarse con un ser de ultratumba, así que se concentraron en revisar el lugar para salir lo más rápido posible. Iluminaron alrededor de la amplia habitación, había un escritorio viejo y polvoriento sin cajones pegado a la derecha de la puerta, repleto de libros de religión y arte. Una cama vieja y polvorienta de base de acero estaba debajo de una ventana sin cristal, sin cortinas que le protegieran del clima, el colchón no tenía sábanas y eso había hecho que se llenase de mugre y moho; al otro lado de la

habitación, lienzos en blanco, pequeñas latas de pintura amontonadas, un caballete triangular, y pinceles tirados junto a ellos yacían tristes y olvidados como el resto de la habitación. El aire se sentía extraño, era obvio que nadie había estado allí en mucho tiempo pero Chris no entendía cómo sentía el ambiente tan pesado si una ventana dejaba entrar las corrientes de afuera. Se acercó a los viejos lienzos que estaban en el suelo, esperando ver entre ellos alguna pista, pero casi gritó al ver una araña igual de sucia que todo lo de la habitación asomarse y trepar por la pared. Cayó hacia atrás golpeando su trasero en el frío suelo.

—¿Qué es lo que estamos buscando? —preguntó Aiden que inspeccionaba el escritorio.

—Lo que sea. Un diario, una carta, cualquier pista que nos diga qué pasó con mi tía.

—¿Ponían aquí a los que se portaban mal? Debió ser horrible —dijo Aaron que revisaba la cama—. Pero creo que tu tía pasaba mucho tiempo aquí.

—¿Cómo sabes eso?

—Los lienzos, el caballete y las latas de pintura. A nadie que estuviera castigado una o dos veces se le daría cosas que pueda ayudarle a despejarse. Y los libros no serían opción si odias estar aquí, nadie querría leer más de religión.

—Wow, cada vez que te conozco más veo que tienes neuronas perfectamente funcionales.

—Tras esa apariencia de que no le importa nada tiene una mente perversa capaz de dominar el mundo —defendió Aiden.

—Y… —intentó decir algo Aaron al levantar el colchón y encontrándose con una abertura debajo—. Conozco buenos escondites sino quieres que tus padres sepan lo que guardas.

Metió los dedos en el relleno del colchón y un ciempiés salió de este reptando hasta arriba para ocultarse de los intrusos. Chris evitó hacer ruido a pesar de que su cara no ocultó el asco que sintió al ver el bicho, en cambio los hermanos ni se inmutaron. Aiden le pasó una navaja y Aaron rompió más del colchón, gracias a la luz notó algo sobresalir de entre el relleno que sacaba.

—Cuidado hermano...

—Lo sé.

—No lo saques tan rápido.

—Abre un poco las orillas para que pueda sacarlo.

Con una lentitud casi dramática sacó un montón de cartas amarradas a una liga elástica, y en medio de estas un viejo y pequeño teléfono celular. Las cartas estaban aplastadas por el centro ajustándose al celular, haciéndolas ver como un moño. Aaron sacó el teléfono con cuidado y entregó las cartas a su hermano que miró

detenidamente los sobres, sin encontrar en estas algún remitente o destinatario.

—No creo que el cartero haya enviado estas —soltó Aiden mientras su hermano inspeccionaba el celular.

—Debieron haberlas entregaron en persona, y este celular es un Nokia que debe ser casi de principios del dos mil —adivinó Aaron. Chris quería sostener las cartas en sus manos pero los hermanos no le dejaban tomarlas.

—Hey, quiero verlas.

—En un momento… —habló Aiden y Aaron habló después.

—Deja que los expertos revisen primero.

Ella soltó un bufido nada femenino y su linterna se movió por la habitación, captando por el rabillo del ojo algo en el suelo que fue ocultando por culpa del colchón que seguía apoyado en la pared. Se agachó estirando su mano en el sucio y frío suelo y tomó la esquina de una fotografía. Al iluminarla se quedó helada. En su mano, se veía a una joven de abundantes cabellos castaños claros, vestida de forma casual con una camiseta de un rosa chillón y jeans, sus ojos azules miraban hacia la cámara con una amplia sonrisa y su brazo rodeaba a otra persona. Un acompañante que estaba en el anonimato debido a una mancha oscura y roja que cubría la mitad de la fotografía y que formó parte de una mancha más grande en el suelo. Ahogó su exclamación a tiempo para cubrir su boca y llamando la atención de los gemelos.

—No puede ser… —musitó Aiden al iluminar la mancha que estaba en el suelo—. Estamos en la escena del crimen.

—P-Puede ser pintura. No necesariamente es sangre —tartamudeó Chris nada convencida.

—No, eso no es pintura —negó Aaron de inmediato—. La pintura no se ve así ni de ese color, y esa mancha lleva años secándose.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Aiden listo para recoger sus cosas pero Chris no se movió. Con el estómago revuelto sacó su celular y comenzó a tomar fotos alrededor—. ¿Qué haces?

—Fotografío la escena del crimen. No sé cuándo voy a volver así que prefiero fotografiar todo por si hay algo que no hemos visto.

La dejaron tomar todas las fotografías que quiso hasta estar satisfecha, incluso escucharon una arcada cuando fotografío de nuevo la mancha sin embargo no dejó que se le acercaran. El aire ahora le parecía nauseabundo. Estaba advertida, quizás debió haberlo esperado pero no estaba completamente preparada para esa prueba. Tomaron todo y salieron de la habitación. Tenían que salir de allí lo más pronto posible. Sin embargo, al alejarse por el pasillo de regreso escucharon el sonido de pasos, pasos apresurados que iban hacia ellos. Si los atrapaban ¿qué iban a decir? No lo pensaron ni un segundo, corrieron

apagando las linternas y dieron vuelta a la derecha por el pasillo, después una vuelta a la izquierda. Chris pensó que sus ojos se adaptaron rápido a la oscuridad, reconociendo formas en su camino y también pensó que ya no era tan espesa como antes. El sonido de los pasos se hacía cada vez más y más fuerte por el eco de las paredes, los atraparían sin duda. Así que entraron en la primera puerta que encontraron y se escondieron en el primer escondite que distinguieron.

Hubo un momento de silencio, largo y tortuoso hasta que los pasos volvieron a escucharse y se detuvieron frente a la puerta, abriéndola poco a poco y encendiendo la luz de la cocina. Su perseguidor caminó lentamente por el lugar, abriendo los gabinetes y cajones en búsqueda de algo. Debajo de la mesa y cubiertos por el gran mantel, Aaron y Chris estaban ocultos rogando porque no les encontraran y al asomarse un poco, vieron el destello de un gran y afilado cuchillo. Casi les dio un ataque, retrocediendo lo más lejos posible de la posible arma homicida. Desde la esquina de la alacena, Aiden vio al cuchillo alzarse y apuntarle un momento, sus ojos se abrieron con terror al ver que la persona se dirigía a la mesa. Debajo de la mesa, vieron las esponjosas pantuflas y el borde de una bata blanca de lana acercarse a ellos, Chris comenzó a temblar, Aaron se acercó al borde para pensar qué podía hacer. Y cuando las pantuflas llegaron hasta ellos escucharon la voz grave y femenina de la hermana Dolores que contenía un atisbo de locura sádica.

—Ha pasado tiempo desde la última. Y no voy a desaprovechar la oportunidad —una breve risa aguda salió de su garganta—. La última vez no fue tan satisfactorio, pero ahora tengo todo el tiempo del mundo para hacer lo que quiera, y nadie sabrá nunca lo que pasó. Ya puedo saborearlo.

A Chris le estaba dando un ataque de pánico en silencio y los hermanos escucharon los latidos de sus corazones retumbar en sus orejas. ¿Es que era una caníbal? Esa mujer de seguro engordaba a la gente para después comérsela en secreto y decir después que se habían ido del convento.

«No he visto a la hermana Fulana, creo que decidió que un convento no era para ella. Por cierto, no vayan a mi refrigerador, allí tengo guardada la carne de la semana»

Aiden desde su lugar se acomodó ante cualquier movimiento en falso y Aaron apoyó su mano en el suelo. No iba a quedarse allí y dejar que lo filetearan como un pescado. Iba a jugársela todo por el todo contando hasta tres.

Uno.

—Grandes pedazos de jugosa y deliciosa carne…

Dos.

—Rebosante hasta el hartazgo.

Dos y media.

—Y con el ingrediente más importante, con su dulce, espesa y roja…

Dos y tres cuartos.

—Ketchup~

La hermana Dolores terminó su emparedado de carne y lo bañó en salsa de tomate. Aiden casi se dejó caer de alivio en la alacena y Chris tuvo que ser la que parara a Aaron de cometer una locura al verlo tan decidido a taclear a la pobre e inocente, y por supuesto malinterpretada, hermana Dolores, cuyo único pecado fue tener un antojo de medianoche. Cayó sobre él haciendo un ruido sordo. La hermana dejó de masticar un momento, mirando alrededor buscando la causa del ruido. Al no ver nada, recogió la cocina nerviosa de que alguien más pudiese estar merodeando por ahí.

—Con que no sea Rosemary o me echa de cabeza.

Limpió la escena del crimen y salió apagando las luces, llevándose la evidencia con ella. Tras unos instantes Aiden salió de la alacena encendiendo la linterna, y al levantar el mantel vio a su hermano de espaldas al suelo y a Chris encima de él.

—¿Algo que decir?

—Nunca me he sentido tan uke[8] en mi vida.

—¿Tan qué? —preguntó Chris confundida pero Aaron la empujó.

—Ya quítate.

—¡Auch! Cuidado que me pego con la mesa —Aiden aguantó la risa, no era momento de eso pero cuando regresaran a casa molestaría a su hermano con delatarlo con su novia.

Salieron del convento con éxito. Caminando por la iglesia y saliendo sin hacer ruido de territorio sagrado.

—Nos llevaremos el celular para revisarlo. Tú puedes quedarte con las cartas —propuso Aiden.

—¿Y por qué ustedes se llevan el celular? —los dos sonrieron y Aaron fue el primero en hablar.

—Porque nosotros podemos hacerlo funcionar y conseguir un cargador acorde.

—Y a ti te va más la investigación en papel.

—… Touché.

Se alejaron de allí con cierta emoción y miedo sobre lo que podrían averiguar tras esas pruebas. Tan absortos a la emoción que no se dieron cuenta que no estaban solos. Una figura sombría los miró partir desde la ventana de la iglesia. Pasos presurosos se escucharon en el convento y una vieja lámpara de aceite iluminó el paso de su dueño, llegando hasta la oscura escalera de la Torre y subiendo veloz. Giró la vieja perilla y comprobó conteniendo el aliento que estaba abierta. La

puerta se abrió lento y miró el viejo colchón ladeado con el agujero en él. Metió la mano pero no encontró nada. Maldijo en silencio hasta que notó lo que estaba en el suelo, inclinándose hasta ver con claridad la mancha de sangre seca. Se enderezó y con un golpe de su brazo una torre de libros terminó desperdigada en el suelo, ahogando un grito animal desde el fondo de su alma. Salió de ese lugar con la rabia brotando en cada poro de su cuerpo y cerrando la puerta de golpe, ignorando el gemir del viento o de la figura fantasmagórica oculta entre sombras de la vieja habitación.

•••

Esa noche, Chris se quedó despierta hasta más tarde, más impaciente que nunca y aterrada por su excursión. Sentía un extraño peso sobre sus hombros ante esa nueva responsabilidad que nunca pidió, pero que realizaría dispuesta a revelar cada secreto de su tía hasta encontrar la verdad y señalar al responsable que derramó su sangre en la Torre. Demasiada sangre para ser una herida superficial. Con un gemido ahogado por la pena de la inminente muerte, comenzó a leer cada una de las cartas, excavando así en lo que fueron los sentimientos más íntimos de un completo desconocido y de quien ahora estaba segura fuera el amor prohibido de Esther Hallow. Siempre terminando cada carta con la leyenda.

Eternamente tuyo.

Clark L. Jensen.

—Clark Jensen. ¿Dónde estás ahora Clark Jensen? ¿Y qué sabes de la muerte de mi tía?

[7] Indie — Que se desarrolla fuera del ámbito de las compañías.
[8] Uke: Referencia japonesa usada en el yaoi para referirse al pasivo en una relación hombre-hombre.

12

Sus ojos se abrieron pesarosos mirando el reloj despertador. Estos le rogaban cerrarse después de pasar gran parte de la noche leyendo las cartas de amor encontradas en el colchón de la Torre. Su reloj decía que era sábado y que apenas iban a ser las siete de la mañana, así que no se levantaría hasta que le dolieran las costillas. A lado de su almohada pudo distinguir una bola de pelo blanca con negro. La acarició con su dedo y luego volvió a sumirse en el mundo de los sueños al menos durante los próximos quince segundos.

—¡Arriba o se nos hará tarde!

—¿Eh? —Logró musitar con voz ronca sin mirar a su madre que entró a su habitación.

—Hoy es sábado, tenemos que ir a ayudar al comedor.

—¿Qué comedor? —se sentó en la cama y cubrió a Arquímedes para que su madre no lo viera.

—El comedor comunitario. ¿Recuerdas que hablamos de eso en la cena? —la joven dejó caer su cabeza en la almohada.

—Recuerdo que te dieron el fin de semana libre, ¿no podemos dormir un poco más?

—Arriba perezosa. Por algo nos dormimos temprano anoche —palmeó a su hija como si fuese un tambor y salió de la habitación.

No tenía deseos de levantarse y apenas su cuerpo se sentó en la cama por inercia. El trabajo de detective era una mierda y muy mal pagada. Miró alrededor y en su escritorio seguían las cartas; luego se levantó y sacó de debajo de los sobres la fotografía cuya mancha de sangre cubría casi por completo al desconocido que acompañaba a su tía. Entrecerró los ojos, se veía parte de una mano en un ángulo extraño, algunos de sus dedos estaban doblados y puestos sobre una pierna enfundada en mezclilla. Escuchó a su madre hacer un escándalo abajo, decidió cambiarse para ayudarla y apenas se pasó un cepillo por su cabello enmarañado. ¿Cuándo fue la última vez que se desveló de esa forma? Cierto, desde antes de venir a ese lugar, siempre tenía problemas de sueño. Estaba demasiado mal acostumbrada a desvelarse; su mente siempre estaba distraída con algo para no pensar demasiado en la perdida que ahora sentía distinta. Las palabras del padre Williams llegaron a su cabeza y pensó que se sentía igual a como si te curaran una herida, primero duele, luego duele más cuando la desinfectan, para después sentir el dolor entumeciéndose de a poco y por último poner un curita. Ya no estaba a la deriva como antes, su rostro asomaba por el agua y ahora podía ver por encima del mar de la vida.

El sonido de ollas caer la sacaron de su reflexión.

—¡Mamá! ¡Te vas a matar!

•••

Cargó con esfuerzo una caja de manzanas. Sentía que le dolían músculos del vientre de los que no tuvo consciencia hasta hacía una semanas desde que llegaron a ese lugar, y apenas llevaba la mitad de la carga.

—Estamos felices de que puedas ayudarnos en la cocina —expresó la hermana Dolores mientras pelaba patatas—. El comedor siempre es un problema en los días fríos.

—No se preocupe. Después de todo, ¿qué puede hacer una adolescente como yo en un día como este? —miró las manos de la hermana que pelaba las patatas de forma rápida y precisa, dejando una larga tira de la cascara completa en la tabla. Intentó no pensar en el cuchillo de anoche.

—No digas eso. Hay muchas cosas qué hacer por aquí. Está la escuela de baile, tenemos un lago en el lado oeste, también podrías acampar y pasarla en el centro.

—Es una chica de ciudad, Dolores —refuto la hermana Rosemary que preparaba la sopa—. No está acostumbrada a la vida de una ciudad pequeña. Necesita un poco de tiempo para poder acostumbrarse.

Las palabras de la hermana Rosemary le recordaron a las que siempre escuchaba en la escuela, pero estas a diferencia de los injustos señalamientos de su antigua residencia tenían comprensión y empatía.

—Gracias, hermana. Por cierto, ¿dónde está la abuela?

—Se quedó en el convento —declaró una hermana y todas celebraron por ello, todas a excepción de la hermana Rosemary.

—A callar, malagradecidas. La madre Mary puede ser dura pero se preocupa por todas nosotras como si fuésemos sus hijas.

—Pues bien que una de ellas huyó apenas tuvo oportunidad.

Todas callaron y Rosemary fulminó a la monja con la mirada, provocando que esta siguiese ablandando la carne. Chris se dio cuenta que ellas sabían perfectamente sobre su tía. Lo más seguro fuera que la mayoría la conociese en su momento, pero ¿a quién podría preguntar? Era difícil, sin embargo las dos personas más cercanas que tenía a la mano eran la hermana Dolores y la hermana Rosemary.

Después de meter todas las cajas, las Hallow comenzaron a ayudar en la cocina. Era extraño que después de cocinar casi todos los días desde que llegó ya sabía cómo manejar el cuchillo, conocía qué especias se usaban y para qué, y todo gracias al internet. Sarah en

cambio estaba siendo elogiada por el pan que estaba preparando y cuyo aroma comenzaba a inundar el lugar.

—¿Por qué no compran pan en la panadería del centro? —preguntó Chris aun sabiendo la respuesta mientras terminaba una crema de brócoli.

—Porque nadie quiere comer ese pan —respondió una monja que freía trozos de pollo. Rosemary apretó sus labios en disgusto.

—La panadería nunca ha sido la gran cosa pero al menos lo que vendían antes era comible. Desde que la señora Glosky falleció su hija se hizo cargo del negocio y no tiene idea de cómo hacer una miserable hogaza de pan.

—Dicen que nada más está esperando a que alguien le compre el negocio para mudarse a Las Vegas y abrir una tienda de regalos.

—Pero pide demasiado por el local. ¡Todo un robo! —todas comenzaron a hablar, los chismes volaban de oídos a otros encontrándose con otros nuevos y siempre terminando en una crítica. Chris miró de reojo a la hermana Rosemary, parecía ser la más sensata de todas, concentrada en su trabajo y dejando a las otras cacarear como gallinas o aportando un comentario acertado. Al terminar comenzaron a llevar la comida al frente, Chris se sorprendió de ver que el comedor era más grande de lo que a simple vista se viera por fuera. El comedor de la iglesia tenía largas mesas acomodadas en posición horizontal, las bancas del sitio eran del mismo largo y todas parecían haber sido hechas por la misma persona. Encontró en las orillas ramas de olivos y reconoció la mano de su abuela. ¿Es que acaso esa mujer era más misericordiosa con los extraños que con su familia? El padre Williams entró al lugar con una bufanda roja alrededor de su cuello y un abrigo que casi se confundía con su hábito.

—Huele delicioso desde allá afuera. ¿Eso que huelo es pan fresco?

—Adelante padre, lo hizo Sarah —señaló la hermana Dolores y se rio al ver que Sarah se sonrojaba hasta las orejas.

—No es para tanto —declaró siguiendo amasando y el padre devoró de dos mordidas la suave y cálida pieza de pan.

—Al contario, hace mucho que no probaba un pan decente y delicioso desde que llegué aquí. ¿Acepta pedidos?

—Por el momento no, pero puedo pensármelo —un cucharón golpeó la mesa a un lado de la cesta de pan.

—Deje allí padre, esa comida es para la gente que viene por hambre no por gula —gruñó Rosemary pasando a un lado con el cucharón. El padre sonrió en disculpa dejando el segundo pan que tomó.

—Tiene razón hermana, me disculpo. Ah, Christina, ¿también estás ayudando en la cocina?

—Sí señor.

—Bien, sirve porciones generosas a los que vengan. No hay que dejar a nadie con hambre y menos cuando la cosecha de este año ha sido abundante bendición. Y hablando de bendición, ¿por qué no vienen tu madre y tú a misa mañana? Será una gran bendición tenerlas con nosotros —tanto Sarah como Chris sintieron la tensión atravesarlas como una lanza y las miradas nada discretas de las monjas les instaban a responder. Chris miró a su madre, era la única que podía dar una respuesta y todos esperaban por ella.

—Nosotras… no hemos ido a una iglesia desde hace tiempo —respondió sincera, ya que la verdad era su única arma para no ser juzgadas—. Cuando mi hijo murió dejamos de asistir. Tal vez suene mal pero quedamos un poco resentidas con Dios después de eso.

Chris gimió a lo bajo. Hubiese preferido que su madre hubiese suavizado un poco la verdad y no ser brutalmente honesta, pero tenía razón. El resentimiento estaba allí, anclado después de mucho tiempo y se negaba a dejarlas. ¿Quién era Dios para quitarles a Ricky? ¿Por qué llevarse a un joven con un futuro brillante como el oro? ¿Qué tipo de pecado cometieron para que el pago fuese la vida de un ser amado? Chris todavía recordaba el día de la misa. No mucha gente fue, la mitad de las personas eran del equipo de futbol, todo el mundo hablaba a lo bajo envolviéndolos entre hipocresía, lástima y envidias. Su madre se volvió loca de dolor, echó a todo el mundo y abofeteó repetidas veces a una mujer que al llegar le abrazó en el pésame pero que a sus espaldas habló de lo mucho que merecían lo ocurrido, envidiosa por su posición social. Incluso ella, que intentó encontrar una respuesta a lo sucedido no pudo, y las palabras del obispo solo la hicieron enfurecer más.

“Lamento tu pérdida. Elevo mis oraciones para que encuentres consuelo en el Señor. Mi corazón está contigo, pero debes entender que Dios hace las cosas por un propósito que se te revelará con el tiempo”.

Terminó siendo expulsada del lugar después de terminar blasfemando el nombre de Dios y lanzar una biblia justo en la cara de un Cristo crucificado. Todo fue un desastre y sus padres nunca se dieron cuenta de ello al estar enfrascados en sus propias discusiones.

—Las puertas de la casa de Dios siempre están abiertas —respondió el padre con una expresión conciliadora—. Entiendo lo que sienten y acercarme a Dios fue el remedio para encontrar consuelo en la perdida. Si vienen mañana les aseguro que encontrarán algo de perdón y alivio en sus almas.

Chris miró a su madre esperando que se negara pero esta dudo y asintió.

—Está bien. Iremos mañana.

Nadie notó a Chris que dejó caer la quijada de la impresión, apenas creyendo que su madre cediera tan fácil ante la petición del padre. Sintió rabia, porque no quería escuchar la palabra de un Dios misericordioso que jugaba a voluntad con su creación. Le parecía demasiado cruel.

Llegada la hora abrieron las puertas y la gente comenzó a entrar. Personas sin hogar, personas con necesidad, persona que pasaban momentos difíciles, todos venían por un plato caliente para sus estómagos. Mientras su madre seguía horneando detrás, Chris tenía la tarea de servir sopa y pan. Servía a todos los que pasaban con ella respondiendo varias veces a la misma pregunta de qué era la sopa del día a pesar de estar escrita en el pizarrón de entrada. Las personas pasaban y se sentaban a hablar con su vecino de al lado o solo a comer. Esperaba ver a John entre los primeros pero no hubo rastro de él. Cuando la sopa comenzó a escasear, tomó la olla y fue a la parte de atrás empujando la puerta con su cadera, sorprendiéndose de ver a John comer en la isla de la cocina.

—John, ¿cómo está? —él levantó perezoso la vista de su plato.

—Hey, ¿todavía sigues jugando con fantasmas?

—¿Qué le puedo decir? —Respondió moviendo los hombros y cambiando de tema—. ¿Qué hace aquí detrás?

—No me gusta mucho estar entre tanta gente. Así que las hermanas me dejan comer siempre atrás, aunque a algunas no parece gustarles la idea —hizo girar su dedo sobre su cabeza y Chris se dio cuenta que la cocina estaba casi vacía, a excepción de su ocupada madre y otras dos hermanas que lo miraban con recelo. Entonces recordó el reporte del clima de esa mañana.

—El clima va a empeorar de acuerdo al meteorólogo, ¿no le molesta entonces compartir espacio con tanta gente en el albergue?

—Tengo un refugio para quedarme en esta época del año. Para mediados de Abril el clima comenzará a volverse más agradable.

—Eso espero.

—Christina —llamó la hermana Rosemary del frente—. Necesitamos más sopa.

—¡Voy! —tomó otra olla y regresó a servir, pero no sin antes despedirse de John que siguió comiendo en silencio sin apartar su mirada del plato. Al llegar al frente la hermana Rosemary le sonrió.

—¿Estabas hablando con ese hombre?

—Un poco. Siempre lo veo en los alrededores, es agradable —la hermana rio entre dientes.

—Eres una buena persona. Me recuerdas mucho a mi cuando inicie en el noviciado.

« ¡No gracias!»

Quiso gritar hasta que comprendió que no la estaba invitando formalmente, sino que había sido un cumplido. Todas las hermanas estaban ocupadas, así que tenía que tomar esa oportunidad para preguntar sobre su tía.

—Hermana Rosemary, ¿conoció usted a mi tía Esther?

Fue casi imperceptible, pero el cucharon de su mano casi resbaló y lo aferró en un puño.

—Sí, la conocí —respondió distraída como si el tema no le llamase la atención—. ¿Por qué? ¿Qué quieres saber de ella?

—Lo que sea, ¿eran ustedes dos cercanas?

—Oh no —rio entre dientes—. A pesar que entramos al mismo tiempo al noviciado ella era una rebelde total que no hacía más que dar quebraderos de cabeza a los que intentábamos trabajar para Dios. Es extraño, pero creo que en toda su estancia no cruzamos más que unas cuantas palabras.

—Ya veo… —lástima, una vía muerta.

—Lo único que recuerdo de ella era que se la pasaba mucho tiempo en la Torre pintando y escapando a hurtadillas por ahí.

—¿Escapando?

—Sí, la veía salir a quién sabe dónde. Casi todas sabíamos y sospechábamos que se veía con alguien pero no teníamos idea de con quién.

No estaban tan mal acertadas. Por supuesto que su tía se veía con alguien, pero saber exactamente quién era Clark Jensen era algo que no quería preguntar por el momento. La hermana cortó la plática cuando fue a la parte trasera por más puré de patata. Pensó en lo que podría hacer después cuando escuchó a la hermana Dolores chistar a su lado. Dio un paso hacia atrás y la hermana pasó a sus espaldas con una olla.

—Te diré lo que quieras saber en el descanso, a un lado de la iglesia.

Asintió quedamente, no entendía ese secretismo pero algo comenzaba a oler mal y no eran las habas en la olla que llevaba.

Toda la comida desapareció. Algunas personas agradecieron al comenzar a irse y preguntaron más de una vez dónde habían conseguido ese pan tan delicioso. Dejando al resto de las hermanas lavar los platos, la hermana Dolores se llevó a Chris a dar una caminata por el convento.

—Siento mucho traerte por aquí, sé que no te gusta.

—Está bien, ¿pero de qué quería hablar conmigo?

—Te vi hablar con la hermana Rosemary. ¿Quieres saber sobre tu tía? —la hermana le sonrió, pero Chris pudo ver en esa sonrisa una gran tristeza y resignación. Era como verse en un espejo—. No sé porque Rosemary te mintió pero ella y Esther fueron amigas.

—¿En serio?

—Las mejores amigas. Creo que tenían una relación demasiado estrecha, por eso entraron al mismo tiempo. Pero tu abuela siempre las tenía lo más separadas posible para que no armaran mucho jaleo, aunque tu tía se servía sola para hacerlo, hizo que a la mayoría le salieran canas prematuras —rio a lo bajo.

—¿Y la hermana Rosemary no era una calamidad andante?

—No, al contrario. Encajó en el convento sin problemas. Tal vez por eso tu abuela las mantenía separadas. Las dos se veían tan unidas que era difícil pensar que no harían de las suyas.

—¿Y por qué me mentiría la hermana Rosemary?

—Por dolor, supongo —respondió moviendo los hombros—. Tu tía se fue mientras estaban las dos solas en el convento y ni siquiera se dio cuenta. Tras su huida tu abuela se volvió más dura y amargada. Si antes ya me caía un poco mal después de eso se convirtió en una piedra en el riñón —murmuró entre dientes con una media sonrisa haciéndola sonreír—. Pero Rosemary estuvo deprimida por mucho tiempo. No entendía como Esther había huido, dejando una pobre nota de despedida que no destilaba más que veneno hacia su madre. Creo que tu abuela rompió o quemó la nota, quién sabe. Estaba demasiado herida y furiosa con la hija que le traicionó para conservarla.

No era cierto. Su abuela conservaba la nota escrita en letra redonda y clara, la leyó hasta aprendérsela de memoria. Era breve pero demasiado hiriente, tanto que hasta sintió que sangró al leerla la primera vez. La hermana se detuvo y Chris se volvió hacia donde estaba mirando. Vio a su abuela en el jardín principal, frente a la estatua de Santa Rita y con la mirada fija en esta.

—Esa estatua se edificó tiempo después de la partida de tu tía y para tu abuela debe ser un recordatorio diario de que escapó como sus otros hijos, volando lejos de ella.

Algo tintineo en su cabeza en un eco lejano. ¿Qué era lo que se estaba perdiendo?

—Dijo que la traicionó, ¿no? ¿A qué se refiere con eso?

—Antes de su desaparición Esther se comportó mejor. No hacía todo lo que se le pedía pero al menos ya no replicaba. Incluso parecía que le gustaba ayudar en el convento y en los talleres, era muy buena en pintura y se interesó en esculpir como su madre. Cuando se marchó fue evidente para todas que todo fue una fachada para hacernos bajar la guardia.

Chris frunció el ceño con aire pensativo. Tenía que revisar las pruebas obtenidas hasta ahora, algo faltaba en ese rompecabezas y eso le impedía unir las demás piezas. En esos momentos tenía una última pregunta que hacer.

—Hermana… ¿conoció usted a un tal Clark Jensen?

—¿Clark Jensen? Me suena… tuvimos un Jensen en la misma época que tu tía estuvo aquí, pero no se llamaba Clark, sino Louis. Era aprendiz de párroco. Recuerdo que solicitó su cambio a otra iglesia después de que Esther se fuera y no volvimos a saber de él.

Otra pieza se unía al rompecabezas pero no lo completaba. Definitivamente ese era el mismo Jensen que buscaba. Clark Louis Jensen. ¿Pero dónde estaría él ahora? ¿Y qué tanto tuvo que ver con la desaparición de su tía?

•••

Sarah terminó de ordenar su espacio de trabajo. Las hermanas fueron muy amables de mandarla a descansar y lo agradecía con el alma, estaba molida.

Cuando salió a tomar un poco de aire vio al padre Williams sentado en una banca del lugar, revisando una vieja cámara de fotos.

—Padre Williams —este alzó su cabeza y le dedicó una sonrisa cándida.

—Hola Sarah, muchas gracias por venir a darnos una mano.

—Encantada. Me he divertido mucho. Hacía tanto que no cocinaba así que casi lo había olvidado. Por cierto —sacó de su bolsillo un par de bollos—. Esto es para usted.

—Dios te bendiga —comió uno saboreándolo como si fuese dulce miel—. Muchas gracias. De verdad que sucumbiría a la gula con un pan así —lejos de reír, Sarah frunció el ceño al recordar lo que dijo la hermana Rosemary cuando él quiso comer otro pedazo de pan.

—No haga caso de lo que diga la hermana Rosemary. Hice suficiente pan para todo el mundo, incluso hice más para que las hermanas lo acompañaran con los alimentos que vayan a hacer estar tarde.

—Entonces la cena de hoy estará acompañada de un pan que no es de supermercado. Te vamos a estar eternamente agradecidos —Sarah sonrió, aunque eso no quitaba de por medio la clara hostilidad que había visto en la joven monja. Quería preguntarle al padre sobre ello pero no se atrevía. Pensaría que estaba siendo entrometida—. Yo tampoco lo sé.

—¿Disculpe? —preguntó confundida. Este le sonrió divertido, había leído sus pensamientos tan fácil que al comprenderlo se sintió avergonzada—. Ah, lo siento mucho.

—No se preocupe, no es la primera que me lo preguntan. Pero si quiere saber le juro que no he hecho nada para molestar a la hermana Rosemary, pero me tiene una manía que prefiero mantenerme alejado

de ella.

—Eso no me parece correcto.

—Está bien. Ya me he acostumbrado. Supe que también tuvo ciertos roces con mi antecesor. Creo que no le gusta ningún párroco —suspiró resignado pero volvió a sonreír—. Pero todas las demás hermanas son muy amables. Y no tengo ningún problema con ellas.

Sarah se sintió más tranquila. Por supuesto, era notorio el favoritismo que las hermanas tenían por el padre, incluso su madre tenía una actitud diferente ante él. En cambio, la hermana Rosemary la confundía un poco. Primero se mostraba amable con ella, luego desconfiada sobre su hija y el padre, y después hostil hacia él. ¿Acaso estaría celosa? O quizás tuviera que ver con su vida ante del convento, es decir, si su propia madre le había cortado parte de un dedo, ¿qué clase de secuelas podría dejar una marca así? Decidió cambiar de tema al no querer ahondar más en el extraño comportamiento de la hermana.

—¿Y qué hace con esa cámara de fotos?

—Hace un momento tomé fotos a las hermanas y voluntarios que servían comida. Voy a revelar las fotografías y después las colocaré en el pizarrón dominical donde la gente puede ver la buena obra que hacen todos.

—¿No es mejor tomarlas con una cámara digital y subirlas al internet?

—Tenemos muchas personas mayores y no muchos usan las redes sociales. Es por eso que siempre lo hago de esta forma y me divierto mucho revelando las fotografías.

—No sabía que usted podía hacer eso.

—Todos tenemos un poco de artista en nosotros. Pero es un secreto.

—Mis labios están cerrados.

—Espero que sí. Porque si no tendré que silenciarla —Sarah rio fuerte ante la falsa amenaza, le hubiese dado miedo de no ser porque el padre luchaba por no reír. Sin embargo, por el rabillo del ojo le pareció ver en la ventana de la iglesia a una monja mirarlos desde el interior. Por un momento pensó que era la hermana Rosemary que los vigilaba hostil como un halcón, pero casi de inmediato la vio salir del comedor en dirección al convento, cargando ollas mojadas con otras dos hermanas detrás. Al voltear hacia la ventana de la iglesia la monja había desaparecido, dejándole una sensación extraña en el pecho que hizo que se disculpara para regresar al interior a ayudar en lo que fuera a las hermanas. Poco después su hija regresó y ambas se encaminaron a su casa para disfrutar ese día que era para ellas.

•••

Otro día de levantarse temprano. Tenía bolsas bajó los ojos que apenas el maquillaje podía disimular. ¿Quién le mandaba a quedarse hasta la madrugada viendo películas con su madre, hablando con los Ashwood e investigando el paradero desconocido del joven padre? Al bajar vio a su madre que extrañamente se mostraba más alegre de lo normal, preparando algo en la cocina y tarareando una canción que no pudo reconocer.

Cuando Sarah vio a su hija asomarse le sonrió.

—Hola cariño, justo iba a despertarte. Recibí una llamada de Loretta ayer en la noche, nos ha invitado a su casa después de la misa.

—¿De verdad quieres que vayamos a la iglesia? —Preguntó con deseos de regresar a su cama—. No gracias, me quedaré y esperaré a la hora de la comida.

—Christina, ven aquí —el tono autoritario de su madre la hizo girarse sobre sus talones y caminar al interior de la cocina. Olía a canela, queso crema y manzanas, su estómago hizo ruido antojándosele algo dulce—. Sé que has tenido… hemos tenido problemas con el tema de la iglesia y Dios. Pero ¿no crees que ya vaya siendo hora de dar vuelta a la página? —Sarah notó que los ojos de su hija se abrieron grandes hacia ella, parecía que le hubiese hecho la mayor traición de su vida.

—¿Por qué debería? Mira alrededor, mira las noticias, no veo esa bondad que Dios presume tener. ¿Y qué hicimos nosotras para merecer lo que nos ha tocado? —Chasqueó la lengua en el paladar y miró a su madre con resentimiento—. También detesto la hipocresía de la gente. No quiero estar en un lugar donde tenga que tratar con gente con una careta en la cara.

—¿Y no estás siendo tú misma una hipócrita? —Fue una pregunta dura pero tenía que hacerla entrar en razón—. Hija, si nada más aceptas lo bueno de alguien, ¿no crees que te verás como una hipócrita ante los defectos de esa persona, o que tenga nada, o solamente desgracias que dar? Mírate a ti misma primero antes de hablar de hipocresía. Tienes principios fuertes pero a veces no te das cuenta de tus propios fallos.

—¡Mamá! No es justo, ¿por qué tengo que ser yo quien cambie?

—Porque a veces el cambio no es malo, Christina. Y si te soy sincera, me encantaría que podamos cambiar las dos, y que descubras que hay más en la iglesia que sólo gente con máscaras para encubrir sus defectos. Yo no quiero vivir así y te sugiero que tú tampoco. Así que a cambiarte, que iremos a la iglesia te guste o no.

Lanzando un bramido al aire, Chris se dio la media vuelta y subió los escalones dando fuertes pisadas. Sarah hubiese preferido haber

usado otro tipo de palabras pero su hija era demasiado cabezota y ya era hora que las dos dejaran atrás su resentimiento a la iglesia y buscar de nuevo en Dios la paz que tanto necesitan.

•••

Odiaba ese maldito frío húmedo que, a pesar de que deberían estar en primavera, perduraba en la zona. No tenía vestidos de domingo, en realidad se había deshecho de ellos después de declarar su guerra a la iglesia, sin embargo lo más cercano que tenía a una vestimenta formal era un vestido de terciopelo burdeos hasta las rodillas, medias y largas botas negras que combinaban con su ancho abrigo. Se dejó el cabello suelto con una diadema plateada que dejaba su frente libre y expuesta. Su chaqueta calentaba la parte de arriba de su cuerpo pero sus piernas se estaban congelando. Se mantenía encogida detrás de su madre que vestía con un elegante traje de falda de lana gris y un elegante abrigo azul.

—Qué envidia me das. ¿Cómo es posible que no sientas frío?

—Deberías estar acostumbrada al frío, no es muy diferente a Nueva York.

—Ya, pero en Nueva York había calefacción en la iglesia, y te puedo decir como la encargada temporal de limpieza que no hay un triste calentador en ese lugar —su madre se rio y negó con la cabeza.

—Ya te acostumbrarás cuando seas mayor. Tu cuerpo se habituará con mayor facilidad a este tipo de clima.

Chris hizo un mohín en sus labios pensando en cuánto le gustaría tener la misma resistencia que su madre, pero un ligero vistazo al coste trasero de la falda le hizo ver que además de las botas Gianvito Rossi que tenía su madre, se veían unos calentadores negros apenas visibles cuando caminaba. La gran sabiduría de las mujeres mayores en la moda.

Llegaron a la iglesia que ya estaba llenándose, las mujeres vestían con vestidos y abrigos dignos de la temporada y los hombres con elegantes trajes, abrigos o chaquetas gruesas. Todos se saludaban, se daban la mano y sonreían con amabilidad, parecía la perfecta comunidad en la que todos se trataban como iguales. No era así. Bien pudo notar susurros disimulados tras sonrisas falsas y personas que limpiaban sus manos después de darlas a otros. Ese lugar no era diferente a otros.

—Mira a quién tenemos aquí —Chris volvió su cabeza al escuchar esa voz cantarina y vio a la estilista Rochelle mirarla con una amplia sonrisa y vistiendo un vestido azul rey de los años cincuenta, con un bonito sombrero de tocado que tenía una red llena de pequeñas flores

tejidas. Su cabello ese día era totalmente lacio y sus uñas tenían un color plateado.

—Buenos días, señora.

—¡Ay, cielos! Llámame Rochelle, nadie me dice señora. Y me encanta tu vestido, te resalta mucho la piel, pero me encantaría hacer algo con tu cabello.

« ¡Atrás Satanás!»

Sonrió a pesar que Rochelle no dejaba de tocar su cabello.

—Sí… es que no he tenido tiempo de ir a su salón, pero creo que esperaré a que haga calor para cortármelo.

—Niña, teniendo un cabello tan bonito deberías cuidarlo más. Te lo digo por experiencia. ¡Mike, ven aquí! —llamó a alguien que estaba entre la multitud y que sin problema alguno destacaba. Chris vio a un hombre de color que le sacaba más de una cabeza a los presentes. Este se acercó a ellas, vistiendo un traje gris a rayas y un elegante abrigo negro, su cabeza calva brilló con la poca luz del lugar y su cuello grueso apenas y se distinguía. ¿Acaso la NFL había perdido a un defensa? Se veía como el tipo de persona que era mejor no hacer tu enemigo si no querías que te hiciera puré en el campo. Este sonrió cordial mostrando un diente de oro al frente. Se sintió tan pequeña de repente—. Mira Mike, esta es la chica que te conté. Mira nada más su cabello, ¿no es hermoso el color?

—Lo es. Como un bonito barnizado. Hola, me llamo Mike Stanton, dueño de la ferretería. Mi esposa me ha hablado de su escurridiza clienta —Rochelle le dio un codazo en el estómago pero dudaba siquiera que le hubiese dolido. Al ver su mano al frente correspondió al saludo y su mano fue cubierta casi en su totalidad por la de ese hombre hasta nada más verse su pulgar.

—Encantada.

—Mike, toca esto. Su cabello es tan suave.

—Cariño, no voy a tocar el tocar el cabello de una persona que acabo de conocer.

—Que lo toques.

—Sí, señora —la amenaza de su esposa fue evidente y prefirió hacerle caso—. Sí que es suave.

—¿Verdad que sí? Te lo dije.

Chris vio a su madre hablar a unos metros con la señora Loretta, los gemelos no estaban a la vista, cosa que lamentó porque necesitaba que la salvarán. Las señales telepáticas que enviaba a su madre eran bloqueadas por la interesantísima conversación que estaba teniendo, y al cabo de un rato decidió sucumbir ante el enemigo. Después de responder algunas preguntas sobre qué shampoo usaba o qué acondicionador era mejor, la gente comenzó a tomar lugar cuando el padre Williams apareció por la puerta que iba hacia el convento.

Saludó a todos con una leve reverencia de cabeza y les dedicó una sonrisa breve mientras caminaba con sus vestimentas litúrgicas en medio del pasillo. Un joven monaguillo le esperaba al pie del altar, y después de que todos se sentaran, el padre miró a los presentes con una amplia sonrisa, comenzando así con la misa del día.

13

La misa, así como todas las misas a las que había ido desde pequeña, estuvo llena de oraciones, cantos, peticiones, y testimonios de la gran semana que muchos tuvieron, entre las que estuvo el de un anciano que daba gracias porque al fin pudo evacuar después de una semana sin poder ir al baño. Llegado el momento del sermón todo el mundo aguardó con ansias las palabras que el padre tenía para con sus feligreses. Con parsimonia se acercó al púlpito, iluminado por la poca luz exterior que se filtraba por los vitrales, luciendo como un santo caído del cielo. Miró a todos los presentes unos momentos con esa sonrisa amable y conciliadora que derretía corazones para después dar una profunda inspiración y alzar sus manos hacia ellos.

—¿Alguna vez han dudado que Dios está con nosotros? —Preguntó sin mirar a nadie en particular—. El día de hoy me gustaría hablar acerca de la fe en tiempo de prueba —sus palabras hicieron un leve eco en las paredes y siguió hablando—. Dios no actúa de la manera en la que pensamos en nuestra vida, sin embargo Él nunca nos abandona a nuestra suerte —Chris hizo una mueca pero prestó atención al ver a su madre atenta al sermón—. Como podemos ver al principio del libro de Job, Satanás llega después de rondar la tierra y Dios señaló a Job, su hijo, como un hombre recto. Más el diablo acusó a Job delante de Dios, insistiendo que la perfección de Job era en esencia falsa y que servía a Dios nada más por lo que podía obtener de Él. Podríamos decir que lo tachó como el hipócrita más grande del mundo ya que sólo aceptaba lo bueno que Dios le daba. Le dijo que si se ponía a prueba a Job este se volvería contra Él. ¿Y cómo es que respondió Nuestro Señor? Puesto que la cuestión tenía que ver con los motivos de Job, Jehová permitió que Satanás lo pusiera a prueba. De esta forma quedaría claro si Job amaba a Dios o no —Chris miró a los lados, observando como todos veían al padre, embelesados con su voz y sus gestos; incluidas las monjas, o casi todas, la hermana Rosemary tenía una expresión neutral, tan dura como la que su abuela tenía a todas horas. Ahora que lo pensaba, siempre tenía esa expresión cuando estaba cerca del padre. ¿Acaso no le caía bien? Cosa extraña siendo que todas las monjas lo tenían en un pedestal—. Uno puede malentender esto. ¿Acaso Dios estaba jugando con Satanás sobre la vida de Job? Sonaría como una apuesta maquiavélica y cruel ante la imagen de perfección que tenemos de nuestro Señor, pero no es así hermanos míos —declaró con voz suave—. Porque toda prueba, toda desventura que pasamos es por una cosa, y esa es para fortalecernos y ofrecernos algo mejor en el plan divino que Dios tiene para con nosotros. Job pasó por infinidad de desgracias, perdió todo lo que lo

definía como un hombre rico y feliz, perdió a sus hijos, sus riquezas, todos le dieron la espalda y otros le dijeron que maldijese a ese Dios que él tanto adoraba. San Agustín una vez dijo: 'Nunca Dios permitiría un mal sino fuera lo suficientemente poderoso para sacar de ese un bien mayor'. La integridad de Job es admirable pero al final así como todo humano recae ante su desgracia. Aun un hombre justo como él terminó por renegar de Dios. Pero fue Dios mismo quien le puso frente a sí el camino a seguir. Job fue probado, tal vez dirían que falló pero no fue así porque al final su fe, su sabiduría y su integridad se restablecieron y se fortalecieron en gran manera ante lo que vivió. Y fue recompensado al final —alzó sus manos hacia los hermanos y exclamó—. ¿Cuántos de nosotros hemos sido probados y renegado de Dios? ¿Cuántas veces hemos recibido pero no es lo que nosotros queríamos y reclamamos a Dios por eso? —bajó sus mano con expresión cansada—. ¿Qué hacer cuando pierdes algo o alguien importante y parece que Dios nos ha dejado? —Esta vez su mirada paseó un momento entre todos y se detuvo más de la cuenta en las Hallow—. Hermanos míos, Dios siempre está allí para nosotros, desde antes de estar en el vientre de nuestra madre, y nos da la porción que nos toca en su momento. Claro que no se nos dará todo porque sí, y a veces el hombre puede ser tan perverso como el demonio. Pero no perdamos la fe, y si la han perdido ¡recójala! —exclamó sobresaltando a todos—. Dios aguarda por ustedes. Job, con su fe restaurada y sus fuerzas renovadas recibió gran bendición volviendo a ser padre, multiplicar su fortuna y dar gran testimonio de lo vivido. Así que no esperen que la riqueza caiga del cielo sin mover un dedo o que se les regrese lo mismo que alguna vez tuvieron, porque no lo obtendrán de vuelta aunque lo queramos con el alma. No estrechen sus mentes ni sus corazones porque esa es la perdición del hombre —hizo una breve pausa y volvió a dirigirse a los presentes—.Nuestra fe será el arma que nos ayude en los tiempos de prueba que vengan en la vida, y en Dios, solamente en Dios, encontraremos paz y fuerza en nuestro camino.

Muchos dijeron Amén, otros aplaudieron aun cuando el sermón no había terminado. Pero Chris pudo notar el poder de sus palabras en cada persona, y la enorme fe que tenían ante Dios y las promesas que este hizo a sus hijos. Su madre derramó algunas lágrimas y Chris tomó su mano que fue apretada en respuesta. El sermón del padre Williams hizo temblar sus corazones, más el corazón de la más joven de las Hallow permaneció duro, aunque más suave en algunas partes.

•••

La gente comenzó a despedirse después de tan vehemente sermón.

Sarah fue rodeada por la gente y su hija se apartó de los demás buscando estar un momento a solas con sus pensamientos. Sarah miró con pena a su hija que volvió a sentarse en las bancas y se disculpó un momento para sentarse a su lado, ella no dejaba de ver el al Cristo frente a ellas.

—¿Qué piensas de lo dicho hoy, cariño?

—No creo que haya dado resultado. No me siento muy diferente.

—Eso me temí —dijo con una media sonrisa pero no dijo nada, esperando a que su hija se desahogara.

—Nuestra vida no es como la de Job, mamá. Dios no me va a regresar a mi hermano a menos que tenga un hermano perdido del cual no tenía idea.

—Eso mismo explicó el padre. No te tiene que regresar lo que tenías antes sino algo nuevo para reponer lo perdido, y creo que Dios sí nos ha ayudado.

—¿Con qué?

—Bueno, tenemos una casa que está quedando bonita —su hija lanzó un bufido pero la vio sonreír—. También hemos conocido a gente amable. Tengo un empleo temporal a pesar que apenas y sé algo de contaduría. Estamos aprendiendo a vivir y tú aprendiste a cocinar cuando apenas y sabías hacer palomitas. Y quizás Dios no te ha regresado a tu hermano, pero te ha dado dos amigos que parecen muy buenos chicos —esta vez la vio esbozar una sonrisa más amplia y sincera, rodeándola con su brazo y mirando al frente a la estatua—. Nadie va a reemplazar a tu hermano, pero hay que seguir avanzando y disfrutar lo bueno que la vida nos da. Y si eres desconfiada con la gente eso hace que pierdas la oportunidad de conocer a personas maravillosas que están dispuestas a conocerte también.

—Creo que ahora lo entiendo… —se apoyó en ella y ambas se quedaron un rato apoyándose entre sí—. Y creo saber por qué Dios nos trajo aquí —musitó pensativa cerrando los ojos—. Mamá.

—¿Sí, cariño?

—¿No teníamos que ir a con los Ashwood?

—¡Cierto!—se levantó casi golpeando a su hija con su hombro—. Vamos a casa porque tenemos que irnos. Voy a despedirme de tu abuela, ahora regreso.

Sarah se alejó de su hija que sonrió al ver a su madre ir aprisa hacia el convento. El interior de la iglesia pronto quedó casi vacío y la mayoría de la gente se juntó afuera a hablar o ver el pizarrón de anuncios dominicales que estaba decorado con fotografías de lo que hicieron ayer. No vio a los hermanos en la misa pero supo que estaban allí cuando escuchó una leve reprimenda por parte de la señora Ashwood hacia ellos. Le pareció un poco triste que no se hubiesen acercado a ella pero era probable que los Ashwood se fueran primero

que otros para prepararlo todo. Chris se dispuso a levantarse para esperar a su madre en la entrada cuando una mano se posó sobre su hombro y el padre Williams le sonrió.

—¿Podemos hablar?

—Claro —no se negó porque algo en su voz le decía que no era una petición. Se sentó a su lado con la mirada sobre de ella y una expresión tranquila.

—¿Qué te ha parecido la enseñanza de hoy, Christina? ¿Te identificas un poco con Job?

—Puede ser. Y le agradezco mucho, creo que incluso me siento mejor en algunos aspectos.

—Me alegro. Hay mucho que aprender de Job. Un hombre recto y un santo para nuestra iglesia. Me acordé de ti mientras estudiaba el libro —el comentario hubiese sido un halago, sin embargo, algo en su voz le resultó extraño y comenzaba a sentirse incómoda.

—Nos ha dado de qué pensar a mi madre y a mí. Creo que ya viene, lo veré estos días para seguir con mi castigo —estaba dispuesta a levantarse pero la mano dura del padre se posó en su brazo y la hizo sentarse nuevamente de forma brusca asustándola.

—Su lealtad e integridad eran admirables —siguió hablando como si nada—. Nos enseña que debemos estar cerca de Dios, fieles a él a pesar de las adversidades. Aunque es triste ver que las lealtades de algunos están mal encaminadas —a pesar de su sonrisa su mirada se tornó fría, así como su voz que le hizo sentir un escalofrío—. Y como hombre de Dios es mi deber ayudar a quienes han perdido el rumbo, para regresarlos al buen camino del Señor y se conviertan en lo que este ha predispuesto para nosotros —sus palabras la dejaron clavado en su sitio y su respiración se contuvo en contra de su voluntad, recordando la voz de su tía gritando en la radio.

No fui… lo que quería que fuera... No fui…

—Dime algo, Christina —habló con cierta pereza arrastrando sus palabras—. ¿Qué es lo que han encontrado tú y tus amigos?

—No tengo idea de lo que está hablando —respondió casi de inmediato, haciendo acopio de su voluntad para no echarse a llorar del miedo.

—Una respuesta demasiado rápida. Intentémoslo de nuevo, porque si quisiera podría acusarlos con sus padres y con las autoridades por invadir propiedad privada —su sonrisa se torció y acercó un poco más su rostro al de ella—. ¿Qué fue lo que encontraron en la Torre? ¿Y cómo es que tienes las narices metidas en esto?

Una bola comenzó a formarse en su pecho. Ira, miedo y confusión se mezclaron con fuerza en su interior. No podía creer lo que escuchaba ni mucho menos la amenaza hacia ella y a sus amigos. Sintió de repente un hormigueo en las manos que le instaban a golpear su petulante cara y borrar su sonrisa cínica. Se contuvo, muy apenas, ya que no era ni el momento ni el lugar para hacer una escena. Sin embargo eso no le quitó el gusto de verlo quejarse cuando le clavó las uñas en la muñeca y le hizo soltarla. Se levantó rápido y lo miró desde esa altura ventajosa en la que estaba ahora.

—Si quiere saberlo pregúntele a los muertos.

Se alejó hasta quedar lo más lejos posible de él. Decidió esperar afuera a su madre mientras la gente pululaba alrededor en pláticas casuales. Por un momento creyó que él la seguiría al verlo moverse fuera de las bancas, más en ese momento la hermana Rosemary apareció y este caminó en dirección al púlpito como si recordase algo, la hermana pareció notar sus intenciones ya que se quedó en su sitio hasta que el padre desapareció al entrar en su habitación. Se tranquilizó un poco, le debía una grande a la hermana y se alejó un poco de la puerta por si este volvía a salir, escondiéndose en la multitud y deseando que su madre llegara pronto. No tardó ni dos minutos en verla salir después de que la hermana Rosemary se fuera, fue hacia ella pero detuvo su paso cuando la vio con el padre Williams a su lado. En sus ojos vio una clara mofa y le enfureció el chasco que se había llevado tras conocer una cara completamente diferente a lo que creía.

«Es el padre de la parroquia, aunque lo acuse no me creerían»

Rechino los dientes y esperó a que su madre dejase de hablar con él.

—Siento la demora hija, ya nos vamos.

—Sí, vámonos.

—Que les vaya bien. Las esperamos el próximo domingo —se despidió el padre moviendo su mano.

Chris hubiese estado encantada de mostrarle su dedo medio, pero había demasiada gente alrededor y todos estaban engañados con la imagen intachable del hombre de Dios. Un Job encarnado ante los ojos de los hombres que escondía a Satanás en su interior.

•••

La tarta de queso y manzana se enfrío en el tiempo en el que estuvieron en la iglesia. Chris tenía el postre sobre sus piernas y a una distancia prudente de su estómago para evitar que manchara su chaqueta. Agradeció de forma sincera que su madre le permitiera cambiarse de ropa. Sin embargo, empezaban a dolerle los brazos y

todavía no llegaban a su destino.

—¿Ya casi llegamos?

—Tranquila, ya casi. Estoy segura que es por aquí… creo.

—Puesto que el GPS no funciona, ¿no sería prudente llamar y pedir indicaciones?

—No es necesario. Mi memoria es infalible. Confía en tu madre.

—De repente me siento con ganas de rezar.

El auto dio vuelta por la avenida y sus quijadas cayeron de golpe. Se sorprendieron al entrar a un hermoso y distinguido vecindario, no sabían siquiera que hubiese un lugar así. A veces se olvidaban que estaban en una ciudad y no en un pueblo rústico. Casas estilo Victoriano se alzaban en distintos estilos y colores, con amplios jardines perfectamente recortados que les daban la bienvenida a los extraños. Quedaron sorprendidas con cada casa que veían, sintiendo un poco de envidia porque apenas y su casa parecía menos abandonada que antes.

—¿Estás segura que es por aquí, mamá?

—Estoy segura. Aunque no me importaría equivocarme y detenerme en alguna de estas casas.

El auto al fin se detuvo frente a una imponente propiedad, así como las otras casas de estilo victoriano esta era de color amarillo y blanco. Una torre se alzaba a la izquierda poderosa, la teja color gris daba un contraste vivo a la casa en vez de quitarle su encanto, la entrada de columnas formaba un arco protegiendo el porche y las puertas dobles de la entrada, los arbustos redondos adornaban un camino adoquinado en piedra blanca, y en el pequeño porche un balancín aguardaba inerte a alguien que gustase sentarse con una bebida y un buen libro.

Bajaron del auto admirando ese hermoso lugar cuando una de las puertas principales se abrió, y ante sus ojos apareció el hombre más apuesto que alguna vez hallasen visto en su vida. Alto, definitivamente fornido tras notar esos abdominales a pesar de su discreta sudadera de cuello de tortuga color negro, de cintura estrecha, cabello rubio platinado y unos ojos azules dignos de un gato siamés que las observó fijamente. Sonrió mostrando una blanca dentadura que las hubiese dejado ciegas sino fuese un día nublado.

—Buenas tardes, ustedes deben ser las Hallow —dijo en un tono de voz aterciopelado bajando los tres escalones de la entrada y yendo a su encuentro—. Pensamos que se habían perdido, las estábamos esperando. Pasen por favor. Mi esposa está ansiosa de verles.

Las dos sonrieron, no por el alivio de no haberse equivocado de casa, sino porque aquel hombre les regaló una sonrisa arrebatadora al darles la bienvenida a su bella casa. Al darse la vuelta les regaló la visión de su apretado y tentador trasero enfundado en pantalones de

vestir gris.

—Compórtate Chris, es demasiado mayor para ser tu padre—musitó entre dientes Sarah.

—Y tú recuerda que es hombre casado —respondió de la misma manera al ver la mano de su madre moverse como si desease darle una bofetada en el trasero. De haber sido un hombre soltero le habría dado su bendición.

La calidez de la casa las golpeó de lleno al entrar. El olor de la comida, arroz, camarones y pollo hizo que sus estómagos reclamaran alimento. Por sugerencia del adonis que las guiaba, dejaron sus chaquetas en el perchero de la entrada y sus ojos comieron cada pequeño detalle de la casa, desde su suelo de madera oscura hasta el increíble cielo raso. La señora Ashwood estaba dejando un tazón de pan sobre una larga mesa de diez sillas cuando las vio entrar al comedor y sonrió.

—Bienvenidas, me alegro que no se perdieran. Ya había mandado a mi esposo Arthur a buscarlas.

—Un placer conocerlas, perdonen no haber estado en la misa de hoy pero mi trabajo a veces me exige resolver ciertas cosas en los peores momentos.

—Oh, no se preocupe. ¿Tiene acento británico? ¿De dónde es? —preguntó Sarah curiosa.

—De Gales. Nací y crecí allá pero conocí a Loretta en la universidad y supe que no quería irme a ninguna parte sin ella.

—Ya basta, cariño. Haces que me sonroje —las Hallow miraron los besos que la pareja se daba, se veían perfectos, mucho mejor que las plásticas parejas de Hollywood que aparecían en las revistas. Y pensaron a la vez que ya era tiempo de conseguirse un novio—. Los chicos están arriba. Espero que no estén de nuevo con esos endemoniados audífonos a todo volumen.

—Si quiere yo puedo ir a por ellos —sugirió Chris más para hablar con ellos de lo sucedido que por la comida, aunque ese jambalaya de la mesa se veía delicioso.

—Te lo agradecería con toda el alma. Sube las escaleras y toma la del lado izquierdo, sus habitaciones son las primeras de ver, están una frente a la otra, no hay pierde —Chris obedeció dejando a los adultos a solas. Y Loretta se acercó a Sarah con una sonrisa conocedora—. Sarah, me dijiste que eras divorciada, ¿no? Mi esposo tiene un hermano que seguro le caerías de maravilla.

Subió las escaleras que se dividían a mediados, gustosa de escuchar sus pasos en madera sin rechinar. Se dio cuenta que la escalera subía hasta otro nivel, ¿un tercer piso? De seguro algo más elegante o mejor cuidado que el ático que tenían y que no había tenido tiempo de limpiar; hizo una nota mental de limpiar más y de

revisar con detalle también las cosas de su tío. Llegó a un pasillo decorado con un elegante y largo tapete rojo y mesitas con floreros llenos de lirios blancos. Tocó primero la puerta de la izquierda pero no hubo respuesta, así que fue a la de la derecha que estaba entre abierta. Dio unos golpes con sus nudillos y al no haber respuesta empujó un poco la puerta.

—Hey, chicos. Soy yo. Su madre me pidió llamarlos para…

Se quedó congelada en el acto. El irremediable deseo de cerrar la puerta surgió pero su cuerpo no logró procesar la orden al ver la escena sobre la cama. Ignorando la gran e increíble habitación digna de cualquier Youtuber, sobre la amplia cama en medio del cuarto estaba uno de los gemelos en una posición más que comprometedora; con la sudadera roja levantada hasta su pecho, mostrando una más que aceptable y envidiable condición física, y el botón de los jeans abierto revelando parte de su ropa interior. Y encima de él una hermosa chica de largos cabellos níveos y mechones rojos, piel blanca como la leche, y con pequeñas pecas sobre el puente de la nariz apenas disimulados por el maquillaje se volvió a mirarla. Sus labios carmín se fruncieron y sus ojos violetas como las moras de los pop tarts, difuminados en brillante sombra roja, resplandecieron en ira por la interrupción. Esa chica vestía para matar. Vestía un corsé negro de encaje, que cubría dos buenas y grandes razones, que combinaba con los pantalones y botas de cuero negro con estoperoles que quedaban en ridículo con el piercing en la nariz y la media docena de aretes en su oreja. La chica afiló su mirada en clara amenaza y al fin Chris percibió el peligro.

—Perdón. No vi nada —dijo lo más rápido posible para cerrar la puerta pero una mano sobre su cabeza la detuvo, encontrándose con el segundo gemelo que vestía una ligera sudadera blanca. Por su expresión supo que era Aiden, y un pensamiento de qué tendría debajo de la sudadera la abochornó todavía más.

—Vístanse de una buena vez, tenemos invitados y no quiero que alguien los vea así.

—¿Alguien más que yo? —se quejó Chris intentando no ver en dirección a la cama. La chica emitió un bufido y se levantó, mostrando en su espalda un amplio tatuaje de alas de ángel.

—Eres todo un aguafiestas, Aiden —se puso una blusa roja con mangas de red y luego fijó su vista en Chris, mirándola de arriba a abajo ante su sencilla apariencia de cabello recogido en coleta, maquillaje sencillo, y vestimenta de jeans, botas, y amplio suéter tejido—. ¿Es la chica radio? No parece una de nosotros.

Chris tardó unos segundos en entender sus palabras.

—¿Perdón? ¿Qué? No entiendo a qué te refieres —preguntó confundida ante la crítica.

—Original, con estilo, rara —expresó moviendo sus dedos—. Si vas a estar en el negocio del internet deberías hacer algo con tu apariencia.

—Oh, no, no, no. Yo no soy una youtuber —respondió rápido—. Ni siquiera tengo redes sociales. Y…. ¿Chica radio? ¿Quién te dijo de la radio? —la respuesta era obvia, pero Aaron se mostró apenado intentando aligerar el ambiente con su actitud jocosa.

—Creí que podría darnos algunos consejos, ya sabes, un punto de vista femenino… ¡no involucrado! —agregó rápido al notar que Chris estaba a punto de convertirse en una banshee furiosa.

—Aaron… la radio era un secreto. Y lo primero que haces es decírselo a… a… ¿pero quién es ella? —la chica movió su cabello como si estuviese en un anuncio de shampoo, le dio envidia pero no dijo nada, y luego esta extendió su mano a ella.

—Ángela Holmes. Ángel para hacerlo más corto, Youtuber de exploraciones urbanas e investigaciones de lo paranormal. Y novia del gemelo más guapo.

—Christina Hallow —respondió al saludo con un apretón que demostrara su molestia—. Chris para acortar. Dueña de la radio y de la que si intentas hacer pública su existencia, la tuya va a peligrar.

—Wow, tienes agallas —arrastró las palabras con gusto—. Pero se necesita algo más que agallas para asustarme.

—Cierto, tengo algo más en mi repertorio. Y pena y dolor van en el segundo lugar —sus miradas se enfrentaron. Eran dos fieras que medían sus fuerzas y ninguna estaba dispuesta a ceder. Los hermanos sintieron el peligro inminente y Aiden tuvo que intervenir primero mientras que Aaron esperaba no ponerse en medio de algún golpe.

—Aunque esté igual de molesto por la indiscreción de mi hermano —intercedió Aiden cuidadoso de sus palabras—. Ella nos prestó un cargador para poder cargar el viejo teléfono y acceder a él. Ya que el que teníamos estaba mal del cable.

—¿En serio? ¿Y qué descubrieron? —preguntó olvidándose por un momento de la presencia de la vampiresa frente a ella.

—Todavía está cargando —señaló Ángel el escritorio—. Y tranquila, me han dicho que este caso lo quieres mantener anónimo. Me parece una estupidez pero respeto tu decisión, ya que según me ha dicho Aaron es asunto familiar —Chris se preguntó cuánto es que sabía de todo eso, pero la albina le dio una palmadita en el hombro como si fuesen amigas de toda la vida—. Tranquila, con esa cara parece que me vas a morder. Yo soy la que debería estar enojada después que estuviste sobre mi novio escondidos bajo una mesa —sus mejillas se colorearon de la vergüenza y pudo ver que se divertía al recordarle ese bochornoso evento—. Pero si necesitas una amiga, un dato interesante de los lugares cercanos, leyendas, o algún consejo

sobre moda o chicos, estoy a tus órdenes.

—Gracias, creo.

—De nada, y antes de decir algo más, debes decirme dónde conseguiste esos zapatos.

—Son unos Dorothy Gaynoy.

—¿En serio? ¡Los míos también!

—¿Qué? ¿Los adornos los pusiste tú?

—Cada uno de ellos. ¿A qué son una monada?

—¡Dios, me encantan!

Los chicos tuvieron que interrumpirlas mientras seguían hablando de moda y zapatos, recordando a Chris el propósito de su visita. Aaron y Ángela se quedaron rezagados mientras acomodaban sus ropas y Aiden y Chris bajaron primero.

—¿Es normal que tu hermano y novia se metan mano de esa forma? ¿No son algo jóvenes?

—Algo, pero no te preocupes. Nunca llegan a tanto.

—No me preocupo por eso. Tu hermano tiene a su novia para cuidarlo, ¿pero quién te cuida a ti de sus perversiones? —Aiden suspiró.

—Pido clemencia y busco refugio. He logrado sobrevivir hasta ahora —rieron el camino escaleras abajo hasta unirse a la mesa con sus padres.

La comida fue de verdad agradable y hasta llena de cierta tensión por la presencia de Ángela que, era notorio, no era del total agrado de la señora Ashwood. Hubo risas, chistes, regaños en la mesa, y recordatorios de los modales a seguir. Sonrió al comer otro bocado de arroz con camarón. No sonreía por el especiado sabor, sonreía por la calidez que sentía su alma.

—Sarah, tu pastel es una delicia. Debes pasarme la receta.

—Lo haré si me pasas la receta de tus panes rellenos.

—No son míos. Mi marido los compró en el pueblo vecino porque tenemos la mala suerte de vivir en el pueblo con la única panadería que no vende pan comestible. Mi único atributo fue calentarlos en el microondas.

—Papá, mamá, ¿podemos mostrarle la casa a Chris y a Ángela? —preguntó Aiden a sus padres.

—Por supuesto, siéntanse como en su casa chicas —respondió el señor Ashwood.

—Gracias, señor —dijo Chris educada.

—Prometemos no hacer nada malo, suegros —la respuesta de Ángela hizo que la señora Ashwood casi se atragantase con su té.

Los gemelos se las llevaron fuera del comedor hasta otra ala de la casa. Al llegar frente a dos puertas corredizas, cada hermano abrió una puerta dejando a su amiga con la boca abierta. Era una biblioteca,

una amplia biblioteca de dos niveles. Las paredes de tapiz verde, la madera de ébano y las luces en forma de pequeños candelabros lo hacían verse como un sueño inglés. Tuvo deseos de llorar. En cambio Ángela mostró completo desinterés a la habitación.

—Se nota que a alguien le gustan los libros. Yo prefiero siempre una buena película —comentó Ángela y se dejó caer en uno de los sillones de piel marrón que rodeaban una mesita redonda para el té. Aiden la ignoró y se mantuvo cerca de Chris que se acercó a una pared para verificar los títulos.

—¿Qué genero te gusta?

—Me encanta todo tipo de género, siempre y cuando la historia sea buena, pero cuando es de misterio amo leer sobre un buen crimen, el asesino, los motivos y el desenlace. Me encanta cuando son los buenos quienes ganan siempre.

—Opino lo mismo. Creo que ya hay demasiada injusticia como para leer que el villano sale triunfante.

—Eso es cierto —una risa traviesa sonó detrás de ellos.

—Ustedes tienen mucho en común —el comentario inoportuno de Ángela no pasó desapercibido y esta mostró una sonrisa avezada—. Casi lucen como una pareja. Qué lindos.

El rojo adornó las mejillas de ambos. Chris se movió incómoda por la vergüenza, en cambio Aiden miró a Ángela como si deseara amordazarla con las extensiones de su cabello. Aaron se sentó a lado de su novia y dejó el teléfono sobre la mesita.

—La junta de la mesa redonda entra en sesión. Ya está cargado. Ahora veamos qué tiene.

La pareja ocupó los otros dos asientos de aquel círculo para observar a Aaron buscar el registro de llamadas. Todos se sorprendieron al comprobar que contenía dos números registrados, pero uno estaba en privado y ese aparecía casi en su totalidad en el historial de llamadas.

—¿Quién marca a un solo número? —preguntó Ángela extrañada.

—Alguien quien sólo estaba interesado en hablar con una persona, o que nada más tuviera a esa persona para hablar —respondió Aiden solidificando la teoría del novio.

—No podemos identificar el número —gruñó Aaron—. No tenía idea que los números podían aparecer así en esa época.

—Está como privado —se quejó Chris—. No podemos saber qué número tenía. El otro usuario fue muy cuidadoso en ello.

—Y tampoco podemos llamar si no podemos ponerle saldo a este teléfono —dijo Aiden que negó con la cabeza.

—¿Y de quién creen es el otro número que está registrado? —preguntó Aaron.

—Podemos averiguarlo —dijo Ángela que tenía su celular en mano.

—¿De verdad crees que después de tantos años alguien tenga el mismo número de teléfono? —preguntó Chris escéptica y Ángela movió los hombros.

—No perdemos nada con intentar.

—Tiene razón, además hay mucha gente que no cambia su número de teléfono en la vida —apoyó Aaron a su novia.

—Son demasiado perezosos —admitió Aiden y Chris tuvo que darles la razón.

Ángela marcó el número y puso el altavoz. Todos aguardaron a que el sonido de tono apareciera pero en lugar de eso la voz mecánica de la contestadora respondió el típico mensaje de "Número apagado o fuera de servicio".

—Nada —gruñó Chris frustrada.

—Tal vez era de algún amigo o un viejo conocido —habló Aiden pensativo, Chris por un momento pensó que quizás ese número podía ser de su tío más antes de siquiera sugerirlo Aaron interrumpió cualquier otro pensamiento que surgiera.

—Esperen, esperen. Llamó a otro número, miren —señaló el registro y todos se miraron a la expectativa.

—Llamó un par de veces, ¿llamamos? —preguntó Chris y Ángela sonrió de lado.

—Eso no se pregunta.

Marcó el número y todos aguardaron en silencio hasta que el sonido de tono resonó haciendo que sus corazones saltaran ante la esperanza y el miedo de quien fuese a responder al otro lado. Al tercer tono se escuchó una voz femenina.

—Consultorio del doctor Warrington, ¿en qué podemos ayudarle?

—Lo siento, me equivoqué de número —Ángela colgó y cruzó sus piernas, apoyando sus manos en estas—. El doctor Warrington es el viejo doctor de este lugar, ¿no? ¿Qué edad tiene?

—Tantos años como Matusalén —respondió Aaron dejándose caer en el respaldo—. Y es muy poco probable que en estos años cambiase de número.

—Es como el teléfono de la policía —agregó Aiden—. Sabes siempre a quién llamar cuando vives en una pequeña ciudad como esta.

—¿Y por qué mi tía vería a un doctor? —preguntó Chris confundida.

—Puede que estuviera enferma —pensó Aaron con detenimiento hasta que su expresión mostró cierta cautela mientras miraba a su amiga—. Oh quizás…

—Estuviera embarazada —soltó Ángela sin rodeos—. Si era una monja y tenía un amorío con un chico seguro que quedó embarazada y este no quiso hacerse responsable. También puede ser que el

convento se hiciera cargo de ello. En muchos lugares han pasado cosas similares —comenzó a explicarle con un aire de sabionda sin notar los sutiles gestos de los hermanos que le pedían se callara—. A pesar que la misma iglesia ha intentado encubrir estos horribles actos se han descubierto conventos en los que las monjas tenían amoríos con los padres y luego las sometían a un aborto para luego tirar el feto a una fosa común junto con otros más. Hay registros de habitaciones y cámaras secretas donde se realizaban este tipo de actos. Inclusive no hace mucho revelaron en Dublín una fosa con alrededor de ochocientos restos de fetos o bebés que la iglesia se encargó de exterminar para así cubrir sus pecados.

Chris no supo qué decir, se sintió mareada de repente. Aaron y Aiden notaron la palidez de su rostro y antes de poder preguntarle algo se levantó de su asiento.

—Necesito aire. Siento que me ahogo.

—Tranquila, es una teoría —confortó Aaron para que no se fuera y siguieran hablando—. Y Ángela, por favor, estamos en una situación delicada.

—Propuse una idea de lo que pudo haber pasado. No es mi culpa que tenga un corazón tan delicado a pesar de todo lo que me has dicho han experimentado con la radio.

—¿Me estás jodiendo? —Chris se dirigió a Aaron, dejando a un lado la angustia para pasar a la rabia —. ¿Qué tanto le has dicho?

—Eh… ¿me repites la pregunta? —Ella apretó los puños en su cara —. Lo siento, ¿vale? Pero como dije necesitábamos un punto de vista que no estuviese personalmente relacionado y de verdad te acaba de dar una teoría valida.

Aiden se golpeó la frente murmurando una maldición a lo bajo y Chris salió de la biblioteca sintiendo las náuseas y la ira juntarse en su estómago, necesitaba algo de aire o acabaría por gritar, y no quería que los adultos la escucharan maldecir o vomitar. Salió de la casa en largas zancadas sin que los mayores se dieran cuenta de su presencia. Se dejó caer en el balancín de la entrada, dejando que la meciera con suavidad mientras llevaba sus manos a su rostro. El frío se intensificó por el sudor de su frente pero no le importó. Necesitaba respirar, si su tía había sido asesinada por la razón de estar embarazada, ¿había tenido un primo que nunca nació? Era una teoría, era una estúpida teoría que aunque le doliera admitir Aaron tenía razón, era totalmente válida hasta que se demostrara lo contrario.

Sintió la presencia de alguien sentarse a su lado pero no levantó la cabeza de sus manos mientras seguía respirando.

—Hey, ¿estás bien? —preguntó Aiden con suavidad. Era extraño que su voz fuese mucho más apacible a pesar de las similitudes con la de su hermano. Asintió lento.

—Sí, lo siento. Creo que sobreactué allá, ¿no?

—No te culpo. La forma en la que habló no fue correcta. Ella lo ve como una investigación más que puede desentrañar sin pensar. No la justifico, usualmente no estamos acostumbrados a este tipo de situaciones que involucren a alguien cercano. Esto te toca en un nivel más personal porque está relacionado a tu familia. No puedes cambiar eso.

—Perdón. Yo… ya debería estar acostumbrada. No soy tan emocional y sin embargo han pasado tantas cosas… Ugh, dame un minuto o vomitaré—se sintió patética. Tenía deseos de llorar y no entendía por qué. Se sentía como una de esas tontas chicas que miran series y lloran a moco tendido por culpa de su protagonista favorito. Desvió su rostro a otro lado mientras respiraba profundo. Aiden le dio su espacio y lo agradeció mucho. Tras cinco respiraciones profundas se volvió a verlo, aguardándola paciente y llevando solo la delgada sudadera blanca a pesar del frío que había—. Hace frío, te vas a enfermar.

—Soporto bien el frío y tú estás igual. No te sientas mal, Aaron y yo podemos apoyarte en lo que necesites. Nada más tienes que pedirlo.

—¿Por el amor a la aventura?

—Por el amor a la aventura y al de una amiga —ella sonrió sintiéndose mejor y haciendo a un lado un mechón de cabello.

—Sin ofender a tu hermano pero tiene un gusto muy raro con las chicas.

—Se lo he dicho una docena de veces y mamá cientas. Ya nos rendimos con él.

—¿Y qué hay de ti? ¿Tienes a alguna novia rara que deba conocer que es fanática de las serpientes?

—No. No tengo novia.

—Ya veo, entonces espero ver qué tipo de novia de echas encima. De seguro será tanto o más rara que la de tu hermano.

—Que mamá no te oiga —rieron a lo bajo cuando la puerta se abrió y Aaron se asomó.

—Oigan, encontré un mensaje.

Volvieron a entrar a la casa y de vuelta a la biblioteca. Vieron a Ángela dejar el teléfono de último segundo y hacer como si nada hubiese pasado al mirar su celular, eso extrañó a Chris pero como los hermanos no dijeron nada pensó que se estaba volviendo paranoica. Aaron tomó el teléfono y les mostró el mensaje.

—Es el último que hay. Lee lo que dice —Chris tomó el aparato entre sus manos, pensando por un momento que hace muchos años ese teléfono estuvo en las manos de su tía para comunicarse con Clark Jensen y ahora era utilizado por su sobrina para averiguar su destino.

Leyó el último mensaje en voz alta para que todos escucharan.

—El momento ha llegado. Hay que hacer realidad nuestros votos. Este sábado tiene que ser. No puedo estar más tiempo alejado de ti. He comprado el boleto de tu libertad. Nada más tienes que pedirlo en la taquilla. Yo me reuniré contigo cuando regrese y así escapar hacia ti lejos de las normas eclesiásticas y lejos de nuestra prisión —se tomó un momento antes de leer el mensaje de respuesta— Mi tía escribió. Que así sea entonces. Y mientras me alcanzas dejaré una carta para ti en la estación donde te revelaré el mayor secreto del universo y al fin podremos estar juntos —terminó de leer y miró al grupo—. ¿Cuál es el secreto del universo? —lo pensaron un momento y Aiden respondió.

—Cuando dices universo puede ser diferentes variantes o connotaciones, pero creo que dada la naturaleza de este caso debe ser algo sentimental.

—Entonces deberemos regresar a la estación de trenes. Esperando que la susodicha carta siga allí y que ese bastardo no la haya tomado primero —dijo Aaron con decisión.

—La perfecta aventura —sonrió Ángela acomodando su cabello—. Con gusto los acompañaré. Conozco ese lugar como la palma de mi mano —Chris la miró esperando que estuviese bromeando. Si bien compartían cierto su gusto por la moda detestaba la ligereza con la que hablaba del caso de su tía. Estaba a punto de negarse cuando la puerta del estudio se abrió.

—Aquí están —dijo el señor Ashwood—. Chris, tu madre te está esperando, dice que ya tienen que irse.

—Oh, ya veo.

—Papá, queremos salir mañana con Chris para mostrarle la ciudad —dijo Aiden seguido de su hermano.

—¿Sabías que lleva aquí más de un mes y todavía no conoce nuestra pintoresca ciudad?

—Supongo que está bien, mientras no causen problemas y terminen sus deberes no veo inconveniente —Chris asintió a la invitación.

—Le preguntaré a mi mamá, con permiso.

Antes de salir miró un momento a Aiden y este le sonrió. Se sintió mucho mejor después de decirle lo mal que se sentía. Pasar un día con ellos después de clases sería estupendo.

•••

Regresaron a la casa con los corazones contentos y estómagos llenos. La habían pasado tan bien que se olvidaron de los problemas que las perseguían desde que llegaron allí. Chris miró a su madre que

seguía tan sonriente como cuando se despidió. Parecía casi mentira ver a su madre feliz como una colegiala y se alegró que tuviera buenos amigos como ella. Necesitaba con urgencia relacionarse con gente que no tuviera que ver con la iglesia. Ahora que lo pensaba, tal vez el haber ido a ese lugar fue lo mejor para ellas. Sentía que de alguna forma ambas habían madurado gracias a la gente y a los retos que han enfrentaron desde su llegada. La memoria de su hermano seguía allí, todavía dolía, pero ya no estaban solas. Mientras se acercaban recordó que había olvidado hablar con los gemelos acerca del padre William. Ese hombre mostró parte de su verdadera cara a ella y teorías locas comenzaron a aparecer en su cabeza. Hablaría con ellos sobre eso mañana y sin la presencia de la reina de la oscuridad.

Su casa al fin fue visible al entrar a la calle, pero notaron que alguien más aguardaba por su llegada.

—¿Ese es el padre Williams? —preguntó Sarah mientras iba acercándose.

—Es tu día libre y ya lo vimos en la iglesia. Si te pregunta que hagas algo dile que no puedes.

—Calma cariño, veamos que necesita —se estacionó al frente y salió de su auto seguida por su hija que miraba con recelo al padre—. Buenas tardes, padre, ¿a qué debo el honor?

—Buenas tardes, Sarah. Vine porque tu madre me pidió que te trajera unos archivos. Dijo que eras tú la que estaba organizando todo y pensé que me vendría bien un poco de aire en vez de dejar que la madre superiora se esfuerce en caminar hasta acá.

—¿Ha estado esperando aquí en el frío?

—La sotana es abrigadora, así que no se preocupen —bromeó con las dos aunque Chris no sonrió.

—Pase por favor, mientras tanto le prepararé un poco de té.

—Dios te bendiga.

Chris no dejaba de mirarlo, y este apenas le dirigió un vistazo con una sonrisa sardónica. Entró detrás de ellos atenta a cualquier movimiento en falso que hiciera, pero su mirada jactanciosa denotaba burla cuando se adentró al área de la sala. Algo estaba mal, ¿por qué se veía tan satisfecho? De repente un pensamiento asoló su cabeza y un ominoso presentimiento la invadió. Miró hacia las escaleras donde vio a Arquímedes aguardando escalones arriba inquieto, dando vueltas en círculos y apuntando con su naricita hacia el techo. Con el pánico inundando sus pensamientos subió los escalones de dos en dos y pasando a Arquímedes en uno de los saltos. Abrió la puerta de su habitación y lo primero que buscó fueron las cartas, la llave y la fotografía ensangrentada. Revisó el cajón de su escritorio y ya no estaban. Habían desaparecido.

—No puede ser…

—¿Buscas algo? —ella ahogó un grito de terror y tomó la regla de su escritorio. El padre Williams sonrió y dio un paso para entrar a su cuarto, examinando cada pequeño detalle del pequeño y deteriorado espacio con las manos tras la espalda—. ¿Estás bien? Pareces agitada.

—Sorprendida. ¿Por qué subió? —preguntó con tono duro aunque por dentro se estaba muriendo de miedo. El padre pareció no caer en su fachada de chica ruda.

—La verdad es que quería hablar contigo, Christina.

—¿Ah, sí? Pensé que la pequeña charla de mediodía fue suficiente para mandarlo a la mierda.

—En mi opinión esa charla quedó inconclusa. Te vi la otra noche entrando a hurtadillas con tus amigos a la iglesia. Eso no estuvo bien.

—¿Qué le hace pensar qué fuimos nosotros? Yo no voy al convento de noche y de día apenas que me arrastren —él le dedicó una sonrisa amplia y dentada. Parecía divertirse con la situación al igual que un gato que jugaba con el ratón antes de destriparlo.

—Te he dicho que no es bueno mentir. Supe que tenías un interés extraño con el lugar cuando te encontré fisgoneando en la Torre. Eres buena, lo admito. Y no tengo ni idea de cómo hiciste para encontrar la llave, pero te he observado y te tengo calada —habló acercándose a ella, la regla estaba a punto de clavarse en su pecho si es que alguno se movía un milímetro.

—Yo le llamo curiosidad. Y no he hecho nada malo. Así que no puede venir y amedrentarme en mi casa —lejos de borrar su sonrisa esta se ensanchó dejándola aterrada, sus ojos tenían un brillo de locura que le dio escalofríos hasta la médula. La miraba como si estuviera a punto de clavarle un cuchillo o estrangularla con sus propias manos, y su voz se volvió tan sigilosa como los pasos de un asesino en la noche.

—No te has dado cuenta de tus pecados, Christina. Mentir es pecado, y también robar. Y más a la iglesia que es la casa de Dios.

—Yo no le he robado nada.

—Lo has hecho. Has robado todas estas cosas y eso no puedes ocultárselo a Dios. Así que te pediré, por tu propio bien, que no vuelvas a pisar la iglesia o el convento si no es por razones meramente religiosos.

—¿O qué? —escupió la pregunta entre dientes intentando que él no notara el miedo que sentía, pero lo notaba, y su sonrisa era la de un tiburón.

—O tomaré medidas drásticas… y no te va a gustar.

—¡Padre Williams! —llamó Sarah desde abajo y él apenas y giró su cabeza sin dejar de verla.

—¡Ya voy! ¡Subí al baño un momento! —se dio la vuelta y habló con su usual tono amigable—. Ya debo bajar, pero toma mi siguiente

consejo. No dejes que la curiosidad te guíe o descubrirás cosas que quizás no te gusten. La curiosidad hacia lo malo es un castigo que Dios no tolera en el hombre, y en tu caso hay cosas del pasado que es mejor no remover, y más siendo ajena a esto. Cuídate mucho, Christina. No quieres darle un disgusto a tu madre —salió de la habitación dejando atrás su amenaza.

Chris apretó la regla con fuerza y escuchó sus pasos bajar la escalera mientras cantaba un estribillo de Jesus Loves me. Cerró su puerta y se lanzó a su cama, retirando la esquina de la funda del colchón con la esperanza de que no le hubiese quitado también la vieja fotografía familiar y la carta de su tío, y allí estaban. Sintió un breve alivio y luego la ira ante su propia vulnerabilidad se abrió camino. ¿Cómo había podido entrar a su casa? En su mente llegó la imagen de su abuela, ella tenía una copia de la casa, ¿y a ella la llamaba ladrona? Lanzó su almohada a la pared y se dirigió a la ventana donde vio al padre salir de la casa tras despedirse de su madre. Caminó campante hasta salir de la propiedad, y estaba segura que debajo de la sotana estarían las cartas, la llave y la foto de su tía. No importaba, tenía copias en su celular y ya las recuperaría al mismo tiempo que averiguaría las oscuras razones que tenía. Debía ser más cuidadosa. Había más pistas qué seguir y seguro más pruebas por obtener; y llegado el momento la verdad saldría a la luz y nadie, ni siquiera él, podría evitarlo. Este no sería otro caso que la iglesia buscaría encubrir, porque no había fosa lo suficientemente profunda para callar a los muertos.

14

Cuando el sol se alzó por el horizonte, Chris apenas pegó ojo en toda la noche. Los cortos intervalos de sueños estuvieron plagados de pesadillas sobre el padre Williams que la acechaba en la oscuridad. Su cabeza trabajó en mil teorías distintas, cada una tan torcida y demente como la anterior sobre lo que estaba escondiendo el religioso. Pero la más válida de todas, y la que marcaba todo el juego, era la teoría de que tuvo al asesino frente a ella todo este tiempo. No había duda, tenía que ser él o no tendría sentido… Clark Louis Jensen estaba presente entre ellos y la había amenazado la tarde anterior. La línea enemiga se había trazado y no iba a dejarse intimidar por un religioso de quinta.

«Excepto claro, que quizás este ya ha matado antes»

Maldita fuera su consciencia. La sangre Hallow estaba en sus manos, sino de qué otra forma le negaba el derecho de investigar lo que ocurrió tantos años atrás. Tendría que investigarlo a fondo. Ese había sido un error garrafal de su parte, debió haberlo hecho cuando mostró los primeros signos detrás de su fachada.

Miró el reloj, todavía faltaban unos pocos minutos para las siete de la mañana y despertar a esa hora era casi antinatural en ella pero no se sentía con ganas de seguir acostada. Se levantó y bajó a la cocina para prepararse un café. Escuchó ruido en las escaleras y salió con la taza humeante a la sala, mirando fijamente a la puerta, esperando a que se abriera y que el padre mostrara su cara para tirarle el café caliente encima. Para su decepción se trataba de Arquímedes bajando en saltos las escaleras.

—Hola, bola de pelo. ¿Tienes hambre? —le preparó un pequeño plato con fruta y queso. Desde que Arquímedes dio a conocer su identidad el problema de plaga se detuvo. Tal vez porque al final era el único roedor de la casa y las cucarachas estaban bajo sus órdenes como soldados. La idea lejos de darle asco le parecía hilarante, y hasta un poco tierna al imaginarse a ese pequeño roedor con un sombrero del ejército dando órdenes a diestra y siniestra—. Aquí tienes, Arquímedes, aprovecha que es el único momento en que puedo darte de comer. Debo pensar en cómo decirle a mamá sobre ti —tomó un periódico del New York Times para distraerse, su madre lo había comprado en un puesto de revistas en el que vendían diarios de distintos estados del país, incluyendo Canadá. Ojeó las páginas con desinterés, apenas y leyendo los encabezados. No le atraía leer sobre los accidentes ocurridos, los nuevos escándalos, o sobre el 'Sangriento Justiciero' que aterrorizaba su antigua ciudad, aunque antes gustaba leer sobre este último y los escabrosos asesinatos que realizaba a

personas que en realidad eran monstruos tras máscaras de perfección en la sociedad. Pasó la noticia, esa ya no era su ciudad. Lanzó el diario al bote de basura detrás de ella y se concentró un momento en ver comer a Arquímedes. Si Arquímedes pudiera hablar seguro que le contaría todo sobre su tío. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había creado la radio? ¿Por qué le dejó a ella y a su hermano esta enorme responsabilidad? Fuesen cuales fuesen las respuestas estarían por ahora en el misterio. Ahora tenía que cocinar antes de ir a la escuela.

Sarah se levantó por un delicioso aroma. Se colocó su abrigadora bata afelpada que la hacía ver como un Twinky y bajó las escaleras. Su hija estaba sacando del horno dos ramekin y unas hogazas de pan. No parecía haber dormido bien pero ella no era nadie para juzgar. A pesar de sus más de diez horas de sueño se sentía tan cansada como si hubiese dormido dos por culpa de los problemas económicos que pronto las estarían ahogando sino aprendía a administrar mejor su dinero. Se acercó a su hija y al verla sonrió lista para ayudarle a poner la mesa.

—¿Qué has hecho hoy, cariño?

—Huevos cocotte. Encontré la receta por internet y quise probarla. Es una receta francesa.

—Se ven muy bien.

Se sentó aspirando el delicioso aroma de los huevos. Antes de venir allí su hija apenas y cocinaba lo que había en una caja, quien siempre cocinaba cuando ella no podía era Ricky. Su sazón era diferente si los comparaba, pero era tan buena como la de él. Su hijo era un chico que le gustaba crear, soñar y saber cómo funcionaba todo alrededor, buscando crear lo que otros creían imposible. En cambio su hija, tan tímida con el mundo, le gustaba estar rodeada de libros y juegos, no conocía otro hobby y eso a veces la asustaba. El mundo la había decepcionado tantas veces que se refugió en una familia que terminó rota al final. Bien podía culpar a su marido de lo sucedido pero ella también tuvo parte de la culpa. Quien sabe lo que hubiera pasado si hubiese sido más firme en su momento.

“Necesita practicar algún deporte. Es un chico por el amor de Dios”.

“Necesita salir, ejercitarse, no estar rodeado de máquinas y computadoras. Necesita hacerse fuerte”.

Su hijo sí era fuerte. Sabía bien lo que tenía pensado hacer terminando la escuela, sabía bien que su esposo se molestaría cuando lo descubriera y aun así Ricky tenía la intención de estudiar lo que él quería. Pensó que apoyándolo en su carrera sería una forma de enmendar los errores cometidos en los últimos meses… Se equivocó. No se pueden enmendar los errores pasados con una acción futura estando en el presente. Sin embargo, después de ayer sentía que podía

dejar de lado parte de su resentimiento con el mundo. La vida seguía y podía estar con su hija para apoyarla en todo. Su sentir no desaparecería pero no dejaría que la culpa la ahogara, aprendería la fortaleza de su hijo, no se flagelaría en un trabajo sin futuro y esperando la ayuda de un marido que buscó el camino fácil. Su hija le dejó una taza de café y se sentó a la mesa con ella. Una sonrisa se formó en su rostro esperando con ansias su opinión. Hundió el pan en la suave yema del huevo y probó bocado. Estaba delicioso.

•••

La campana sonó y salió corriendo del salón no deseando perder ni un minuto más en aquel recinto del saber, o quizás del deber, porque al final de su vida estudiantil todos esos conocimientos de seguro no le servirían ni un carajo. Estaba contenta de que su madre le diese permiso de pasear con los Ashwood. Aunque le pareció incómodo la sutil sugerencia de interesarse por uno de ellos. Al salir, los hermanos ya la estaban esperando, le parecía perfecto pasar la tarde con ellos ya que así podría hablar de su nuevo descubrimiento. Se acercó a ellos trotando hasta que escuchó la canción de Crawling de Linkin Park que tenía como tono en su teléfono. Contestó frente a ellos.

—¿Hola?

—Cariño, hola. Siento llamarte pero necesito que traigas la caja de herramientas a la iglesia.

—¿Ocurre algo?

—Necesitan hacer unas reparaciones menores, no es nada serio. Sin embargo, no encontramos la caja de herramientas del convento.

—Bien, no veo problema en dejarte eso en la iglesia.

—Gracias. El padre Williams estará muy contento —endureció su expresión ante la mención del padre. No sabía cómo iba a reaccionar pero era mejor aparentar frente a él.

—Claro. De seguro que estará feliz. Te veo luego, te quiero —colgó y miró a los hermanos que notaron la repentina tensión en ella.

—¿Pasa algo? —preguntó Aiden primero y ella asintió.

—¿Es algo que te molesta o alguien? —Preguntó Aaron—. Es decir, ya le hemos hecho algunas bromas al señor Miller pero si quieres podemos subir el nivel.

La idea era tentadora, ya que había visto de primera mano cómo habían puesto en la página de la escuela una fotografía de su calva brillante como la luna que transformaba a un hombre lobo, o cómo olvidar los cohetes en el baño, por suerte el señor Miller ya estaba sentado. Pero esta vez su problema no era con el malvado profesor. Si algo había aprendido de las series de misterios era que guardar un

secreto a tus colaboradores llevaría a múltiples malentendidos difíciles de corregir. Esto era la vida real y también su cuello podía estar en riesgo.

—Hay algo que tienen que saber…

•••

Las hermanas de coro ensayaban los cantos que iban a dar el próximo domingo. El padre Williams intentaba arreglar los fusibles, los cuales habían terminado quemándose en un corto circuito que asustó a los presentes. Sarah estaba a su lado, mirando lo que hacía e incapaz de saber en cómo ayudarle así que nada más tenía que esperar a que él hiciera todo el trabajo. Se distrajo un poco con el coro. Lo hacían muy bien, pero quien destacaba del grupo era la hermana Rosemary que contaba con una privilegiada voz. La batuta se movió hacia ella y las hermanas le dejaron en un solo que avergonzaría a cualquier prima donna. De repente notó su mirada sobre ella, seria y escrutadora, nada que ver con su dulce canto. Desde su último encuentro la hermana se había mostrado demasiado fría y dura, tanto así que hasta evitaba pasar por donde mismo que ella y hasta evitaba hablarle sino era necesario. Intentó varias veces hablarle pero siempre se mostraba tan hermética que era demasiado incómodo y lo dejaba de lado. Preguntó a la hermana Dolores si sabía algo pero no supo decirle nada más que un par de rumores de los cuales dudaba. Había escuchado esos rumores, como que estaba enamorada del padre pero que este le había rechazado, o que mantenía su amor en secreto y que por eso se mostraba arisca con él, no tenía idea de qué era verdad o no. ¿Acaso estaba celosa de ella y el padre? ¿O sería que no le gustaba lo cerca que el padre Williams estaba de su familia?

—¡Agh!

—Padre Williams, ¿está bien?

—Creo que se me han parado los cabellos. Voy a intentar algo que aprendí como misionero, pero si no funciona tendremos que llamar al electricista.

—Mi madre no estará contenta con ello.

—Los gastos son necesarios. No podemos decir no a lo que refiere al cuidado del lugar —Sarah ya estaba resignándose a escuchar el regaño de su madre por gastar el dinero de la caja sin notar la mirada que el padre Williams le daba—. Ha de ser difícil criar a una hija sola. ¿Le va bien?

—Claro. Mi hija es muy tranquila. Y no es de las que se meten en problemas.

—Parece una joven muy centrada. Pero los jóvenes a esa edad

tienden a necesitar un poco más de atención.

—Bueno, bien quisiera pasar más tiempo con ella, pero apenas y tengo tiempo para mí —no mentía, se podía ver en su cara que no tenía tiempo para ella por su maquillaje descuidado y el leve bigote que asomaba sobre su labio superior.

—Debería hacer un poco de tiempo para usted y su hija. Se lo digo por experiencia. A veces los jóvenes pueden descarriarse un poco. Hacen malas amistades, cometen errores que creen que es para bien, guardan secretos a los padres… —tenía ahora su completa atención—. No digo que Christina pueda hacer algo malo pero hay que estar al pendiente de los hijos en esa etapa de la vida, sé que han sufrido una gran pérdida y lo entiendo, por eso me preocupa Christina ya que es cuando somos más vulnerables a las malas influencias —la vio pensar seriamente en sus palabras e intentó disimular la sonrisa que se formó en sus labios—. Es el deber de todo buen padre para con sus hijos. Así como Dios nos guía cuales corderos.

—Mamá —el primero en voltear fue el padre Williams, mostrando una ligera sorpresa al ver que no venía sola. Los gemelos Ashwood estaban a su lado y no parecían gustosos de verlo.

«Predecible pero a la vez no tanto. Parece ser que no eres exactamente como creía que eras»

Ocultando cualquier sorpresa sonrió a los jóvenes y se acercó con su usual pasividad.

—Nos alegra mucho que vinieras tan pronto, Christina. Y también vas bien acompañada.

—Sí, ¿qué puedo decir? Tengo muy buenos amigos —sonrió de la misma forma que el padre y los hermanos la imitaron.

—Es nuestra amiga y quisimos acompañarla —dijo Aaron rodeándola con su brazo de manera protectora y Aiden sonrió al padre con cierta malicia.

—Y no la dejaríamos cargar sola una caja de herramientas tan pesada, no sería lo correcto —Aiden tenía la caja y al dársela al padre la dejó caer haciendo que este reaccionara antes de que cayera sobre su pie.

—Uff, vaya que sí es pesada. Muchas gracias por traerla chicos.

—Fue un placer —sonrió Aaron a pesar de estar decepcionado de que la caja no hubiese caído.

—Podemos ayudarle si lo necesita —ofreció Aiden dispuesto a ayudarlo a electrocutarse.

Sarah estaba encantada por la “generosa ayuda” que estaban ofreciendo, pero a él no lo engañaban. Sin embargo, ellos eran niños y él tenía mucha más experiencia que ellos.

—Gracias, pero podemos apañarnos con esto. Aunque ya me acuerdo… Christina, tu madre me dijo que ustedes no tienen una

biblia. Tengo un par en mi oficina. ¿Puedes llevártelas? Puesto que llevas la mochila —notó que los hermanos se adelantaron un poco deseando intervenir pero la joven dio un paso al frente y le habló con falsa cortesía.

—Claro. No me molesta.

Caminaron hacia la puerta que iba al cuarto del padre y las hermanas pasaron a practicar escalas a su lado. Entraron y pudo ver que ella inspeccionaba con disimulo cada rincón de su humilde morada. La pequeña cocina estaba casi en el fondo a la derecha, un amplio librero estaba pegado a la derecha de la entrada y ocupaba gran parte de la pared hasta el techo. Había otro librero más pequeño adornando la pared izquierda, una pequeña mesa redonda con tres sillas a juego en el centro, un ventilador con luces, un cómodo sillón reclinable, y en el fondo pegado a la pared estaba la cama con un buró al lado y el baño detrás de una puerta frente a la cama. El cuarto estaba pulcro y sin nada fuera de lugar a pesar de las cajas de cartón que estaban amontonadas cerca de su escritorio, lo que le impidió adivinar dónde estarían sus cosas. Admiraba tal perseverancia, pero tenía que ponerla en su lugar por su propio bien.

—Aquí están. Toma, estoy seguro que te ayudará en los momentos difíciles.

—Gracias —las tomó con una sola mano y las puso en su mochila —. Si eso es todo me retiro.

—Es todo, por ahora. Que pases una buena tarde, Christina.

Ella se fue de allí con sus amigos guardando el temple en todo momento. Él dejó salir un suspiro largo y después negó con la cabeza, divertido por la situación que se le presentaba.

—Definitivamente las Hallow son todo un quebradero de cabeza.

Al salir la hermana Rosemary estaba interpretando otro solo, cantando con la mirada al cielo como si desease que Dios escuchase su melodiosa voz. Este lanzó un bufido a lo bajo y notó a Sarah que escuchaba anonadada tal muestra de talento desmedido. Admitía que su voz era hermosa, similar al trinar de un gorrión al amanecer, pero Dios no respondería a su ferviente devoción que con tanto anhelo ella añoraba, él lo sabía de primera mano. Dios no quería ofrendas de gracia y júbilo, Él respondía con ofrendas de sangre y eso es lo que le daría llegado el momento…

Se puso los guantes y tomó los alicates de la caja.

—Bien, vamos a reparar esos fusibles o moriremos en el intento.

•••

Teacup Hat era el sitio de moda del pueblo. Daba a sus clientes la bienvenida con un sutil aroma a vainilla y café, ofreciendo para acomodarse seis mesas redondas, cada una con cuatro sillas e invitándolos a admirar el tono azul cielo en las orillas de las mesas y las sillas, dejando el centro decorado con un color crema y un círculo más pequeño en el centro de color blanco donde estaba la silueta de un conejo con sombrero, las paredes estaban igualmente adornadas con imágenes y escenas sacadas del libro de Alicia en el País de las maravillas, los personajes eran siluetas oscuras, más los escenarios estaban llenos de color con un toque estrafalario sumado al encaje blanco en las orillas que los hacían lucir como una estampa única. En el fondo estaba la caja registradora con un refrigerador que mostraba los postres disponibles, y detrás un pizarrón que tenía anotadas las bebidas y especialidades del día acompañadas de dibujos bien hecho con los gises. Se acercaron a pedir y un chico con barros en la cara les dedicó una sonrisa amable, normalmente estaba acostumbrada a que chicos de esa edad le preguntaran con una expresión hosca su pedido.

—Bienvenidos al Teacup Hat, ¿qué es lo que desean?

—Gracias, ¿tienen algo frutal? Algo sin café —pidió Chris al ver la cantidad de frapuccinos que había en el menú, no creía que su sistema pudiese soportar más cafeína.

—Tenemos una selección de malteadas, chocolates y frappés frutales. Esta semana tenemos la especialidad Cherry Bomb, un frappé de cereza, con sirope de fresa y crema batida con una cereza en la punta.

—Oh, lo siento, soy alérgica a las cerezas —notó de reojo cómo Aaron le daba un golpe en las costillas a su hermano por alguna razón desconocida.

—Entonces ¿qué tal un Strawberry Berry? Es de fresas, moras y está decorado con crema batida y pedazos de fresa.

—Suena bien.

—Yo sí quiero el especial de hoy —respondió Aaron.

—Para mi un chocolate caliente con malvaviscos y galleta — pidió Aiden tras unos momentos.

Después de que les dijeran que les llevarían sus órdenes se dirigieron a una de las mesas para comenzar a charlar. Chris dejó su chaqueta en el respaldo de la silla y su teléfono a un lado, captando las miradas de los hermanos.

—¿Qué?

—¿Es un IPhone nuevo? —preguntó Aaron.

—Es un modelo pasado, aunque lo cuido con mi vida. No soy de las que van comprando teléfonos inteligentes cuando sale uno nuevo, pero este fue un regalo de cumpleaños del año pasado. Y tiene una

cámara genial.

—¿Tienes juegos? —preguntó Aiden curioso.

—Unos cuantos —respondió mirando un momento su celular. Habían pasado meses desde que jugó por horas un video juego. Tenía tantos juegos que no sabía ahora ni cómo jugarlos. Ni siquiera su juego favorito al que había tenido en el olvido por meses, y eso que hizo hasta lo imposible con tal de ganar puntos para desbloquear al siguiente personaje, uno de sus favoritos. Su vicio por los videojuegos quedó en el olvido después de lo de Ricky y no había tocado uno solo en todo ese tiempo. Era una actividad que hacían juntos cuando no salían o estaban en sus pasatiempos. Y se imaginó que algún día crearían multitudes juegos para que cientos y miles de personas jugaran. No lo decía por decir, era buena programando. Tuvo un prototipo en el que estuvo trabajando con su hermano por meses, pero en un impulso provocado por el dolor y la ira lo borró de su computadora y se arrepintió días después. Su consola también se descompuso en ese tiempo y no tuvo fuerzas para llevarlo a arreglar o comprarse una nueva, aunque si lo pensaba ahora no tenía dinero para comprarse una consola ni un teléfono nuevo. Era algo doloroso para su corazón de chica gamer.

Pusieron sus bebidas en la mesa y agradecieron sin mirar al encargado, pero apenas Chris iba a probar su bebida se topó con la sonrisa burlona de Ángela.

—Hola, chica. Parece ser que llego temprano.

—Hola — intentó disfrazar su desagrado pero fue difícil, miró a los hermanos que desviaron la mirada hacia arriba como si el techo fuera mucho más interesante del mundo, no obstante no podía negar que el techo sí era un excelente distractor por tener las distintas versiones de Alicia, desde el libro, hasta las películas y el video juego. Ángela se sentó frente a ella y con una sonrisa más amena comenzó a hablar.

—Oye, lamento mucho lo de ayer —se disculpó—. Normalmente no digo ese tipo de cosas pero tu caso es… algo especial —chasqueó sus dientes y luego se inclinó a ella—. Y esa radio tuya es toda una joya.

—¿Gracias? —su mirada comenzaba a incomodarla.

—Lo digo en serio. ¿Sabes cuántos parapsicólogos intentaron crear un aparato que de verdad pudiera comunicarse con los muertos? Las primeras invenciones de ese tipo se catalogaron como farsas, grabaciones sin importancias. Pero esa radio puede ser el pilar de un mundo que sigue desconocido para todos.

—¿A qué te refieres?

—No quisiera sonar como una oportunista, pero ¿has pensado en hacer un canal de Youtube? ¿O quizás algún blog? Esa cosa puede llevarte al estrellato. Incluso te convertirías en el icono de lo

paranormal.

—No me interesa hacer fama con esto —para su desconcierto Ángela lanzó una carcajada al aire.

—No te creo —se rio haciendo su cabello hacia atrás—. ¿Entonces por qué estás con los gemelos Ashwood? —su sonrisa zalamera la irritó, la hacía sentirse como una estúpida ante lo que estaba sucediendo y eso era algo que odiaba de la gente.

—Puro interés. Nada que ver con sus canales. Así que si ya terminaste de hacer sugerencias que no vienen a este caso puedes levantarte e irte, porque mis asuntos son con estos dos y tú vienes sobrando.

Los hermanos parecieron a punto de intervenir e incluso ella pensó que la reina de las nieves tomaría su bebida y se la lanzaría a la cara, más Ángela dejó de lado su petulante sonrisa y se recargó en la mesa, sonriendo con mucha más amabilidad.

—Ahora veo porque me dijeron que eras como un hueso duro de roer. Vale, me he pasado pero no por mala fe, chica. Simplemente quería saber si tus intenciones eran de verdad desinteresadas a lo que hacemos —pudo leer la duda en el rostro de Chris—. Cada uno es conocido en el medio. No soy tan mala aunque lo parezca, me gusta el cuero negro y adoro mi cabello pintado de colores extraños dependiendo la temporada o mi humor, pero mis tatuajes y la mitad de mis perforaciones, aquí entre nos, son falsos. Pero me hacen ver con más edad y más interesante ante mis suscriptores. Y todos tenemos un sistema de monetización de la cual cualquiera intentaría aprovecharse.

—Espera, ¿de verdad se puede ganar dinero en YouTube? —Preguntó incrédula y se volvió a los hermanos — ¿Y ustedes dos cuánto ganan con cada trasmisión? —estos no respondieron, sino que volvieron de nuevo su vista al techo evitando responder.

—Deberían hacer un retoque en el sombrerero, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo —Ángela agitó su mano en el aire.

—Mejor no les preguntes. Decirlo es considerado sacrilegio. Pero ganamos dependiendo de la popularidad y vistas del video, aunque si hacemos cálculos, y si eres la bomba del internet, ganarías en una semana lo equivalente a lo que gana un profesionista al mes —Chris sintió que su corazón se detenía.

—Dios… he desperdiciado mi vida —su drama hizo reír a Ángela, esta vez con una risa clara y fresca.

—Eres graciosa. Y de verdad lamento mucho comportarme como una perra ayer, esto debe ser muy importante para ti.

—Disculpa aceptada —musitó recuperándose de la impresión—. Entonces, ¿cuál es el plan de hoy? ¿Qué investigaremos? —preguntó dando unos sorbos a su bebida y los hermanos regresaron su

atención a ellas.

—Hoy vamos a descansar un poco, tus ojeras dicen que necesitas despejarte. Así que primero te llevaremos por los alrededores para que conozcas algunos locales y puestos —dijo Aiden.

—Y luego te llevaremos al parque de diversiones abandonado, luego al cementerio que está casi a las afueras… —intentó enumerar Aaron los lugares y Ángela prosiguió.

—Las vías del tren en el puente tienen la mejor vista, también el risco de los enamorados donde se dice que una mujer se suicidó, y el sanatorio donde un incendio arrasó con todo hace cincuenta años es un punto clave paranormal, y después…

—¿Es que nada más me van a llevar a lugares embrujados?

—Sí.

—¡Sí!

—No.

La pareja vio a Aiden con desánimo y este endureció su mirada.

—Queremos mostrarte los alrededores, no que termines por no salir de casa.

—Lo siento —se disculpó Aaron a desgana.

—Nos emocionamos un poquito —se disculpó Ángela con una sonrisa—. Pero algunos de los sitios son íconos de la ciudad y te aseguro que te gustarán.

—Si no me hacen correr a casa, acepto.

—¡Ese es el espíritu! —Aplaudió Ángela con ánimo—. Y no te preocupes, que de día no pasa nada en esos lugares.

Prefirió no responder a su aseveración, y los hermanos volvieron a poner su vista en el techo sorbiendo sus bebidas.

•••

El tour fue más que informativo. Descubrió que anteriormente el pueblo se dividía en dos secciones, en donde la zona este era habitada por gente de clase media y baja, y la oeste por gente adinerada. Si lo pensaba bien no habían cambiado demasiado las cosas, más porque ella vivía en la zona este y los Ashwood en la oeste. Especificaron que en el este vivían distintas etnias latinas, afroamericanas, e incluso indios americanos. Después de la segunda guerra esto cambió gracias al alcalde que señaló la discriminación y el racismo en la comunidad. Proponiendo cambiar la zona para su mayor prosperidad con ayuda de las generosas donaciones de los ricos del pueblo, quienes, tras un discurso que los dejó en evidencia, aceptaron ayudar para no ser señalados por seguir la ideología nazi ante la notoria discriminación; relatándose que en esos años existió un rumor de que nazis se habían

alojado en los Estados Unidos para evitar ser encarcelados, una buena jugada del alcalde de entonces.

En los años setenta se alcanzó al fin la comunión entre todos y el pueblo creció tres veces más. En ese tiempo el parque de diversiones Morning Day fue un proyecto que comenzó próspero pero que cerró en los años noventa después de diversos accidentes que cobró las vidas de varias personas, entre ellas niños. Ahora estaba como una de las tantas edificaciones antiguas y olvidadas en algún lugar de la zona boscosa a unos veinte kilómetros del pueblo.

El sanatorio Morning Life pasó por el mismo destino. Siendo edificado a inicios del siglo XX se convirtió en el corazón del lado este del país ya que debido a su ubicación en medio del bosque era el lugar idóneo para tratar enfermos o que sus familiares los abandonaran. Fue una noche en los años sesenta que el sitio entero ardió hasta los escombros, sin saber qué o quién originó el fuego que mató a más de cien personas en el interior, contando a pacientes y médicos. Se decía que en las noches de verano podía verse el fuego que destruyó el lugar hace tantos años atrás, y así también escuchar los gritos de agonía de los fallecidos.

Tenía que admitir que el lugar tenía historia.

Recorrieron un pequeño mercado en la plaza, donde Chris miró con interés algunos cuadros de paisajes de ciudades de Francia, Londres, Italia y Ámsterdam, después su atención se centró en un pequeño puesto que vendía figuras de madera y llaveros. Le encantó un llavero de una flor, el tallado era hermoso y se veía lindo pero su presupuesto estaba tan ajustado que lo dejó ir con dolor. Usaron el autobús para moverse en los alrededores. Pasaron cerca del cementerio, luego hicieron una parada para comprar comida en un camión de comida, y de allí hasta el viejo puente mientras hablaban de temas variados como películas, videojuegos, series y breves anécdotas de la vida. La pareja hizo hincapié en que tenían preferencia por personajes serios y enigmáticos, y no dejaron de insinuar que entre ella y Aiden harían una linda pareja. Aiden permaneció callado pero después de las constantes pullas especificó que le iban las chicas femeninas y lindas. Chris no pudo evitar sentirse un poco decepcionada, no entendiendo la razón, pero empujó el sentimiento y bromeó que cuando se consiguiera una chica así que se preparara para una recibir más de cien mensajes al día con emoticones rosas y cursis.

El viaje fue agotador al puente, pero al final valió la pena. Kilómetros y kilómetros de pinos se extendían ante su vista. Sentándose en la orilla del puente que fue alguna vez parte del trayecto del tren a comer hamburguesas y papas fritas. Observó el paisaje maravillada de ver el mundo desde otro ángulo. Por primera vez en mucho tiempo sintió que era libre. Libre de cargas, libre de

preocupaciones, libre de los problemas del mundo, todo minimizado desde ese punto. Sentía que flotaba al fin sobre la superficie de ese mar de la vida que la ahogaba constantemente, dejándose llevar por la corriente. El mundo le decía que todo era relativo. Estaría bien. Todo el mal pasaría.

Aiden gritó a la nada, seguido de Aaron y Ángela que gritaron al mundo al mismo tiempo. Un coro de gritos por la libertad y la individualidad se alzó, sin importarles si alguien los escuchaba, ¿pero quién podría hacerlo después de todo? Y si por pura casualidad alguien se encontraba en los alrededores ¿qué importaba? No esperaban respuesta ni un eco extraño que resonase con ellos. Los acompañó en sus gritos, uniéndose a la rebelión contra el mundo, sacando los últimos resquicios de su drama adolescente y liberando el nudo cuya molesta existencia la había oprimido durante mucho tiempo. Todas sus penas y preocupaciones huyeron en tropel. Sintiéndose ligera a pesar de la hamburguesa y la ración doble de patatas en su estómago. Riendo y gritando con sus amigos hasta que no pudo más.

Tras seguir el camino del puente llegaron hasta un prístino lago rodeado de vegetación. Era similar al lago en Central Park, pero esta belleza natural era autentica y el hombre no le había puesto la mano encima. Aspiró el aroma del agua y del bosque, llenando sus pulmones que ahora gustaban del aire sin smog de esa pequeña ciudad. Nadie tenía pensado entrar al agua helada así que se quedaron sentados un momento bajo un árbol, disfrutando de los sonidos del bosque hasta que los enamorados decidieron dar una vuelta dejándolos solos.

—No pensé que hubiera un lugar así. Es tan… tranquilo.

—¿No hay muchos lugares así en la ciudad?

—Central Park tiene un lago, pero está tan lleno de gente que a veces puede ser asfixiante.

—Ya me imagino. Creo que no soportaría vivir en un lugar así toda mi vida.

—Supongo que para alguien que ama la quietud, Nueva York queda como la última opción para vivir.

—No siempre me gusta la quietud. Sino no estaría con mi hermano —sonrió recargándose en el árbol—. Pero amo estos sitios. ¿Sabías que estamos bajo un abeto de Douglas? Estos sólo crecen en Oregón y en algunas partes de Canadá.

—No lo sabía. No sé nada de plantas. Ya sabes, vida de ciudad.

—¿Y extrañas un poco la ciudad?

—La extrañaba todos los días desde que llegué aquí —confesó—. Pero al pasar el tiempo creo que me he ido acostumbrando a este sitio —le daba vergüenza admitir que era por ellos que empezaba a gustarle—. Claro, un Starbucks sería genial. Y ni qué decir de un

Forever21 —Aiden se rio con fuerza, fue una melodiosa y sincera risa que le cautivó—. Me gustaría preguntar, ¿cómo es que conocieron a la reina del cuero negro?

—Ah, esa es una historia un poco vergonzosa —confesó rascando su nuca pero no dudó en contarla—. Estábamos en el sanatorio abandonado. Fue un viaje largo y el autobús nos dejó mucho más alejado de la ubicación original. La idea era ir de día pero el autobús tuvo un retraso y cuando llegamos el sol estaba a menos de una hora de ocultarse. Es un sitio de miedo. La pintura cayéndose de las paredes y techos, las camas de hospital vacías y oxidadas, las sillas de ruedas abandonadas en medio de alguna sala y los grafitis de adoren al diablo, ya sabes —contó gesticulando con las manos como si de verdad señalara cada aspecto y Chris podía imaginarse sin problema lo que describía—. Y luego, Aaron tuvo la brillante idea de bajar al sótano.

—Oh, siento que viene lo bueno —él lanzó un bufido pero la sonrisa en sus labios le decía que estaba en lo correcto.

—Bajamos al sótano. El sitio era oscuro a morir, tenía un olor rancio y por un segundo incluso pensamos que nos encontraríamos un cadáver.

—¿Y lo encontraron?

—No, pero nosotros fuimos los que casi terminamos como cadáveres. Al bajar encontramos el enorme espacio vacío a excepción de una puerta de metal. Y como no, entramos.

—Déjame adivinar, fue idea de tu hermano.

—No, mía. Admito que también tengo una poderosa, y casi suicida, curiosidad. Pero apenas entramos la puerta se cerró por un resorte, y como tiro de gracia, se abría por fuera. Intentamos salir por los medios posibles pero estaba por completo sellada y estaba muy oscuro. Así que para pasar el rato investigamos ese cuarto con nuestras linternas, encontrando con horror que… era usado como una sala de operaciones.

—¿En serio? —preguntó estupefacta y tras unos momentos de tensión Aiden rio.

—Claro que no. Era un cuarto de lavado pero no suena tan interesante —Chris rio y Aiden también—. Nos quedamos allí hasta que la batería de la cámara se agotó. Intentamos llamar a nuestros padres pero no teníamos señal, así que cuando anocheció estábamos seguros que nadie iría a ayudarnos. Y fue que alguien tocó a la puerta al escuchar ruidos. Nos sentimos aliviados. Sin embargo, cuando la puerta se abrió y vimos a nuestra salvadora gritamos de espanto. Ángela estaba de negro, de pies a cabeza, con esas blusas vaporosas que lucen una talla más grande, botas enormes, maquillaje gótico, y en ese tiempo su cabello era negro y sus ojos tenían contactos

blancos.

—¿Quién gritó como niña? —preguntó sin malicia alguna, cosa que le gustó a Aiden porque no lo hacía con el afán de ofender.

—En mi defensa, Aaron me abrazó más fuerte que yo a él. Pero después de presentarse ella se rio de nosotros. Lo sorprendente del caso fue que la manilla de la puerta se partió al intentar abrirla, y ella tuvo que buscar otra forma de sacarnos, rompiendo el resto de la manilla y colocando la rueda de una silla de ruedas para darle vuelta. Aaron quedó prendado de ella de inmediato. Y siempre estuvo al pendiente de sus investigaciones hasta que al fin le pidió una cita.

—¿Seguro que tú no tienes una novia secreta con gusto a las lentejuelas? —preguntó un poco en broma pero también con auténtica curiosidad.

—No. A diferencia de mi hermano no entrego mi corazón tan fácil. Y ninguna chica ha llegado a interesarme, aunque hubo una situación hace un par de años que nos gusta recordar.

—Uh, chisme —Aiden se rio entre dientes al ver su interés, le parecía graciosa.

—Cuando iniciamos la secundaria una chica me envió una carta de amor. Creo que la conoces, se llama Patty Thompson.

—¡Ugh! ¿Esa chica? —Hizo una mueca de desagrado—. Cada vez que nos topamos en clases me ve como si fuera una citadina estúpida y habla a mis espaldas todo el tiempo.

—¿Y has notado que huele a queso rancio?

—Oh, cielos. ¿No es su perfume? —preguntó incrédula.

—No creo que use perfume. Pero siguiendo con la historia, ella no era de tan mal ver, así que pensé que sería interesante tener novia.

—Tienes un gusto cuestionable.

—Era un crío. Salimos unas cuantas veces, pero no fue tan divertido como pensé que sería. Sin embargo, me extrañó que siempre nos viéramos un día sí y un día no. Supuse que era normal, hasta que noté que llevaba la sudadera de mí hermano en una de nuestras citas.

—No puede ser. ¿Fue capaz? —preguntó incrédula de cómo una chica podía hacer el truco más sucio y trillado de todos.

—Sí, lo fue. Resulta que ella creyó que salir con dos hermanos a la vez la harían más popular y que conseguiría más de nosotros.

—No me digas que te peleaste con tu hermano por esa idiota —a Aiden le complació su molestia, seguro que ahora tenía una opinión más que desagradable de Patty Thompson.

—No. Es raro que nos peleemos, pero sí le pedí una explicación y pronto sacamos conclusiones. Después de eso la enfrentamos frente a todos en el pasillo y ella comenzó a llorar diciendo que nosotros éramos quienes estábamos jugando con ella. Nuestra madre se enteró por supuesto, los padres de Patty hicieron un escándalo, pero

teníamos las cartas que nos envió y los mensajes de texto, todo eso fue prueba irrefutable de cómo ella intentó jugar con nosotros. Al final sus padres la obligaron a disculparse y desde entonces nos evita como si tuviésemos la peste. No me imagino qué clase de castigo recibió, pero debió haber sido ejemplar —Chris suspiró y sus manos se apoyaron en el suelo, sintiendo el frío pasto cosquillear entre sus dedos.

—Creo que he juzgado a Ángela con la misma balanza con la que me juzgan.

—No es mala persona. Así como nosotros.

—Sí… tardo mucho en confiar en las personas. No recuerdo la última vez que confíe en alguien que no fuera mi hermano.

—¿Hermano? —una sombra de tristeza cubrió su rostro y su mirada bajó hasta el suelo—. Lo siento. No tienes que decirme nada, yo...

—Está bien. Me has contado algo, es justo que yo también te cuente algo de mí. Es que… sigue siendo un suceso que aun duele —dijo mirándole fijamente no deseando su lástima—. Se llamaba Richard. Ricky para abreviar. Y para mí era el mejor hermano y amigo del mundo. Nunca tuve muchos amigos y los pocos que tenía terminaron alejándose o hacerme sentir mal. Corté por completo con la idea de tener amigos en la escuela. Incluso cuando me conectaba a jugar en línea con otras personas me sentía vacía. Pero Ricky era diferente. Siempre estaba al pendiente de mí, me hacía sonreír más que cualquier otra persona y me inspiraba a seguir mis sueños. Quería hacer lo mismo por él, pero siempre sentí que no fue suficiente… murió en un accidente en el último juego del instituto. Jugaba al futbol obligado por mi padre. Fue uno de los mejores jugadores pero no se sentía feliz, detestaba jugar más que nada en el mundo. En los últimos minutos del juego atrapó el balón en el aire en una atrapada que ves una vez en la vida, todo el mundo gritó emocionado, yo sabía que ese sería su último juego así que lo animé como nunca, y entonces fue tacleado por dos jugadores apenas y tocó el suelo… Su cuello se rompió en el acto —su mirada fue al lago, admirando el paisaje y luego a la pareja que estaba siendo interrumpida por una ardilla traviesa—. Su muerte aun me afecta, más porque no sé cómo es estar con otras personas ya que siempre dependí mucho de él. Por eso, estar aquí con ustedes es algo que quiero guardar en mi memoria. A pesar de que siento que es extraño, creo que somos amigos. Ustedes hacen todo divertido y me gusta. Siento que este lugar no es malo con ustedes aquí.

La sonrisa que le dio era sincera, grande y brillante, controlando con éxito las lágrimas que amenazaron con caer de sus ojos.

Aiden se quedó sin aliento al mirarla. El sol que se filtraba entre las hojas decoraba el cabello y su rostro en pequeño destellos de luz, su

cabello castaño tenía destellos dorados y notó que sus ojos avellana eran más claros de lo que creía. Se sintió avergonzado. No sabía qué decir ante esa sinceridad arrolladora. Con el corazón en un puño logró sacar de su bolsillo una figura de madera que compró en el mercadillo sin que le vieran. Era el llavero que Chris no se atrevió a comprar.

—Tómalo como un recuerdo de este día. Y si a futuro nos separamos, quiero que recuerdes lo bueno de este sitio.

Ella tomó el llavero entre sus manos. Sonrió y asintió en respuesta jurando guardar en su corazón ese día.

—Gracias.

Permanecieron en silencio disfrutando del sonido de la naturaleza, más una pregunta surgió en la mente de Chris.

—¿Qué fue lo que hizo que se interesaran en lo paranormal? —esta vez la mirada de Aiden fue la que cambió. Con la mirada perdida en algún punto muy lejos del lago.

—Fue por algo que pasó hace muchos años —se quedó en silencio un momento, Chris pensó que había sido indiscreta esta vez, pero Aiden tomó aire y lo dejó ir con lentitud antes de hablar—. Nosotros también tenemos un recuerdo triste.

—No tienes que contarlo, ¿sabes?

—No pasa nada. Además, me gustaría contarte —el viento hizo ruido en las ramas sobre sus cabezas y Aiden lo tomó como una señal para comenzar su relato—. Cuando éramos pequeños, a los siete años teníamos un amigo llamado Randy Foley. Nuestros padres eran amigos e íbamos juntos a días de campo los fines de semana. Éramos amigos desde la cuna, nos divertíamos mucho, éramos los mejores amigos y nuestros padres nos llamaban "Los Tres Mosqueteros". Randy fue como un tercer hermano para nosotros. Sin embargo, un día todo cambió —Chris notó que sus dedos presionaron el suelo, retrayéndose poco a poco sobre el pasto—. Fue un domingo, en verano, estábamos teniendo un picnic con los Foley como siempre. Ya estaba anocheciendo y jugábamos con pistolas de agua para mitigar el calor, nos alejamos un poco para no mojar a los adultos, nada más unos metros fuera de su campo de visión. Y de la nada, escuchamos un silbido largo en el aire. Pensamos que serían nuestros padres llamándonos para que regresáramos así que los tres corrimos de regreso, Randy dejó caer su pistola de agua en la carrera y se retrasó. Cuando llegamos con nuestros padres, Randy no apareció detrás. Lo buscamos con los adultos regresando por nuestros pasos y nada más encontrando su pistola de agua en el suelo, fue como si la tierra se lo hubiese tragado —suspiró como si el contar aquello le cansase, Chris quería decirle que podría detenerse pero no pudo, ya que él prosiguió y su curiosidad quería ser saciada por completo, sintiéndose mal, sabiendo que esa historia no tenía un buen final pero deseosa de

escucharlo de él—. Lo buscaron por días, se hicieron grupos de búsqueda, su rostro estaba en cada rincón y hasta en los cartones de leche. Fue una búsqueda exhaustiva hasta que encontraron su cuerpo, o lo que quedaba de él —por un momento a Chris le pareció que la sombra del abeto se volvió más oscura ante el relato. Su voz se volvió profunda y oscura, así como su mirada que reflejó un enorme resentimiento—. Fue cosa de segundos, ¿sabes? Estábamos seguros que se retrasó unos cinco segundos o menos en lo que recogía su pistola de agua, ni siquiera estábamos tan lejos. Nos hicieron muchas preguntas, les contamos todo, también lo del silbido, cosa que los adultos negaron haber escuchado, y al final se dedujo que un animal salvaje lo atacó y se lo llevó lejos. Un animal… —masticó las palabras con dureza, su voz destiló rabia pero la compuso tras un momento—. Si hubiese sido un animal Randy hubiese gritado y todos lo hubiésemos escuchado, pero fue la explicación que dieron las autoridades. Los Foley se fueron destrozados de la ciudad y nosotros nunca estuvimos de acuerdo en el resultado. Investigamos y descubrimos los oscuros rumores de estos bosques.

—¿Y qué encontraron? —Preguntó imaginándose lo sucedido, el horror, la confusión, dos niños pequeños que se enfrentaron al hecho de que su amigo, su casi hermano, estaba muerto—. ¿Qué fue lo que atacó a su amigo?

—Aaron y yo creemos que lo que asesinó a Randy fue un Wendigo. Te dije que había indios americanos, ¿no? Hace muchos años estas tierras eran propiedad de varias tribus y esta criatura se menciona en sus historias. Un Wendigo es un ser humanoide que come carne humana y que puede atraer a sus víctimas por medio de ruidos como voces o silbidos. Ha habido algunas desapariciones en el bosque y algunos han descrito a una criatura extraña, blanca y delgada.

—¿Cómo la que vi entre los árboles de la estación?

—Eso creo… Ese fue el inicio de todo, de nuestra obsesión a lo paranormal. Creo que pensamos que si seguimos investigando podremos encontrar a ese monstruo y vengar a nuestro amigo.

—Lo siento…

—Todos tienen sus pérdidas, Chris. Es normal. El qué haces después es lo importante. Y nosotros por nuestra parte… no todo es por el ocio, también es para advertir a otros de lo que sea que haya afuera.

No dijo nada más, no era necesario. El silencio que se formó entre ellos se volvió más íntimo después de esa confesión. Ninguno buscó palabras para el otro, así se sentían bien… en paz con cada uno, hasta que los gritos de Aaron los hicieron levantarse e ir en su ayuda cuando la ardilla quiso robarle los bocadillos que llevaba. Regresaron por el mismo camino atravesando las vías del tren.

—Deberíamos ir ahora mismo a la estación a buscar la carta —sugirió Ángela—. No creo que sea difícil entrar en las oficinas si está allí.

—¿Cómo sabes que está en una oficina? —Preguntó Aaron—. Bien pudo haberla dejado en la entrada o en otro lugar del andén.

—Podríamos regresar con la radio y hablar con alguien —dijo Chris—. No creo que sea difícil.

—¿Pero y si quien contesta no tiene idea de la carta?—preguntó Aiden y Ángela siguió insistiendo en ir en ese momento. Chris intentó pensar en la mejor solución dejando que discutieran y se adelantaran. Sería inútil buscar en aquel enorme lugar y no había garantía de que un fantasma respondiera con la ubicación de la carta, pero algo le decía que la radio podía ayudarles. No entendía del todo como usar la radio a pesar de tener las hojas que su tío le dejó. Debían ser cuidadosos. John tenía razón, no podía jugar con los muertos si no los conocía, e ir a ciegas sería demasiado tonto. Entonces recordó la lista de los fantasmas. Un nombre en especial surgió en su memoria.

—¡El fantasma manco! —exclamó de repente asustando a todos. No se había dado cuenta que se había quedado muy atrás del grupo.

—¿Qué fantasma? —preguntó Ángela y Chris se acercó a ellos, no queriendo estar lejos del grupo después del relato de Aiden.

—Hay un fantasma aparte de los suicidas en la estación del tren. Es un trabajador de la estación que murió allí mismo.

—¿Por qué es el fantasma manco? —preguntó Ángela de nuevo, los hermanos intentaron hacer memoria de algún evento o historia del lugar pero Chris comenzó a relatar la historia del fantasma, palabra por palabra, según la descripción que su tío escribió.

—El 16 de Junio de 1988, Frank Orozco de 68 años falleció en el lugar. Él era el encargado del andén desde hacía más de treinta años, con su reloj de oro en el bolsillo todos lo conocían por ser siempre preciso y puntual. Pulía su reloj cada día al ser un tesoro muy valioso de su padre. Pero un día, una pelea se dio lugar en el andén. Dos personas se estaban peleando a golpes y el tren estaba por venir. Intentó separarlos pero fue empujado a las vías. Este cayó a un costado y su reloj en medio de las vías, su brazo se estiró hacia su más preciada posesión antes de siquiera pensar lo que estaba haciendo. El tren llegó puntual como siempre y pasó por encima de su brazo, cortándolo y desmayándose por el shock. Frank Orozco murió desangrado en las vías. Cuando apartaron la máquina ya era demasiado tarde. Se dice que quienes pasan la noche allí, a la hora del último tren en el viejo horario de trenes, el ruido de una locomotora se escuchará pasar por las viejas vías. Y si quieres poder hablar con el viejo empleado que conoce la estación como la palma de su única mano, deberás dejar una ofrenda en el andén donde falleció.

—Nunca supe de eso —expresó sorprendida Ángela.

—Acabas de darme escalofríos —admitió Aiden ante cómo su voz se adaptó al relato de forma natural.

—¡Tienes talento! —le felicitó Aaron.

—Gracias. Pero eso quiere decir que si queremos saber dónde está la carta deberemos ir en la noche para saberlo, ya que el último tren es casi a media noche.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Ángela sorprendida por la información que tenía.

—Mi tío también dejó la hora exacta y el tipo de regalo a dejar. Y seguro que necesitaré mucha cafeína mañana… —los hermanos rieron dispuestos a tener la desvelada de su vida si con ello obtenían otra pieza de este misterio y Chris se sintió igual de emocionada por la aventura.

•••

Chris regresó tarde a su casa con una sonrisa enorme en su rostro. Se pusieron de acuerdo encontrarse a las 10:30 al final de su calle. Ángela dijo que conseguiría a alguien que pudiera llevarlos al sitio, algo más que perfecto porque no creía poder hacer un viaje en bicicleta por el bosque a oscuras, mucho menos al saber que había una criatura vagando por el bosque. Abrió la puerta y al querer subir las escaleras su madre le llamó desde la sala.

—Christina Darcy, ven aquí ahora mismo —algo había pasado, lo supo al escuchar a su madre llamarla por su nombre completo.

«Oh, cielos. ¿Qué hice ahora? ¿Por qué está molesta conmigo?»

Caminó con cautela hasta la sala y sus ojos se abrieron con asombro al ver al padre Williams beber té con su madre.

—¿Usted? —el padre sonrió tenso y su madre tenía una expresión ilegible. No sabía qué hizo pero seguro que estaba en graves problemas.

—Siéntate, Christina. Tenemos que hablar.

Obedeció sin apartar la vista del padre, no entendiendo el porqué de su presencia, después de todo ya le había robado las cartas. ¿Acaso buscaba el teléfono?

—Christina —llamó su madre para que la mirara a ella y no se veía nada contenta—. El padre Williams me ha platicado de algo muy interesante. Al parecer un crucifijo de oro desapareció de su despacho.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —su madre extendió su mano a ella.

—Dame tu mochila.

—¿Qué? —preguntó incrédula —. No he hecho nada malo.

—Si no has hecho nada malo no habrá problema en que revise tu mochila.

—Mamá, no tengo nada más que libros y las biblias que nos dio.

—Christina Darcy, dame tu mochila, ahora —la amenaza en su voz le dijo que si no lo hacía le arrancaría la mochila. Se veía furiosa, no entendiendo qué fue lo que le dijo el padre para que se pusiera así. Obedeció a regañadientes y su madre comenzó a revisar su mochila hasta que sacó una fina cadena de oro con un crucifijo en él—. ¿Tienes algo que decir al respecto?

Se quedó helada. ¿Cómo era posible que esa cadena llegara a su mochila? Nunca la había visto en su vida. No sabía qué decir, su garganta se cerró, pero notó por el rabillo de los ojos un leve movimiento por parte del padre y lo miró fijo, segura de haberlo visto sonreír.

Él lo hizo.

Al parecer hacer una amenaza no era suficiente para sacarla del camino. Quería hundirla rápido para que no metiera su nariz en la investigación. Se volvió a su madre de inmediato.

—Juro que eso no es mío —señaló lo obvio pero necesitaba decirlo —. Mamá, te juro que no tengo idea de cómo llegó eso allí.

—Claro, ¿y qué? ¿Apareció mágicamente? —Preguntó agitando sus manos sobre su cabeza—. Christina, esto que has hecho no tiene nombre.

—Te juro que no he sido yo. Ni siquiera sé cómo llegó allí.

—Christina —habló el padre en tono sereno apoyándose en sus rodillas—. Está bien. Entiendo las razones de que hayas tomado la cadena. Sé que tu madre tiene problemas pero esta no es la solución. El séptimo mandamiento dice: No robarás. Si tanto necesitan ayuda, para eso está la iglesia.

—Oh, por favor. No me joda —escupió hastiada por su hipocresía.

—¡Christina! —Sarah se levantó de su asiento escandalizada por la forma de expresarse de su hija.

—¡Fue él! —se levantó también señalándolo —. ¡Él fue quien puso la cadena mientras me daba las biblias! ¡Te lo juro!

—Calma, Christina —habló el padre en forma conciliadora—. No tienes que exaltarte.

—Christina, siéntate —ordenó su madre.

—Mamá, tienes que creerme. Este tipo fue quien puso la cadena en mi mochila.

—¿Y por qué haría eso? —Preguntó el padre con falsa ofensa—. Christina, creo que has malinterpretado mis intenciones con ustedes. Esto es muy penoso para la iglesia Sarah, pero tras esto deberé restringir el acceso de tu hija a la iglesia y al convento para evitar esta clase de episodios.

—¿Me está prohibiendo ir a la iglesia? Ni el Papa hace eso, cabrón.

—Christina, basta —ordenó su madre con un gesto violento de su mano.

—Por favor, Christina. No extiendas tu enojo hacia mí y a la iglesia. No será permanente, pero prefiero evitar tener que hacer algo más drástico como hacer una denuncia.

—¡Pero si yo no hice nada! ¡Fuiste tú religioso hijo del averno!

—¡Silencio! —Gritó Sarah furiosa por los insultos de su hija y se volvió al padre—. Por favor, no haga la denuncia. Mi hija no se acercará a la iglesia ni al convento. Lamento mucho todo lo ocurrido, padre —rogó casi al borde de las lágrimas. Christina quería alegar su inocencia, pero una mirada de su madre le hizo ver que sería una pésima idea. El padre se mostró apenado en todo momento y tomó las manos de Sarah.

—Está bien. Entiendo que estén pasando por una situación difícil. Estoy seguro que no lo hizo de mala fe. Tu hija te ama demasiado, y a pesar de su actuar sé que lo hizo por ti —se levantó de la silla y Sarah le tendió la cadena—. Devolveré esto antes de que alguien se dé cuenta que falta. Y por favor, si necesitas ayuda, Sarah. La iglesia puede ayudarte en lo que necesites.

—Muchas gracias, pero por el momento voy a ocuparme yo misma de todo.

—Está bien. Que tengas buena tarde.

Se retiró con falsa congoja hacia ellas. Apenas la puerta se cerró, Chris subió a su cuarto molesta por lo ocurrido, pero su madre no había acabado con ella. Se presentó en su cuarto con clara molestia y decepción marcados en su rostro.

—No me puedo creer que hicieras eso. ¿Robarle a la iglesia? ¿Es que quieres manchar tu expediente para la universidad?

—Yo no lo hice.

—¿Entonces quién fue? ¿El padre? ¿Por qué haría eso un hombre de la iglesia?

—Te juro que fue él. No tengo pruebas pero él lo hizo.

—Oh, por favor. ¿Es que tienes un problema con todos los del clero?

—¡No es cosa mía! ¡Es cosa de ellos!

—Ya, dime entonces ¿por qué razón un hombre como él te inculparía del robo?

—Porque he estado investigando la desaparición de la tía Esther —confesó para que su madre no la señalara más.

—¿Cómo que investigando?

—La tía no desapareció. La mataron. Y cuando fui a investigar encontré que la encerraban seguido en la Torre del lugar. Entré y

encontré pruebas que…

—¿Cuándo es que lo hiciste y qué tipo de pruebas? —Chris tuvo cuidado de no involucrar a los gemelos.

—Aproveché que estaba castigada para entrar por la puerta que está en la iglesia. Entré a la Torre y encontré unas cartas con una foto llena de sangre. A ella la mataron en ese lugar pero el padre se llevó las pruebas cuando nos esperaba el domingo fuera de la casa, usando de seguro la llave que tiene la abuela —al decir esa frase toda credibilidad se evaporó.

—Ajá. ¿Y quieres que te crea todo eso?

—Sí. Porque soy tú hija y él es un extraño.

—Christina, el padre nos ha ayudado mucho desde que estamos aquí, nos ha dado apoyo, me ha ayudado con tu abuela, y nos ha tratado muy bien. ¿Y quieres que crea que hay un tipo de conspiración en tu contra?

—¡Sí! —gritó desesperada porque le creyera pero era obvio que eso no iba a pasar.

—Estás castigada por dos meses.

—¡¿Qué?!

—¡Tres! Y serán cuatro y vuelves a levantar la voz. No estoy para juegos, Christina, y no deseo lidiar con más problemas de los que ya tengo —esas palabras fueron dolorosas para Chris que controló el repentino deseo de llorar.

—¿Soy un problema para ti?

—No salgas con esas. No tuerzas mis palabras.

—Pero tú lo dijiste. Si te soy un problema bien puedes mandarme al convento. Después de todo es lo que la abuela hizo, casi mandó a todos al convento y la tía fue la única que no pudo escapar, ¿no?

—Esto no es sobre mí, Christina.

—Claro. Es sobre mí, pero está bien. Supuse que no me creerías. Solo Ricky lo hubiese hecho, porque siempre te quedaste de lado.

Sarah sintió un nudo en la garganta, pero la enfureció que su hija sacara el tema de su hermano en esa situación. No tenía derecho de hacerlo y mucho menos lanzarle sus culpas. Se dio la vuelta y cerró la puerta de un portazo, dejando a su hija en su habitación para irse a llorar a su recamara a solas. Chris pudo escuchar el sonido quedo del llanto de su madre pero no hizo nada para consolarlo, ella también quería llorar. Se quedó con Arquímedes, que desde el escritorio miró a su nueva ama que tenía la cabeza apoyada en la puerta y dejaba que sus lágrimas cayeran libres por su rostro.

¿Solas contra el mundo? Qué buena broma. ¿Cómo serían ellas contra el mundo si ni siquiera su madre confiaba en ella en un momento como ese? Se quedó en su habitación esperando paciente la noche, y así poder escabullirse para alejarse de esa casa y del

sentimiento de traición que sentía en el pecho.

•••

Contempló la cadena de oro en su mano con el pequeño crucifijo. Había jugado sucio pero no le importaba. Estaba listo para ejecutar su plan en la más mínima oportunidad. Ya no tendría que preocuparse por la intervención de Christina. Cuando terminara con lo que tenía que hacer ni una otra gota de sangre se derramaría en ese lugar. Se levantó para dejar la cadena en un cajón de su escritorio, contemplándola una última vez en su mano antes de guardarla lejos de las miradas indiscretas. La puerta se abrió de repente sobresaltándolo en su sitio.

Nadie entró.

—¿Hola?

Salió de su cuarto para revisar. El sitio estaba casi a oscuras, no tardaría mucho para que la noche cayera por completo y cubriera en penumbras cada rincón. Estaba seguro de que cerró la puerta de la iglesia así como su propia puerta, verificando incluso dos veces la cerradura, una costumbre que tenía desde joven. Paseó por las bancas del lugar hasta las dos columnas esperando encontrar a unos molestos intrusos. Pero el sitio estaba vacío. Un viento helado caló hasta sus huesos y se abrazó intentando entrar en calor. Eso no era normal. El lugar estaba cerrado por completo.

Una figura oscura se movió detrás de él.

Se volvió y no vio a nadie. Sus ojos intentaron encontrar a la persona que estaba con él, una presencia desconocida que comenzó a abrumarlo. Corrió hacia los interruptores dando luz a la iglesia entera y no dejando escondite posible. La iglesia seguía vacía. No había forma de que alguien estuviera allí con él, pero su corazón latía demasiado rápido ante la presencia de algo. ¿Por qué?

Un crujido vino a su izquierda. Una de las puertas del confesionario se movió lenta, con un leve chasquido de la madera se detuvo apenas dejando abierta una pequeña abertura. Caminó rápido y abrió la puerta para encarar al intruso, encontrándose con el sitio vacío. Una respiración se escuchó en el otro espacio del confesionario, abrió de forma violenta la segunda puerta pensando por un momento que la había roto, más de nuevo se encontró que estaba vacío.

El sudor comenzó a perlar su frente. Se alejó del confesionario caminando hacia atrás, sin apartar la vista de este pensando que algo saldría de las sombras y lo atacaría. Y fue que sintió una fría mano posarse en su espalda.

Se giró rápido y al mismo tiempo las puertas del confesionario se

cerraron de golpe a sus espaldas. Volvió a girarse hacia este, seguro de notar esta vez entre los huecos de las rendijas una figura oscura, quieta y mirándolo desde el interior.

Una de las puertas se abrió, en una muda invitación a que entrara a confesar sus pecados.

—Padre Williams —se sobresaltó y miró hacia la puerta del fondo. La madre superiora se asomó al lugar y entró con sus propias llaves—. ¿Qué le ocurre? Se ve pálido.

—Oh, madre Mary. Lo siento, es que… creí que había alguien por aquí —miró de soslayo el confesionario, las puertas estaban cerradas y no había nadie dentro—. ¿Ha visto a alguien salir?

—No, padre. Solamente soy yo y el Señor que estamos en su casa —la mirada de la anciana se fijó en él y este pasó su mano por sus cabellos, recuperando la compostura.

—Ya veo. ¿Se le ofrece algo? —lejos de contestar, la mujer tenía su mirada fija en la mano de donde colgaba la fina cadena con el crucifijo.

—¿Dónde encontró eso? —preguntó afilando su mirada.

—¿Esto? —señaló el collar y su lengua le traicionó al balbucear—. M-Me lo encontré entre las bancas mientras limpiaba. Pensé que sería de alguna hermana que vino a rezar e iba a guardarlo en mi habitación —ocultó el collar en el bolsillo de la sotana para que no lo mirase más de cerca— ¿En qué puedo ayudarla madre Mary?

—Sí, vine a por los libros que le presté la última vez.

—Por supuesto. Enseguida se los regreso.

Caminó hacia su cuarto y guardó el collar en el primer cajón de su escritorio antes de que la madre Mary entrara. Este tomó un par de libros que estaban encima, pero estaba seguro de haber puesto el tercero allí mismo. Lo buscó entre otros más no estaba allí. Confundido, miró alrededor pensando que lo dejó en algún cajón por error. No quería volver a abrir el mismo cajón donde guardó el crucifijo. La madre Mary comenzaba a impacientarse.

—¿No lo encuentra?

—Estoy seguro de haberlo puesto por aquí. Tiene que aparecer.

—¿No es ese mi libro? —señaló con su bastón el fondo de la habitación. El padre se volvió y vio el libro sobre su cama, recostado cuidadosamente sobre la almohada y dejándolo con una sensación inquietante, seguro de que no había estado allí hace un minuto. Caminó hacia su cama tomando el libro entre sus manos. Se sentía frío al tacto.

Mientras le daba la espalda, la madre Mary abrió el cajón y miró de reojo lo que estaba adentro. La cadena de oro y la cruz brillaron un poco por la tenue luz del exterior y lo cerró antes de que él volteara. El padre le dio los tres libros y ella lanzó un bufido.

—Cada vez los hacen más gruesos. Gracias, padre. Si necesita algo más para su sermón, avise. Mi oficina siempre está abierta.

—Lo tendré en cuenta. Que pase buena noche.

La hermana Mary salió de allí con los libros bajo el brazo, sin embargo, al llegar al convento su cara se transformó en una mueca ceñuda, mirando hacia la puerta de la iglesia, deseando que su enfado llegara hasta el hombre que estaba del otro lado y que le mintió descaradamente.

15

No salió de su habitación en todo el día, a pesar de que su madre la llamó para cenar. La hora acordada llegó pero no podía salir de casa. Su madre todavía no subía y no creía que fuese a hacerlo en un buen rato.

—Mierda.

Tomó su teléfono y mandó un mensaje a los hermanos, explicando un poco la situación sin grandes rasgos de lo ocurrido con el padre y la cadena. Nada más escribió el mensaje sintió la sangre arder en sus venas. Estaba molesta con su madre, sintiéndose traicionada en niveles que nunca hubiese creído capaz de sentir. Pero el odio que sentía por el padre Williams superaba con creces lo que sentía por su madre y abuela combinadas. El supuesto hijo de Dios, el hombre que se había ganado su confianza y que ahora la sacaba de la iglesia y del convento con fines malvados, cumplió su cometido. Sus motivos eran obvios, no quería que siguiese investigando acerca de su tía, pero si creía que iba a darle el placer de alejarse estaba equivocado. Había más que investigar además del viejo convento y eso la ponía en ventaja.

La respuesta no tardó. Aaron le sugirió salir por su ventana, pero no estaba segura de poder siquiera caer ilesa o de tener algo que le ayudase a salir ¡Ni siquiera iba a considerar la idea! Aiden le dijo que no lo intentase de broma y que ignorase las ideas de su hermano. A pesar de su ira, al leer los mensajes una sonrisa apareció. Se sentía apoyada por estos dos locuaces que le decían que no estaba sola en esa situación. Escuchó pasos. Su madre al fin subía pero escondió su celular y apagó la luz esperando que creyera que estaba durmiendo. Se cubrió con las frazadas hasta la cabeza y tal como esperaba la puerta se abrió. No se movió ni un centímetro, escuchó un leve suspiro y la puerta cerrarse después de un largo minuto. Esperó un poco, y cuando escuchó la puerta de la habitación de su madre cerrarse supo que podía moverse.

Salió de la habitación con cuidado. Con las botas en mano y la radio y micrófono en la mochila del hombro. Bajó las escaleras en silencio, sin embargo al asomarse a la sala vio con pesar una botella de vino a la mitad y un vaso de cristal. Su corazón se rompió. ¿Qué estaba pensando al decirle eso? Su madre estaba haciendo todo lo posible para salir adelante y cuidarla, ¡y tenía que decirle lo peor que pudo haber imaginado! Era una tonta. Su madre debía de odiarla seguro, incluso tal vez consideraría en serio la idea del convento o hasta de regresarla con su padre. Sintió su corazón encogerse de dolor, esperaba que después de reunir todas las pruebas pudiese perdonarla.

Salió de la casa en silencio y se puso los zapatos en la entrada. Esa noche estaba particularmente más helada que las anteriores y se lamentó no usar guantes, pero se sentía demasiado torpe con ellos. No entendía cómo era posible que la primavera no terminase por asentarse en ese lugar. Caminó calle abajo esperando ver un auto esperándola. Las farolas apenas iluminaban la calle con su débil luz. Envió un mensaje diciendo que estaría en un minuto en el punto de reunión, esperando que la hubiesen esperado después de todo. Una sombra salió de la nada a su costado y Chris saltó hacia atrás, esperando revelar al misterioso ser que salió de la nada para atacarla con la luz de su celular. John caminó hasta aparecer en la banqueta.

—¡John! ¡Dios! Me ha dado un susto de muerte. ¿Qué hace a estas horas por aquí? —preguntó verificando que su corazón siguiera latiendo—. ¿No debería estar en el refugio?

—Me quedé dormido entre los arbustos de esta casa y se me hizo tarde. ¿Qué hay de ti? —ella lo examinó, tenía hojas secas por todas partes así que le creyó.

—Voy a ver a alguien. Y me están esperando —este suspiró dejando caer la cabeza hacia atrás y luego hacia adelante gruñendo una maldición.

—… ¿Tiene que ver con la radio de tu tío? —ella ocultó su sorpresa. Era extraño que hasta ese momento hablara tan directamente de la radio pero recordó el consejo que le dio y asintió.

—Algo así —respondió intentando buscar algunas respuestas en su rostro lleno de pelo—. Usted sabía exactamente en lo que trabajaba mi tío, ¿no es verdad?

—Sí, lo sabía —respondió con pereza—. Yo le ayudé a adentrarse a ese mundo sobrenatural.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir con que le ayudo?

—Libros. Él tenía unos cuantos pero le dije que podía encontrar más libros para él, libros que podrían ayudarle y eso hice. Supongo que los habrás encontrado ya.

—¿Se refiere a los libros de temas sobrenaturales, campos físicos y de parapsicología?

—Esos. Libros antiguos, testimonios, campos electromagnéticos, tratos con el demonio, las cosas que uno se encuentra en un basurero pueden convertirse en el tesoro de un hombre, o en su perdición en el caso de tu tío —señaló su mochila, adivinando que allí estaba la radio —. No tengo idea de qué hizo para crear esa cosa, pero sé que funciona y eso es algo que no debería ser.

Sacudió las hojas de su ropa y barba, hasta escupió una hoja que no sabía ni cómo llegó a su boca. Chris quería hacerle muchas preguntas pero no sabía por dónde empezar.

—John, ¿sabe dónde está mi tío? —este la miró serio unos

momentos antes de negar con la cabeza mirándola con compasión.

—No. Tu tío se obsesionó tanto con esa cosa que al final terminó desapareciendo. No digo que se volvió loco, pero eso tuvo que ver con su desaparición, estoy seguro.

—Usted dijo que fue quien le ayudó a conseguir los libros. ¿Dónde los consiguió? ¿No será que me dice eso porque usted siente parte de culpa de lo ocurrido? —el silencio se apoderó del momento, y una risa gutural salió de entre la enredada barba.

—Puede ser. Soy tan culpable como los fantasmas que rondan en las calles de este pueblo. Por eso te dije que es mejor que tengas cuidado de ellos —se inclinó un poco hacia ella, volviendo sus ojos más oscuros por la sombra de su gorro—. Porque un día pueden llevarte a ti o a tus seres queridos así como se llevaron a Jeremiah. Así que ándate con cuidado, porque el diablo camina libre en la Tierra —ella tragó duro y controló el escalofrío que recorrió su cuerpo.

Una luz la cegó por un momento. Puso su mano para cubrirse y logró ver el rostro imperturbable de John antes de que pasar a su lado. Los faros de un auto se atenuaron y una de las puertas de la parte trasera de una Patriot se abrió, mostrando así a los gemelos.

—¡Chris! ¿Estás bien? —preguntó Aiden que bajó a por ella; Chris buscó con la vista a John pero este había desaparecido calle arriba.

—Sí, estoy bien —respondió no muy convencida. Todavía podía escuchar sus palabras en su cabeza. Una advertencia que temía podría volverse realidad. Subió al auto quedando en medio de los hermanos, pero su desconcierto ante las palabras de John quedó en el olvido al ver al calvo conductor que la veía con unos profundos ojos negros. Un grito mudo salió de su boca. Y Ángela se mostró del asiento del copiloto.

—No te asustes. Él es mi hermano, Franklin, Link para los amigos. Él nos va a llevar hacia el sitio sin ningún problema.

¿No asustarse? El sujeto parecía salido de un concierto de goth-metal. No tenía cejas, sus ojos tenía delineador alrededor de estos, podía ver la cantidad de piercings que atravesaban su nariz hasta llegar entre sus cejas donde en su frente se veían dos bultos redondos como cuernos. Su piel era pálida como un cadáver, no sabía si era por maquillaje o natural, sus labios estaban pintados de negro donde se veía otro piercing en forma de pico en medio del labio inferior, y un oscuro tatuaje similar a las llamas del infierno se alzaba desde su nuca hasta la coronilla.

Aaron se inclinó a ella al verla abrazar la mochila con claro miedo.

—Sé que asusta pero no te preocupes. No pertenece a ninguna secta ni mucho menos es un asesino serial. Es dentista, y uno de los mejores. Una vez que sus clientes van no vuelven en un largo tiempo a menos que presenten otro problema.

—No creo que no regresen por su buen trabajo.

Notó que los miraba por el espejo retrovisor. Intentó encogerse lo más posible en su asiento pero dudaba que existiera un pozo demasiado profundo para escapar de la mirada penetrante de ese tipo… Usaría hilo dental más seguido.

•••

Envuelta en el velo oscuro de la noche, la vieja estación de trenes se alzó sobre ellos tétrica y perturbadora, ideal para alimentar las pesadillas de quienes osasen pisar sus terrenos. El viento soplaba con más fuerza en esa zona, y el sonido de los árboles más el silbido creado por las aberturas de la estructura prodigaban un sombrío escenario que llamaba a la maldad. Las sombras que se movían provocadas por los distintos objetos movidos por el viento los pusieron más nerviosos. Quizás porque estaban a punto de hablar con un auténtico fantasma.

El rechinido de una puerta se escuchó en alguna parte y luego azotó con fuerza. Ángela parecía la más tranquila del grupo al haber explorado el lugar incontables veces, pero esa noche, a esa hora, algo indescriptible se sentía en el aire. Una extraña energía invisible los rodeaba y quería envolverlos por completo. Chris sintió que algo más los acompañaba, al igual que en el pasillo del convento. Entraron los cuatro en la estación con linternas en mano y caminando hasta las vías del tren. Aiden con una cámara de visión nocturna grababa el sitio meticulosamente, esperando no encontrarse con algún vagabundo, pandilla, u otro grupo de lo paranormal. Al llegar al andén, Chris puso la mochila sobre una banca, quedando arrodillada en frente de la radio y dando la espalda a las vías. Sacó la radio del bolso y conectó el micrófono. Todos se pusieron en posición. Y ni siquiera había comenzado la transmisión cuando escucharon el sonido del silbato de un tren a la lejanía, y escondidos en el viento voces y murmullos se escucharon sutiles, y las sombras de antes ahora bailaban alrededor de la estación.

—Por favor dime que acabas de prender la radio —rogó Aaron a Chris sintiendo la tensión entre el grupo.

—Aún no —respondió intentando ignorar los murmullos que le estaban poniendo la piel de gallina. El sonido de los murmullos se incrementó al igual que el del viento a su alrededor. Encendió la radio conectando la frecuencia correcta marcada por su tío y las voces comenzaron a ser claras en el aparato.

Dios no existe.

No hay paraíso para los condenados.

Dios es injusto.

No hay nada.

Ángela iluminó el lugar con su linterna intentando ver algo pero las sombras escapaban de su luz. Aaron le instó a dejar de mover la linterna, apuntando directamente al pie del andén donde lograron ver más de una docena de coronillas apenas ocultas. Dieron un paso atrás y la linterna iluminó la mano de una persona que se deslizó por el suelo del andén y dejó una marca de sangre con sus dedos.

Del bolsillo de su pantalón, Chris sacó un viejo reloj de bolsillo plateado. Había sido un regalo de su padre y que perteneció a su bisabuelo, recordó que desde pequeña adoró ese reloj, buscando una excusa para que su padre lo sacara de su bolsillo y que se lo diese para poder tocar sus relieves y grabados. Lo atesoró como el valioso tesoro que era, pero ahora iba a darle un mejor uso que estar guardado en una caja. Lo puso en la esquina de la banca y la fina cadena cayó despacio de su mano.

El silencio reinó por completo.

Alguien presionó el botón de Mute, porque el viento y las voces callaron, aunque todavía podían escuchar sus propias respiraciones.

—American Whaltam…

La voz en la radio era de un hombre. Una voz profunda, gruesa y complacida. Cuando Chris miró a donde puso el reloj, este había desaparecido.

—Chapado en oro. Remontoir. De los años veinte sin duda. Hacía tanto no veía uno de estos —nadie era capaz de hablar, pero Chris lo hizo, obligándose a abrir la boca para que algo saliera de ella.

—Qué bueno que le gustó —habló con voz temblorosa en el micrófono. Este fantasma no era el profesor que la defendía en la escuela, su tío se lo había advertido en sus notas, podía ser peligroso sino medía sus palabras.

—Me encanta. Pero, ¿por qué me han traído tan generoso regalo?

Aaron golpeó a su hermano señalando la esquina del andén con una expresión de asombro y miedo. Una figura oscura envuelta en una bruma oscura permanecía quieta en ese punto. Las linternas se apagaron al apuntar a ese punto, más la cámara lo captó con mayor claridad, la figura de un hombre perfectamente definida, así como sus brillantes ojos puestos en la joven locutora que no se había movido ni volteado a su dirección, horrorizándolos al notar que ese ser parecía no tener un brazo.

—Quería hablar con usted. Soy yo la que necesita un favor.

—Un favor… Siempre que alguien viene siempre quiere un favor.

—Perdone por eso —se disculpó pensando que lo había ofendido, sin ver que la figura mostraba a la cámara unos dientes blancos al sonreír, poniéndole a todos los cabellos de punta, incluyendo las extensiones de Ángela.

—Chica, sé directa —susurró Ángela con la tensión en su voz, apenas creyendo lo que sus ojos veían.

Una risa ronca salió de la radio.

—Está bien. El trabajo aquí se ha vuelto más interesante desde que ustedes vinieron la última vez. Los fantasmas se han puesto inquietos, y supongo que es por la radio de Jeremiah.

—¿Conoció a mi tío? —preguntó con sorpresa.

— ¿Tu tío? Encantador. Fui una de sus pruebas. Un agradable conversador aunque un poco aburrido a veces.

El silbato de un tren se escuchó más cerca de ellos.

—Disculpa querida, pero el trabajo me llama.

Un tren se aproximaba y estos no podían verlo, sin embargo el sonido era claro. Las vías y el suelo temblaron ante el arribo, el motor del tren y la máquina avanzando a todo vapor hasta dar su chirriante parada. Escucharon el sonido de los frenos, y en la radio, gritos desgarradores casi los dejaron sordos hasta que terribles gimoteos y ruegos se alzaron.

— ¡El tren de la medianoche ha arribado! —Anunció el fantasma entre los gritos—. Fantasmas y almas que busquen el descanso, es hora de arribar.

El sonido de pasos llenó el andén. El grupo miró alrededor

buscando el origen sin que nadie visible los provocara. El silbido del tren anunció que pronto partiría y Ángela y los Ashwood se movieron un par de pasos lejos del lugar. Chris permaneció sin moverse. Sin levantar la mirada en ningún momento de la radio y el micrófono, sintiendo que si se atrevía a ver alrededor también la llevarían con ella.

—Los gritos de las personas que se escucharon al llegar el tren, ¿son de los suicidas que se tiraron hace años en las vías? —preguntó al fantasma.

—Lo son —respondió con placer nada disimulado—. Pero están condenados a sufrir una y otra vez el arribo del tren. Por eso siempre dicen que Dios no existe cuando ese es su castigo.

—¿Y no pueden subir al tren?

—Pueden. Pero eso no los llevaría al cielo. Y al lugar al que los dejaría es un sitio donde nadie quiere ir —escuchó pasos acercarse a ella—. Me gusta charlar con usted, señorita. Es casi tan entretenida como su tío pero tengo un horario que cumplir. ¿En qué puedo ayudarle antes de que mi turno termine?

—Busco una carta —respondió con una octava más alta, sintiendo su presencia a un par de pasos y no atreviéndose a girar—. Una que dejó mi tía hace muchos años atrás para su enamorado. Necesito esa carta.

—Pues si buscas una carta tendría que estar en la oficina de paquetería. Pero si la carta tenía que entregarse a una persona al llegar deberías buscar en la boletería. Está cerrada pero puedo dejarte la llave.

—Gracias. Ha sido de gran ayuda —exhaló con alivio.

—Ven cuando quieras. Me encantan las visitas. Y a veces es bueno hablar con alguien que no esté muerto. Y divertirme con este a sus costillas.

El último silbato del tren se escuchó y el tren invisible avanzó seguido de más gritos y gemidos de dolor. Cuando el tren se alejó hasta que era casi inaudible, las voces cesaron y escucharon un tintineo metálico. El suave sonido del viento regresó a ellos, las linternas volvieron a funcionar con normalidad, y todos los espíritus desaparecieron.

Chris se levantó de su sitio con las piernas temblorosas y avanzó hasta la taquilla con el corazón en un puño. Su linterna iluminó al frente, y en vez de esperar un boleto para el tren encontró una pequeña llave que se confundía con el color del acero pulido. La tomó y se dirigió hacia la puerta adyacente que estaba colgando de uno de sus goznes y atorada con algo detrás. La puerta no necesitaba llave,

pero lo que había adentro sí.

—Hey, chicos —los llamó al verlos aun mirando alrededor en busca de algún fantasma rezagado—. Necesito algo de testosterona por aquí.

Los hermanos la ayudaron a empujar la puerta. Ángela se quedó fuera de la escena, observando la situación que aún le parecía demasiado irreal. La puerta apenas cedió un poco para dar espacio a una persona menuda y no más.

—Está en serio atorada. No podemos abrir más —gruñó Aaron por el esfuerzo.

—Con eso basta —respondió Chris al tiempo que se quitaba su chaqueta.

—¿Qué haces? —preguntó Aiden al verla desvestirse hasta quedar con una delgada blusa de manga larga y viendo por un momento su estómago por culpa de la tela que se subió al quitarse la sudadera. De repente él sintió calor.

—No puedo entrar con todo esto encima —se abrazó a sí misma sintiendo que se congelaba—. No tardaré. Cuiden mi ropa, es lo más valioso que tengo después de mi consola de juegos y mis libros.

Dejó su ropa en manos de Aiden y entró con trabajo, apenas cabiendo por la abertura y sintiendo sus costillas y sus pechos dolerle por el esfuerzo. No estaba tan gorda como creía estar, incluso ahora se sentía más delgada que antes tras pasar ese diminuto espacio. Su linterna iluminó el lugar con cuidado, sorprendiéndose por el desastre que había en esa vieja oficina con montones de papeles desperdigados en el suelo. En una esquina, una mesa pequeña y circular yacía rota de un lado, unas cuantas sillas apiladas entre sí, y a su derecha estaba el escritorio donde el encargado se apoyaba y daba a la gente sus boletos. Tal y como supuso los cajones estaban cerrados y apretó la llave en su mano.

Un quejido vino detrás de ella.

Se giró con la linterna y no vio nada, sin embargo sentía que ya no estaba sola en esa habitación y mucho menos segura.

—¿Qué mierda fue eso? —se escuchó a Ángela preguntar y sintió su sangre congelarse, no había sido la única que lo escuchó.

—Sal de ahí. ¡Ahora! —le instó Aiden y Aaron se unió a la petición cuando pasó su lámpara por la abertura e iluminó algo que se movió con rapidez.

—¡Joder! ¿Qué fue eso?

Chris se giró pero fue para estar de frente en el escritorio. Ella no saldría. Algo le decía que si no actuaba ahora no podría volver a entrar después y tenía que demostrar su inocencia ante su madre. La llave amenazaba con caer por la excesiva sudoración en sus manos. Con la linterna buscó el cerrojo intentando que su mano no temblara,

metiendo la llave al primer intento y girando a la derecha. Los cajones seguían cerrados.

Un gruñido llegó, mucho más cerca de ella, a un par de pasos.

—¡Sal ahora! —gritó Aiden al iluminar también con su lámpara unos ojos rojos que desaparecieron en un segundo, entonces algo golpeó su linterna y esta cayó rota al suelo. Aaron sacó su mano pero su linterna golpeó la puerta y cayó al interior iluminando la esquina de la habitación donde las sillas apiladas cayeron al suelo. A pesar de los gritos de sus amigos, giró del otro lado la llave y jaló el cajón por completo tirándolo al suelo en un estrépito. Iluminó el contenido estudiándolo en un segundo. No vio más que un sobre de carta, papeles de bonos y rollos de tickets, pero también notó los sucios dedos de un pie descalzo frente a ella. Su mano tomó el asa de otro cajón y lo lanzó a lo que fuera que estuviese enfrente, sintiendo que, en efecto, golpeó algo que soltó un alarido inhumano. Tomó el sobre deseando que esa fuese la carta que buscaba y se lanzó hacia la puerta escuchando un rugido esta vez. Aiden y Aaron la tomaron de los brazos y la jalaron con fuerza, su pierna quedó atorada por un momento en la abertura y al dar el último jalón estuvo segura de sentir que algo rozó la suela de su bota. Cayeron los tres al suelo. Ángela se acercó a ayudarlos y la puerta de la taquilla se cerró frente a ellos con fuerza.

Tardaron unos momentos en recuperarse.

—¡Joder! Eso me dio miedo —exclamó Aaron levantándose con la ayuda de su novia.

—¿Qué fue eso? ¡¿Qué mierda fue eso?! —exclamó Ángela que luego se sintió una tonta al saber que no obtendría una respuesta a eso.

Chris sentía su corazón latir fuerte y Aiden tenía su brazo alrededor de sus hombros, pegándola a él e igual de asustado que ella. Aiden intentó pasar saliva pero su boca estaba seca. Sin embargo, la frase que salió era la que ella necesitaba escuchar.

—¿La tienes? —preguntó Aiden.

—Eso creo… —respondió con voz temblorosa y ocultó su rostro en el hueco de su brazo—. Porque no creo que vuelva a entrar allí de nuevo.

—No tengo idea que carajos fue eso pero creo que por poco y me cago encima —declaró Aaron quitándole las palabras de la boca a su hermano. Ángela ofreció su mano a la pareja en el suelo.

—Chica, debo decirlo. Estás más loca que yo.

—Gracias —sonrió sacando de sí una risa nerviosa.

—¿Por qué rayos no te dijo ese fantasma que había algo allí? —preguntó Aiden poniéndose de pie gracias a su hermano.

—Porque no quiso decirlo —explicó tomando su ropa y vistiéndose

con urgencia, dejando por último la chaqueta que sostenía entre sus manos—. Él mismo lo dijo, le encanta divertirse a expensas de otros —gruñó molesta. Debió haber hecho caso a su instinto y a las notas de su tío de que ese fantasma no era tan benévolo como pensaba. Eso casi le costaba quizás la vida.

Tenía la carta más todavía no debía cantar victoria. Volteó el sobre y leyó el nombre escrito en una chueca y apenas legible letra: Clark Louis Jensen. Dejó ir el aire de sus pulmones con alivio.

—Esta es… —sus amigos la rodearon. Abrió el sobre rasgando la orilla y con cuidado de no dañar el interior. Su pulso se aceleró más que hace unos momentos cuando su vida corría peligro. La anticipación la estaba matando. Apretó con suavidad el sobre y extendió la mano para que la carta se deslizara fuera, y en vez de eso, una fotografía cayó al suelo deslizándose entre sus dedos. Aiden la recogió, había caído boca abajo pero tenía escrito algo en el reverso. Se lo dio a Chris, porque era quien tenía que leer lo que fuera que dejó su tía. Agradeció el gesto en silencio, no pudiendo ocultar su nerviosismo. Tomó la foto y comenzó a leer en voz alta para que los presentes escucharan. La letra era horrible, la profesora de arte no mentía cuando dijo que su caligrafía era mala, pero podía entenderla.

—Clark. Hemos pasado por mucho, nuestro amor es prohibido por quienes dicen hablar en el nombre de Dios, llenando su boca de falsedades e hipocresías pero eso no importa. Estamos casados en nuestros corazones y me siento feliz de decir que al fin cumpliremos nuestros sueños y no lo haremos solos, porque ahora lo sé. Mi amor, muy pronto seremos tres… —su voz se ahogó y su garganta se cerró por las lágrimas que sentía en sus ojos, apenas musitando las últimas palabras—. Porque estoy embarazada. Y será una niña —giró la fotografía comprobando su peor miedo. Era una ecografía del bebé que estuvo en el vientre de su tía… Una niña que nunca nació.

Nadie dijo nada pero Chris no pudo soportarlo más, tenía que salir de allí. La presión la estaba ahogando. Salió de la estación en largas zancadas a punto de correr lejos. Ignoró al hermano de Ángela que estaba fumando afuera del auto y se apoyó en uno de los árboles a pocos metros de la entrada. Su tía había estado embarazada, estuvo embarazada antes de que la asesinaran. No había duda de ello, mayormente porque la fecha del ultrasonido marcaba semanas antes de su desaparición. Pasó su mano sobre su rostro intentando calmarse. Llorar no era la respuesta pero ¡Dios! Necesitaba desahogarse. Sintió un peso sobre sus hombros, alguien le puso su chaqueta encima, ni siquiera se dio cuenta que la dejó caer por la impresión. Al voltear vio a Aiden mirarla preocupado mientras que Aaron y Ángela les daban espacio. Aaron cargaba la mochila con la radio y el micrófono.

—Está helado… —pronunció en voz queda y ella asintió entrando

en razón.

—No puedo creer que sea tan débil —musitó poniéndose la chaqueta.

—No lo eres. Esto es algo que nadie se esperaba, incluso Ángela no lo dijo en serio aquella vez.

—Ya, pero aun así me siento ridícula.

—No eres ridícula —replicó con cierta dureza en su voz—. Pero tienes dentro demasiados conflictos y esto sólo lo ha agravado.

—¿Qué se te da lo de ser loquero?

—No, pero es evidente —Aiden puso su mano en su hombro para que ella le mirara, sin importarle que pareciera a punto de vomitar en sus zapatos—. Desde que llegaste has cargado por muchas cosas y no quieres externarlas —explicó acomodando un mechón de cabello tras la oreja—. Siempre te ves presionada en la escuela aunque parezca que te importa poco, eres sensible pero no quieres demostrarlo, has sufrido una pérdida y aún intentas asimilarla, y tras el misterio de tu tía esto no ha hecho más que echar piedras sobre ti. Eres humana, no un robot que puede funcionar de manera monótona a petición de todo el mundo. Necesitas dejar salir lo que te aqueja o terminará por hundirte y eso es lo último que quisiera —admitió directo—. Eres una chica genial. Y como amigo, deseo que estés bien todo el tiempo y no cuando alguien te está mirando.

El nudo en la garganta creció. Tenía razón, en cada una de sus palabras. Se estaba guardando todo porque no quería ser una molestia para su madre y para ella misma. Se sentía perdida sin su hermano cerca, necesitando probarse a sí misma y al mundo que estaba lista para seguir. Pero el caso de su tía hizo mella en su débil armadura desde el principio, no fortaleciéndola como quería creer. Y si era sincera, la investigación servía para ignorar sus propios problemas. La muerte de su tía y ahora la muerte de su prima no nacida la enfurecían contra el mundo. Necesitaba ayuda, y Aiden y Aaron eran los únicos que estaban dispuestos a permanecer cerca de una persona que al final no podía esconder las heridas que tenía por dentro. Se sentía expuesta. Sin embargo, por primera vez dejó que sus heridas sangrasen con libertad, porque así sentía que comenzaba a abandonar al fin ese mar de desesperanza.

—Hey… —logró decir con trabajo tras unos momentos de autorreflexión—. Quizás suene cliché pero… ¿te puedo dar un abrazo? Creo que necesito uno bien fuerte —él no se negó, parecía que esperaba por ello. Cortaron distancia y sus brazos envolvieron al otro. Estaba segura de escuchar sus latidos, él era más alto que ella por media cabeza, y recargar la suya sobre su hombro fue agradable. Sentía que podía estar bien con varios de esos al día. Aspiró profundo el aroma a madera y jabón que estaba impregnado en Aiden, incluso

el aroma de su suavizante era agradable. Tras sentir que podía respirar con normalidad se lamentó tener que alejarse de él—. Vale, creo que ya es suficiente —se separó sintiéndose mejor, con una pequeña sonrisa de alivio hasta que su cabello se atoró con un botón—. Oww, lo siento, mi cabello es un desastre. Déjame lo saco.

—No, espera. Ya lo hago —la alarma en su voz no pasó desapercibida pero lo atribuyó a su preocupación inicial. Jaló encontrándose un nudo en su cabello y un largo cable que salió de entre la chaqueta. Sus ojos se abrieron como platos y se quitó lo que estaba atorado en su cabello. No era un botón. Era una cámara.

—¿Qué mierda es esto? —Esperaba la respuesta de Aiden, pero él no pudo decir nada a pesar de que su boca se abría y cerraba constantemente—. ¿Qué mierda? —repitió casi gritando. La pareja se acercó y Aiden guardó la cámara. Apenas y Aaron se acercó, Chris se volvió contra él y lo sujetó con brusquedad de la chaqueta.

—¡Hey! ¿Qué haces? —se quejó Aaron pero ella encontró lo que tenía oculto en su chaqueta. Otra pequeña cámara de fibra microscópica. Se alejó unos pasos del grupo, aturdida como si le hubiesen golpeado.

—Amor al misterio, ¿no? ¡Pura mierda! —explotó agitando sus brazos en puños.

—Chris, calma. Íbamos a decirte —intentó hablar Aiden pero ella le señaló amenazante.

—No me vengas con esas. Tú no —Aaron se puso a la par con su hermano intentando apoyarlo.

—Vale, lo sentimos. No queríamos que te enteraras así. Pero creímos que algo así no debería quedarse en secreto. Teníamos pensado decirte cuando todo esto se acabara.

—No me digas —habló burlona—. Y apuesto que esto iba a ir directo ¡a su jodido canal! —un bufido vino de detrás de los hermanos y Ángela se acercó adoptando una actitud más profesional.

—Las cosas como son, chica. Esto no debió ser así pero esto tiene solución —declaró intercediendo por ellos—. Puedes sacar provecho de esto. Ellos me han contado que tu familia está pasando por ciertos problemas financieros. Si lo que buscas es dinero rápido esto puede ayudarte a conseguirlo. Ellos tienen el sistema de monetización de la página. Puedes hacerte rica con este caso, todos sacarán ventaja de esto y te aseguro que te conviene.

—Calla tu puta boca que no tienes nada que ver en esto —Ángela levantó las manos en señal de paz, y dio un paso hacia atrás para evitar un enfrentamiento físico. Sabia decisión.

—Chris, por favor escucha —habló Aiden intentando calmarla mientras se acercaba con cautela a ella—. Esto puede ayudarte. Escuchamos a nuestros padres hablar sobre su situación económica y

nosotros ganamos mucho por cada video. Podemos seguir como si nada. Todavía seguiremos ayudándote y encontraremos a quien asesinó a tu tía. Piensa en los beneficios. No sólo podrás resolver este misterio, sino que te volverás famosa. Y esto puede sacarte a ti y a tu madre de toda clase de apuros… ¿Qué dices? —un puño fue directo a su cara, tirándolo al suelo y de seguro dejándole un ojo morado. Aaron y Ángela lo ayudaron a levantarse.

Chris por otra parte sintió el deseo de lastimarlos, sentía que todo estaba mal, estaba fuera de sí. Las heridas que hace un momento sentía que estaban sanando ahora volvían a abrirse de forma abrupta y dolorosa, vertiendo su sangre en el mar que volvía a tragarla hasta hacerla caer a las profundidades del abismo. El sentimiento de traición era tan fuerte que sintió deseos de vomitar bilis pura y que esta abrazara su garganta. Las lágrimas amenazaron con salir, y fue difícil, pero logró contenerlas.

—No necesito dinero. No quiero fama. No quiero su maldita ayuda. ¡Ni tampoco quiero saber nada de su interesada amistad! —explotó deseando terminar con eso o lloraría en el suelo viéndose más patética de lo que se sentía—. Jódanse… Ustedes y su puto canal ¡se pueden ir al demonio! —Le arrebató su mochila a Aaron y tras ponerla en su hombro se dio media vuelta, caminando lejos de ellos y escuchando que gritaban su nombre—. ¡Volveré sola! ¡Así que déjenme en paz!

—¡Chris! ¡Vuelve! ¡Te podemos llevar a casa! ¡Hablemos!—escuchó a Aaron gritar pero ella tomó una piedra y se la lanzó a modo de advertencia.

—¡Déjenme en paz! —gritó sin poder contener más las lágrimas. Corrió lejos, ignorando los gritos a sus espaldas y con una linterna como único modo de guiarse se adentró hasta desaparecer en el oscuro bosque de Morning Valley.

•••

Hasta este punto se daba cuenta que no había sido su mejor idea. Había sido una idea estúpida, estúpida con mayúsculas. Después de limpiarse las lágrimas y sonarse los mocos, se dio cuenta de la situación en la que estaba. No tenía idea de cómo salir de ese bosque pero estaba tan enojada que no podía concebir estar en el mismo espacio que esos traidores. Las lágrimas todavía picaban sus ojos mientras trataba inútilmente de retirarlas. La seguridad que sintió con el apoyo de los hermanos se volvió ceniza y voló con aquel frío viento que la asolaba. La mezcla de sentimientos la hacían sentirse rota y reconocía cada uno de ellos. Traición, dolor, tristeza y sobre todo vergüenza, porque ya sabía que la gente no era de fiar, sabía que los amigos no son confiables, y también sabía que todo se iría al demonio

tarde o temprano. ¿Cómo? Porque ya debía de ser una experta y porque parecía la misión del universo, de Dios mismo, hacer su vida tan dura como fuera posible. Entendía que había gente que tendría peores problemas, pero era ella, ella conocía sus límites y los había sobrepasado sintiendo que cada vez se rompía más su corazón. No entendía por qué el mundo era tan cruel con ella. Siempre ayudó a los viejecitos a cruzar las calles, siempre fue quien intentaba ayudar a los que se les olvidaba la tarea, siempre tenía una moneda para dar a los que pedían en la calle o en donación, siempre recordó los cumpleaños de sus amigos, y hasta ayudaba en refugios de animales porque no podía tener un perrito en casa. ¿Y cómo se lo pagaba el universo? Nunca tuvo ningún amigo de verdad, nunca tuvo un perrito, su hermano murió, su padre las echó de casa, su tío estaba desaparecido, su tía embarazada asesinada, su abuela era una bruja, su madre la creía una ladrona, el jodido padre Williams la tenía contra la espada y la pared, vivía en una casa sucia, y las únicas personas que consideró sus amigos la traicionaron para tener más fama. Intentó hacer una lista de cosas buenas pero no encontró ninguna.

—¿Ya estás satisfecho? —Preguntó mirando hacia arriba entre las ramas de los pinos, al apenas visible cielo lleno de estrellas, a Dios mismo, el único con el que podía desquitarse en ese momento—. Eres Todopoderoso, ¿no puedes simplemente darme algo bueno? ¿Algo verdadero en vez de lanzarme al desastre sin algo seguro en qué caer? Dime, aquí, ¡AHORA! ¿Qué quieres de mí, uh? ¡Me has mandado aquí a lo imposible! Soy una chica neoyorquina de quince años que le gustan los videojuegos, la moda, los libros y el pay de queso, ¡pero que ha perdido todo! ¿Qué quieres que haga? ¡Dime! ¡Quiero una respuesta porque no voy a seguir con esto sin ver una señal! ¡Dame una señal! ¡Algo que me diga que esto vale la pena! ¡Lo que sea! ¡Adelante Dios Todopoderoso! ¡Dámela! Lo que sea... Lo que… sea —gimió cansada. No. No era culpa de Dios, era su culpa. Ella había sido la ingenua, la tonta, y todo lo acontecido fue por sus propios errores y por no ser lo suficientemente valiente para enfrentarse a sus miedos y dudas—. Una señal… —sollozó derramando más lágrimas, con los mocos cayendo de su nariz y que limpió con su manga—. Deseo… quiero que todo esté bien. Estoy tan cansada… por favor, por favor, quiero una señal de que todo mejorará. Lo que sea…

Apenas se movió a la derecha mientras limpiaba sus ojos cuando el suelo se deshizo bajo sus pies. Su cuerpo cayó cuesta abajo por una pendiente inclinada, golpeándose con piedras y raíces hasta caer en el frío suelo húmedo. Se levantó doliéndose las costillas, aunque de no ser por la chaqueta estaba segura que se hubiese roto algo. Intentó levantarse pero su rodilla le dolía horrores, sintiendo el ardor y el calor de la sangre pegarse en la mezclilla. Se quedó en el suelo,

intentando recuperar el aliento, la linterna quedó frente a ella e iluminaba al frente un sendero de tierra totalmente desconocido. Entonces recordó el viaje en bicicleta cuando los hermanos saltaron la brecha, al menos ya sabía por dónde ir. Apoyó su frente en la fría y suave tierra, deseando estar abrigada en su cama y no en ese oscuro y frío bosque.

Fue que comenzó a escuchar la estática.

La correa de la mochila seguía en su brazo igual de adolorido que el resto de su cuerpo, pensó que tal vez la radio se encendió por el golpe o pudo romperse junto con el micrófono, igualmente no tenía fuerzas para revisarlos.

Co… Tin… E…

Una voz se escuchó entre la estática.

Apoyó sus brazos en el suelo, la correa se deslizó por su brazo y palmó entre la tela para sintonizar qué decía ante la insistente voz entrecortada. No tenía idea de qué clase de espíritu estaba sintonizando. Al fin silenció la estática para poder escuchar lo que decía esa voz de ultratumba, escuchándose fuerte y clara.

¡Corre! ¡Corre, Christina! ¡Ahora!

Gritó un hombre con desesperación. Algo se movió frente a ella. Sus ojos se abrieron más, ya adaptados a la oscuridad del bosque, y su mano se estiró con lentitud hacia la linterna deseando que aquello fuera un conejito o algún perro extraviado, pero no, era algo peor. Un hombre calvo, pálido y desnudo, y extremadamente delgado estaba encogido en posición fetal a unos metros de ella, escondiendo así su verdadera altura. Sus dedos, tanto de las manos como de los pies, eran anormalmente largos, y sus uñas eran garras de animal. Al alzar su mirada a ella, la negrura cubría sus cuencas, no tenía nariz, la falta de carne y músculo en ese espacio huesudo dejaba a ver un agujero oscuro, pero sí tenía una boca larga llena de filosos dientes cubiertos de sangre del pobre e irreconocible animal despedazado a sus pies.

—Wendigo…

¡CORRE!

Ella ya estaba corriendo. Corrió por el camino de tierra tan rápido como el miedo le permitía, concentrada en no caer como las actrices de las películas de terror que interpretaban el papel de la rubia no

virgen que siempre moría primero. ¿Qué importaba su rodilla sangrante? ¿O sus costillas magulladas? Si esa cosa la atrapaba no iba a quedar nada de ella.

Siguió corriendo más y más rápido, atreviéndose a verificar si la seguía, sólo para ver a esa cosa perseguirla en cuatro como un animal salvaje.

Derecha.

Repitió la voz en la radio al llegar a una división y ella obedeció sin dudar. El monstruo por un momento pensó que tomaría la izquierda y eso le hizo perder unos buenos segundos. Al fin los entrenamientos para las maratones que su padre la obligó a participar surtían su efecto.

Corre más. Sube hacia tu izquierda por la raíz.

Ella obedeció, corrió tan rápido que el viento silbó entre sus orejas, subiendo un pequeño montículo de tierra e impulsándose más en la carrera. Con la luz de la linterna oscilante reconoció el Gran Roble, estaba donde el famoso árbol y pudo ver una raíz sobresalir de la tierra a su izquierda tal y como la voz de la radio decía. Su salvación colgaba a unos centímetros de su mano. Saltó en medio de la carrera y la aferró con fuerza, impulsándose hacia arriba con las piernas, tomando las raíces más firmes en su escalada y con la adrenalina recorriendo su cuerpo. Escuchó a ese monstruo comenzar a subir detrás de ella. Llegó hasta arriba pero sabía que no estaba a salvo, ya que si esa cosa subía la atraparía con facilidad y ya no tenía fuerzas para correr. Tomó una larga rama del suelo, segura que había caído de la limpieza que hicieron la otra vez. Se acercó a la orilla alzando la improvisada lanza con la punta abajo, y apenas vio asomarse esa pálida cabeza clavó la punta en uno de sus negros ojos, escuchando un chillido atronador al enterrarlo más, usando su peso mientras ella también gritaba y sentía la sangre de ese monstruo salpicar sobre ella. Lo sintió retorcerse con violencia, para luego que este golpeara sus piernas y los dos cayeran de nuevo en la zanja… todo se volvió negro.

•••

Despertó con su cuerpo adolorido. Se sentía mareada, confundida, y con un terrible dolor de cabeza que surgía desde el lateral derecho.

Las hojas crujieron al mover sus piernas y la espalda le dolía horrores por culpa del árbol en el que estaba recargada. Llevó su mano a su cabeza, sin entender dónde estaba hasta que vio una mancha oscura en su chaqueta y mano, recordó lo sucedido y su cuerpo se levantó con dificultad mirando a todas partes. Ya no estaba en el interior de la brecha, sino en las orillas del bosque muy cerca del pueblo. A lo lejos, una pequeña línea de luz comenzó a colorear el cielo a punto de amanecer. Apoyó sus manos en el árbol y vomitó. Sentía que todo su ser se agitaba por dentro al recordar a esa criatura. Tras unos momentos de profunda respiración y con el sudor perlando su frente vio su mochila a un lado. La abrió, revisando que tanto la radio como el micrófono estuvieran allí y lo estaban, incluso estaban intactas. No pensó mucho en ello, caminó de regreso, cubierta de hojas y lodo sin pensar en qué sucedió después y cómo es que llegó allí. Al llegar a casa todo su cuerpo le dolía. El agua de la ducha hizo arder las abrasiones y los golpes de su cuerpo. Su rodilla tenía un feo corte a lo ancho y no quería pensar que sus pantalones favoritos se arruinaron o que necesitaría puntadas. Salió del baño sintiendo otra vez ganas de vomitar pero se abstuvo porque no quería volver a lavarse los dientes. Se puso su cómodo pijama aun sabiendo que en unos minutos tendría que fingir arreglarse para ir a la escuela. Necesitaba sentir, aunque fuera por un momento, el calor de su cama para saber que estaba a salvo. Repentinamente todo su mundo comenzó a girar y su cuerpo dejó de reaccionar sin poder mantener el equilibrio. Siendo en su torpe desesperación que su mano se aferró a las cortinas de la ventana, jalando y golpeando su cabeza con la orilla de la silla del escritorio al caer al suelo. Perdió el conocimiento frente a Arquímedes, el único testigo mudo en la escena y que no podía hacer nada para ayudarla.

16

Su madre le quitó el termómetro para comprobar su temperatura, como no tenían uno electrónico tuvo que usar uno anticuado de mercurio que encontró tras el espejo del baño.

—Un poco arriba de 38. No vas a ir a la escuela otra vez.

—Mmhm —murmuró apenas con fuerzas.

«Como si quisiera ir»

Pensó aun con rencor hacia los gemelos Ashwood. No los había visto desde esa fatídica noche y ya era jueves. Su madre se asustó mucho cuando la encontró inconsciente en el suelo de su habitación. La llevó a la clínica del lugar y luego al hospital para tomar las radiografías debidas. Se quedó en el hospital una noche con intravenosa, y regresó temprano al día siguiente para seguir su tratamiento en casa. Su rodilla estaría bien, el corte no era tan profundo como pensó, pero se había llevado unas cuantas puntadas en la cabeza que una gaza ahora cubría, y un montón de medicamentos para el dolor y el resfriado que pescó eran su coctel diario, por suerte no tenía ni un hueso roto.

—He llamado a tu escuela para decir que no podrás ir hasta que te mejores pero que alguien debe de traerte los deberes.

—¿Deberes estando enferma? Me quieres matar, mamá —su madre sonrió, al menos ya no estaba enojada por el robo y quizás venta de artículos religiosos al mercado negro. Su madre acarició su mejilla y con gesto preocupado pasó su mano por la gaza de su frente. Chris se preguntó si sabía de su escapada nocturna ya que no preguntó cómo fue que se hizo esos golpes.

—Intentaré venir en mi hora de comida para verte. Descansa y no te atrevas a salir de la cama.

—No podría aunque lo intentara.

Sarah se fue, no sin antes de preguntarle si tenía todo lo necesario en su cuarto: pañuelos, Vaporub, medicamentos, agua, internet y una frazada extra. Lo tenía todo. La puerta principal se cerró y Arquímedes salió de debajo de la cama para posarse sobre su pecho.

—Hey, amiguito… —un acceso de tos la hizo doler las costillas—. Déjame descansar un poco, te daré de comer apenas y despierte, ¿vale? —habló con pesadez. Sus oídos ya no estaban tapados y la garganta ya no le dolía, pero sentía que le raspaba al hablar y era incómodo. Cerró sus ojos y su cuerpo cedió al cansancio por la enfermedad, era más fácil pensar en lo mal que se sentía físicamente que en lo mal que se sentía por dentro. Comenzó a roncar mientras Arquímedes se volvía una bola de pelo a su lado, alzando su cabeza hacia la radio que desde esa noche había permanecido en completo

silencio.

•••

Nada. De nuevo no había ido a clases ese día. Los gemelos se miraron preocupados ante la ausencia de Chris. Sus consciencias no les dejaban tranquilos y la culpa pesaba sobre ellos día con día. Necesitaban hablar con ella antes de que llegaran a más malentendidos y terminaran por romper su amistad, o lo que quedaba de ella si es que quedaba algo. Cuando los alumnos comenzaron a salir del aula detuvieron a uno de ellos apartándolo del grupo, un chico bajo y regordete con una chaqueta de color naranja fosforescente que lo hacía ver como una fruta.

—¡Hey! Carl, ¿cómo estás? —preguntó Aaron con entusiasmo.

—Me llamo Leonard, no Carl.

—¿Y Carl no es tu segundo nombre? Estoy bromeando, amigo —dijo tratándolo como si fuesen los mejores amigos y no como si el año pasado le hubiese puesto polvo picapica bajo la ropa. Leonard iba a seguir su camino ignorando a los hermanos pero Aiden se interpuso en su camino.

—Hey, buscamos a Christina Hallow, ¿sabes qué paso con ella? —Preguntó directo con la misma sonrisa juguetona que la de su hermano—. Es que nos urge hablar con ella pero no la hemos visto y eso nos parece extraño —ocultaron sus nervios con gestos de amabilidad y camaradería. La desazón los comía vivos desde esa noche y querían saber que estaba bien, más porque al alejarse del bosque escucharon lo que pareció ser el grito de un animal y pidieron al dentista gótico que regresara para revisar la zona por los alrededores. No encontraron nada, pero como no escucharon sobre su desaparición o muerte al otro día eso quería decir que estaba viva. ¿Por qué demonios la dejaron irse sola? Era preferible recibir un golpe o dos a dejarla en ese oscuro bosque con quién sabe qué clase de criaturas. Aiden no había podido dormir bien desde entonces.

—Al parecer está enferma, o eso nos dijeron porque pidieron que alguien fuera a dejarle los deberes.

Casi exhalaron de alivio. Estaba enferma, eso debió aliviar su culpa un poco pero no lo hizo.

—Ya, ¿y sabes quién es el valiente que se ofreció? —preguntó Aaron pero Leonard movió los hombros con desinterés.

—¿Y yo que sé? —Escupió con desprecio—. Ni siquiera me fijé, además, ¿qué me iba a importar? No me agrada, se cree mejor que todos.

—¿Por qué dices eso, Lenny? —preguntó Aiden disimulando la

acidez que comenzó a surgir desde la boca de su estómago.

—Por favor, ¿en serio? —Los miró como si hubiesen hecho la pregunta más estúpida de la historia—. Todos saben que es una neoyorkina hueca, no le habla a nadie y se comporta como si estuviera por encima de todos. Además de que presume esa ropa cara que siempre lleva y ese teléfono último modelo. Es toda una perra, y tal como dice el profesor Miller es estúpida. Todos estamos felices de no verla y que esté enferma, ojala no regresara. Esa puta tiene lo que se merece… —Lenny fue empujado hacia los casilleros con violencia y los hermanos estaban casi sobre él. Sus ojos verdes advertían el peligro y las sonrisas de sus rostros no tenían pizca de amabilidad esta vez.

—Bueno, Lenny. Tal vez si ustedes dejasen de comportarse como mierdecillas sabrían que Hallow no es como ustedes creen. Por gente como ustedes es que la gente de afuera cree que la gente de aquí somos pueblerinos estúpidos —dijo Aaron jugando con el cordel de la chaqueta de Leonard y Aiden sonrió como un maniaco que estaba a punto de degollarlo.

—Pero creo que igual le hacen un favor, ya que tratar con personas con tan escasa materia gris en su cerebro y que viven llenos de prejuicios sería un desperdicio de su tiempo —el chico estaba temblando, esperaba una paliza o una amenaza de muerte pero pronto ellos le dieron su espacio para que se fuera.

—Es hora del almuerzo. Y hoy sirven pizza, no deberías perdértela.

—Que tengas un buen día, y come más ensalada.

Lo dejaron irse por el pasillo como un animal asustado. Aaron bufó molesto pero notó mayor pesar en su hermano. Nunca lo había visto así, y hasta se sorprendió que fuera él quien empujara a Lenny. ¡Él era el impulsivo, no Aiden! Su hermano siempre era el diplomático aburrido, mientras que él era el hombre con los cartuchos de dinamita en el pecho.

—Vamos, no nos vamos a rendir —dijo intentando levantar el ánimo—. Encontraremos la forma para que nos perdone y asunto arreglado.

—No creo que sea fácil, esto va más allá de cualquier pequeña imprudencia.

—No exageres. Estoy seguro que nos perdonará. Somos puro encanto —bromeó intentando sacarle una sonrisa pero este no contestó, ni sonrió.

Aiden no creía que con un simple lo siento arreglaría las cosas. Había visto más allá de lo que Chris había mostrado a otros. La chica segura, irreverente y valiente tenía muchas heridas sin curar. Lo había visto en el supermercado con esa caja de cereales en la mano, también

cuando se enfrentó al profesor la primera vez, y cuando le hizo frente a que revelara lo que sabía de la investigación. Tenía miedo. Y al conocer su historia le sorprendió que todavía intentase parecer entera cuando no era así. Se abrió con ellos, tal vez de una forma con la que nunca hizo con alguien ajeno a su familia. Y a pesar de todo, terminaron por traicionar su confianza de la peor manera posible, creando una nueva y profunda herida como las que ya tenía. Incluso él admitía que lo que hicieron era rastrero y quería decirle de frente cuánto lo sentía, sin embargo era incapaz de caminar hacia su casa, inundado por la vergüenza y el doloroso recuerdo de sus ojos llenos de lágrimas que se negó a dejar caer. Envió un mensaje a su celular pidiendo hablar con ella, pero el mensaje no pudo ser enviado así como los muchos otros. Recordando como la última vez que seguía bloqueado.

•••

Al abrir los ojos su casa se encontraba en penumbras. Se preguntó en qué momento la noche había caído, ¿acaso durmió todo el día? Se puso las pantuflas y salió de su cuarto para buscar a su madre. En ese momento escuchó a Arquímedes chillar escaleras abajo. Recordó que no le había dado de comer como se lo prometió y se arrodilló para recibirlo y que este subiera a su mano al subir.

—Arquímedes, ven, sube pequeño, ven —escuchó sus chillidos más agudos, algo no estaba bien, y antes de llamarlo el ruido fue ahogado de repente y temió por el pequeño ratón—. ¿Arquímedes? —al asomarse escaleras abajo vio la sombra de una persona que se hizo presente al pie de las escaleras. ¿Quién era? O ¿qué era eso? No lo sabía pero algo dentro de ella le dijo que tenía que no quería averiguarlo.

Sin dejar de mirar hacia las escaleras, retrocedió a su cuarto pero la puerta se cerró de golpe en su cara y el pomo no giraba. Maldijo a lo bajo. Al ver que aquella persona subía las escaleras fue al cuarto de su madre y la puerta también estaba cerrada, así que corrió al final del corto pasillo, no perdiendo el tiempo en verificar la puerta del baño, saltó para tomar la cadena del ático que resbaló de sus dedos lastimándola. Volvió a saltar, atrapando la cadena esta vez y jalando hacia abajo. Cuando volteó la figura oscura ya estaba arriba, una bruma oscura le rodeaba, parecía vestir una especie de túnica negra y tras mirarla fijamente unos momentos eso comenzó a caminar hacia ella. Subió trepando las escaleras y cerrando tras de sí la trampilla sin ver el rostro de su perseguidor.

Una luz se encendió a sus espaldas, se giró veloz para encarar lo

que fuera que estuviera allí con ella y un hombre sentado frente al escritorio le daba la espalda. La lámpara del escritorio apenas e iluminaba alrededor y el hombre sostenía su cabeza entre sus manos en una pose desesperada.

—No puedo. ¿Por qué no puedo? ¿Qué me falta? ¿Dónde estás Esther? Esther… —sollozó a lo bajo y sorbía su nariz. Reconoció el espeso y oscuro cabello rizado de su tío y se acercó a él lentamente. Todavía recordaba la última vez que soñó con él, pero aun así su mano se estiró para poder tocarlo, con el deseo de darle algún consuelo ante su angustia. Apenas y sintió su ropa con la yema de sus dedos este se desvaneció al mismo tiempo que la luz.

Todo quedó en absoluta oscuridad. Buscó el escritorio tanteando alrededor con sus manos estiradas a la nada, todo había desaparecido con la única fuente de luz. Intentó guiarse buscando el cordón de la luz sobre su cabeza y terminó rodando escaleras abajo en unas escaleras de piedra quedando boca abajo. Intentó levantarse ante el duro golpe, apoyando sus manos y mirando hacia arriba, reconociendo las escaleras de la Torre. A pesar de lo oscuro que estaba podía distinguir la puerta a la perfección. Se apoyó sobre sus antebrazos para intentar levantarse, adolorida y con deseos de llorar. Fue que escuchó el sonido del agua correr. Al mirar hacia las escaleras de dónde provenía el eco del agua, vio que esta caía abundante de los escalones. No… no era agua, era un líquido oscuro que no pudo distinguir hasta que un charco se formó frente a ella. Sangre. Hilos de sangre caían por los escalones, saliendo desde debajo de la puerta en una macabra imagen dantesca sacada del infierno. Se arrastró hacia el otro lado del pasillo tenuemente iluminado, pegando su espalda contra la pared al ver que el charco de sangre crecía más al pie de las escaleras. Sentía que no podía moverse, el miedo apresaba su cuerpo similar a una camisa de fuerza no importando que su cerebro le gritase que corriera. La puerta de la Torre se abrió lento y sus goznes rechinaron de forma dolorosa en su cerebro, mostrando a su perseguidor que comenzó a bajar lentamente las escaleras, manchando el borde de su túnica con la sangre que fluía sin cesar. La sola visión de ese ser le ayudó a encontrar las fuerzas necesarias para levantarse y escapar. No quiso mirar atrás pero lo hizo, las tenues luces del pasillo empezaron a extinguirse al paso de ese demonio de vestimenta familiar. Una monja era quien le había estado acechado todo ese tiempo. No entendía el miedo irracional que sentía, nada más que debía escapar. Era obvio que estaba en el convento, no pudiendo entender cómo fue que llegó allí. Dio vuelta por un pasillo pasando por las habitaciones, donde desde el interior un coro de rezos se escuchó fuerte y claro sobre su respiración agitada.

Líbranos del mal.

Líbranos del mal.

Líbranos del mal.

La frase se repetía una y otra vez mientras escuchaba los pasos de la monja detrás de ella. Dio la vuelta al llegar al pasillo principal, cortando de nuevo por entre los talleres y el cuarto de oración cuyas puertas se abrieron y un fuerte viento rugiente la golpeó en su camino, la hizo encogerse en la carrera pero no miró hacia adentro por miedo de ver algo más horrible aguardando por ella. Regresó al pasillo de la Torre, esperando haberla perdido en aquel zigzagueo llegando al jardín principal. Estaba lloviendo y la estatua de Santa Rita yacía empapada, con el agua escurriendo como ríos desde la cabeza hasta los pies. Un relámpago la asustó y rodeó la estatua sólo para encontrarse a esa monja al pie del jardín. Sus piernas temblaron y su espalda se pegó a la base incapaz de moverse. De repente, un cálido chorro de agua comenzó a caer sobre su hombro y su mano fue a este, horrorizándola al ver su mano manchada de rojo. Miró hacia arriba y vio a la estatua llorar abundantes lágrimas de sangre que manchaban su hermoso rostro. Al volver su vista, la monja estaba frente a ella y la sujetó de las ropas, alzándola a pocos centímetros del suelo con una fuerza sobrehumana. Fue entonces que el hábito comenzó a retirarse lentamente de ella, no era un uniforme, eso ni siquiera era humano. Dos alas demoniacas se extendieron revelando ante ella al demonio de piel oscura, ojos rojos, y torcidos cuernos de carnero que caían sobre sus hombros. Su boca, no era una boca en sí, estaba cocida entre tiras de piel que apenas dejaba al descubierto sus afilados colmillos. Acercó su rostro al suyo y emitió un chillido ensordecedor que hizo que Chris gritara de terror ante su inevitable final. Cerró los ojos deseando que aquello desapareciera, y al volver al abrirlos el padre William era quien la sujetaba, alzando un enorme crucifico de afiladas puntas en su otra mano.

—En el nombre del Padre. ¡Libero esta alma del pecado! —alzó el crucifijo sobre su cabeza—. ¡Devuélvela a tu camino, Señor! — bajó la cruz sobre ella.

—¡NOOOOOOOO!

Despertó sobresaltada y con un fuerte dolor de cabeza ante el brusco despertar. Estaba en su cama, apenas era medio día y el cielo afuera estaba despejado. Estaba a salvo… La puerta de su habitación

se abrió y fue una sorpresa ver quién entraba a verla.

—Hasta que al fin despiertas —gruñó la abuela—. Pensé que tendría que moverte para ello.

Chris suspiró de alivio y se dejó caer en la cama. No estaba del todo a salvo pero al menos no era un demonio de piel negra lo que estaba con ella… aunque se le parecía un poco.

—Creo que nunca he estado más feliz de estar despierta —la abuela chasqueó los dientes y se sentó en la silla de su escritorio que su madre puso a un lado de su cama.

—Tu madre te dejó sopa, me pidió que la calentara pero no sé si la quieras así. Fría tampoco está mal —señaló el plato de fideos que estaba en su mesita de noche. La sopa se había vuelto espesa y poco apetecible a la vista.

—Comeré después.

Su abuela se dejó caer en el respaldo de la silla.

—No debería tener esta condescendencia con una ladrona, pero bien te puedo calentar la sopa si quieres.

—No soy una ladrona —confesó sintiendo el dolor en la cabeza aumentar—. Pero no me creerías si te lo dijera. Soy la maldad encarnada, ¿no? —cerró los ojos esperando que la vieja se descargara con ella al recibir una mirada entrecerrada de su parte.

—Ya… ¿y si te dijera que te creo? —la joven abrió los ojos de golpe y alzó la ceja incrédula.

—Preguntaría qué te fumaste —la anciana alzó el bastón y le dio en el estómago, no fue un golpe tan fuerte, en parte por las frazadas que la protegieron, pero igual le sacó el aire y la hizo voltearse de lado—. Yo nada más respondí… —farfulló con la voz en una octava más alta de lo normal. Su abuela bufó molesta.

—Debería darte una tunda pero como estás herida tendré piedad de ti.

—¿Esto fue piedad? —Preguntó al recuperar el aire y logró sentarse en la cama—. Ahora sí, hablando en serio. ¿Por qué me crees?

—Pienso que eres una chiquilla descarriada, metomentodo y sarcástica, pero no te veo como una ladrona. Y hay algo en el padre Williams que no me está comenzando a gustar —prefería no decirle sobre la llave del retrato, pero si lo pensaba no era robar, era un descubrimiento. Tosió una vez poniendo su mano en la boca y luego siguió la conversación con ceño fruncido, analizando la situación.

—¿Qué es lo que no te gusta? ¿Ha hecho o dicho algo?

—Eso es lo que no me gusta. Lo estuve observando mucho estos días. Dice que hará una cosa pero lo encuentro haciendo otra muy distinta. Y hace días lo encontré merodear por los pasillos de los cuartos a altas horas de la noche. Se porta muy sospechoso, mucho,

cuando cree que nadie le ve —chupó su dentadura acomodándola en su boca—. Hasta ahora he notado que revisa muchas cosas del convento ¡y no me gusta! —Exclamó golpeando el suelo con su bastón —. También he notado como ha cambiado contigo y tu madre. Su mirada es extraña. Esconde algo y quiero saber qué es —golpeó de nuevo el suelo con su bastón, esta vez con más fuerza y se escuchó un chillido provenir de debajo de la cama. La anciana se agachó apartando los cobertores para ver al asustado ratón moteado bajo la cama, que al ser descubierto buscó ayuda en su dueña subiendo los edredones—. ¡Ratas! ¡Malditas pestes!

—¡No, abuela! —Se interpuso entre ella y el bastón a riesgo de recibir otro golpe—. Arquímedes es inofensivo. Es mío.

—¿Tuyo? ¿Una plaga como esa?

—Era de mi tío —explicó desesperada—. Arquímedes era su mascota y ahora yo cuido de él —para su sorpresa el bastón cedió. Arquímedes subió por su ropa hasta su hombro, mostrando interés ante ese cambio tan repentino. Y ella también lo notó. Una sombra de dolor cruzó por su rostro.

—Tu tío era muy raro. Mira que tener una rata como mascota. Pero siempre quiso una desde que tengo memoria. ¿Y tu madre sabe de esto?

—No aún.

—Mejor no le digas, y menos ahora que te acusan de ladrona. Voy a calentarte esa cosa de sopa. Mira nada más, toda cuajada.

—Espera —le detuvo antes de que se levantara de la silla—. ¿Dices que el padre William se pasea en la noche en el convento?

—Sí, lo hace. Lo he visto un par de veces desde mi habitación. No hace ruido y se mueve como un ratón —Arquímedes chilló en protesta por la comparación.

—¿Y no has notado si entra en los cuartos o en las oficinas cuando ustedes están rezando o están ocupadas? Ya sabes, como si buscara algo dentro —su abuela abrió grandes los ojos y luego los entrecerró, pero esa mirada mortal no iba dirigida hacia ella.

—Va a ver cuándo lo vea, ese barbaján. No sé si roba o es un pervertido pero me va a oír ese miserable.

—Abuela, aunque me gusta verte enojada con alguien que no seamos nosotras, no puedes ir a por su cuello y menos sin pruebas.

—¡Eso ya está hecho! ¡No hay más prueba que saber que tiene el crucifijo de…! —Se quedó en silencio, moviendo sus labios como si desease soltar una maldición nada propia de su religión. Chris esperó un momento a que completara la oración, sin embargo su abuela recobró la compostura—. Voy a calentarte la sopa.

Se levantó de la silla y salió de la habitación, dejando a Chris con sus pensamientos. Algo cambió en su abuela, y una pequeña parte se

debía a Arquímedes que regresó como parte de la memoria de su tío. Por primero vez no veía a su abuela como la bruja de Hansel y Gretel, logrando una pequeña simpatía que le incomodaba admitir. La mujer había perdido a dos hijos, uno desaparecido y la otra muerta sin siquiera saberlo. Y le proporcionó información valiosa. ¿Qué era lo que hacía el misterioso padre al merodear el convento de noche? ¿Y qué prueba es la que la abuela tiene contra él? Recordó la investigación nocturna y de repente todo tuvo sentido. Con razón supo de su excursión nocturna, él estuvo alrededor cuando creían que estaba en su habitación y seguro que los vio en algún momento de su recorrido; no fue esa oscuridad lo que les hizo sentir ese sentimiento de acecho, era él. Y podía apostarse todas sus novelas de Sherlock Holmes que los pasos que Aaron escuchó y los que les persiguieron eran del padre Williams, ya que ¿por qué la hermana Dolores los perseguiría por la mitad del convento y luego iría a la cocina a zamparse un bocadillo? No tenía sentido, a menos que su perseguidor la viera y les dejara para no ser descubierto. Y lejos de perjudicarlos, su tía intentó protegerlos con esas densas sombras que apenas les dejaban ver más allá. No podía creer lo descuidados que fueron. Aun así, ¿qué es lo que quiere con tanto ahínco? Si la abuela dice que inspecciona el convento, y era obvio no es su primera vez, ¿qué es lo que busca? Ya tenía las cartas, la foto, la llave…

«No tiene el celular»

Por supuesto. Era la última pieza que no había recuperado de la Torre y necesitaba pedirlo a los gemelos cuánto antes. Sin embargo, algo le decía que eso no era lo que buscaba, sino él lo hubiese exigido en el momento en que la amenazó. Buscaba algo mucho más importante y al parecer su paciencia estaba en un hilo como para precipitarse así con ella y ser tan descuidado para ser sorprendido por su abuela en la noche. Ahora la Torre estaba abierta y las pistas estaban allí, si es que no se deshizo de ellas… Algo no estaba bien en aquel cuadro. Sentía que algo en su interior nadaba con fuerza en grandes brazadas para que sus ideas saliesen de ese mar de confusión. Entonces Arquímedes fue a la esquina de la cama y ella supo lo que estaba buscando. Sacó la fotografía de sus tíos antes de que le diese por roerla con los dientes.

—Deja eso. Esto es algo que no puedes masticar —al escuchar el bastón en las escaleras, guardó la foto bajo su almohada. Luego se arrepintió, ya que la abuela venía a paso lento y en ese lapso hubiese podido volver a ocultar la fotografía de nuevo bajo la funda. Cuando la abuela regresó, la sopa estaba humeante en su mano y le ardieron las piernas cuando puso el plato encima, igual comenzó a comer poco a poco soplando en cada cucharada mientras la anciana volvía a sentarse inmóvil a su lado. Tenía que aprovechar que se estaba

abriendo a ella para llenar los huecos de la historia—. Abuela, ¿puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—¿Qué es?—preguntó de mala gana.

—¿Qué paso con mi tía Esther? —notó cómo la pregunta la tomó por sorpresa. Cuando estuvo a punto de abrir la boca para preguntar cómo es que sabía de su tía, Chris metió la mano bajo la almohada y le tendió la fotografía dejándola muda al momento—. Sé que dicen que se marchó, pero nunca la conocí y en la escuela hay premios de ella en concursos de arte. Quisiera saber más —su abuela contempló la foto en todo momento, incluso pensó que no la había escuchado, pero a pesar de que su boca permanecía recta e inflexible, sus ojos reflejaban una tristeza absoluta.

—Tu tía… Esther fue una chica rebelde, mal hablada y que sólo buscaba irse de fiesta con sus amigos.

«Auch, iniciamos fuerte»

—Se descarrió mucho con el tiempo y no importaba cuantas veces la regañaba o la castigaba, siempre hacía lo que quería. Cuando tu madre se fue de la ciudad y su actitud empeoró pensé que sería bueno que se dedicara al trabajo de la iglesia y al fin aprendiera a comportarse —eso confundió a Chris.

—¿No querías que fuera monja para toda la vida?

—¿Ella? —Exhaló fuerte por la nariz—. Esther pudo haber tenido algo de vocación pero no era suficiente. Debes estar por completo entregada a Dios si quieres ser monja para toda la vida. Un convento es para una mujer como una escuela militar para un hombre. Apenas y cumpliera los dieciocho la mandaría a la escuela de arte, pero se fue antes de tiempo —habló con amargura y Chris no podía creer que estaba descubriendo una faceta nueva de su abuela. Era dura, pero no tan mala como creía—. Tu madre se fue de la ciudad también y así tampoco aprovechó el dinero que tenía para su educación. Qué va, se fue a meter con el primer imbécil que conoció —ahí si le daba la razón, pero no creía que insultar a su padre tuviera lugar en la conversación—. Tu tía era una artista nata. Siempre me molestó que no pintara lo suficiente a Dios o a Jesús pero cada cuadro que hizo dejé que lo colgara en cualquier lugar de la casa. Esos no eran tiempos tan malos. Y cuando comenzó a descarriarse y a dejar los pinceles de lado la traté con mano dura, para que así reflexionara sobre su vida y no tirara el talento que Dios le dio. Pero al final se fue, huyó como todos y eso me enojó tanto que rompí cada cuadro que hizo a excepción de los que tengo en mi oficina. No me atreví a romper los cuadros de Dios. Aunque hubo un cuadro que hizo que perdí y no lo volví a ver, quién sabe dónde estará, ganó un premio importante.

—Lo tiene la escuela —le explicó—. Lo usan en la clase de arte para exhibirlo de vez en cuando. Es muy bueno, yo quedé fascinada

con él —añadió notando a su abuela alzar la barbilla orgullosa y asentir. Ahora entendía la historia detrás del ingreso de su tía. No lo hizo porque quería que fuese monja, sino para que enderezara su camino y estuviese lista para la escuela de arte. Por eso es que en la Torre había libros de arte en el escritorio y material de pintura, el lugar era su taller privado—. Pero no entiendo, ¿cómo es que se fue del convento sin que nadie lo notara? —su abuela se desinfló frente a ella y sus manos apretaron el bastón antes de dejarlo sobre sus piernas.

—Fue en el verano de 1996, gran parte de las hermanas fueron a otro pueblo para apoyar en un desastre que pasó por la zona y los sacerdotes estaban en un seminario lejos de aquí. Yo en cambio, me quedé junto con tu tía y otras tres hermanas para intentar remodelar el convento. Todo iba bien, era trabajo duro pero éramos fuertes y a tu tía le gustaba cómo estaba quedando —su mirada se perdió en algún punto de la habitación, sumergiéndose en el pasado y la nostalgia—. Los relieves fueron su idea, ella los dibujó y yo hice todos, ya habíamos trabajado antes juntas en un pequeño proyecto para el oratorio. También ayudó a tirar la antigua estatua de Santa Rita que estaba cayéndose en pedazos. Yo pensé que tu tía ya estaba por buen camino, sin embargo algo pasó. El primero de julio una enorme piedra cayó encima de nosotras. Yo fui quien salvó a la hermana Josephine de una muerte segura y eso fue lo que me hizo quedar coja. Mi pierna casi se partió en dos ese día. Esa piedra era una escultura a lo alto que todas me dijeron que se movía con el viento y yo no hice caso en retirarla pensando que exageraban. Al final se quedaron tu tía y otra hermana a la que entrené también en el arte del moldeado y que haría los avances en mi ausencia. Pero cuando regresé del hospital, la hermana me dijo que tu tía escapó cuando estaba trabajando y que dejó una nota como despedida... La quise mucho —su voz se quebró pero no derramó ni una lágrima—. Pero eso no significa que mis hijos no sean espinas para mí. Fueron ingratos, malos, y yo los quería. Y todavía duele…

Toda la tarde escuchó a su abuela quejarse de los malos hijos que tuvo pero Chris notaba que no sentía por completo esas palabras. Su abuela estaba herida por supuesto, y eso la hacía ver más y más humana ante sus ojos haciéndola sentir incómoda y avergonzada por su propia actitud. Siempre la vio como una bruja capaz de devorar el alma de los inocentes, pero por dentro era más suave que un malvavisco quemado. Se quedó callada algunas veces, al parecer muy dentro sabía que era su culpa que sus hijos la dejaran, enterándose por ella de la dura educación que recibió y que nada más conocía. Un par de horas de desahogos y preguntas terminaron con dejarle una jaqueca monumental. Su abuela le dio la medicina y un té de limón y

jengibre que preparó para ella, y al estar dormitando notó que su abuela dejó la fotografía en su cómoda antes de rezar por su salud e irse, dejando en su cuarto ese aroma a libro viejo y naftalina que tanto le caracterizaba. El dolor de cabeza se atenuó. Todo su ser descansó de la enfermedad y las múltiples teorías de su cabeza se perdieron en el mundo de los sueños, y esta vez sin demonios o fantasmas acechando en las esquinas.

•••

Sarah caminó por los pasillos del convento terminando parte del trabajo que había dejado pendiente esos días. Todavía no podía creer que su hija se atreviera a robar y no podía evitar culparse por ello. No había sido muy discreta con las llamadas a su ex marido, incluso lo maldecía por las noches por lo que les hizo. Pero la última vez que le llamó se enfureció porque contestó una mujer, una mujer joven y de voz acaramelada que la sacó de sus casillas ante el pensamiento que estaba en la que fue la casa que compartió con sus hijos y de la que había puesto la mitad de…

« ¿Por qué sigo resintiéndome de esta forma?»

Estaba harta de sentir pena de sí misma y de estar enojada con otros. Sí, no apoyó a tiempo a su hijo cuando lo necesitaba y tampoco hizo frente a su marido en el momento. No lo culpaba de su muerte, fue un accidente que no le deseaba a nadie, pero sí lo culpaba por ser un cobarde que buscaba echarle culpas que no existían. Ni ella, ni su hija tenían que ser echadas de su hogar porque el hombre no deseaba verlas más. Tenía una responsabilidad, si no era con ella al menos con su hija. Bien podía evadirse del mundo, no seguiría su ejemplo. No valía la pena. Su tiempo ahora era demasiado valioso para siquiera pensar en ese gilipollas chupatintas que seguro ya olvidó que alguna vez tuvo esposa e hijos. No sería como él, saldría adelante por su cuenta, haría de su hija una mujer decente que siguiera sus sueños, y ella haría lo mismo en busca de algo que la apasionase con intensidad, y se convertiría en orgulloso ejemplo para su hija y su hijo en el cielo.

«Y también para mí misma»

Pensó inflando el pecho. No dejaría que sus errores pasados marcaran su futuro. Aprendió la lección y ahora iba a dar todo de sí en su camino.

—Sarah —la voz de la hermana Dolores la sacó de sus pensamientos—. Ven acá ingrata, que no te he visto en todo el día.

—Lo siento, he estado arriba y abajo todo el día.

—Ya, pero tomate un descanso, ¿no quieres comer algo?

—Me ha leído la mente. No he comido desde el desayuno.

—Pues entra ya, sabes que mi cocina siempre está abierta.

—Muchas gracias —al entrar a la cocina encontró que no estaban solas—. Buenas tardes, hermana Rosemary.

—Buenas tardes. Con permiso —saludó con sequedad y salió a paso firme sin siquiera tocarla al pasar a su lado.

—¿Y ahora qué le pasa? —preguntó Sarah y Dolores rodó los ojos.

—No le hagas caso, lo que pasa es que su amor platónico tuvo una pelea con tu madre.

—¿Su amor platónico?

—Es broma, hablo del padre Williams. Fue todo un espectáculo. Sucedió hace un rato cuando no estabas. Los gritos de la madre superiora se escucharon en gran parte del convento. No necesité pegar la oreja en la puerta de la iglesia.

—¿Y por qué fue la pelea? —Dolores le dejó un plato de pescado y ensalada y se sentó frente a ella para hablar bajo.

—Pues escuché que tu madre le gritó al padre porque lo vio pasearse en el convento de noche. Yo creo que tiene un romance con alguien.

—¡No!… —su quijada cayó por la sorpresa.

—Sí, así como lo oyes.

—No me lo pudo creer del padre Williams.

—Ya ves, no llegamos a conocer nunca a alguien por completo. Pero sabes qué, no se lo digas a nadie, pero a veces me he despertado en las noches para tomar un pequeño refrigerio, ya sabes antojos de medianoche. Y te juro que a veces veía a alguien caminar por el lugar.

—¿No decía que era el fantasma de una monja?

—Pues ya no sé qué creer. Porque si es el padre el que se pasea por las noches, yo no quiero ser quien se lo tope, quién sabe qué intenciones tenga ya que al menos un fantasma te da un susto pero un vivo.... Aunque, si resultara verdad que se ve con alguien, si ponemos a las hermanas es difícil saber con quién se ve.

—Pues la hermana Rosemary es muy joven. ¿No podría ser ella? —la hermana lanzó una carcajada al aire.

—¡Ni en un millón de años! No sé qué se tiene con el padre, pero desde que llegó al convento ella apenas le dirige una palabra amable y créeme, no es actuado. Lo odia sin razón aparente y hasta lo ignora cada vez que se lo topa por el pasillo arrugando la nariz.

—Debe haber una razón. Nadie puede odiar a alguien porque sí.

—Quien sabe. Y cambiando de tema. ¿Cómo está tu hija? ¿Va mejor?

—Quisiera terminar rápido para ir a verla. La fiebre casi no le ha bajado y si sigue así voy a llevarla al hospital.

—Mi madre preparaba un caldo que siempre hacía maravillas cada vez que mis hermanos o yo nos enfermábamos. Prepararé un poco

para tu hija, pásate cuando te vayas y te lo daré.

—Gracias Dolores, no sabes lo que significa para mí.

—Ni lo digas. Dios es a quien debes de agradecer, porque es Él quien pone a la gente en tu camino. Y los planes de Dios son algo que no debemos discutir.

—Ya, pues espero que Dios se acuerde de mí. Porque mi camino está demasiado empedrado y lleno de baches.

—Los caminos del Señor son misteriosos, pero Él siempre cuida de sus hijos.

Siguieron charlando hasta que Sarah terminó su plato y se despidió de la hermana. Caminó de regreso a su oficina y al pasar por un pasillo le pareció ver por el rabillo del ojo a una monja de pie a su lado, al voltear a preguntar si necesitaba algo no había nadie. No era la primera vez pero esta vez estaba casi segura de haberla visto claramente. A esas horas las hermanas estaban ocupadas en sus labores en el huerto o sus talleres. Decidió caminar un poco antes de regresar a su oficina y se asomó por el pasillo que daba a las famosas escaleras de la Torre, el sitio donde castigaban a las monjas rebeldes entre las que estaba su hermana incluida. Admitía que le daba cierta curiosidad de saber cómo era y más por lo que dijo su hija. No haría mal en confirmarlo. Comenzó a subir los escalones uno a uno hasta llegar a la puerta antigua de madera. La empujó y estaba cerrada. ¿No dijo su hija que había entrado a esta habitación? Una corriente de aire frío golpeó tras su nuca y se giró viendo con espanto a una oscura figura subir las escaleras.

—¿La asuste? —preguntó el padre Williams.

—Un poquito —admitió con alivio pero algo en su postura le decía que no estaba feliz de verla allí—. ¿Se encuentra bien?

—Sí. No pasa nada.

—Escuché que discutió con mi madre. ¿Fue grave?

—Oh, no, para nada. Nada más que tuvimos ciertas diferencias con la administración. Es la primera vez que me riñe por algo.

—Ya veo.

« ¿Por qué miente? Sé porque lo regañaron. ¿Le da pena o es que no quiere que sepa la razón detrás de ello?»

Él sonrió y ella correspondió amable.

—¿Qué hace aquí? —preguntó el padre.

—Oh, me pareció ver algo y recordé las historias que dicen de este lugar.

—Vaya, ¿es que todas las mujeres Hallow son así de curiosas?

—¿Disculpe?

—No, nada. Quiero decir que su hija también... Por cierto, ¿cómo está? Escuché que cayó enferma. ¿Es grave?

—Un resfriado. Nada del otro mundo.

—Me alegro que no sea nada grave. Pediré por ella a Dios para que se recupere más rápido.

—Muchas gracias, padre. Por cierto, ¿este lugar siempre ha estado cerrado?

—Sí, desde que se perdió la llave muchos años atrás. Nadie ha entrado en esa habitación en décadas.

—Cierto, se me había olvidado las historias que cuentan.

—¿Incluyendo lo de la monja fantasma? ¿No cree que es un poco grande para creer en fantasmas?

—No creo, o al menos no quisiera creer. Pero hay cosas que no podemos explicar así que intento tener la mente abierta.

—Eso es bueno, pero prefiero poner mi fe en el Señor y no en fantasmas. ¿Bajamos? Este lugar no es muy seguro —ella asintió y bajaron las escaleras, sin embargo cuando este se dio la vuelta para bajar primero pasó sus dedos por la cerradura. El óxido manchó sus dedos y tenía restos de pequeños pedazos de herrumbre que se notaba se desprendieron recientemente. Miró al padre desconcertada, quizás fuera un pensamiento errado pero sentía que la alejaba de esa puerta de forma deliberada. Un sentimiento de incertidumbre comenzó a crecer dentro de ella. ¿Por qué el padre Williams se veía tan tenso? ¿Y por qué le estaba mintiendo acerca de la discusión y de la puerta?

•••

Aaron revisó el video una vez más, el sonido era correcto, los fenómenos paranormales claramente captados, sus expresiones de terror eran reales, y las pausas y cortes eran en el tiempo correcto. Entonces, ¿por qué sentía que todo estaba malditamente mal? Dejó caer su cabeza en el teclado y escuchó su puerta abrirse. Aiden entró viéndose tan abatido como él, o peor.

—Está terminado. Sólo hay que hacer unos cuantos click y estará en nuestro canal —sus dedos no se movieron del teclado por unos segundos, frustrado, empujó la silla y encaró a su hermano—. ¡No lo haré si no quieres! —exclamó de forma rápida y concisa—. Esta fue mi idea después de todo, ¿quieres que paremos?

—Lo que quiero no importa sólo soy el camarógrafo —respondió seco y resentido.

—Hey —le llamó molesto—. No ha sido mi completa culpa, tú me seguiste el juego encantado así que deja de comportarte como si te hubiese obligado con pistola.

—Oh, vamos Aaron. Siempre tenemos que hacer lo que quieres para el canal —respondió con amargura—. Si quieres ir al cementerio de noche, vamos a pesar de que tenga un resfriado. Si quieres que

vayamos en el autobús al pueblo vecino, vamos sin importar que tenga otras cosas que hacer en mi fin de semana —exhaló sintiendo su resentimiento salir por cada poro de su cuerpo y dirigirse a su hermano—. Sinceramente no sé ni para qué pides mi opinión.

—¿Disculpa? —Aaron se levantó de la silla ofendido—. No me lances una mierda que no me toca, Aiden. Tú apenas y sugieres algo para el canal, por eso yo soy quien tengo que hacer las investigaciones para poder movernos y tú apenas y dices algo —le señaló por lo injusto que estaba siendo—. Si me dijeras un "Vale, pero no me siento bien" o quizás un "¿Podemos hacerlo otro día? Quisiera descansar el fin de semana", ¡lo entendería! —gritó alzando sus manos al cielo y luego las dejó caer—. Pero me sigues no por complacerme sino porque sabes que adoras todo esto y necesitas una excusa válida para hacerlo. Y estuviste de acuerdo en que debíamos hacer este plan con Chris, incluso fuiste tú quien sugirió usar las mini cámaras todo el tiempo desde que la conocimos —le señaló cada vez más molesto por su hipocresía—. Y no sólo eres el camarógrafo, también eres miembro activo cuando quieres. Así que no me vengas a lloriquear porque tu aun no novia le diese por mandarte ¡al demonio!

Aiden lo empujó con fuerza. Aaron cayó hacia el escritorio para nada más recuperarse y sin dudarlo también atacarlo, tacleándolo y cayendo al suelo con él. Rodaron por el suelo intentando someter al otro, cosa que Aiden hizo después de recibir varios golpes al estar encima de él.

—¡Cállate! ¡No digas nada si no sabes lo que siento!

—¡Yo lo sé! —Gritó para girarse sobre Aiden y quedar ahora encima—. Porque también es a ti a quien he decepcionado. Y bien puedes vomitarme toda las culpas que quieras, pero no puedes escapar de la tuya —recibió un puñetazo de su hermano que lo hizo girar para tenerlo de nuevo abajo pero Aaron le empujó con el pie hacia la pared, tirando una caja con discos en el camino. Aiden fue contra él y lo alzó golpeándolo contra la maciza puerta de madera. Aaron golpeó su espalda con sus puños juntos, Aiden lo soltó y al mirarse uno al otro cada uno lanzó su golpe en la cara del otro… cayeron al suelo al mismo tiempo. Aiden tenía sangre en el labio y Aaron en la nariz, se miraron a los ojos. A los dos les dolían las costillas, la cara y la espalda, y a pesar de ello se sentían mucho mejor, mostrando una sonrisa de alivio en sus rostros. Aaron extendió su mano y Aiden la tomó.

—Gracias, hermano.

—Ni lo digas.

Se abrazaron dándose unas suaves palmadas por el dolor. No recordaban la última vez que pelearon por algo, pero eso les ayudó a desahogarse y pensar con claridad. Aiden revisó su labio, por suerte

no se había partido, y Aaron pudo notar las profundas ojeras bajo sus ojos después de verificar que su nariz no estaba rota.

—¿Por qué no has dormido?

—He tenido pesadillas. Una peor que la otra. La última soñé con ese convento y los gritos de esa mujer.

—Oh, eso es fuerte.

—Sí, pero… hay algo que me molesta. ¿Puedes poner la grabación de los gritos y la estática?

—¿Cuál es tu idea hermanito?

—No lo sé. Creo que la última vez me pareció escuchar algo, ¿crees que puedas hacer algo para filtrarlo?

—Lo intenté la última vez pensando que encontraría algo pero no tuve éxito —Aiden arrugó su frente.

—¿Y si lo intentas en cuando dice “Déjenme ir” y no en los gritos?

—Déjame intentarlo.

Hizo caso a su hermano que se puso a su lado al momento de filtrar el sonido. Colocó los filtros pertinentes, el grito que taladró sus oídos quedó en segundo plano y escuchando algo de fondo. Los dos se miraron y Aaron arregló el sonido, esperando escuchar algo más claro.

¡Vete al infierno zorra pecadora!…

Se quedaron callados ante la voz que farfulló grave y volvieron a repetirlo. No había dudas. Después de ello seguía el gorgoteo y el sonido de algo metálico al caer. Los dos hermanos se miraron preocupados. Acababan de captar la voz de su atacante, este sabía el secreto de la joven monja y se aseguró de que nadie más lo supiera.

•••

Presionó el botón de la radio que encendió sintonizando a los Rolling Stones. Movió las clavijas comenzando a crear estática y ruido blanco ente el sonido, el micrófono estaba listo para comenzar su trabajo y sólo tenía que encontrar la frecuencia correcta.

—Tía, ¿me escuchas? —preguntó mientras seguía en busca de la frecuencia. Nada, pero aun así no se rindió—. Tía Esther, ¿me escuchas? —un muy quedo gemido se escuchó entre el la estática y dejó de mover los controles. Tomó aire y se acercó al micrófono—. Sé que no puedes responderme con claridad. Que quizás sientas mucho dolor o estás confundida. Pero necesito saber, ¿dónde estás? —Habló esperando que entendiera sus palabras—. ¿Dónde está tu cuerpo? —esperó respuesta aunque sabía que quizás no podría responderle.

Oscuro. Demasiado oscuro…

Musitó la voz ahogada.

—¿Dónde estás? ¿En el bosque? ¿En alguna carretera? —Esperó un poco para decir la pregunta más obvia—. ¿El convento?

Sí… pero no sé dónde.

Otro gemido ahogado salió de ella.

Es tan frío… No puedo moverme. No puedo… ayúdame.

La comunicación terminó antes de preguntar quién le había hecho eso. Sabía que no obtendría más respuestas, pero podía hablar con ella para intentar darle un poco de paz.

—Te juro que te encontraré, tía. Te encontraré y entregaré a tu asesino a la justicia.

La radio permaneció en silencio por largo rato hasta que la apagó. Tras unos momentos salió al pasillo hasta el ático y abrió la compuerta, subiendo y encendiendo la luz sobre su cabeza. Buscó entre la basura el enorme cuadro que la asustó la última vez. El cuadro de su abuela seguía recargado sobre algunas cajas y enterrado en lo que según sus cálculos eran diez centímetros de componentes electrónicos. Comenzó a quitar y hacer a un lado todo para liberar ese cuadro sin dañarlo, encontrando en la esquina derecha la firma de la mariposa carmesí. Apoyó su frente en el elegante marco de madera al darse cuenta de una verdad sobre su tía.

—Esto tiene que ser una broma…

Bajó del ático justo cuando Arquímedes estaba subiendo las escaleras y el roedor tuvo que volver a bajar resignado. Fue al cuarto de su madre donde tenía todos los papeles del convento. Hizo un excelente trabajo separando los documentos y cajas de años anteriores marcando estas con rotulador. Buscó el año 96 encontrándola bajo los pesados años del 97 y 98, la sacó con cuidado revisando los papeles puestos en carpetas. Nombres y números aparecieron y entre estos una fotografía de todas las hermanas del convento y los padres. A un lado de las monjas, un joven de nariz aguileña y grandes ojos miraba a la cámara y a lado de él estaba un hombre mayor con la misma sotana negra. Regresó a su habitación y revisó en su computador las fotografías de su celular, cada una de ellas hasta detenerse en la foto de la sala de trofeos de la escuela. Arrugó el entrecejo, luego fue a por la foto llena de sangre y por último la fotografía del grupo de restauración. Se dio cuenta de inmediato dónde debía ser su siguiente

búsqueda, aunque lo hiciera esta vez sin apoyo, iba a darle a su familia entera la paz que necesitaba.

Después de muchos años ya era hora de desenterrar a su tía.

•••

John se detuvo unos momentos frente a la casa de las Hallow, mirando al ático y preguntándose los misterios que Jeremiah dejó atrás hasta que vio a Sarah acercarse por la calle y reanudó su camino. No quería otro episodio donde estuviese a punto de atropellarlo, esa mujer no debía estar al volante. Caminó calle arriba hasta la esquina, en donde por un momento, su mirada fue hasta la ventana del lado derecho donde estaba seguro haber visto a una sombra observar la calle entera. Por un momento sintió la presencia de alguien a sus espaldas pero al girarse no encontró a nadie, regresó su vista hacia la torre y esta vez notó la silueta de una monja que le observaba desde su pequeña prisión, aguardando en su solitaria torre, a la espera de que se descubriera la verdad y presenciar la caída del dragón que le llevó a ese infierno.

17

Cuando su madre llegó a la casa se lanzó a la cama sintiendo su fiebre aumentar de golpe por culpa de su breve investigación. Tenía un leve dolor de cabeza y estaba segura que en algún momento de su delirio cantó *I don't want to miss a thing* de la película de Armaggedon. La escuchó reír mientras le ponía un paño húmedo y la despertó cuando era la hora de la cena. Se sentó a su lado, en la misma silla que su abuela ocupó esa tarde, comiendo una sopa de pollo con tallarines y apenas notando que su madre jugaba con el tenedor.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias, la sopa está deliciosa. Ya puedo saborear la comida.

—Me alegro, quizás mañana puedas asistir a la escuela.

—Quizás.

Su respuesta escueta se debió más al adormecimiento de los medicamentos que al disgusto de volver a clases. Su madre movió un poco los tallarines y comenzó a hablar.

—Sé que hemos pasado por pruebas muy difíciles —dijo llamando la atención de su hija—. Pero quiero que sepas que estoy contigo y que puedes confiar en mí. Si tienes problemas, o si tienes alguna queja, puedes decirme sin dudar no importando si estoy ocupada. Tienes un oído y un abrazo para confortarte.

—¿Y eso puede calificar para ti también? —preguntó después de tragar su porción.

—¿Qué quieres decir?

—Que si tú también tienes problemas puedes decirme. No soy un adulto, pero si quieres desahogarte… no lo sé, o cuando tengas problemas, quizás pueda abrazarte también —su voz bajó gradualmente ya que sus palabras le parecieron sumamente vergonzosas. Sin embargo, su madre se sintió conmovida casi hasta las lágrimas.

—Me parece bien.

—Sí, y ya cuando cumpla dieciocho podemos beber hasta el amanecer y yo te sostengo el cabello cuando vomites —Sarah lanzó una gran carcajada.

—Cuando cumplas dieciocho. No antes.

—Bien. Aunque lo del vomito era broma. Qué asco.

De nuevo una risa estalló. Chris sonrió feliz de hacer reír a su madre como hacía Ricky y rio un poco sintiéndose mejor. Tal vez eso era lo único que necesitaba, mejorar su buen humor. De repente la presión del mar alrededor de ella había disminuido.

—Mamá… lo siento. Lo que te dije no era en serio. Eres genial y te

quiero.

—Yo también te amo y lo siento cariño. Prometo ser más comprensiva contigo de ahora en adelante.

—Yo también lo prometo. Y prometo que todo estará bien en nuestra familia.

Y no lo estaba prometiendo en vano. Cumpliría su promesa aunque se dejase el pellejo en ello. Su madre le abrazó.

—Lo sé, porque pase lo que pase vamos a estar juntas y siempre nos apoyaremos —el momento fue perfecto, la confianza reconstruida, el amor de madre e hija fortalecido, y Arquímedes comiendo a escondidas hasta hartarse. Sí, las cosas volvían a su rumbo.

•••

El viento azotó los vitrales de la iglesia pero el padre Williams estaba más preocupado por otra cosa. Había intentado dormir pero el sueño se escapaba de entre sus dedos apenas y cerraba los ojos. Sentía que había alguien con él en esa habitación, un ser que no podía ver pero que le observaba fijamente entre los rincones oscuros del lugar. Maldijo su suerte tras haber sido descubierto por la hermana Mary. Ya no podía quedarse allí más tiempo, tenía que acabar con todo de una vez por todas.

—Ya he sido demasiado paciente. Con o sin pruebas esta es su última noche.

Se acercó a su escritorio, donde repasó fervientemente la palabra de Dios, alimentando su propio deseo y recordando por qué estaba allí.

•••

Chris… Chris…

Una suave voz susurró en la oscuridad de su sueño, ¿quién era la persona que le hablaba? Quiso abrir los ojos, quiso moverse pero su cuerpo no respondía, y su consciencia parecía perdida, sumergida por completo en la oscuridad.

No tengo mucho tiempo…

Musitó con molestia la persona y una mano se posó en su frente, como si este quisiera verificar si aún tenía fiebre. Eso debía ser, seguía delirando por la fiebre y era su madre quien le estaba hablando… ¿o no?

Hey. Te tienes que levantar piojo.

Todo su cuerpo se estremeció, esa voz… era la voz de su hermano. ¿Era él? Quiso abrir sus ojos, decir algo, pero no podía, ¿estaba soñando con él?

Hey, más te vale escuchar, porque tengo el tiempo contado.

Regañó con suavidad.

Quiero que nades.

Ordenó a sabiendas de a qué se refería.

Sé que no ha sido fácil, pero nada lo es. A veces te dolerá, querrás rendirte, pero la vida es demasiado corta para dejar que tu alma se hunda y se ahogue... Muchos retos te aguardan pero sabrás qué hacer, confía en tu instinto, confía en tus amigos, y cree en lo que nadie más cree…

Se tomó un momento y su toque se desvaneció como el aire.

Ten fe… y escucha lo que tienen que decirte.

—R-Ri… Ricky…

¡ARRIBA!

Abrió sus ojos de golpe para darse cuenta que no estaba en algún mar oscuro, o en un limbo entre la vida y la muerte, o en algún sueño idílico, estaba despierta y su despertador no dejaba de sonar, o al menos creyó era el despertador. Estiró su mano con pereza hacia su teléfono, sin pensar quién podría llamarle tan temprano.

—Diga…

—Hasta que al fin contestas. ¿Qué te tiene tan ocupada?

—¿Perdón? ¿Quién habla? —preguntó todavía adormilada.

—Soy Ángela. ¿Sigues en la cama?

—¿Qué? —se levantó y sentó en la orilla de la cama. No podía creer que Ángela tuviese el nervio para llamarla.

—¿Qué haces aún en cama?

—Duermo como haría una persona normal a las seis de la mañana —respondió con evidente fastidio—. ¿Y tú cómo conseguiste mi número?

—Lo vi en el teléfono de Aaron. No fue tan difícil.

—¿Qué haces levantada a estas horas?

—Corro. Es bueno para la circulación y es un buen ejercicio.

—Pues yo voy a dormir. No me llames.

—¡Aguarda! —Gritó tan alto que Chris tuvo que alejar el teléfono de su oreja—. Que no he terminado de hablar contigo.

Exhaló invocando su paciencia. No quería lidiar con ella pero no creía que la fuese a dejar en paz si colgaba. Era mejor que dijera lo que tenía que decir y terminar la comunicación de forma permanente después de eso.

—Habla entonces, no tengo todo el día.

—Vale. Sé que estás enojada, lo sé, fue rastrero lo que te hicieron, lo reconozco. Pero, ¿podrías dejar de ser una perra con ellos? —tardó en asimilar sus palabras, silbando a lo bajo antes de responder.

—Wow. De repente tengo ganas de colgar.

—A lo que me refiero, es que no eres la única que está sufriendo. Nunca había visto a ese par arrastrarse al día a día como zombis que llevan semanas caminando y sus cuerpos empiezan pudrirse o sufrir el rigor mortis.

—Qué linda visión. Y me dices eso porque…

—Están muy arrepentidos y han intentado disculparse contigo pero los tienes bloqueados.

—¿Puede ser porque no quiero hablar con ellos? —Se mesó el cabello antes de levantarse y dirigirse a la ventana, apenas y estaba comenzando a amanecer—. Mira, Ángela. Sé que tienes buenas intenciones pero lo que ellos hicieron me dolió mucho. Así que no creo que un simple “Lo siento” vaya arreglar esto.

—Tienes razón. Pero te suplico que les des la oportunidad de disculparse si no quieres volver a verlos bien, no seas una bruja y dales esa oportunidad. De verdad que parte de sus intenciones eran buenas cuando dijeron que te darían el dinero del video.

—Lo pensaré —dijo esperando terminar la conversación pero Ángela detectó su falta de sinceridad.

—Hazlo. Porque créeme, sino lo haces ellos no serán los únicos que se arrepientan toda la vida.

Colgó. Chris se dejó caer en la cama y miró a Arquímedes que se puso sobre su pecho. Pasó su mano por su frente recordando el sueño con su hermano y ya no sentía que estuviese enferma.

—¿Qué opinas, Arquímedes? —preguntó a la rata que no dejaba de mirarla—. ¿Crees que deba perdonarlos? —Su respuesta vino en forma

de pequeños ruiditos, tras tomarlo en su mano se levantó y lo puso en su hombro—. Tienes razón. Yo tampoco puedo pensar con el estómago vacío. Hora de asaltar el refrigerador.

•••

Al fin se sentía recuperada y ya era hora de regresar a la escuela. Su madre le instó en quedarse un día más para que no recayera y aprovechase el fin de semana para relajarse y regresase el lunes, sin embargo, a pesar de que deseaba quedarse en su cama envuelta en sus mullidas frazadas tenía que ir. Por una parte porque no entendía por qué nadie le había llevado los deberes, y por otra porque tenía que hacer frente a los hermanos y dejar de ocultarse. Y esa mañana su madre le dijo que irían a ver una casa ese fin de semana a Winterheaven Village en Carolina. Evelyn, la amiga de su madre, al fin se contactaba ofreciéndoles una propiedad que los dueños necesitan rentar con urgencia ya que era una herencia familiar, pero como nadie de la familia podía mudarse decidieron rentarla a un precio asequible y en la agencia de bienes raíces necesitaban a un vendedor en la zona, ofreciéndole el trabajo y la asesoría. Semanas atrás si su madre le hubiese dicho que irían a vivir a un remolque en medio del desierto hubiese saltado de felicidad, pero ahora después de mucho tiempo de encargarse de la casa, de convivir con los fantasmas del pasado y aprender sobre la historia familiar de su abuela y tíos… a lo mejor estuviese delirando por la fiebre pero no quería irse. Tal vez era porque se sentía unida de una forma que no esperó a ese pueblo, pero tenía que hacerse a la idea que quizás la distancia le vendría bien después de todo.

Casi podía sentir el sol de California en su rostro y no el oscuro y pesado cielo plomizo sobre su cabeza, aunque tampoco estaba tan mal y tanto sol no era bueno para la piel. Comería helado, jugaría video juegos, y se encargaría de estudiar duro en su nueva escuela. Aunque se preguntó si prepararían una bebida de frutas tan buena como la del Teacup Hat o encontraría a personajes tan pintorescos como la señora Rochelle, la hermana Dolores y los Ashwood… sacudió su cabeza intentando borrar la imagen de estos últimos, más con el solo pensamiento de que no volvería a verlos oprimía su corazón.

Tenía que tener la mente clara. Lo importante era resolver el caso y faltaba una pieza de ese rompecabezas para que todo cobrase sentido.

Al llegar a la escuela miró a todas partes con cautela, no quería toparse con los gemelos, no ahora, más no se engañaba, el encuentro sería inevitable tarde o temprano. Para su suerte no fue temprano. Apenas y tocó la campana se dirigió a su primera clase,

lamentablemente Literatura. Se sentó en su lugar hasta el final de la fila junto a la ventana. Esperaba que la clase terminara lo más pronto posible pero apenas y la clase comenzó el profesor Miller pidió una tarea que no tenía. Chris miró alrededor, todos sacaron sus hojas y nadie le dirigió una mirada.

—Señorita Hallow, espero que traiga su tarea.

Escuchó leves cuchicheos y risas alrededor. Sintió la sangre hervir al ver esa sonrisa burlona en la cara del profesor. Cualquiera pensaría que era una paranoica, pero era una burla a su inteligencia la obviedad de que él sabía a la perfección que nadie le llevó los deberes. Su horrible sonrisa se ensanchó más.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no pudo traer un triste ensayo? Parece ser que en lo único que se preocupó el día de ayer fue en escoger el atuendo de hoy.

Risas y comentarios mal disimulados se escucharon entre sus compañeros, miradas de burla y desprecio fueron dirigidas hacia ella, y la crítica se alzó como una ola monstruosa que la golpeó de lleno... Y nada de eso le hizo mella.

Hasta este punto sentir el miedo, la ira y la desilusión por el acoso de sus compañeros y el maestro le parecían ridículos, sintiendo más pena por sus pequeñas y cerradas mentes. Se levantó de su asiento, segura y poderosa. Había hecho frente a fantasmas y dramas familiares, limpió gran parte de una casa abandonada, se enfrentó a espectros despiadados, mató a un monstruo para salvar su vida, y en estos momentos tenía en la mira a un asesino al que iba a llevar a la justicia. No iba a dejar que ese montón de perdedores frustrados la sobajaran de esa manera.

—Lamento mucho no haber hecho la tarea. Nadie se ofreció a llevarla. Pero no voy a justificarme con un grupo de gente cuyo complejo de inferioridad aparece cuando conocen a gente con mayor materia gris —todos callaron al momento sin saber cómo era posible que les hablara de esa manera. Miller quedó perplejo y la miró como si no hubiese escuchado bien.

—¿Qué es lo que acabas de decir pequeña harpía?

—Ya lo ha escuchado —rumió con la mirada fija en él y mirando de vez en cuando a sus compañeros que seguían perplejos y ofendidos —. Y me importa poco lo que usted o todos los de aquí piensen o digan de mí. Porque su beligerancia sólo demuestra el triste estereotipo de pueblerinos idiotas y de mente cerrada que la nación festeja o repudia. Pero bravo, ¡sí señor! —Aplaudió un par de veces—. Que es divertido hacerle el vacío o hablar mal de la chica de ciudad porque tenemos el pensamiento de un chícharo de que nunca saldremos de este lugar. Buh, buh, qué triste es su vida en esta ciudad que merece mejores personas para habitarla y dar el ejemplo. Y en

estos momentos prefiero ir a con el director y escupirle en la cara por dejar que un maestro al que le parece divertido torturar a sus alumnos para cubrir su propia mediocridad trabaje aquí —tomó su mochila y se dirigió a la puerta donde se dio media vuelta encarándolos de nuevo—. Y para que lo sepan. Esta chaqueta es un Prada auténtico y no me da pena admitirlo.

Salió de allí con la dignidad intacta y la cabeza en alto. Claro que tendría que ir a con el director y seguro que no le escupiría en la cara. Pero era hora de hablar y no iba a seguir dejando que la apabullaran.

—¡Chris!

—¡Chris, espera!

Reconoció esas voces llamarla a unos metros. Los dos hermanos la miraron como si hubiesen visto un fantasma sin saber que ella era en ese momento la Mujer Maravilla. Habló antes de que intentasen justificarse.

—Antes que nada devuélvanme en este momento el teléfono —exigió sin miramientos—. Todavía lo tienen y lo necesito.

—Está bien —respondió Aaron intentando calmarla—. Pero necesitamos hablar, es importante que…

—¿Hablar? —Rio ante sus palabras. Todavía exudaba la adrenalina de hace un momento y quería decirles sus verdades—. ¿De qué quieren hablar? Porque va a ser difícil que les crea una palabra de lo que salga de sus bocas —los dos sabían que tenían que ser cuidadosos con lo que iban que decir y Aiden fue quien empezó a hablar con la misma cautela con la que se habla a los animales salvajes.

—Chris, por favor. Estamos de verdad arrepentidos de lo ocurrido pero si nos dieses cinco minutos para poder pedirte perdón…—dejó de hablar cuando algo llamó su atención detrás de ella, y antes de que Chris se diese vuelta para ver qué veía su brazo fue apresado con fuerza por el profesor Miller que comenzó a sacudirla con violencia.

—¿Quién coño te crees que eres? Nadie se burla de mí en mi clase y se va como si nada. No estás en una jodida película para creerte la protagonista y salirte con la tuya. Te voy a llevar directamente con el director y voy a disfrutar cuando te expulse de la escuela pequeña sabelotodo de mier... ¡AAAH!

Los gemelos le golpearon en diferentes partes. Aiden en las costillas y Aaron en la espinilla. Tomaron a Chris, uno en cada mano, y corrieron escuchando detrás de ellos los "mejores deseos" del profesor en agudos gritos y gruñidos animales.

—¿Acaba de llamarnos patos? —preguntó Aaron.

—No, putos —respondió Aiden.

—Ah, eso creí.

Corrieron fuera de la escuela y sin mirar si algún maestro los seguía o no. Había sido un escape magnífico y por unos momentos ella

se olvidó que estaba molesta con ellos. Nada más unos momentos, porque cuando se detuvieran se acordaría y no tendría piedad de ellos.

•••

El convento tenía un ambiente cargado y ruidoso ese día. Pronosticaron que una tormenta se desviaría y golpearía la zona a altas horas de la noche, claro, si es que no aumentaba la velocidad y llegaba antes, así que compraron tablas para proteger los vitrales y las hermanas subían a las escaleras intentando proteger su patrimonio. Algunas otras estaban llevando cajas de alimento y cobijas para llevar al refugio de indigentes. Otras más protegían y recogían la cosecha llevando todo a la bodega. Sarah bajó de la camioneta del convento con más tablas y varias monjas se acercaron para descargar todo, trabajando más como un equipo de construcción bien coordinado en vez de mujeres que rezaban a cada hora del día. Su madre dirigía todo con un liderazgo que la impresionó, demostrando una competencia que a ella le hizo falta en la mayor parte de su vida y del que debía aprender.

—Sarah, no te quedes allí. Ayuda a bajar las cosas que hay mucho por hacer y poco tiempo.

—Voy madre.

Ya no le molestaba obedecer las órdenes de su madre, al contrario, comenzaba a aprender mucho de ella y a entender su forma de ser. Un estruendo las hizo girar. Una hermana había golpeado por accidente una escalera que alguien dejó de pie en los arcos y esta cayó hacia la estatua de Santa Rita haciendo mella en la parte trasera de la estatua.

—Rachel, ¿estás bien? —preguntó Dolores a la anciana hermana a la que casi se le cae la escalera en la cabeza.

—Eso creo. Me ha dado un susto…

—¡Pero es que no tienen cuidado, idiotas! —Para sorpresa de las presentes, la hermana Rosemary fue la que explotó frente a todas —. ¿Es que no ven lo que esta estatua significa? ¡Tengan más cuidado!

—¡Hermana! —el grito ronco de la hermana Josephine la hizo entrar en razón. Se cubrió la boca y miró a las presentes en disculpa.

—Lo siento mucho, hermanas. Es que estoy nerviosa por la tormenta. Y la estatua también es un patrimonio importante y tampoco es como si estuviese bien fija en la base…

—Hermana Rosemary —le llamó la madre Mary con expresión adusta—. Creo que debería de revisar si tenemos las provisiones listas para el albergue.

—Sí, ya voy. Lo siento, lo siento —se fue rezando un Ave María y

todas siguieron con su deber.

—Eso fue raro —musitó Sarah sin poder acostumbrarse a los cambios de humor de la hermana Rosemary.

—Ni tanto —respondió su madre—. Esta es la segunda estatua de Santa Rita que se ha edificado en este convento, pero esta última ha sufrido ciertos daños con el paso de los años y ya está mal colocada, si se cae podría ser peligroso para quien esté cerca y no quiero eso. Deberá irse. Podremos hacer una nueva.

—¿No deseas restaurar la estatua y la base? Si el problema son algunas grietas y que no está bien colocada sería lo más barato y conveniente.

—No —gruñó a lo bajo—. Esa estatua la hice con mucho esmero como todo lo demás de aquí, pero me trae malos recuerdos —Sarah no entendía a qué se refería así que lo dejó pasar.

—¿Y vas a decirle a las hermanas? —su madre soltó un resoplido.

—Es un quebradero de cabeza. Ya lo había hecho y nunca llegamos a nada, es cansado siempre discutir de lo mismo así que mañana cuando pase la tormenta voy a llamar a que vengan por ella.

—Se van a enojar algunas hermanas.

—Que lo hagan. La hermana Rosemary también puede ir a mi despacho y aullar todo lo que quiera pero mi decisión está tomada.

—¿La hermana Rosemary le tiene mucho cariño?

—Por supuesto. Ella fue quien me ayudó a hacerla. Hizo el molde mientras yo estuve en el hospital ese tiempo. También le gusta sentarse a leer frente a la estatua y cuidar el jardín, pero es una jardinera terrible. Y ninguna flor o planta le sobrevive a los tres días. Ahora vamos. Mueve esos pies que no harás nada estando allí parada.

—Sí, mamá.

Sarah sabía de primera mano todo lo que su madre había hecho por ese convento. Donde quiera que volteara veía el arduo trabajo del cincel que su madre puso a lo largo de los años. Así como su hija, no entendía por qué su madre no mandaba a pintar el lugar para así poder sacar provecho de ello, pero quizás el gris representaba algo más para su madre. Porque cada vez que ella pensaba en gris sólo podía sentir pena por ese lugar.

—Tu hija, la cabezota, ¿regresó hoy a la escuela?

—Sí, ya se sentía mejor y quiso ir.

—Menuda cabeza dura tienes por hija. Pero allá ella si se vuelve a enfermar. ¿Quién le manda salir de cama? —por un momento pensó escuchar algo de preocupación en la voz de su madre pero no tenía idea cuando se trataba de ella.

—¿Estás preocupada? —su madre la miró ofendida.

—¿Y tú qué crees? Es idiota pero es mi nieta. ¿O qué crees que no estoy preocupada?

—No dije eso.

—Pero lo pensaste —escupió acomodando su dentadura—. Terminando aquí puedes irte temprano. No necesito más de tu ayuda por hoy —rumió algo entre dientes y se alejó de ella bamboleándose con su bastón sin notar la sonrisa que se formó en el rostro de Sarah. Vaya madre que tenía. Se puso manos a la obra deseando llegar a su casa temprano y hornear una sorpresa a su hija.

•••

El Teacup Hat estaba casi vacío, siendo comprensible en horas de escuela, teniendo como únicos clientes a dos mujeres que no parecían felices de estar allí tras no tener otra opción para almorzar, y tres chicos que acaban de escapar de la escuela y ocupaban la mesa del centro. Chris había vuelto a ponerse dura con ellos apenas llegaron, aunque en su cabeza las palabras de su hermano y Ángela sonaban una y otra vez. Quizás podría perdonarlos, pero ellos tenían que dar muestra de un genuino arrepentimiento. Mientras que la posición de los hermanos era más relajada, la carrera les ayudó a ahuyentar sus nervios y sabían con exactitud lo qué debían hacer.

—Muy bien, creo que podemos empezar —declaró Aaron con mayor confianza.

—Que sea rápido, porque no tengo todo el tiempo del mundo y seguro que llamarán a mi madre por haberme escapado —no mentía en ello. Si ya estaba en problemas por lo del collar esto la volvería loca.

—Chris, queríamos decirte que de verdad lo sentimos —dijo Aaron mirándola a los ojos—. Queríamos decirte todo. Pero temíamos que no te lo tomaras a bien.

—Lo tenían planeado desde la primera vez que entraron a mi casa, ¿verdad?

—Sí —admitió Aiden sin apartar la mirada y con la vergüenza plasmada en su rostro—. Pero cuando te fuimos conociendo la idea nos pareció estúpida. Eres genial, divertida, inteligente, y nos gusta estar contigo, pero cuando nos dimos cuenta ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—Y no sabíamos cómo decirte —siguió Aaron con la disculpa—. Es por eso que hemos tomado una decisión, preferimos tenerte como amiga que publicar la investigación a nuestro canal.

El ambiente entre ellos fue menos tenso, pero a pesar de ello la postura de Chris no se relajó ni un poco. Sus brazos estaban cruzados en su pecho, su mirada dura y su mandíbula apretada. Su seriedad los estaba matando aunque por dentro ella luchaba consigo misma para

no sonreírles aliviada y echarse a llorar. Una parte podía perdonarlos por todo y la otra quería verlos sufrir.

Aaron lanzó un aspaviento al aire que asustó a las clientas.

—¡Está bien! No quería llegar a estos extremos pero no hay opción —para confusión de ella sacó una laptop color verde de su mochila, este tecleó algunas cosas para después voltear la pantalla en su dirección—. Listo.

—¿Qué rayos es esto?

—¡Te estoy dando mi vida, mujer!

—¿Qué? —Aiden intervino antes de que a su hermano le diese un ataque, pasando sobre la mesa una memoria RAM, varias memorias y unos cuantos discos que sacó de su mochila.

—Todo esto es nuestro canal. El canal por el que hemos trabajado por mucho tiempo, investigaciones, documentos de investigación, entrevistas, proyectos futuros, todo. Y sólo tienes que dar un click a la pantalla para eliminar todo eso por lo que hemos traicionado tu confianza.

—Y puedes quemar, romper o triturar las memorias, no nos importa. Lo único que queremos es vuelvas a ser nuestra amiga.

Chris miró la pantalla anonadada. El cuadro de opción aparecía con la opción de borrar o no el canal con sólo dar un click en el recuadro de acepto. No lo podía creer, de verdad estaban dándole la opción de destruir el canal por el que la habían engañado. Tenía que estar segura.

—Hey, ¿por qué hacen esto? ¿No es su canal tan importante para ustedes?

—Lo es —admitió Aaron y Aiden le miró con los ojos llenos del mismo dolor que su hermano.

—Pero nos agradas más.

Sus brazos dejaron de estar cruzados, la tensión en ellos se liberó. Era tan tentador acomodar el cursor en ese recuadro. Sería el perfecto castigo junto con quemar todos esos discos y memorias frente a ellos… Pero su mano se quedó a un lado del panel táctil, conmovida hasta en lo más profundo de su alma. Ellos le estaban dando algo que amaban y su corazón se dolió porque si destruía ese canal ella haría lo mismo que muchos otros hicieron con ella, lastimarla con lo que más quería. Su amistad, su confianza y su amor eran importantes para ellos. Y estaban haciendo más que cualquier otro hubiese hecho por ella. Su mano se retiró del cursor y alejó la laptop.

—No. No es necesario —les sonrió sincera y ambos la miraron asombrados.

—¿Estas segura? De verdad, puedes hacerlo. No queremos rencores —balbuceó Aaron incapaz de creer que de verdad estaba perdonando el canal. Y ella sonrió con más confianza.

—Creo que estamos a mano. Lo único que necesitaba era una prueba autentica de que les importaba. Y esto es más de lo que esperaba. No quiero destruir algo que ustedes aman. Además, sería un crimen destruir un canal tan bueno.

Aaron sintió un enorme alivio sobre sus hombros y Aiden sintió lo mismo pero con una ligereza de espíritu más profunda que la de su hermano. Le pasó el viejo teléfono de su tía y ella lo tomó encendiéndolo frente a ellos.

—¿Volvemos al caso? —preguntó Aiden y ella asintió.

—Volvemos —respondió haciendo que los hermanos celebraran chocando sus manos—. Y esta vez vamos a cerrar este caso —el joven de la barra les dejó las malteadas que pidieron al llegar y ella retiró la cereza que puso sobre la crema batida—. Creo que debemos hacer un brindis.

—¡Yo lo hago! —Exclamó Aaron—. Por nuestra ya restaurada amistad, por nuestro deseo de aventura, y que esta nueva y fortalecida confianza nunca se vuelva a romper sin importar nada —hizo una pausa contemplando las expresiones de los demás—. ¡Incluso que nos entierren juntos!

—Ya déjalo pesado —regañó Aiden haciendo reír a Chris.

—Como me cortas la inspiración. ¡Salud Ultra Equipo Intrépido de lo Sobrenatural y de lo Oculto! —chocaron sus vasos derramando un poco de sus bebidas en la mesa. Las risas llenaron el lugar molestando a las dos clientas que se fueron del lugar, una lágrima escapó de los ojos de Aaron y estaban por pedir pastel hasta que una mano se posó sobre Chris. Las risas de los hermanos murieron y al girarse vio al señor Ashwood con una expresión de molestia absoluta.

—¿Qué hacen aquí a estas horas?

Chris se asustó tanto que su mano se agitó en el aire, dejando que la infame cereza volara en un ángulo parabólico que dio un golpe en el panel táctil justo en donde la flecha seguía en el recuadro de aceptar.

El canal se borró.

—¡NOOOOOO! —gritó Aaron y Aiden seguía paralizado ante la mirada que su padre les daba—. ¡¿Cómo pudiste?!

—¡No fue mi culpa! ¡Lo juro! ¡No fui yo! —chilló Chris intentando justificarse. Aiden salió de su trance y sujetó a su hermano de los hombros para hacerlo entrar en razón.

—Tenemos las memorias. Tranquilo, ¡tenemos las memorias!

—Los tres saben que están en problemas, ¿verdad? —arrastró las palabras el señor Ashwood para su pesar, y en ese momento el celular de Aaron comenzó a sonar. Apenas y contestó la voz de Ángela se escuchó como si estuviera en altavoz.

—¡¿QUÉ LE PASÓ A TU CANAL?! ¡NO ESTÁ! ¿DE VERDAD LO

BORRÓ? ¡¿CÓMO PUDO HABERLO BORRADO ESA PERRA SIN CORAZÓN?!

—¡FUE UN ACCIDENTE! ¡UN ACCIDENTE! —gritó Chris intentando explicarse.

—¿Cómo es que sabes del canal si deberías estar en clases? —preguntó Aiden confundido de que llamara.

—¡Lo veo en clases de historia! ¡Y SIGO EN CLASES!

•••

Cuando salieron de la cafetería, el señor Ashwood abrió la puerta trasera de su elegante Mercedes gris oscuro y señaló a que entraran.

—Espero que tengan una buena excusa para haber faltado a clases. Porque cuando sus madres se enteren de esto van a estar castigados hasta terminar el curso —los tres entraron cabizbajos quedando Chris en medio de los hermanos. Aiden comenzó a explicarse apenas su padre entró al auto.

—Lo sentimos padre, pero nos vimos en la necesidad de escapar de un maestro que sujetó a nuestra amiga de forma agresiva y fuera de cualquier estándar o protocolo escolar.

—Y tuvimos que intervenir de forma inmediata usando algo de violencia para después poder restaurar nuestra amistad fracturada por culpa de nuestra egoísmo —completó Aaron sin cortarse. Su padre los miró por el espejo retrovisor.

—¿Qué maestro? —Aaron respondió.

—El profesor Miller.

—Ya veo… Su madre se va a divertir de lo lindo —el motor del auto cobró vida al girar la llave—. ¿Y ya están bien? —preguntó esta vez mirando por el espejo a Chris que sonrió acurrucada entre los hermanos.

—Todo bien —lo vio asentir levemente antes de poner en marcha el auto.

El señor Ashwood condujo hacia la zona residencial donde vivía Chris, mientras escuchaba sus explicaciones con respecto al profesor y todo lo sucedido con sus clases y sus compañeros. Al fin podía dar cuenta a un adulto del bullying y abuso psicológico que el profesor le profesaba y que el señor Ashwood denomino como vergonzoso para una persona de su edad. También explicaron por qué atacaron al profesor y huyeron de la escena. Chris sabía que estaba en problemas y no quería darle más motivos a su madre para castigarla hasta graduarse de la universidad.

—Cuando se entere me va a matar —musitó con pesar pensando en cuánto iba a aumentar su castigo.

—No tienes que preocuparte por eso —dijo el señor Ashwood al virar para entrar a la calle—. Comprenderá que no fue tu culpa. Hablaré con ella y arreglaremos esto con el consejo de padres de familia —se estacionó al frente de su casa y para su sorpresa vio a su madre salir cuando bajaron del auto.

—¿Chris? ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Buen día. Si me permite yo le puedo explicar —intervino el señor Ashwood antes de que se hiciese cualquier malentendido.

—Vamos a revisar unas cosas mamá —anunció Chris antes de correr escaleras arriba con los hermanos detrás, dejándola confundida y con el señor Ashwood para que le explicara todo.

Chris no se detuvo en su cuarto, siguió caminando hasta tomar la cadena de la trampilla y abrir el ático.

—Lo estuve pensando mucho. El otro número que encontramos y que nadie contestó. ¿Y si mi tío era más cercano de lo que creía a la tía Esther?

—¿Crees que era su número? —preguntó Aiden y Aaron miró alrededor perplejo.

—¿Y crees que su teléfono está aquí?

—Oh sí. Estoy segura —respondió confiada.

—¿Y cómo encontraremos el teléfono de tu tío entre todo esto? —preguntó Aaron de nuevo y Chris sonrió dando unas pequeñas palmadas al aire.

—Arquímedes

El pequeño ratón llegó escaleras arriba en segundos, yendo hacia su dueña y esperando su orden.

—Eres un ratón muy inteligente. Así que quiero que busques el teléfono de tío.

Arquímedes movió su nariz en respuesta y corrió sobre la basura hasta el escritorio. Le dejaron ir primero y lo vieron trepar por los cajones hasta apoyar sus patas delanteras en el cajón superior para con sus patas traseras abrir el cajón medio y adentrarse en el estrecho espacio. Los tres escucharon a Arquímedes remover lo que había dentro y hasta vieron algunos pequeños objetos ser sacados como si este les diese una patada por estorbarle. Se acercaron al ver asomarse un Blackberry que Chris tomó y Arquímedes se asomó, saltando a la otra mano de la chica.

—Te debo un tazón de queso y fruta para ti solo mi pequeño ángel.

Chris rogó porque el aparato tuviese carga después de muchos años. Al encenderlo vio que, en efecto, tenía suficiente carga. Los tres celebraron en silencio y se metió en los contactos encontrando lo que buscaba.

—Lo tengo. Este es el teléfono de mi tía y tenemos la compañía, si llamamos para hacer una recarga podremos llamar con él al número

que queramos.

—O a un número privado —señaló Aaron y Aiden asintió.

—Porque quien conteste podría ser el asesino.

Fue fácil pedir una recarga por teléfono y cuando llegó la notificación de saldo los tres se miraron el uno al otro. Habían llegado hasta allí en esa investigación rebuscada llena de secretos familiares y sospechas. Las pruebas apuntaban a un culpable y esto les iba a confirmar si el asesino se encontraba cerca o no. Chris tomó aire antes de hacer la llamada, sintiendo el apoyo de los hermanos a su lado y sabiendo que no la iban a dejar sola. Esperaron expectantes a que sonara el tono y casi saltaron al escucharlo, ya que eso significaba que no estaba desconectado, pero ¿quién les aseguraba que quien contestara fuera la misma persona de hace más de veinte años? Esperaron pacientes pensando por un momento que la llamada saltaría a buzón… Y el tono se interrumpió.

—¿Bueno? —Todos se quedaron en silencio, reconociendo al instante esa voz que todos escuchaban cada domingo en misa—. ¿Quién llama? ¿Cómo consiguió este teléfono? —Se hizo un silencio en la línea antes de que el padre Williams preguntara—. ¿Esther?

—Lo tengo, hijo de perra —contestó Chris imaginando con sumo placer la expresión del padre—. Más le vale que le ruegue a Dios que perdone todos sus pecados. Porque yo no voy a tener piedad de usted.

Colgó.

Ya todo estaba más claro en ese rompecabezas. Les contó sus sospechas sobre él, lo ocurrido con el collar, y lo que su abuela dijo sobre los paseos nocturnos. Sabían cuál tenía que ser el siguiente movimiento. Era ahora el momento de atacar de frente y no había vuelta atrás. Esa noche revelarían la verdad sobre el asesinato de Esther Hallow.

•••

Un trueno se escuchó a la distancia por los bosques. John miró a la lejanía y siguió su camino por las calles con su carro del mercado. Las oscuras nubes pronto cubrirían el valle entero y todo el mundo debía estar resguardado para entonces.

—Esta será una fuerte tormenta. Me pregunto si al fin el frío va a dejar este lugar o terminará por asentarse otra semana.

Se detuvo enfrente de la iglesia y esbozó una sonrisa amplia y sombría.

—Hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra —rio a lo bajo mientras entraba a terreno divino con la tormenta detrás de él.

18

Sarah Hallow era una mujer tranquila y alegre, pero cuando se enfadaba de verdad era como despertar a un demonio sanguinario. No regañó a su hija por haber escapado de la escuela, al contrario, se preocupó muchísimo de saber que sufría de acoso escolar y de cómo ese profesor la humillaba en clases, incluso revisó que no le hubiese dejado un moretón en ese agarre y, para mala suerte del maestro, sí había dejado marca. Ese tipo tenía los días contados. La charla con el señor Ashwood fue de lo más estimulante, porque cuando salió de regreso al convento para ver que todo estuviera bien, el portazo que dio fue tan duro que el hollín de la chimenea que le fue imposible de limpiar a su hija cayó de golpe ensuciando la sala. Dejó que los hermanos Ashwood se quedaran con ella para hacerle compañía un rato, con permiso de su padre que les pidió regresar temprano, dejándoles leche y aperitivos para que comieran. Caminó calle arriba y cruzó la calle con un sinfín de pensamientos oscuros hacia aquel profesor y lo que le haría apenas le pusiera las manos encima. Un relámpago se vio en la lejanía, cruzando el cielo hasta perderse en quién sabe dónde. Apretó las llaves en su mano intentando calmarse cuando, para su sorpresa, vio al padre Williams salir de la iglesia y aproximarse a ella. Su zancada era larga, viéndose pálido y sudoroso con los ojos desorbitados. Parecía haber visto un fantasma o algo peor.

—Padre Williams, buenas tardes.

—Buenas tardes. Justamente iba a verla a su casa. ¿Por qué está aquí? Pensé que se había tomado el resto de la tarde libre —habló aflojando el cuello de la sotana.

—Nada más vine a ver en qué podía ayudar. ¿Le ocurre algo?

—¿Y su hija está sola?

—No. Está con sus amigos —algo en él le hizo sentirse de repente a la defensiva. Se veía demasiado nervioso—. ¿Le ocurre algo, padre? ¿Se siente mal?

—No debería dejar que se relacionara con esos jovencitos —habló sin responder a la pregunta.

—¿De quienes habla?

—De los Ashwood, por supuesto —alzó la voz molesto—. Pueden ser una de las mejores familias del pueblo, pero sus hijos son otra cosa. Incluso me atrevo a decir que podrían influir en su hija de forma negativa —dijo sin notar que Sarah lo miraba incrédula.

—Disculpe, ¿qué está diciendo? —preguntó tras boquear un par de veces, incrédula ante lo que escuchaba.

—Digo que tal vez debería revisar con más atención las amistades de su hija. Porque si ya ha robado un collar quién sabe cuál sea su

siguiente paso por culpa de esos chicos. No cometa tal negligencia Sarah o su hija se transformará en una criminal o peor. Perdiéndose en el camino del pecado.

—Creo que se equivoca, padre —intentó que su voz no fuese tan áspera aunque le fue en vano tras la desaprobación que mostraba hacia esos jóvenes que salvaron a su hija—. Mi hija quizás no sea perfecta, ni la persona más abierta y ha tenido sus tropiezos. Sin embargo, ha sabido elegir a esos dos jóvenes que pienso, que lejos de ser una mala influencia, han sabido sacarla de su caparazón. Y discúlpeme padre, pero creo que usted está infravalorando la forma de educar a mi hija.

—No era mi intención…

—Quizás no lo era —le cortó alzando la barbilla y mirándolo a los ojos—. Por eso le pido por favor que no vuelva a criticar la forma en la que la educo y mucho menos decir algo contra los Ashwood. Lo respeto mucho padre, pero no voy a dejar que se exprese de esa forma —quería entrar y dar por terminada esa conversación pero el padre la detuvo, esta vez tomándola del brazo.

—Por el bien de su hija, le advierto que no debería de meter las narices donde no le importa —su agarre era fuerte, y empezaba a hacerle daño.

—¡Suélteme!

—Escúcheme bien, Sarah. Aleje a su hija de esos chicos y de este convento. No lo voy a repetir. Hágalo antes de que… —cortó su advertencia cuando algo le cayó en la cabeza. Una piedrecita que alguien lanzó con fuerza. Sarah aprovechó para zafarse de su agarre y entrar al convento cerrándole la puerta en las narices, asustada de lo que pudiese hacerle.

—Psicópata.

Maldijo a lo bajo. Pasó sus manos temblorosas por su cara llena de sudor e intentó controlarse.

La había fastidiado en grande y no creía que Sarah dejase pasar lo que acababa de ocurrir. Gruñó maldiciendo una vez más. Miró a lo alto de las torres, aunque sabía que esa piedra vino del lado izquierdo, el Torreón del coro. Miró hacia a esa ventana por largo rato hasta que vio asomarse a la hermana Rosemary. Ella notó su presencia momentos después, pero lo miró con repugnancia y volvió a meter la cabeza. ¿Había escuchado todo? ¿Qué rayos le había hecho a esa mujer para que se comportara de esa forma con él? Desde que tenía memoria, la hermana Rosemary siempre había tenido esa mirada fría hacia él y lo ignoraba en cada oportunidad. No era como las otras que buscaban acercarse a él, pero desde que lo atraparon rondando por las noches su trato se había enfriado.

Tenía que acabar con todo esa noche y largarse de allí. No

aguantaría por mucho tiempo la máscara de buen predicador que cada vez le pesaba más.

•••

Desplegó sobre la mesa del comedor el mapa del convento que le sacó a su madre de la caja que ahora reposaba sobre la mesa. Señaló con su dedo las entradas del lugar y alrededor, englobando lo grande que era.

—Tenemos dos entradas. La entrada principal y la entrada secundaria que es por la iglesia. Es por esta que el padre Williams de seguro nos estará esperando y la vigilará como un halcón.

—Ha sido arriesgado lanzar esa amenaza pero eso lo pondrá nervioso —señaló Aiden y su hermano rio.

—Seguro que el muy idiota se ha de estar comiendo la cabeza. Creo que deberíamos igual mantenerlo vigilado.

—¿Te ofreces para la tarea? —preguntó Chris ganándose una amplia sonrisa juguetona.

—Siempre he querido hacérsela pasar canutas a un religioso. Esta es mi oportunidad.

—Eso es diabólico —sonrió Chris perversa, recordándoles a una de las tantas villanas de Disney.

—Tú no te quedas atrás, querida.

Aiden hizo un ruido exagerado con su garganta, una clara advertencia a su hermano que entendió a la perfección. Chris siguió con su explicación.

—Entonces debemos buscar en la zona de los cuartos, talleres, y en la Torre. Todo está concentrado en el lado oeste. El que la puerta de la iglesia esté a unos metros me pone nerviosa.

—Les aseguro que él no se acercará a esa puerta —prometió Aaron con un brillo de determinación en sus ojos. Aiden revisó la zona y luego señaló un punto en el mapa.

—¿El oratorio no está en medio de todo? Miren bien —dijo pasando su dedo por el viejo papel—. Los talleres le rodean, los cuartos en el norte, jardín y oficinas en el oeste y la Torre en el sur.

—Es cierto… —se sorprendió Chris por no haberlo visto antes —. La abuela me ha dicho que Williams ha buscado por esta zona desde quién sabe cuánto tiempo. Y la capilla de oración queda entre todo.

—¿Crees que lo que sea que esté buscando está allí dentro? —preguntó Aaron.

—Me juego la vida a que sí. ¿Recuerdan la primera vez que escuchamos la radio? Escuchamos rezos, pero no forzosamente tenían

que venir dentro de las habitaciones. Y con respecto a la hora en la que las escuchamos tenían que venir de otro logar ya que a esa hora o rezan o trabajan.

—Es como un momento atrapado en el tiempo —razonó Aaron—. Logra pasar que algunos parapsicólogos reviven o escuchan eventos del pasado. Incluso hay pruebas de lugares en los que aún hoy en día se escuchan las voces y sonidos de sucesos que ocurrieron décadas atrás. ¿Recuerdas ese caso sobre un bar en el que en ocasiones se escucha música de salón y gente bailar? ¿O la mina en la que mucha gente asegura se escucha a gente trabajar a pesar de estar vacío? Hasta el fantasma de tu tía puede revivir esos eventos, aunque claro con su propio toque macabro —Aiden asintió.

—¿Y cómo sabremos lo que buscamos? —Preguntó Aiden—. ¿Estás segura que no busca el teléfono?

—No sé qué buscamos, pero estoy segura que no es el teléfono sino me lo hubiese reclamado en su momento —respondió pensativa—. ¿Dónde esconderías un cadáver o una prueba de asesinato?

—En algo hueco —respondió Aaron seguido de Aiden.

—Y que no mueva de lugar.

—Lo sabremos apenas y lleguemos allí. Tenemos que estar conscientes que después de tantos años lo que sea que busca pudo haberse movido de lugar y por eso sigue buscando. En todo caso esperemos poder terminar con esto de una vez por todas.

El codo de Aiden golpeó la caja llena de papeles y esta cayó al suelo, por suerte los papeles que tenía encima no se desperdigaron demasiado.

—Lo siento —se inclinó a recoger los papeles y su hermano le ayudó.

—No te preocupes —le dijo ella—. Son papeles viejos. No puedes romper nada —Aiden recogió un libro con tapa rota.

—Yo no lo creo —señaló el libro y lo revisó.

—Ponle algo de pegamento y quedará como nuevo —sugirió Aaron pero Aiden notó algo bajo la cubierta de la tapa.

—¿Qué es esto? —sacó una hoja de papel llena de borrones y manchas. Se la dio a Chris que la estudió con atención y más piezas encajaron de repente en el cuadro.

—Esto, mis queridos compañeros, es una valiosa prueba que nos va a ayudar a resolver este caso.

—¿En serio? —preguntó Aaron incrédulo.

—¡Sí! —Exclamó incapaz de aguantar la emoción—. No estoy segura, pero si conseguimos lo que sea que está en la capilla creo que al fin todo se aclarará. ¿Están listo para quizás ser arrestados y tener una mancha en su expediente permanente si esto sale mal? —los hermanos rieron de forma traviesa. Aaron movió sus hombros

despreocupado.

—¿Quién necesita la escuela? —Aiden asintió ladeando su cabeza.

—El sistema educativo es demasiado obsoleto en estos días.

—Está bien par de locos. Esta noche atraparemos a un asesino —declaró segura alzando sus manos y chocando cada una con la mano del hermano que le correspondía.

•••

Los hermanos se fueron tarde después de una exhaustiva planeación y recapitulación de pistas. Cuando le contaron lo que escucharon en la grabación antes de pasársela, ella sintió escalofríos al escucharla de primera mano. Fue duro pero algo en esa voz hizo que lo repitiera varias veces dejándole cierta duda. Se quedó atenta a la puerta, tenía la cadena en caso de que al padre le diese por hacer una visita cordial pero por suerte no fue así. Su madre llegó exhausta y se dejó caer en el sofá alzando sus manos dramáticamente.

—¿Dónde hay un Taco Bell cuándo se le necesita?

—¿Te conformas con un Chicago dog? —ofreció a su madre un hot dog de los tantos que había preparado. Conmovida lo tomó y se quedó recostada importándole poco si algo de mostaza o pepinillos picados caían sobre su ropa.

—¿Recuerdas cuando íbamos al parque y comíamos dos o tres de estos después de un paseo? —preguntó antes de dar una gran mordida al hot dog.

—¿Cómo olvidarlo? Ricky era quien comía más —las dos rieron al recuerdo—. Eran buenos tiempos —suspiró con nostalgia y Sarah pudo notar que en su voz ya no había dolor como antes. Se sentó en el sofá y le hizo un gesto a su hija para que se sentara a su lado, lista para tener la charla que habían evitado por meses.

—Cariño, lo siento tanto —dijo mirándola fijamente—. No sabes lo culpable que me siento por no haber podido hacer algo por Ricky.

—No. También es mi culpa —repuso intentando que la situación no fuera incómoda, estaba harta de ello y no quería llorar—. Debí decir algo también, pero no lo hice. Si hubiese dicho algo, quizás… —sus palabras dejaron de fluir cuando su madre le acercó su propio hot dog a la boca y le dio una mordida.

—No, mi amor. Eso no era algo en lo que tú debieras intervenir —su mano libre se apoyó en su espalda—. Yo soy la adulta y tú eres una niña. Fui yo quien no lo apoyó, a ninguno de ustedes. Y no quiero repetir el mismo error —se acercó más y su brazo la rodeó en un abrazo algo incómodo—. Te amo, cariño. Y te voy a apoyar siempre. No voy a imponerte nada que no te guste. No clubes, no deportes, ni

mucho menos convento.

—Yo sólo quiero tu apoyo —dijo con un nudo en la garganta a punto de soltar algunas lágrimas—. Digo, si me das demasiada libertad puede que actúe como una tonta y termine haciéndome un tatuaje o haciendo quien sabe cuántas estupideces… aunque lo del tatuaje es tentador —musitó a lo bajo sacándole una risa a su madre que entendió que lo decía de broma—. Como sea, no quiero que eso pase —Sarah pasó su mano por su rostro, apartando un mechón de cabello y una lágrima traicionera—. Un poco de apoyo en la escuela, consejos de supervivencia para la adolescencia, o consejos sobre chicos es todo lo que pido.

—Está bien —sonrió también limpiando sus mejillas—. Pero acabas de desperdiciar la oportunidad de tener una madre liberal.

—Lo sé —sonrió apoyando su cabeza en el hombro de su madre—. Pero tengo la mejor madre de todas y vamos a estar bien. Ricky desearía eso.

Se quedaron así un largo rato consolándose una a la otra. Dejando que el dolor fluyera para que al fin cicatrizara la herida sangrante de sus corazones. La cena estuvo llena de salchichas, cebollas, pepinillos y lágrimas que terminaron por caer sobre su ropa. Rieron el resto de la cena y teniendo como único peso el de sus estómagos al terminar. Al fin volvían a sentirse vivas, sin nada que les detuviera y sonreír al futuro que se mostraba incógnito ante ellas.

•••

La tormenta estaba a punto de estallar sobre el pueblo. Chris se asomó al cuarto de su madre que dormía profundamente. No interrumpió su pacifico sueño, tomó el juego de llaves del convento en silencio y se encaminó hacia el exterior. El viento soplaba con fuerza, se había recogido su cabello en una coleta pero los cortos mechones sueltos golpearon sus ojos. Se acomodó la mochila en el hombro y de repente algo se aferró a su pie. Al mirar abajo vio a Arquímedes que se trepó por el pantalón de gamuza hasta llegar a su hombro.

—¿Quieres acompañarme? Supongo que un par de manos o patas nos ayudarán mucho.

Abrió su chaqueta y lo puso en el bolsillo interior. No podía ponerlo en la mochila ya que la radio y el micrófono lo aplastarían seguro. Arquímedes se quedó quieto en el bolsillo sabiendo que estaba en un lugar seguro.

Caminó hacia la entrada del convento en donde tomó la llave antigua que tenía de etiqueta un número 1. Conocía perfectamente a su madre sabiendo que enumeraba siempre las puertas que usaba o

ponía letras o símbolos de los cuartos a usar. Apretó las llaves dentro del bolsillo y un relámpago sobre el convento la hizo ver por un momento una figura oscura en la ventana de la Torre.

«Ya estamos aquí, tía. Espera un poco»

Los hermanos aguardaban su llegada, esta vez Aaron tenía un gorro negro de lana en su cabeza y los cabellos de Aiden se movían libres con el viento.

—Muy bien, todos saben qué hacer, ¿no es verdad? —Aaron sonrió travieso.

—Por supuesto, capitán. Iré a mi posición. Los mantendré comunicados por medio de mensajes así que no se separen de sus teléfonos.

—Entendido. ¿Tienes todo? —preguntó de nuevo Chris.

—Yo me ocupé que no se le olvidará nada —dijo Aiden y Aaron se apoyó en su hermano.

—¿A que mi hermano es como una segunda mamá? —su hermano lo empujó y Chris aguantó la risa.

—Suerte Aaron. Y espero que lo que te di y esto te sirvan —dijo dándole en la mano algo que él ocultó de inmediato.

—Le sacaré el mayor provecho. Cuídense.

Le dio un golpe a su hermano y susurró algo a su oído ante de irse corriendo. Ella le miró confundida y él respondió a su duda.

—Una tontería de él —dijo intentando enmascarar el sonrojo que apareció en su rostro y que no era visible a los ojos de ella. El “Demuéstrale de lo que estás hecho” de su hermano estaba fuera de lugar. Obviamente la protegería de ser necesario, aquello no era una cita, pero terminando con eso bien podría preguntarle salir un día de estos.

—¿Listo? —preguntó nerviosa.

—Vamos.

Ella introdujo la llave y el cerrojo se abrió justo al momento en que la lluvia comenzó a caer ruidosa sobre ellos.

•••

Un relámpago iluminó su habitación. No recordaba una tormenta así desde hacía mucho tiempo, aunque una tormenta similar fue lo que le hizo conocer al amor de su vida. La vio en varias ocasiones pero nunca hablaron de nada, sólo se trataban como cualquier otro desconocido dentro del convento. Sin embargo, fueron sus escapes lo que le hicieron conocerla. Una chica alegre, llena de vida, con deseos de comerse al mundo entero así como cualquier otro joven de su edad, pero ella irradiaba un brillo especial y único. Tan distinta a otras

chicas que conoció en su vida y que sólo se acercaron a él por interés. Aunque ella al descubrirlo observándola fue golpeado por su cámara de fotos y huyó del lugar. No sabía cómo, pero ese golpe le dijo que esa mujer sería su esposa. Sin embargo había un problema, ambos estaban casados con Dios.

Escogió esta vida al recibir el llamado en forma de una voz cuando estuvo a punto de morir en la carretera. Todavía era joven y había estado dispuesto a entregar su vida al servicio del Señor, pero después de conocerla no estaba seguro de su camino. Ella era una luz celestial y el fuego del infierno en su vida, incitándolo a lo prohibido y cayendo en el pecado. Después de eso fue incapaz de no dejar de pecar, y pecar más, y cada día que lo hacía sentía que su cuerpo iba tomando cada vez más control sobre su alma. Tenía que detenerla o todas sus acciones los llevarían al infierno y él no quería perder su alma…

El ruido de algo caer llamó su atención y salió de su habitación. Estaba seguro de saber quién estaba afuera pero esperaba que no fuera así. Amenazar jovencitas no iba con él, pero si no entendía de forma indirecta o directa, entonces tendría que hacer algo mucho más drástico. Salió con su linterna en mano. Tenía que admitir que era osada, en eso se parecía a Esther, pero nada más. Iluminó las bancas y las columnas buscando al intruso, pero no había nadie. Encontró un himnario tirado entre una de las bancas y lo recogió. El lugar estaba vacío, así que ¿cómo llegó eso allí?

—De nuevo se me olvidó uno. Me estoy volviendo descuidado.

Una sombra pasó veloz a su costado. Iluminó el punto pero no había nadie. Otra vez esa sombra y la sensación de no estar solo. No… se negaba a creer en esas cosas de fantasmas que las hermanas tanto hablan, eso tenía que ser producto de su imaginación y de su propia paranoia. Pero estaba seguro que no estaba loco, al menos de momento su cordura permanecía y su determinación inamovible. ¿Acaso era su consciencia que lo castigaba ante el gran pecado que cometería?

Un gemido se escuchó a su derecha. Se volvió y notó la puerta de la iglesia abierta. Estaba seguro de haber cerrado la puerta. Salió casi corriendo topándose de frente con la tormenta. Iluminando a todas direcciones con su linterna.

—¡Christina! ¡Sal ahora mismo! —ordenó dando un par de pasos lejos de la puerta. Un movimiento fue captado por el rabillo del ojo y viró su linterna a la izquierda. Era una monja de pie en la tempestad. El viento agitaba su hábito de forma salvaje y la lluvia golpeaba la figura que era sacudida cada tanto—. ¿Quién es? —preguntó anteponiendo su mano para que el agua no golpease de lleno su rostro. No hubo respuesta de su parte. Se acercó precavido a la

menuda figura que estaba quieta cerca del comedor, y al tomar su hombro notó que este era demasiado rígido. Lo volvió un poco topándose con el rostro de la Virgen María empapado con la lluvia.

La puerta de la iglesia se cerró con fuerza y el cerrojo fue echado.

Corrió para intentar abrir pero era inútil. Y desde las ventanas pudo ver a uno de los chicos Ashwood regalándole una sonrisa desde el interior. Agitó las puertas que no cedieron y golpeó con su puño la gruesa madera.

—¡Abre ahora mismo o te meterás en problemas!

—No creo poder meterme en más problemas de los que ya estoy.

—¡Abre ahora por amor a Dios!

—Lo siento padre —ató en los pomos de las puertas un mantel del pulpito—. Pero no creo que usted deba decir el nombre de Dios en vano —el puño de Williams atravesó una ventana y Aaron saltó de su sitio. Tomó uno de los candelabros y golpeó su mano sangrante haciéndolo retroceder.

—¡Agh! ¡Déjame entrar!

—¡No lo haré!

—¡Llamaré a la policía!

—Adelante. Sería bueno que respondiera a algunas preguntas sobre ciertas cositas relacionadas a una desaparición —Aaron esperaba que de verdad no llamara a la policía. Pero en vez de eso el padre Williams retrocedió. Necesitaba encontrar la forma de entrar, preguntándose dónde estarían su hermano y su amiga. Y lo entendió tan pronto como otro relámpago iluminó el lugar. Sus ojos viajaron a cada esquina del lugar y se perdió de la vista de Aaron que blandió el metal como una espada en sus manos.

—Por favor no tarden mucho…

•••

Estaban convencidos que ese sitio era el escenario perfecto para una película de terror. El viento silbaba en cada pequeño recoveco del lugar, los relámpagos iluminaban ocasionalmente los pasillos produciendo un eco retumbante, y se sentían intimidados ante la oscuridad que podría esconder a un asesino o a un espectro que aguardaba paciente su llegada. Avanzaron con cuidado y Chris miró hacia el patio donde la estatua de santa Rita permanecía en su sitio. La luz de los rayos hacía parecer que la estatua se movía un poco en su dirección, era eso o no estaba del todo bien puesta en su base y prefería esta última opción antes de pensar que iría a por ellos, los intrusos de su convento. Un trueno rompió con la quietud del lugar y la sombra de la estatua los asustó a la vez saltando de su sitio.

Movieron sus lámparas alrededor y así tener algo más de tranquilidad, adentrándose al pasillo que les llevaba a la Torre y siguiendo su camino, no sin antes iluminar hacia lo alto de la escalera como si esperaran que la monja apareciese y los mirara de forma maligna, lista para llevarlos a su lugar de descanso. Los dos sintieron un escalofrío atravesar su columna al mismo tiempo.

—Debo dejar de ver tantas películas de miedo —musitó Aiden y ella casi rio pero avanzaron en silencio. Tal parecía que Aiden también tenía el don del comentario oportuno. Dieron vuelta a la izquierda y pasaron a las habitaciones referentes a los talleres, cada puerta cerrada a cal y canto. Esperaban estar en lo correcto y que lo que buscaban no estuviese en algún otro sitio.

—¿Dijiste algo? —preguntó a Aiden tras darse cuenta que este le habló.

—Perdón, te preguntaba si piensas que deberíamos revisar los talleres —se sorprendió con la facilidad con la que le adivinaba el pensamiento.

—Sí, pero sólo si no encontramos nada. Vamos, debemos apurarnos.

—Tienes razón. Aunque conociendo a mi hermano seguro que se la ha de estar pasando muy bien.

Pasaron los talleres y almacenes llegando a la capilla de oración. Ella sacó las llaves en un tintineo, faltaban las llaves del almacén y de la puerta de la iglesia que le dio a Aaron, pero su ausencia no se notaba ante la enorme cantidad de llaves. Dio con la que tenía la etiqueta y adentró la llave en la cerradura.

—Y ábrete sésamo.

El lugar les dio la bienvenida con un ambiente gélido que caló hasta sus huesos. Cerraron la puerta detrás de ellos y observaron con atención las bancas y el pulpito, donde posaba en el centro del muro un Cristo crucificado de tamaño natural. La imagen le trajo a Chris un sentimiento de terror al ver la figura que miraba hacia los reclinatorios a sus pies con expresión de dolor, mientras la sangre brillante por la luz de la lámpara caía de su rostro, desde la cabeza adornada con una corona de hierro con espinas hasta su costado abierto. Aiden puso su mano sobre su hombro y avanzaron entre las bancas iluminando todo a su paso, hasta los cuadros que decoraban las paredes y no eran más alegres que la estatua al frente. Sirviendo como recordatorio el martirio que sufrió Jesús antes de morir.

—¿Dónde deberíamos buscar? —preguntó él pensativo.

—La última vez encontré la llave en un cuadro. Busca entre ellos y yo buscaré adelante.

—De acuerdo.

Se separaron sintiendo que el frío aumentaba en ese lugar. Aiden

comenzó a ver los cuadros con atención, revisando su firma y peso por si acaso. Chris pasó por los reclinatorios en busca de un hueco y se sintió observada de repente. Su lámpara se fijó en la estatua y notó como este tenía la mirada fija en ella. Sintió su corazón saltar y encogerse a la vez. La imagen era demasiado gráfica. Por alguna razón sintió el deseo irremediable de bajarlo y poner un paño en su cabeza para que dejase de sangrar. Le parecía abominable tener al hijo de Dios representado en aquella forma tan dolorosa. Pero era un dolor que él mismo aceptó para salvar al hombre y se sintió culpable por haberlo rechazado hace largo tiempo. La necesidad de hincarse y pedir perdón hasta que las rodillas le dolieran fue fuerte, pero no estaba allí para eso. Estaba allí para encontrar la última pista que descubría al asesino de una vez por todas. Siguió revisando pero el peso de la mirada seguía sobre ella, incomodándola cada vez más. Volvió a iluminar la estatua. No la miraba a ella pero todavía sentía esa triste mirada. Se acercó de nuevo y la iluminó de frente. Sus manos se apoyaron en el reclinatorio y cerró los ojos comenzando a hablar en voz baja. Aiden que se había dado cuenta de su actitud la dejó ser tras percatarse que era un momento delicado entre ella y Dios, ocupándose en revisar las bancas.

—Vale, tú y yo tenemos cosas que decirnos y sigo algo delicada porque te llevaste a mi hermano. No entiendo todavía por qué es que te lo has llevado pero… no estoy enfadada contigo aunque dijera una y otra vez lo injusto que fuiste. Estaba enfadada conmigo —admitió tras la charla que tuvo esa noche con su madre—. Siento haber dicho que te odiaba y haberte culpado de cada cosa mala, de dejar de rezar y no dar las gracias cuando debía. Prometo ser una mejor persona y ahora me encantaría poder ayudar a mi tía. Y si lo que busco se encuentra en este lugar, hazme favor de ayudarme a encontrarlo antes de que pase algo, porque tengo la sensación que algo muy malo puede pasar si no nos damos prisa —abrió sus ojos y notó que su linterna iluminaba una figura roja a un costado de la cruz y que no tenía que ver con el rojo brillante de la sangre. Se subió en uno de los reclinatorios para acercarse y revisar qué era eso, sorprendiéndose al ver que era una mariposa carmesí lo que reposaba casi escondida tras las piernas de Jesús.

La cruz.

Ella quiere que busques en la cruz.

Su boca se abrió por la sorpresa al recordar el sueño que tuvo de

John hablando desde afuera de su ventana, casi quiso dar de saltitos pero se controló. Revisó la estatua y fue que notó que entre la brillante sangre había un espacio que no brillaba en el costado de Cristo, metió sus dedos entre la herida, estaba hueca y la pintura alrededor camuflaba el agujero. Sacó los dedos de la estatua y juntó sus manos mirando al cielo.

—Amén Dios mío, amén.

•••

Algo estaba pasando afuera y le molestaba no saber qué era lo que ese loco estaba tramando. Escuchó golpes, tal vez intentaba abrir el candado del almacén que él tuvo la precaución de volver a cerrar, pero después de eso no había escuchado nada más y eso lo ponía nervioso. Los relámpagos iluminaban cada tanto las figuras inmóviles de los santos y Jesús le miraba desde lo alto con sus manos extendidas para recibir su alma mortal. Pues bien, él todavía no estaba dispuesto a morir, no esa noche. No había forma que el padre pudiese pasar por el pasillo hacia el convento. El almacén y el comedor cubrían perfectamente los espacios impidiendo que alguien entrara al jardín trasero. Se quedó en silencio un momento escuchando el sonido de la lluvia repicar y los truenos sobre su cabeza, cuando de repente el vitral a su espalda se rompió y una mesa del comedor se asomó a la mitad. Lanzó una maldición al ver trepándose en ella al padre Williams que llegó hasta la cima. Las manos del padre se sujetaron del borde de la ventana, sin importar que pedazos de vidrio se clavasen en sus manos, y saltó al suelo quedando frente a Aaron.

Sus ojos inyectados en sangre se posaron sobre él y en un rápido movimiento atacó. Abanicó el candelabro en el aire pero el padre se lo quitó sin esfuerzo alguno, arrancándolo de sus manos y sujetándolo del cuello de la chaqueta para alzarlo y dejarlo caer en el suelo con dureza. Su cabeza se golpeó contra el suelo y por un momento todo le dio vueltas.

—Tu hermano y ella están dentro del convento, ¿no es así? —no le dejó responder, se dirigió hacia la puerta lateral y la abrió en un gesto violento. Aaron se levantó en trompicones y fue tras él, se le fue encima cuando estaba en el pasillo, enredando su brazo en una llave en su cuello y sus piernas en los costados.

—¡No te voy a dejar ir cabrón! —jaló hacia atrás haciendo que entrara de nuevo a la iglesia. Cayeron de espaldas pero no le soltó. Su mano se alargó hacia el candelabro que estaba en el suelo. La punta de sus dedos lo rozaron y el padre se revolvía violento sobre él intentando romper la llave, otorgándole con un movimiento que hizo

el poder tomar el candelabro. El padre lo obligó a soltarlo, levantándose primero más siendo recompensado por un golpe directo en la boca del estómago que lo dobló y luego en la cara. Cayó al suelo y Aaron se enderezó con el candelabro entre sus manos—. ¡Debo de estar loco! Acabo de golpear a un religioso y se sintió tan bien… Debería repetirlo un día de estos.

El padre no se movía. Temió haberle dado demasiado fuerte y haberle dejado una contusión o peor. Se inclinó para revisar si al menos seguía respirando. Un trueno sonó a la distancia y entonces una mano se aferró a su pierna y otra a su cuello, provocando que por la sorpresa tirase su única arma. Esta vez no pudo reaccionar, el padre lo levantó del suelo como si fuese un peso pluma, lo llevó a su habitación y lo lanzó como haría con una prenda sucia. Aaron tosió intentando recobrar el aliento, encogido en el suelo y con un agudo dolor en la garganta y espalda.

—Por tu bien, quédate allí —cerró la puerta de un portazo. Al recuperarse, Aaron se dirigió a esta pero, en efecto, estaba cerrada. La había bloqueado desde afuera. Miró con atención la habitación intentando encontrar algo que le ayudase a salir, observando el enorme y pulcro escritorio. Los libros perfectamente acomodados encima yacían al lado de una gruesa biblia abierta y unas hojas de papel. La cama en el fondo seguía tendida y sin ninguna arruga. Cajas de cartón en una esquina, un reclinatorio y más libros, nada que le ayudase en el momento.

—¿Dónde está un hacha cuando se le necesita?

Le parecía un lugar demasiado impersonal para un padre que había estado allí desde hacía años. Comenzó a revisar sus cosas y no tardó en encontrar en una caja las cartas y la fotografía desaparecidas junto con algo más. Encontró un viejo diario personal y más cartas. Abrió el diario cuyas notas estaban escrita en una pulcra letra cursiva y con una fotografía de la tía de Chris bajo el Gran Roble con un hombre distinto al padre, ambos juntando sus manos en un corazón. Observó con atención a la pareja y al observar con mayor detenimiento al hombre se dio cuenta que era el padre Williams, con un cambio de nariz, barbilla y frente pero seguía siendo él. Siguió revisando y otra fotografía captó su atención, en esta estaba de nuevo la joven Esther, esta vez en sus hábitos de monja con las mangas recogidas y un delantal lleno de pintura. Miraba a la cámara con una gran sonrisa y con los brazos a los costados con expresión de orgullo, otras monjas en el fondo sonreían pero era notorio que ella era el centro de la foto, y algo captó su atención en el fondo que no pasó desapercibido. Fue al escritorio, tras una breve búsqueda en los cajones encontró una lupa y observó el espacio detrás de las hermanas.

—Esto tiene que ser una jodida broma… —la madre superiora, la

abuela de Chris, tenía los ojos meticulosamente pintados de negro por un rotulador. Revisó más fotografías que estaban desperdigadas por las cajas, y en todas donde aparecía la madre superiora estaba rayada con tinta negra o roja que simulaba sangre. Una fotografía casi resbaló de sus manos, la tomó a tiempo y se quedó frío al verla. Una fotografía reciente de las Hallow en el comedor de la iglesia, en la que madre e hija no se dieron cuenta de que les tomaron la foto, servían comida y tenían una enorme cruz en rojo que atravesaba sus rostros. Y pasando por la ventana del fondo, la anciana tenía el rostro rayado en un acto violento y clara sed de sangre. Se sintió mareado, apoyando su mano en el escritorio donde se topó con parte de un pasaje subrayado de la biblia abierta.

La venganza es mía: Yo daré el pago merecido.

No había lugar a duda. Ese chiflado tenía un objetivo, acabar con las Hallow y no dejar a ninguna con vida.

•••

Les había costado mucho poner la estatua en el suelo, no querían dejarla caer y que hiciera un estrépito que despertara a todo el convento. Comprobaron que estaba hueca por dentro y aun así era tan pesada que apenas y pudieron con ella. Chris salió y corrió de regreso con un paquete de cinta adhesiva, tijeras, un trapo de limpieza y un martillo tomados del almacén de talleres. Comenzaron a envolver las piernas y el crucifijo con la cinta adhesiva. Al terminar, Aiden pidió un silencioso permiso para romper la estatua que hizo su tía antes de comenzar a golpear con el martillo, ella asintió y poniendo el trapo encima para que amortiguara el sonido comenzó a golpear hasta que terminó por separar las piernas de la estatua. Cortaron la cinta, retirando las piernas y los pedazos rotos para ver lo que tenía. Fue una gran sorpresa encontrar una llave antigua idéntica a la de la Torre, un anillo y un antiguo cincel de más de veinte centímetros de largo.

—¿Un cincel, un anillo y una llave?

—Mira la punta del cincel —señaló Aiden iluminando esa parte en especial con su lámpara, estaba llena de sangre seca, más lo que destacó fue la perfecta huella de un dedo que perduró intacto a lo largo de los años—. Tenemos el arma homicida. Si la llevamos a la policía podrán abrir una investigación y saber quién lo hizo.

—Creo que sí —revisó la llave, esta tenía un número uno romano en la base, lo que quería decir que su tía ocultó la copia en ese cuadro.

Las ideas comenzaron a moverse en su cabeza ahora entendiendo muchas cosas, entre ellas la primera transmisión que escucharon y el sonido metálico en la psicofonía. Revisó entonces el anillo, era para unos dedos finos y tenía un pequeño y modesto diamante encima—. Aiden, ¿crees que este anillo es el mismo de la caja en el roble?

—Déjame ver… —revisó con cuidado la pieza y tras unos momentos asintió—. Lo es. Es un diamante auténtico y tiene un grabado que dice C y E por siempre. Mi madre tiene un anillo de inscripción también de esa antigua joyería. Dice que los grabados son los que distinguen al orfebre y es cierto —Chris sintió que su ser al fin podía descansar. Esas eran pruebas suficientes para al fin dar con el asesino. No sabía si acostarse en el suelo a reír o llorar—. Lo has resuelto —la felicitó Aiden poniendo su mano en su hombro—. Has resuelto el asesinato de tu tía —ella sonrió y lo imitó poniendo su mano en su hombro.

—Hemos sido todos.

Los dos sonrieron en la oscuridad y con deseos de abrazarse. Ahora que todo estaba resuelto se sentían seguros de que todo acabaría bien. Nada más tenían que llamar a la policía y todo estaría arreglado. O al menos así lo pensaron hasta que la puerta se abrió y una linterna los iluminó.

—Con que es aquí donde ha estado todos estos años.

Se levantaron del suelo al mismo tiempo. Aiden se puso frente a Chris sirviendo como un escudo mientras ella pensaba qué hacer sin apartar la vista del padre. No tenía la parte del arriba del pijama de franela pero tenía una camiseta blanca de manga larga que se pegaba a su torso, marcando unos abdominales que no cuadraban en su papel de religioso. Sus fríos ojos azules se posaron en los objetos en manos de la joven y sonrió complacido.

—¿Es lo que creo que es? —señaló el cincel. No respondieron, sino que retrocedieron un poco y el zapato de Chris pasó por la cabeza del Cristo, moviendo la corona de hierro de su lugar—. Por favor… ¿Podrías darme eso Christina? —pidió en tono educado alzando su mano, pero su voz era sombría y hueca. La garganta de la joven se cerró incapaz de decir palabra pero Aiden la obligó a reaccionar y respondió por ella.

—Jódase. No le vamos a dar nada.

—Creo que no entienden la gravedad del asunto.

—Yo creo que sí —respondió Chris con una octava más alta en su voz—. O quizás le gustaría explicar su versión, padre Williams. O debería llamarle padre Jensen —una sonrisa más siniestra se dibujó en aquel rostro cenizo.

—Impresionante. Veo que su investigación los ha llevado a descubrir parte de la verdad. Pero se acabó el juego del detective. Me

van a dar eso o van a terminar como el otro hermano —Aiden se tensó visiblemente abrumado. Chris puso su mano en su hombro. No sólo para que reaccionara, sino también para su propio apoyo al mismo tiempo que quitaba con el pie la corona de espinas.

—¿Qué le ha hecho a mi hermano, cabrón?

—Les diré si me dan eso. Háganlo y todo terminará bien para todos.

Aiden comenzó a temblar de rabia hasta que Chris pasó a su lado, este quiso frenarla pero al final ella se zafó del sutil agarre de su hombro, dándole una mirada significativa antes de quedar al frente y así que él viese la corona de hierro que tenía oculta tras la espalda. Aiden la tomó con un ligero asentimiento.

—S-Si se lo doy, ¿va a dejarnos en paz y nos dirá dónde está Aaron?

—Lo haré. Es una promesa —dio un par de pasos adelante con la mano extendida.

—Ya… ¿Cómo la promesa que le hizo a mi tía? —rápidamente se agachó y Aiden lanzó la corona hacia él. Una de las largas espinas se clavó en su hombro izquierdo y Chris aprovechó para taclearlo y dejar el camino libre para ambos—. Corre, corre, corre, ¡corre!

—¡No me lo tienes que decir!

El grito que dio Clark Jensen al retirarse la corona fue el impulso que necesitaron para correr más rápido. Llegaron al pasillo cuando escucharon sus pasos detrás de ellos. Si no se daban prisa los alcanzaría, fue que Aiden tuvo una idea.

—¡Sígueme!

Dieron de nuevo vuelta hasta llegar al pasillo principal, pasando de nuevo los talleres y se dirigieron al ala norte, hacia las habitaciones de las monjas. Aiden comenzó a golpear puertas y Chris hizo lo mismo, gritando para que todas las hermanas despertasen hasta que escucharon pasos no muy lejos de ellos. Y siguieron la carrera por su vida.

—¡Asesino! ¡Tenemos al asesino! —gritó Aiden haciéndose escuchar hasta por las hermanas que necesitaban un aparato auditivo. Corrieron pasando las cocinas de donde la hermana Dolores salió con un emparedado de las sobras de ese día, viendo la figura del padre correr y al que no reconoció por lo rápido que pasó.

—¡Válgame Dios! ¡Madre superiora! ¡Madre superiora! —gritó quitándose de la boca los restos de pan y corriendo hacia su habitación.

Los jóvenes llegaron hasta el huerto, rodeando el sembradío y esperando poder marcar distancia entre ellos pero Aiden resbaló con el lodo. Chris se detuvo a ayudarle pero él la empujó lejos de él.

—¡Corre! Escóndete. Que no te atrape o perderemos la evidencia.

Al notar la figura de Jensen acercarse, ella corrió de mala gana dejando atrás a su amigo. Aiden se había golpeado duro la rodilla con una roca, pero cuando tuvo a Jensen cerca se le tiró encima sujetándole las piernas.

—¡Te tengo cabrón! —más no fue un rival digno al sentir su talón en su rostro y sus piernas zafarse de sus brazos.

Chris apenas y podía correr. Sentía sus pulmones adoloridos por el aire frío y su corazón golpear duro su pecho.

«Definitivamente tengo que hacer dieta y cardio. Mi corazón me lo agradecerá mucho»

La puerta de la bodega de alimentos estaba abierta para su buena suerte. Corrió la puerta y entró ocultándose entre las cajas de alimentos recogidos. Jensen no tardó en entrar también y cerrar la puerta detrás de él. Intentó con todas sus fuerzas controlar su respiración, mirando entre los estrechos espacios de las cajas a su perseguidor.

—Sal de ahí, Christina. Esto no tiene que ser así. Tu sangre no es la que tiene que correr esta noche, ni ninguna otra inocente —caminó mirando entre unas cajas y siguió su camino pasando muy cerca de ella—. Me agradas mucho Christina y también me agrada tu madre; no quiero meterte en más en problemas pero puedo llamar a la policía y decir que tú y tus amigos entraron a robar. ¿A quién crees que le creerán más? ¿A ustedes? Unos niños que no saben lo que hacen. ¿O a mí? El respetado cura de la iglesia —Chris se movió con cuidado lejos de él, guardando la llave y el anillo en el bolsillo de su chaqueta y el largo cincel entre sus ropas. Gateó más cerca de la salida y se apoyó en las cajas lista para salir corriendo apenas él estuviera donde quería —. Así que por última vez, dame esa estaca.

—Es un cincel, tarado.

Tiró en el suelo las cajas de tomate que rodaron en el suelo. Jensen se estiró para atraparla pero su pie resbaló por culpa de un tomate y cayó arrodillado, dándole los segundos necesarios para su escape magistral. Siguió corriendo escuchando el alboroto que se formaba en el convento, llegando hasta las oficinas y pasando el jardín secundario sin detenerse. De haber esperado unos segundos en el huerto hubiese visto a las hermanas acercarse a Aiden con su abuela a la cabeza, vistiendo como todas las demás largas batas de franela y botas, revelando sin el hábito su largo cabello blanco trenzado.

—¿Qué demonios es todo este escándalo? ¿Qué crees que haces aquí delincuente?

—Yo… Vine con su nieta. Y Chris está… ayúdenla o la matará— señaló a la esquina del huerto y todas vieron una figura iluminada por un relámpago correr veloz, luciendo como una pantera en plena caza. Las hermanas asustadas por semejante visión gritaron y comenzaron a

rezar—. Él la va a matar si la atrapa. ¡Necesitan llamar a la policía!

—Christina… —la angustia de la anciana pasó a la ira, bajó esa lluvia helada se recogió la bata e hizo que sus pies se movieran lo más rápido que podían, agitando cada tanto su bastón lista para dar unos buenos golpes a quien se atreviese a tocar a su nieta, aunque fuera al mismísimo demonio.

•••

Llegó al patio principal y pasó la estatua de Santa Rita corriendo hacia el Torreón del coro que, para su mala fortuna, estaba cerrada con llave. Sacó el juego de llaves, buscando la llave con la momentánea luz que los rayos sobre su cabeza le daban, y la encontró con la etiqueta de una nota musical. La introdujo de golpe en el cerrojo, dándole la vuelta y abriendo la puerta. Sin embargo, fue empujada desde atrás con fuerza al interior y cayó sobre un montón de cajas que estaban cerca de las escaleras. Jensen cerró la puerta detrás de él, con la respiración pesada y el cabello pegado al cráneo.

—Basta de juegos. Entrégame eso ¡YA!

—¡Vete al diablo, cabrón de mierda! —respondió mostrando ambos dedos medios.

Se acercó a ella, la sujetó de la chaqueta y la levantó sin dificultad hasta la altura de su rostro. Chris recordó su pesadilla y al demonio que la miraba cara a cara.

—No me iré solo al infierno, Christina. Terminaré lo que he venido a hacer y ni tú ni nadie va a detenerme.

De repente, el sonido de interferencia de la radio sonó a todo volumen. Y una voz femenina se escuchó entre el sonido blanco en un grito desesperado.

¡Clark! ¡No!

Arquímedes salió de la chaqueta y mordió con fuerza el pulgar de su mano derecha. Este gritó, agitando su mano y lanzando a Arquímedes a alguna parte de entre las cajas. Con mayor libertad ella tomó su mochila y puso todas sus fuerzas en golpearlo con esta en la cabeza. Fue un golpe duro y esta vez estuvo segura de no sólo escuchar la madera crujir, sino también el sonido metálico del micrófono al romperse. Jensen la soltó y cayó al suelo con la cabeza sangrando. Ella comenzó a subir las escaleras al notar el riesgo de ser atrapada por él si intentaba salir por la puerta. El viento silbó por las

aberturas del lugar en una especie de canto mortuorio incrementando su miedo, sus piernas se sentían pesadas, y eso que decidió no usar mezclilla por el peso del material con la lluvia. Le dolieron los músculos de los muslos saltando los escalones de dos en dos hasta que llegó a la sala principal del Torreón y sin escapatoria. Los atriles estaban en una esquina lejos de la lluvia que entraba por la ventana sin cristal como su igual. Los atriles eran viejos y dudaba que le pudieran servir para defenderse. Se asomó por la ventana y al mirar abajo sintió vértigo. Quizás tenía una oportunidad…

«No, mierda. Ni en broma. Estoy jodida.»

Saltar era impensable, y ni siquiera quería pensar en la posibilidad de trepar por el techo, porque no había forma de subir y no era una suicida. Los ecos de los pasos de Jensen se escucharon al subir, sus largas piernas le permitían una zancada más larga.

—A la mierda.

Jensen no tardó en llegar arriba, donde se topó con la imagen de Chris que le esperaba con un atril en manos.

—¿En serio? —se burló por su patético intento de defenderse.

Ella fue la primera en atacar, pero tal como supuso en primer lugar, el atril no sirvió para nada. Jensen lo tomó con una mano y lo lanzó a un lado, sujetándola del cuello y empujándola hasta la ventana donde la dejó colgando con la mitad del cuerpo hacia afuera. Ella se aferró clavando sus uñas a su brazo y parecía que no le hacía ni cosquillas. Sintió su tráquea ser aplastada por sus grandes dedos privándola de oxígeno. Con su mano libre él buscó en sus ropas y sacó el cincel contemplando con atención la punta ensangrentada. Sonrió de lado al notar la huella de sangre impresa en esta.

—Y con esto al fin mi venganza será completada —su agarre no disminuyó y Chris sentía que empezaba a perder la consciencia—. No lo tomes a mal, Christina. Pero tal y como te advertí no debiste entrometerte en las cosas del pasado. Y ahora, me encargaré de completar la misión por la que estoy aquí. Siento mucho que las cosas terminarán así para ti. Adiós Christi…

Algo duro le golpeó por detrás y cayó al suelo. Su agarre la soltó y Chris sintió su cuerpo caer al vacío hasta que una mano la sujetó con fuerza de la chaqueta.

—Te dije que era peligroso jugar con eso —regañó John. Chris estaba tan feliz de verlo, y quizás fuera por la falta de oxígeno, pero estaba segura de sentir en su espalda dos manos frías que la sostenían de caer al vacío. John la jaló hacia adentro y Chris tosió recuperando el aliento. Vio al padre Williams tendido en el suelo boca abajo.

—John… ¿Qué hace aquí? ¿Y con qué le pego? —preguntó señalando el calcetín relleno que colgaba en su mano.

—Con todo un poco. Piedras, tuercas, chicles duros, lo que sea que

duela al golpear. Y estuve aquí todo el tiempo. Es aquí donde vengo a dormir a escondidas para no dormir en el refugio. Tu rata me despertó al caerme encima —apenas lo dijo, Arquímedes se asomó en su hombro y le saludó moviendo su naricita rosa.

Ella exhaló una risa y le abrazó agradecida por todo.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

—Se lo debía a tu tío. Jeremiah estaría orgulloso de ti, eres igual de loca que él.

Ella rio casi en lágrimas, en ese momento su abuela apareció por las escaleras, mojada por el sudor y la lluvia y topándose con la escena más extraña de todas.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién es usted y que le hace a mi nieta?

—Tranquila abuela —Chris se acercó para posar su mano en su brazo, estaba helada—. Te explicaré todo. Pero primero debemos llamar a la policía para… —su abuela no escuchó más y fue directo a John con el bastón alzado con ambas manos.

—Mieeeeeerda. Ya sé cómo va ir esto —musitó John antes de sentir el duro golpe en la cabeza.

19

Si habían esperado que los trataran como los héroes que eran estaban muy equivocados. La policía llegó después de una llamada por parte de una de las monjas, sacaron a Aaron de su encierro y los dos hermanos se sintieron aliviados de verse nuevamente, dándose un abrazo que hubiese conmovido a cualquiera, pero cuando la policía llamó a sus padres los gritos comenzaron. Al menos ellos tuvieron que esperar hasta que sus padres llegaran, Chris fue jalada de la oreja todo el trayecto del Torreón hasta la entrada del convento por su abuela, y por si fuera poco su madre llegó en tiempo record, recortando los tres minutos y medio que había de su casa al convento a la mitad; vistiendo su pijama de franela azul y una chaqueta rosa que hacía juego con sus pantuflas de conejo. Ya para entonces la lluvia había cesado y la tormenta se alejó. John estaba sentado en el suelo con las manos esposadas en la espalda y un chichón en la cabeza, y el padre Jensen estaba a su lado igualmente esposado y herido, al menos alguien tuvo la decencia de vendar su cabeza sangrante y hombro. Los Ashwood llegaron también en tiempo record atravesando la ciudad, Loretta Ashwood lucía con una bata larga de seda que parecía sacada de una película de los 50 y que iba a juego con su chaqueta negra de plumas; su esposo Arthur llevaba un pantalón gris a juego con una sudadera con el escudo de la universidad de Harvard, y aún en esas ropas y con sus cabellos revueltos mantenían un tremendo atractivo. Los padres gritaban, los chicos gritaban, las monjas gritaban, y los dos oficiales que habían acudido por la llamada estaban hartos de tantos gritos.

—¡SILENCIO YA! —gritó el oficial a cargo, un hombre alto y fornido de cabeza rapada que fulminó a todos con sus penetrantes ojos azules, se veía más imponente que su compañero que se notaba era demasiado joven todavía—. Queremos que nos expliquen lo que está pasando o sino los mando a todos a comisaría.

Todos se quedaron callados y Chris se acercó con los hermanos para darle al oficial el cincel.

—Este cincel fue utilizado para asesinar hace veintidós años a Esther Hallow, mi tía.

Las exclamaciones no se hicieron esperar y Jensen alzó la mirada intercalándola entre el oficial y los chicos.

—¿Qué diantres? ¿De qué asesinato habla? —Preguntó el oficial al ver el instrumento lleno de sangre seca—. ¿De dónde has sacado esto?

—Del costado del Hijo de Dios. Una estatua que estaba en la capilla —explicó para no dar paso a malentendidos.

—Y nos pueden explicar ¿qué es todo esto?

—Con gusto. Y estaré igualmente gustosa de señalar al asesino que está entre nosotros —normalmente se sentiría nerviosa ante la gran cantidad de miradas sobre ella, pero en ese momento se sentía fuerte y los gemelos estaban a su lado infundiéndole el valor necesario—. En este momento me gustaría explicar lo que me llevó a la idea del posible asesinato de mi tía, lo cual vino después de encontrar las cartas de mi tío, Jeremiah Hallow, que anteriormente también desapareció años atrás. Él pensaba que mi tía no pudo haberse ido, sino que al contrario, que algo pudo haberle pasado —explicó mirando a los presentes que esperaban el resto de su explicación—. Tras este punto de partida y con una curiosidad inmensa, poco a poco fuimos juntando las piezas de lo que pudo haberle ocurrido y las pistas nos llevaron hacia respuestas insospechadas —declaró para dejarle la palabra a los hermanos que no dudaron en tomar parte del protagonismo, comenzando Aaron.

—Primero fuimos al Gran Roble, allí pudimos encontrar no sólo el nombre de quien fue la tía de nuestra amiga, un nombre no tan común en nuestra localidad, sino también el nombre de quien era su pareja. Lo que nos llevó a investigar con cuidado cada aspecto de su vida. Al principio pensamos que sería un caso simple de una escapada romántica cuando encontramos la caja dentro del árbol. Pero tras seguir investigando pasamos a la posible desaparición… —mientras hablaban, Chris iba enseñando a los policías las fotografías que tomó de acuerdo a como iban relatando los hermanos.

—Supimos que su tía era una artista nata gracias a los premios que ganó en la escuela y por las palabras de una de nuestras maestras que fue compañera suya. No fue difícil distinguir su firma en las obras. Además de conocer algo de su vida en el convento, averiguamos sobre cómo era enviada a la Torre. Pudimos conseguir la llave perdida de ese lugar en uno de los cuadros que ella hizo y entrar a escondidas, confirmando su asesinato con una mancha de sangre encontrada en el suelo.

—Junto con una serie de cartas, un teléfono viejo y una vieja fotografía que mostraba a Esther Hallow con una persona desconocida y que la sangre no dejó ver.

Chris tomó la palabra.

—Y también el hecho de que el novio de mi tía, Clark Louis Jensen, anterior novicio del convento, esté aquí con nosotros en lugar de a cientos de kilómetros lejos con mi tía, es una prueba viable de que ella no escapó como todos pensaron —vio a su abuela acercarse a Jensen, estudiando con ojo crítico sus rasgos hasta que logró encontrar lo que buscaba.

—No lo puedo creer. Clark Louis Jensen. Pero si estabas estudiando

para volverte sacerdote con el padre Méndez hace años. ¿Cómo es que no te he reconocido?

—Un tinte y unas cirugías hacen maravillas, vieja asquerosa—escupió con hostilidad y la abuela bien pudo haberlo golpeado con el bastón pero no lo hizo. Chris se sorprendió de ver la repentina hostilidad hacia su abuela, más eso le ayudó a aclarar las dudas que guardaba.

—Clark Jensen se dio cuenta de nuestra investigación e intentó frenarla —señaló Chris —. Al principio no supe por qué, pero mientras más íbamos indagando en la vida de mi tía nos íbamos dando cuenta de muchas cosas. Entre ellas que mi tía estaba embarazada en el momento de su muerte —la noticia sacudió a todos. Su madre puso su mano en su hombro esperando que no fuese verdad lo que estaba escuchando, pero buscando más su apoyo para no caer al suelo.

—¿Es cierto? ¿Cómo lo sabes?

—Por una ecografía —respondió Aiden ocultando la pena que sentía por las Hallow—. Al encontrar el celular encontramos que en la estación de trenes su hermana dejó una carta para Jensen —Aaron prosiguió.

—Esther Hallow y Clark Jensen tenían un romance secreto. Tenían pensado irse sin que nadie se diera cuenta y ella quería darle la sorpresa. Pero él nunca se presentó, porque de haber sido así hubiese visto la carta con el eco que nosotros encontramos después de muchos años en el lugar —todos miraron a Jensen que estaba pálido. Su mirada estaba perdida en un punto del suelo, apenas y pudiendo musitar algo.

—¿Embarazada? No… no lo sabía.

—No lo supo porque nunca fue a la estación —atacó Aiden con saña—. Ella recibió el mensaje de que usted ya tenía los boletos listos para escaparse y por eso ella preparó la sorpresa de la carta, pero a usted no le interesaba eso, ¿verdad? Nada más quería asesinarla para ocultar su sucio secretito.

—¡No sé de qué hablan! ¡No sé de qué mensajes me están hablando! —exclamó hincándose en el suelo.

—Tenemos los mensajes en su celular, amigo —se burló Aaron apoyándose en su hermano —. Son prueba irrefutable de su plan macabro.

—Se acabó. Usted la mató porque ella hubiese puesto en evidencia su relación prohibida.

—Y eso lo hubiese metido en muchos problemas. Además, tenía pensado acabar con todas las Hallow, yo vi las fotografías que tenía entre sus cosas y su diario. Es más, ¡aquí las tengo junto con su diario macabro! —sacó de su chaqueta el diario con las fotografías asomando entre sus hojas, moviéndolo por encima de su cabeza hasta que Chris

se lo arrebató y comenzó a estudiarlos con detalle.

Sarah aprovechó la conmoción para írsele encima a Jensen con sus puños. Logró darle en su rostro pero los oficiales la detuvieron antes de que hiciese algo más.

—¡Monstruo! ¡Voy a cobrar la vida de mi hermana con mis manos! —amenazó siendo sujetada por el oficial de cabeza rapada que le ordenaba calmarse.

—¡Eso es mentira! ¡Yo la amaba! —Gritó con lágrimas resbalando por sus mejillas—. Cuando ella desapareció me volví loco. Sí, lo admito, estábamos en una relación, y no quería seguir así. Y admito que quería que nos fuéramos para casarnos y cumplir nuestros sueños juntos. No me atrevía a servir a la iglesia teniendo que ocultar a todos nuestra relación. La estuve buscando desde entonces. No sabía nada de su embarazo y mucho menos sé sobre qué mensajes me están hablando.

—Porque usted no los escribió —musitó Chris terminante para asombro de todos—. Usted no escribió esos mensajes porque alguien más lo hizo y ahora puedo demostrarlo —su vista se volvió hacia las monjas, justo en dirección a su abuela—. Usted tiene la cuartada perfecta, ya que de seguro hay registro de su participación en el seminario al que fue y, según tengo entendido, en esa clase de eventos están prohibidos los celulares u otro aparato para comunicarse con el exterior, ¿no? —Preguntó sin ver a Jensen y escuchando las afirmaciones de las monjas—. Así que sería fácil que alguien entrara al cuarto donde tenía su celular escondido, escribir los mensajes haciéndose pasar por usted, y si quedase registro, borrarlos para que usted nunca se enterara de estos. El asesino no lo pensó demasiado, solamente quería aprovechar la oportunidad de su ausencia para llevar a cabo su plan. Alguien que conocía perfectamente su relación, una persona que haría lo que fuera para conseguir lo que quería de mi tía no importando el costo —caminó hacia su abuela y las demás monjas detrás de la anciana la miraron asustadas y expectantes—. Intentó cubrir sus huellas años atrás sabiendo que nadie entraría a la Torre sin una llave, pensando que nadie buscaría a una chica rebelde cuya meta en la vida era alejarse de su controladora y estricta madre —se detuvo frente a su abuela. La tensión hizo que la anciana la mirara con grandes ojos llenos de espanto y la mano de su nieta se puso sobre su hombro—. La verdadera culpable… está ante nuestros ojos —apartó suavemente del camino a su abuela—. Y es ella —señaló al frente con su dedo y todos miraron a la hermana Dolores que reflejó una expresión de espanto.

—¿Y-Yo?

—Hermana Dolores... disculpe, señalo detrás de usted —la frondosa monja se apartó con alivio, mostrando a la hermana

Rosemary que movió su cabeza en negativa sacudiendo su corto cabello rojo.

—¿Yo? No. Eso es imposible.

—Lo sería si todas las pistas no estuviesen en su contra.

—Explícate niña. Porque no entiendo nada. Y más vale que tengas pruebas de ello —exigió el oficial a cargo.

—Por supuesto oficial —respondió sintiéndose la protagonista de una serie de misterio, nada más le faltaban la pipa y el sombrero—. Hace 22 años las hermanas del convento salieron del pueblo para apoyar al pueblo vecino por culpa de un huracán que pasó por la zona, lo investigue bien, pero algunas de ellas se quedaron como voluntarias para realizar las reformas correspondientes, aquellas que nunca han sido presumidas porque están escondidas entre todo este gris pero que fueron idea de mi tía y mi abuela. La hermana Rosemary era una de las que se quedó, y sabía de la relación de ella con el padre Jensen. Seguro que cuando supo del seminario comenzó a idear un plan para terminar con la relación.

—No es verdad. Apenas y conocía a Esther. Y si supiera ¿por qué haría eso? La hubiese acusado con la madre superiora si hubiese sido así.

—Por el mismo motivo que muchos hacen demasiadas locuras. Estaba enamorada —la hermana exhaló una risa burlona.

—¡Eso es ridículo! Yo no estaba enamorada de ese novicio.

—Cierto, lo estaba de mi tía —la risa de Rosemary murió y su boca se cerró con fuerza. Formando una línea fina entre sus labios.

—No es verdad. ¿Qué clase de abominación es de la que hablas?

—Es cierto, a pesar de que no soy de las que juzga las preferencias de la gente. Las pruebas que la incriminan son un par de fotografías. Aaron, ¿encontraste la fotografía que me robaron?

—Aquí la tengo —se la dio y ella se la dio al oficial para después revisar su celular.

—Como verá oficial, la mancha de sangre hace imposible ver a la persona con la que está mi tía. Nosotros no tenemos lo necesario para retirar la mancha aunque en este caso no es necesario. Si se fija bien el acompañante de mi tía tiene una bonita manicura que se distingue a la perfección en la parte de abajo —le mostró su celular, dando un acercamiento a la parte de abajo de la fotografía—. Y aunque la pose al principio parece extraña, creo que a ese dedo le falta un pedazo —el policía miró la fotografía y luego a la monja que instintivamente intentó ocultar su mano—. Y en esta otra foto que tomé de la oficina de mi abuela se muestra a las personas que estaban haciendo las reformas —cambió la fotografía y señaló a la hermana que estaba junto a su tía—. Con esto y sumado a que más de una persona de aquí sabía de su profunda amistad se demuestra que su relación era más

cercana de lo que aparentaba. ¿No es así, abuela? —la anciana asintió y miró a la hermana con los ojos entrecerrados.

—Así es. Llegué a sospechar que la hermana podría sentir algo más por Esther además de amistad. Por eso las mantuve lo más alejadas posible, porque no me gustaba cómo veía a mi hija, de una forma demasiado… impúdica.

—¡Eso es ridículo! —Exclamó Rosemary alzando los brazos—. Vale. Estuve aquí y nos llevábamos bien. Pero eso no significa nada. ¡Yo no la mate! Ella escapó después.

—Sí. Eso escuché, pero la idea era que escapara esa noche, ¿no? Pero sucedió el accidente y tuvo que adelantar sus planes cuando ella no quiso irse.

—Por supuesto que se fue, ¿por qué no lo haría? Hasta dejó una nota.

—Esa nota la escribió usted —acusó mostrando de nuevo en su celular la nota—. Casi hubiese sido perfecto pero creo que se le olvidó el pequeño detalle que la caligrafía de mi tía era espantosa —del bolsillo de su chaqueta sacó un pedazo de papel y la foto de la ecografía—. Esta es una carta que mi tía hizo para mi madre en el tiempo de su estadía. Aiden la encontró en un libro de arte que se rompió y que venía entre las cosas del convento. Y puede comparar que su letra no es redonda y clara como la de la nota que mi abuela aún guarda con recelo, sino que es apenas y legible. Y antes de culpar al padre, puede compararla con la letra de su diario que es pulcra aunque demasiado junta. Y detrás de esta ecografía, que es prueba de su embarazo, pueden ver otra prueba de su mala caligrafía. Ella no pudo escribir esa nota.

Sarah ahogó un sollozo y Mary fue sostenida por la hermana Josephine ante la revelación. El oficial revisó las pruebas comparándolas con la fotografía de la nota. Mirando a la monja que intentaba de forma inútil ocultar su nerviosismo.

—¡Es mentira! Ella quería irse. ¿Por qué razón se quedaría y dejaría a su novio plantado?

—Porque ella amaba a su madre, por eso —respondió con certeza sin notar la mirada llena de anhelo de su abuela—. Mi tía Esther quizás no fuera material de monja, y tengo entendido que era un desastre andante, pero pintó todos esos cuadros como agradecimiento por lo que mi abuela hizo por ella —recalcó esas últimas palabras con fuerza—. No sólo por el amor a Dios, sino porque su madre apreciaba su trabajo más que nadie en el mundo y por eso quería hacerla feliz. La madre que iba a sus exposiciones aunque no le gustasen, la que a la fuerza le hizo regresar por el buen camino para que retomara el pincel, y la que le dio el espacio y material para pintar cuanto quisiera en paz —de haber volteado hubiese visto a su abuela llevar su mano a

su pecho y llorar en silencio. Rosemary lanzó un bufido.

—Eso es ridículo, estás basando todo en un tal vez. No puedes probar que yo la mate.

—En realidad si puedo —sonrió confiada y vio a los Ashwood que le instaron a seguir con una sonrisa cómplice—. Cuando la abuela tuvo el accidente las hermanas se la llevaron a emergencias y ustedes se quedaron solas. Pero no por mucho tiempo, las hermanas iban a volver y mi tía no iba a irse estando su madre en estado convaleciente. Así que desesperada, la siguió a su cuarto con el cincel en mano, tal vez fue allí para recoger algo antes de irse al hospital o quién sabe, quizás hacer una llamada por el teléfono que tenía escondido dentro del colchón para cancelarlo todo. ¿Qué pasó? ¿Ella averiguo su trampa? ¿Le insistió tanto que se reveló a sí misma y mi tía supo la verdad? —Preguntó haciendo que la hermana retrocediera un paso, se veía pálida y en su interior nació un insano placer de verla atrapada por la verdad, quería retorcer su consciencia aún más y hacerla caer por todos esos años de ignorancia e incertidumbre en los que sumergió a su abuela, a su madre y a su tío—. ¿Qué dijo para que terminara por matarla? ¡Eres un asco! ¡Te odio! ¿Fueron las palabras que le dijo? ¡Y fue ahí que con toda su rabia le asestó el golpe! —Su mano se movió rápido simulando el apuñalamiento y su voz hizo eco en las paredes—. ¿En dónde fue? ¿En la cabeza? ¿La espalda? O tuvo la suficiente sangre fría de apuñalar su vientre mientras le escupía: ¡Vete al infierno zorra pecadora! —Vio con entera satisfacción su confianza hacerse pedazos en una expresión llena de horror mientras llevaba sus manos temblorosas a su rostro—. Como sea, cuando se deshizo del cadáver hizo lo mismo con el cincel y la llave de la Torre para que nadie entrara. Y también se deshizo del anillo por puro odio hacia la pareja, ¿no es cierto?

—No… ¡Eso es mentira! ¡No hice nada! —Explotó al notar que sus hermanas se apartaban de ella, mirándola con horror y repulsión—. No hice nada. No pueden creerle a esa niña. Además lo que dices no tiene sentido.

—Lo tiene —intervino Aiden y Aaron asintió, ambos poniéndose al lado de su amiga con la misma confianza férrea tras conocer la historia completa—. Usted la amaba, pero si no era suya no quería que estuviese con nadie más, ¿no? Un típico crimen pasional. Por eso el anillo también estaba con las cosas de la estatua, porque era una prueba de la relación entre la mujer que amaba y el hombre que se la quitó.

—Y esa huella hecha con la sangre de Esther Hallow es la prueba definitiva para probar que usted la asesinó y que ocultó la llave de la habitación que mostraba la escena del crimen. ¿Qué esperaba? ¿Qué el mal tiempo y las lluvias borraran por completo la mancha de sangre

que dejó en el cuarto?

—Casi hubiese sido perfecto… no, esperen, estoy bromeando.

—Y vamos a decir por qué —Chris dejó que jugaran con la situación, era su momento ahora.

—En primer lugar su plan de separarlos era patético.

—¿En serio quería terminar su relación haciéndola creer que su novio la dejó plantada en quién sabe qué destino y embarazada?

—Tampoco contó con que el tío de nuestra amiga intentaría indagar en su desaparición. Siendo tan unidos que hasta tenían sus teléfonos grabados en sus contactos.

—O que su tía ocultara una copia de la llave en uno de sus cuadros, tal vez porque no le gustaba la idea de que alguien más pudiese entrar a su improvisado taller.

—La caligrafía de la nota que claramente no es de Esther Hallow, la huella de sangre en el cincel que permaneció en un lugar cerrado y protegido después de todos estos años, así como la mancha de sangre bajo la cama, son pruebas más que concluyentes —enumeró alzando sus dedos uno a uno.

—Y si quiere más pruebas, mi hermano me ha dicho que el anillo, casualmente, tiene las iniciales de la pareja.

—¡Felicidades!

—Usted no sirve ni para ser la antagonista de una mala novela de misterio —dijeron los hermanos a la vez aplaudiendo.

—¡Maldita seas! —La abuela de Chris se acercó con su mano apretando la tela de su pecho—. Nos dijiste que se escapó mientras tú estabas reportando a las demás lo que sucedió. ¿Por qué? ¿Por qué hacer un acto tan vil?

—Porque ella sacrificó su sueño por ella —respondió Chris a esa duda—. Una beca en la Academia Juilliard. No lo vimos por completo porque nada más me enfoqué en mi tía, pero su premio está justo al lado del de ella entre los trofeos de la escuela —dijo mostrando la fotografía que tomó de los trofeos, en la que se veía en el lado derecho parte de un diploma con fotografía en blanco y negro con el nombre de Rose y el nombre de la academia.

—Seguro que le dolió saber que después de dejar de pasar esa oportunidad su sacrificio no valiera la pena —dijo Aaron y Aiden asintió.

—Le dolió ver a la persona que amaba no apreciar su sacrificio y todavía enamorarse de otra persona.

El rostro de la hermana Rosemary se había deformado en una expresión llena de furia y frustración. Todos la miraron atentos ante cualquier movimiento. Sus puños temblorosos, su espada encorvada, y su respiración agitada le daban el aspecto de un animal acorralado esperando el momento de atacar.

—Sí. Practique mucho para ganar esa beca y alejarme de mi horrorosa madre —admitió Rosemary con los dientes apretados y las lágrimas comenzando a caer de su rostro—. El plan era irnos a estudiar juntas pero esta vieja la puso en este maldito convento. No podía irme sin ella, así que renuncié a mi beca y entré aquí para acompañarla.

—Pero no aceptó sus sentimientos —musitó Chris sintiendo a pesar de la rabia un poco de pena por ella—. Ella no fue lo que usted quería que fuera —dijo recordando con amargura las palabras de su tía.

—¡Yo lo di todo por ella! —Explotó escupiendo su ira a todos—. Entré a este horrible lugar por ella. ¿Y cómo me pago? ¡Terminando preñada de ese imbécil! —Señaló a Jensen escupiendo su nombre—. Me contaba sobre sus escapes, sus malditas citas, y cada vez que lo hacía se me revolvían las entrañas y quería callarla a golpes. ¡Tenía que estar conmigo! ¡CONMIGO! —gritó desaforada y los oficiales estaban listos para arrestarla.

—No. No tenía —contestó Sarah esta vez—. No puedes someter a alguien a tus deseos egoístas. No tenías derecho alguno sobre su vida.

—¡Que te jodan, puta! ¿Qué sabes tú de eso? Si viniste aquí con la cola entre las patas.

—Mucho más que tú ahora. Y vaya que doy gracias a Dios por eso.

—¿Dónde está el cuerpo? Responda —exigió el agente más joven y Rosemary les miró con los ojos desorbitados y una sonrisa horripilante.

—¡Nunca lo sabrán! Ese será mi secreto — dijo antes de lanzar una risa maniaca. Los gemelos fueron abrazados por sus padres alejándolos de esa lunática y Sarah hizo lo mismo con su hija en el momento en que los agentes la sometieron.

—Necesitamos unas esposas —dijo el agente joven y John se acercó a ellos desde atrás.

—Tomen las mías, les harán falta —ofreció casual poniendo su mano al frente de donde colgaban las esposas de su dedo, dejando a los agentes pasmados y confundidos.

Mientras los policías sometían a Rosemary y verificaran que las esposas no estuviesen rotas, Chris notó a su abuela girarse lentamente hacia la estatua de Santa Rita, con los ojos desorbitados y sus labios temblorosos ante la duda que la estaba carcomiendo, así que tomó los brazos de su madre y deshizo su abrazo.

—Mamá, puede que haga otra locura más pero ¿podrías no detenerme en lo que voy a hacer? —ella asintió sin dudarlo.

—Haz lo que tengas que hacer.

Con una seña, los gemelos se separaron de sus padres y la siguieron al patio principal. El sol del amanecer comenzó a iluminar con sus tenues rayos el patio. Allí ella tomó un martillo que las hermanas

dejaron olvidado. Los hermanos previeron lo que iba a hacer así que Aaron juntó sus manos para que ella pusiera su pie y levantarla, mientras que Aiden la sostenía de las piernas y cadera. Subió hasta casi estar cara a cara con la estatua y los primeros rayos del sol iluminaron su bello rostro.

—Lo siento mucho.

Su brazo se elevó con el pesado martillo y lo azotó con fuerza contra el rostro de esa hermosa escultura. Los pedazos cayeron al suelo y un soplo de aire golpeó su frente como si alguien exhalara de alivio al respirar aire fresco. Frente a ella el rostro de una calavera le sonrió desde el cemento, tocada por primera vez en años por el calor del sol y Chris le sonrió de vuelta con alivio.

—Hola tía. Al fin te he encontrado.

•••

Los oficiales sacaron a rastras a Rosemary que no dejaba de revolverse desquiciada. Todos salieron del convento a ver cómo la intentaban meter con mucho esfuerzo en la patrulla.

—¡No pueden hacerme esto! ¡He sido buena! ¡Soy una buena monja! ¡Entregué mi voz a Dios y no al mundo! —Alzó sus manos al cielo suplicando a voces—. ¡Dios mío! ¡Dios mío, no dejes a una de tus hijas sola! ¡Por favor, Señor! ¡Por favor!

—No puedo creer que pusiera el cuerpo de mi hermana en el molde que mi madre tenía que trabajar. Es un monstruo —musitó Sarah intentando tragar la rabia que sentía.

—La quería para ella sola —musitó Mary con amargura hasta que vio con enorme satisfacción como la metían en la patrulla a la fuerza —. Pero eso se acabó. Y ahora va a pagar por sus crímenes.

El oficial a cargo se acercó al padre Jensen.

—Usted también viene con nosotros.

—Yo aun no entiendo algo —Aaron alzó su mano como si estuviera en la escuela—. Yo vi en su oficina las fotografías donde estaban marcadas tú, tu madre y tu abuela, junto con un pasaje subrayado que hablaba de venganza, haciéndolo parecer un jodido asesino serial. Entonces, ¿por qué hizo todo lo posible para obstaculizarnos si él no era el asesino?

—Eso es verdad —asintió Aiden haciendo el mismo gesto que su hermano—. Prácticamente casi nos mata esta noche. Y aun me duele la patada que me dio en la cara —señaló la marca que seguro sería un moretón grande y todos miraron a Jensen para que se explicase.

—Yo… la verdad es que… —Chris suspiró y se dirigió a Jensen.

—Sonará raro, pero él hizo lo que hizo porque quería protegernos

—explicó cruzándose de brazos—. Porque usted creía que mi abuela era la asesina —declaró para sorpresa de todos—. Estaba tan seguro de que su desaparición tuvo que ver con mi abuela que vino aquí con una nueva identidad buscando pruebas de su paradero, pero cuando entró a la habitación y encontró la mancha de sangre supo que fue un homicidio. Y en su cabeza nada más pudo pensar que el culpable era la única persona que puso a mi tía aquí contra su voluntad —frunció el ceño y apretó más el cruce de sus brazos para no darle una bofetada —. No quería matarnos, quería mantenernos alejados mientras usted buscaba pruebas que incriminaran a mi abuela. Y creyó que mientras más siguiéramos indagando, averiguaríamos la verdad y yo la encubriría porque es mi familiar, ¿no es verdad?

—Busqué pistas por mucho tiempo —exhaló cansado—. Y de verdad pensé que tu abuela había sido la culpable de su desaparición. Quería saber dónde estaba a cualquier costo, así que me hice las cirugías y cambié mi identidad para que nadie me reconociera y buscar con mayor libertad sin levantar sospechas, pero al ver la mancha de sangre no pude controlarme más. Quería hacerla pagar, quería…

—Hacer justicia por su mano —completo Chris con tono grave y acusatorio—. Pero estaba buscando a la persona equivocada. Mi abuela siempre fue inocente. Su único crimen es ser demasiado necia y brusca al no saber expresarse o tratar a otras personas —dijo mirando a su abuela que arrugó sus labios en reproche pero no le corrigió.

—Yo no quería hacerles daño. Lo siento mucho —llevó sus manos a sus ojos incapaz de contener sus lágrimas—. Ha sido un verdadero infierno no haber sabido nada de Esther en todos estos años… Me cegó la venganza y les hice daño a todos. Lo siento mucho…

—¿Es por eso que tenías su crucifijo? —preguntó Mary acercándose a él—. Yo mandé a hacer ese collar cuando cumplió dieciséis años, así que fue fácil reconocerlo. Siempre pensé que lo tenía perdido entre mis cosas, ya que a veces se lo quitaba cuando trabajábamos y me lo daba para que lo guardara y mantuviera seguro, era tan patosa que terminaba ensuciándose siempre.

—Ella me lo dio antes de ir al seminario. Quería que tuviese un recuerdo de ella y pensó que nadie diría algo sobre el collar. Lo tuve conmigo todos estos años porque me dijo que era algo valioso para ella y no quería que le pasase algo mientras hacía las reformas. Lo siento tanto madre… perdóneme.

—En la comisaría aclarará todo. Venga, vamos —ordenó el oficial listo llevárselo pero el bastón de la madre superiora se interpuso en su camino.

—¡Por supuesto que no se lo van a llevar! —Replicó Mary con su tono autoritario, dando unos pasos hacia el oficial que retrocedió con

el bastón en el pecho—. Él se queda. Después de todo es el padre de nuestra parroquia y no ha matado a nadie. ¿O es que quiere dejar a la iglesia sin padre? —Jensen la miró sorprendido y con lágrimas aun corriendo por sus mejillas. La monja asintió a él en un gesto silencioso de perdón y luego se volvió de nuevo al oficial—. Él se queda y punto, y más le vale dejarlo en paz o verá lo que es un grupo de monjas enojadas —el oficial miró alrededor y notó el apoyo incondicional de cada monja, incluidos los Ashwood y las Hallow que no iban a dejar que se lo llevasen, después de todo al final era otra víctima en ese misterio. El policía suspiró resignado.

—Está bien… lo dejare.

—¿Y por qué está tardando pedazo de animal? ¿Es que no entiende? ¡Quítele las esposas ahora mismo mequetrefe! —ordenó la monja y el oficial ordenó a su subordinado quitarle las esposas a regañadientes. Sarah abrazó a su madre y después los oficiales subieron a la patrulla para irse.

—¡Me he sentido como en una de esas películas de misterio! —Exclamó la señora Ashwood con emoción viendo la patrulla irse—. Pero hay algo que no entiendo. ¿Cómo supiste que estaba en la estatua? —preguntó a la joven que movió sus hombros.

—Tengo buena memoria. Mi abuela me contó que cuando regresó del hospital el molde de la estatua ya estaba listo. Así que sospeché que, como la hermana Rosemary fue la única en quedarse y las hermanas podrían regresar en cualquier momento, tiró su cuerpo al cemento envolviéndolo en las mantas de la cama e hizo la primera parte para que mi abuela nada más se encargase de tallar lo demás, deshaciéndose del resto de la evidencia y ocultándolo en el único lugar donde nadie buscaría. Además, me pareció ver cabellos brillar sobre la cabeza de la estatua, mismos cabellos que los pájaros arrancaban. Estoy segura que si buscan algún nido cercano tendrá los cabellos de mi tía.

—Y lo demás ya queda resuelto y claro —dijo Aaron en un suspiro —. Ha sido la mejor noche de mi vida —rio a pesar del dolor que sentía en el cuello cuando el sonido de una motocicleta rompió con la quietud del lugar. La dueña de una Harley Davidson color cereza se estacionó a unos metros de ellos y se quitó el casco, dejando caer su melena blanca y luciendo como la actriz de una película.

—¡Mi amor!

—¡Mi ángel! —ambos corrieron a los brazos del otro, besándose como en una de las portadas de una novela romántica frente a todos. La señora Ashwood parecía a punto de darle un ataque mientras que su marido parecía divertirse con la situación. Las monjas desaprobaron en silencio la escena y Chris tosió un poco para aclarar su garganta.

—Vaya, de repente me dieron ganas de vomitar —Aiden rio a lo bajo.

—Ni que lo digas, son asquerosamente cursis —los dos se miraron con una sonrisa hasta que las mejillas del moreno se sonrojaron y desvió la vista un momento —. Ahora que todo está resuelto. ¿Qué va a pasar?

—No todo está resuelto —replicó borrando su sonrisa y se volvió hacia su madre y abuela—. Tío estaba investigando también la desaparición de la tía Esther. Quién sabe lo que esa loca pudo haberle hecho.

—Ya la policía averiguará eso. Ya has hecho suficiente. —dijo Sarah abrazándola con ternura. Chris dejó salir un suspiro de alivio apoyando su cabeza en el hombro de su madre, sintiéndose exhausta y con deseos de dormir un día entero.

Un chillido la hizo levantar su cabeza y las monjas comenzaron a gritar dejando paso a alguien, o mejor dicho, a una valiente rata que se arriesgó por ella. Chris se separó de su madre y recibió a Arquímedes con las manos abiertas. John se hizo paso entre las monjas y le entregó la mochila a la joven.

—Creo que esto es tuyo. Guardas muchas sorpresas, niña. Será interesante ver qué más haces.

—Gracias John —él hizo una reverencia con la cabeza y luego miró a Sarah.

—Tiene una hija algo loca, cuídela bien. Y la próxima vez que alguien la acorrale tírele el auto encima. Conmigo funciona —Sarah entendió de inmediato que fue él quien lanzó esa piedrecita al padre cuando la acorraló en la entrada. El hombre sonrió bajo la barba y ella asintió agradecida. Entonces su madre se interpuso entre ellos.

—Oiga usted —gruñó con el bastón al frente—. ¿Qué hacía usted en el Torreón? ¿Cómo es que entró?

—Y… nos vemos. Te veré luego, niña —huyó de la escena haciendo reír a la chica mientras su abuela le exigía respuestas. Abrió su mochila para ver el daño en la radio, segura que esta vez estaría hecho pedazos con el micrófono, todavía podía escuchar el sonido de la madera romperse, pero su sonrisa se borró en un momento.

La radio estaba intacta.

La sacó y la revisó atenta mientras Arquímedes subía por su brazo y se posaba en su hombro. Los hermanos se acercaron curiosos a su lado, mirando el aparato como si nada le hubiese pasado. La encendió recibiendo ruido blanco pero esta vez sin ninguna voz. Arquímedes comenzó a moverse en su hombro, poniendo sus patitas en su oreja y señalando con su naricita a su izquierda. Calle abajo por donde la patrulla pasó momentos antes, una chica de claros cabellos castaños caminaba dándoles la espalda. Sus caderas bamboleantes y su paso

despreocupado describían la alegría que ella sentía, lanzando al aire un hábito de monja mientras seguía su camino alejándose del convento. Entonces se detuvo un momento y se giró dejando ver a los jóvenes una brillante sonrisa en aquel rostro juvenil antes de verla desaparecer en un segundo por un camión que cruzó la calle.

Chris sonrió al igual que ella. Su tía al fin estaba libre de su prisión y lista para reunirse con su hija en el cielo.

20

El sol del verano brillaba en lo alto de la ciudad. Sin escuela, los jóvenes invadían las calles aprovechando las vacaciones al máximo y Chris Hallow era una de ellos.

Muchas cosas habían pasado en esos meses, demasiadas… pero cada una de estas les ayudó a construir las bases de su nueva vida. Como por ejemplo, que las Hallow al fin hicieron las paces después de tantos años.

Al final, Sarah decidió quedarse a vivir en Morning Valley y su hija no se opuso a la idea, al contrario, lo celebraron con pastel y café en el convento. La casa fue remodelada gracias a la mayor de las Hallow que aportó los gastos necesarios con el dinero que había tenido guardado por décadas. Las paredes ahora eran blancas, había tejas nuevas y el exterior fue pintado de color amarillo claro o vainilla colonial, el nombre no importaba, lo importante era que la casa estaba como nueva. Y el ático al fin se transformó en la habitación que Chris tanto deseó tener, con el espacio suficiente para poder acomodar sus libros, su ropa, y sus juegos de video.

Clark Jensen se retiró de la comunidad después de efectuarse el funeral de su amada y de su hija no nata. Se dio cuenta que la iglesia era su verdadera vocación, el llamado que escuchó la primera vez en su juventud regresó ese día en el que al fin pudo tener paz. Esta vez se dedicaría con verdadero amor a su oficio y a Dios, convirtiéndose en misionero para ayudar a aquellos que lo necesitaran como tributo a su amada Esther e hija, Mary, seguro que así hubiese querido llamarla Esther. Le dio a Chris el crucifico que alguna vez fue de su tía, y sus últimas palabras fueron que mantuviera la fe en Dios pasara lo que pasara. Ella le prometió siempre tenerla consigo, refiriéndose tanto al crucifijo como a su fe. Después de todo, Dios le había recompensado así como hizo con Job. Pidió disculpas a las Hallow por centésima vez por todos los malentendidos e intento de homicidio. Le dijeron que no pasaba nada un poco cansadas de lo mismo, incluso la anciana le amenazó que dejara de disculparse y se largara o le rompería la cabeza con su bastón. Y al fin les dejó, yéndose en un viejo mustang rojo hasta que desapareció de su vista para quizás nunca más volver.

El convento al fin fue revivido con la pintura y materiales que compraron gracias al dinero que sacaron de los bolsillos del ayuntamiento. Sarah encontró un documento en el que estipulaba que el convento fue declarado sitio histórico hacía muchos años y como el ayuntamiento no había pagado nunca por el mantenimiento de este. Le exprimieron cada centavo que le correspondía al convento de las últimas décadas. Mostrando al fin con lujo de detalle la obra de arte

que se escondía desde hacía mucho tiempo.

Mary ordenó que los cuadros de su amada hija fuesen colgados en distintas partes del convento, para que el mundo conociese su talento tal y como debió haber sido desde el principio.

Gracias a los gemelos el convento se volvió famoso por la zona, y la gente ahora pagaba por entrar y contemplar el sitio entero y la nueva estatua de Santa Rita, por supuesto en cierto horario, ya que las monjas seguían con su atareada vida religiosa en el interior y de forma oficial abrieron sus puertas al público para quienes quisieran aprender la historia del lugar o aprender a cosechar, hacer jabón, entre otras cosas.

Los cuadros se volvieron muy codiciados por muchos más sólo se vendieron algunos, muy pocos, incluso alguien intentó robar uno pero se topó con un ejército de monjas que no le dejaron ir limpio y contrataron un guardia de seguridad para sentirse tranquilas. Mary Hallow tenía sus cuadros predilectos, los que su hija hizo para ella con una dedicatoria, y las hermanas del convento estuvieron de acuerdo en conservarlos y que así que más gente viniera a verlos pagando la entrada. Podían de verdad ser perversas con el tema del dinero.

Sarah Hallow comenzó en casa su propio negocio de venta de pasteles. Sus clientes han ido en aumento cada día así como su fama. La casa siempre tiene un aroma a pan, vainilla y fruta que encanta a las Hallow y a sus visitantes. Al fin se sentía orgullosa de sí misma y dejó de rogar o contestar las escasas llamadas de su ex marido, ahora su número estaba bloqueado y vive tranquila con una sonrisa. Y sobre su reacción sobre Arquímedes… bueno, todavía tiene que hacerse a la idea de tener una rata de mascota. Haría el esfuerzo por su hija, siempre y cuando el roedor se mantuviera alejado de su cocina.

El profesor Miller fue despedido poco después. Las tantas quejas contra él y su incompetencia llegaron a un límite cuando sujetó a Chris del brazo, siendo reemplazado por un profesor provisional hasta que el nuevo profesor llegara para el siguiente curso. Se fue de la escuela, no sin antes haberse visto amedrentado por un grupo de monjas que con sus miradas le prometieron el tormento eterno, y una patada cortesía de cierto fantasma que celebró su despido. A pesar de todo, Chris deseó con sinceridad que se volviese una mejor persona por su alma.

Las Hallow tuvieron un largo camino por seguir. A pesar de que su vida estaba mejorando, había días en los que sentían que el pasado las golpeaba con dureza. Pero la terapia les ayudó mucho a entenderse y a saber que no estaban solas. Estaban reconstruyendo su vida y no tenía nada de malo llorar, al contrario, abrirse les ayudó a sentirse libres de las pesadas cadenas que las arrastraban al fondo de ese mar y poder hablar con franqueza. Aunque Chris hubiese dado lo que fuera

para no presenciar la incómoda escena de madre e hija llorando abrazadas mientras se pedían perdón por todos esos años de malentendidos y disputas. Y lo peor, la hicieron parte de ese abrazo lacrimógeno sin oportunidad de escapar. Comenzaron a pasar más tiempo juntas y Chris admitía que su abuela podía ser graciosa cuando se lo proponía, ahora entendía de quién heredó Ricky su sentido del humor. Por primera vez en su vida las tres disfrutaban de su mutua compañía.

Tras la noticia del caso, los tres chicos se volvieron famosos en el pueblo y quizás de toda la parte oeste del país. Algunos compañeros comenzaron a tratar a Chris con cordialidad y respeto, mientras que otros persistían con su mala baba e hipocresía contra ella. Aprendió a ignorar a los que seguían hablando mal a sus espaldas y dejar que se ahogaran en su propia ignorancia, después de todo tenía los mejores amigos del mundo a su lado. El canal de YouTube regresó con nuevo contenido y se hizo mucho más famoso gracias a la noticia de haber resuelto un asesinato de hace veinte años. En ningún momento hicieron mención de la radio en la investigación como prometieron, incluso en el reporte policiaco, ya que hubiese sido raro e imposible de creer. Pero esta aparecía en su canal como instrumento de psicofonías oficial y Chris se volvió una invitada recurrente tanto en su canal como en el canal de Ángela. ¿Qué podía decir? Eran las mejores amigas y se juntaban a pintarse las uñas los fines de semana.

Sin embargo, una noticia trágica llegó antes del verano. Una semana antes del juicio de Rosemary, Mary Claire Hallow dejó el mundo una noche en su oficina, mientras miraba el álbum de fotos que habían empezado a hacer con su hija y nieta. Su cuerpo fue encontrado por la hermana Josephine que fue a buscarla cuando no llegó a cenar. Fue triste volver al cementerio, pero notaron que en su rostro se veía una expresión serena, como si al fin dejara este mundo sin ningún pendiente en él. El cuadro que su tía pintó para ella en su cumpleaños fue colgado al pie de las escaleras, y Chris juraría que el cuadro había cambiado, su expresión era más suave, sus labios apretados ahora mostraban una delicada sonrisa y su mirada ahora era sabia y cándida. Sarah lloró mucho, pero se sintió feliz de saber que su madre se había ido en paz de este mundo a reunirse con su hermana, la cual, le dejó la carta que sirvió como evidencia y que expresaba cuánto sentía haberla culpado de todos sus errores y su deseo de que volvieran a ser como antes.

Rose “Rosemary” Hughes fue encontrada culpable de asesinato y pasaría mucho tiempo en prisión para alivio de todos. Pero las Hallow no quedaron tranquilas, ya que Rosemary afirmó no haber tenido nada que ver con la desaparición de Jeremiah Hallow. Así que su caso seguía en curso esperando que apareciera. Chris conservó sus libros,

eran difíciles de estudiar, sin embargo, esperaba poder encontrar en estos la respuesta que diera con el paradero de su tío algún día a pesar de su advertencia.

•••

Apenas dio mediodía salió de su casa, con el sol acariciando su piel y los chicos ya le esperaban con sus bicicletas. Su cabeza se movió presumiendo su nuevo corte de cabello. El corte era por encima de sus hombros y sus rizos naturales enmarcaban su rostro mientras que el sol revelaba los brillos rubios y rojizos escondidos en su cabello. Sentía que llevaba una nube en la cabeza, cómoda y ligera.

—Vaya, parece ser que alguien al fin visitó a Rochelle —silbó Aaron.

—Tenía que hacerlo, mi cabello ya era un desastre y no dejaba de perseguirme. Me daba miedo que un día me lo cortara en la calle con sus tijeras. ¿Cómo me veo?

—Te doy un nueve porque tengo novia pero ¿qué opinas hermano?

—Eh, ¿yo? —Aiden no había reaccionado al contemplarla desde que salió de casa—. Yo opino… creo que te queda bien. Te ves muy, muy bien en realidad —intentó no balbucear con éxito y ella sonrió a los halagos.

—Gracias. Y bien, ¿a dónde vamos?

—Vamos al lago. ¿Llevas tu traje de baño? —preguntó Aaron.

—Debajo, pero quiero regresar mientras haya luz de día, ni loca pienso quedarme en la noche.

—¿Estás segura que esa cosa sigue en el bosque? Dijiste que la mataste —preguntó Aiden y ella negó con la cabeza. Después de lo sucedido les contó lo que le pasó esa noche con ese monstruo que, según comprobó en las notas de su tío, se trataba de un wendigo, tal y como los hermanos sospecharon. La sangre en su chaqueta era una prueba fehaciente de que su contacto con esa bestia no fueron imaginaciones suyas, pero cuando buscaron su cuerpo debajo de la brecha del Gran Roble no había rastro de este. El misterio de qué pasó con ese monstruo y de cómo salió del bosque seguían sin resolverse, así como el misterio de su tío.

—No estoy segura. Pero así como ese misterio tengo que buscar qué fue lo que le ocurrió a mi tío.

—¿No estaría mintiendo esa loca para evitar una condena más larga? —preguntó Aaron y ella negó de nuevo.

—No. Confesó con lujo de detalles el asesinato de mi tía. No se guardaría esto. He estudiado sus libros pero sigo sin respuestas, además… —frunció más el ceño—. La palabra Sombras que aparece

siempre en mayúsculas en su carta, no sé aún si es algún nombre, clave, o al menos una especie de criatura. Eso a veces me come la cabeza por las noches y no sé dónde buscar —Aiden puso su mano en su hombro como un símbolo de apoyo incondicional que a ella enterneció.

—Lo encontraremos. Estamos contigo.

Chris sonrió agradecida por ello, y Aiden se sonrojó sin saber qué más decir en ese momento, pero Aaron evitó el incómodo momento por él, saltando entre ellos y rodeando sus brazos sobre sus cuellos.

—Chicos, aunque amo el misterio se nos hará tarde para ir al lago. Y si llegamos tarde los culparé a ustedes con mi Ángel.

—Ya vamos. Ya —rio Aiden que se quitó a su hermano que claramente no se había puesto desodorante. Jaló a Chris lejos de él, tomándola de la mano para guiarla a su bicicleta, cosa que ella agradeció y subió todavía con cierto temor a esta.

Chris echó una última mirada hacia su casa, pensando en su tío, en la radio, y en el halo de misterio que seguía alrededor. Quería saber la verdad no importando la advertencia en su carta, aunque sabía que debía irse con cuidado. Por ahora disfrutaría de la paz que sentía al estar caminando sobre el mar de la vida. Y las olas que viniesen de ahora en adelante no serán ya reto alguno con semejantes salvavidas ayudándola a emerger desde el fondo.

Pasaron a un lado de John que como siempre empujaba su carrito, lo saludaron y este respondió al saludo con pereza por culpa del calor. Deteniéndose un momento para mirar de reojo la casa de las Hallow, justo en la ventana del ático antes de seguir adelante. Esbozando una media sonrisa mientras acomodaba la raída gorra de béisbol sobre su cabeza.

•••

Arquímedes dormía boca arriba en un pequeño y mullido cojín de espuma azul. Todo era tranquilidad para el valiente roedor que tenía suficiente comida y agua para beber o darse un merecido baño en ese caluroso día. Sin embargo, la paz del ratón se vio perturbada cuando sus orejas se movieron y despertó de su sueño de queso y fruta. Caminó hasta el escritorio donde reposaban la radio y el micrófono, junto a una laptop, los libros de Jeremiah y una lámpara de noche. Subió por los cajones y se quedó quieto un momento enfrente del aparato, siendo el único testigo al ver el interruptor de encendido moverse solo. Las pantallas se iluminaron y las perillas se movieron de un lado a otro hasta detenerse en medio y lucir como ojos que miraban a la nada. Una voz profunda y masculina se hizo clara entre

la estática. Y resonó a través de la bocina de sonrisa traviesa, distorsionada por la frecuencia.

Todavía… seguimos… aquí.

Voces, risas, y alaridos resonaron al mismo tiempo en la macabra transmisión.

Queda mucho por hacer…

Mucho por averiguar…

Y todos quieren ser escuchados.

Agradecimientos

Agradezco primero a Dios por todo, por lo que he pasado, porque me ayudó a convertirme en la persona que soy. Y me ha ayudado a saber en lo que quiero convertirme, con la enorme imaginación que tengo hasta el final de mis días.

A mis amorosos padres que me impulsaron el amor a la lectura desde muy joven y a mis hermanos que me apoyaron de forma incondicional.

A mis amigos y al lector que se han tomado el tiempo de leer esta novela.

A quienes creyeron en mí y me dieron la oportunidad.

Y a quienes creyeron que no era capaz de hacerlo porque querían que mi vida fuera tan aburrida como la suya.

De todo corazón, gracias.

Índice

Table of Contents